

# CRIMEN & CIA.

Michael  
Dibdin



**Nido  
de ratas**

SERIE MAYOR



Lectulandia

El comisario Aurelio Zen es trasladado inesperadamente de un puesto en Roma a Perugia para que investigue un secuestro en el que se ha visto implicada una de las más ricas familias italianas.

Tanto sus nuevos colegas, como la familia del secuestrado, miran con recelo a este policía con un historial salpicado de enfrentamientos con sus superiores y Zen siente que no hay excesivo interés en resolver el caso, así que, puesto que poca cosa tiene que perder, se adentrará en la investigación sin demasiados remilgos, caiga quien caiga, intentando sobre todo salvar el poco prestigio profesional que le queda.

**Lectulandia**

Michael Dibdin

# **Nido de ratas**

**Aurelio Zen - 1**

**Crimen & Cía. (Serie Mayor) - 16**

ePub r1.0

Titivillus 09.08.2018

Título original: *Ratking*  
Michael Dibdin, 1989  
Traducción: Francisco Segovia

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Agli amici di quel tempo*

—¿HOLA?

—¿Hola? ¿Quién es?

—¿Quién llama?

—Quiero hablar con el senador Rossi.

—Con él habla.

—Ah, ¿es usted, senador? ¡Perdóneme! Los teléfonos hacen que uno suene como cualquiera; mejor dicho, como nadie. Soy Antonio Crepi.

—¡Commendatore! ¡Qué placer! ¿Se encuentra aquí, en Roma?

—¿En Roma? ¡Dios no lo quiera! No, no, en Perugia. En casa, en la villa. ¿La recuerda?

—Pero, claro, claro. Claro.

—Cuando se casó mi hijo mayor.

—Así es. Exacto. Una ocasión inolvidable. Una pareja maravillosa. ¿Cómo están ahora?

—No los veo mucho. Corrado se ha mudado a Milán y Annalisa sale con algún jugador de fútbol, o eso me han dicho. Nuestros caminos no se cruzan muy a menudo.

—Ah, qué lástima.

—Son cosas que ocurren en estos días. A mí ya no me importa un bledo. A nuestra edad es absurdo seguir fingiendo. Dejémoslos hacer lo que quieran. Yo, mientras tenga mis viñas y mis olivas, y uno o dos amigos con los que todavía pueda charlar... Gente que me entienda y a la que yo entienda. ¿Comprende a qué me refiero?

—¡Claro, claro! Yo siempre digo que la amistad es lo más importante en la vida. Sin duda.

—No sabe cuánto me alegra oír eso. Porque de hecho le llamo para pedirle que ayude a un amigo. Un amigo común. Me refiero a Ruggiero Miletti.

—Ah. Un asunto trágico.

—¿Sabe cuánto ha pasado ya?

—Impresionante.

—Casi cuatro meses y medio. Ciento treinta y siete días y noches de agonía para la familia Miletti y para todos sus amigos. Por no hablar del propio Ruggiero.

—Horrible.

—*¡Un hombre mayor, senador, como usted o como yo, encadenado en alguna barraca en las montañas, a merced de las inclemencias del tiempo, y en manos de una banda de crueles maleantes!*

—Terrible. Escandaloso. Si uno pudiera al menos hacer algo...

—*¡Pero usted puede, senador! ¡Usted debe ayudar!*

—*¡En todo lo que pueda, commendatore! Estoy más que dispuesto, créame. Pero debemos ser realistas. Hoy en día los secuestros son el azote de la sociedad, una plaga y un riesgo frente al cual todos somos igualmente vulnerables, igualmente impotentes, igualmente...*

—*¡Tonterías! Discúlpeme, pero cuando le ocurre algo a uno de ustedes, los políticos, ponen a todo el país en estado de sitio. Nada es demasiado entonces, y no se repara en gastos. Pero cuando se trata de un ciudadano corriente, decente, respetuoso de la ley, como nuestro amigo Ruggiero, entonces nadie se da por enterado. ¡El asunto de siempre! «Es culpa suya. ¿Por qué no tomó más precauciones?».*

—*Commendatore, no caigamos en la trampa de engañarnos a nosotros mismos con la ilusión de que cualquier persona responsable podría atreverse a negar la gravedad de...*

—*Guárdese esas cosas para la prensa, senador. ¡Está hablando con Antonio Crepi! No intente decirme que, con todo, seguimos siendo iguales. Si el secuestrado fuera usted, Dios no lo quiera, llamarían a los cuerpos especiales; lo mejor de lo mejor. Pues muy bien, eso mismo es lo que yo quiero para Ruggiero.*

—*¡Claro, claro! ¡Naturalmente!*

—*No es que esté culpando a la gente de aquí, de Perugia. Pero seamos francos: si fueran los mejores no estarían aquí, ¿no le parece? Estarían en Roma, cuidando a los políticos.*

—*Tal vez uno debiera evitar las exageraciones en cuanto a la efectividad de las medidas a las que hace usted alusión, commendatore.*

—*Oiga. Si a usted le duele el pecho va a ver a un especialista, ¿no?*

—*Nuestros especialistas no pudieron salvar a Aldo Moro.*

—*¡Ahórreme las palabras, senador! Dios sabe que ya hemos hablado bastante. Ahora quiero acción, y por eso le llamo. Quiero que envíen a uno de sus mejores hombres a reorganizar toda la operación. Una cara nueva, una visión fresca. Usted puede arreglarlo en un segundo, con sus contactos.*

—*Bueno...*

—*¿O es demasiado pedir?*

—*No es...*

—*¿No cree que Ruggiero merece lo mejor?*

—*Claro.*

—*Senador, no me habría molestado en llamarlo si creyera que usted es una de esas personas de poca memoria. ¡Dios sabe cuántos andan por allí! «Pero no»,*

*pensé, «Rossi no es así. Rossi no ha olvidado lo que la familia Miletta ha significado para él». Senador, le ruego, ¡piense en ellos ahora! Piense en lo que están pasando. ¡Piense en lo que significará para ellos saber que gracias a usted uno de los mejores policías de Italia ha sido enviado a Perugia a activar la búsqueda de su amado padre! Y luego piense que usted puede arreglar todo eso con una simple llamada, tan fácil como pedir un taxi.*

—Sobreestima mi poder.

—*Espero que no. De verdad espero que no. Porque siempre he pensado en usted como amigo y aliado, y me entristecería sentir que ya no puedo confiar en su apoyo. Y usted en el mío, senador, y en el de la familia Miletta, y en el de todos sus muchos amigos.*

—*¡Por todos los cielos, commendatore! ¿De qué está hablando? No nos permitamos imaginar que...*

—*¡Perfecto! No hay más que decir, entonces. ¿Cuándo recibiré noticias tuyas?*

—Bueno, en una situación de este tipo sería tal vez aconsejable evitar la imposición de términos muy estrictos. Sin embargo, hablando a grandes rasgos, no podría desde luego descartar la posibilidad de estar en posición de...

—*Me gustaría saberlo esta tarde.*

—Ah, claro que le gustaría, ¿no es verdad?

—*¿O tendrá usted un asunto más importante que atender?*

—Mire, Crepi, no es bueno que espere milagros, ya lo sabe. Perdona que se lo diga.

—*No estoy pidiendo milagros, senador. Estoy pidiendo justicia. ¿O es que para eso hacen falta milagros en este país?*

—Lapucci.

—*¿Te he despertado, Giorgio?*

—¿Quién es?

—*Gianpiero Rossi.*

—*¡Ah, buenos días, senador! No, estaba trabajando en la otra oficina. Nadie lo cree, claro, pero aquí en la Oficina Central se trabaja.*

—*Oye, Giorgio, tengo un problemita y creo que tú podrías ayudarme.*

—Delo por hecho.

—*¿Estás enterado del secuestro de Miletta?*

—*¿El rey de los neumáticos de Módena?*

—*¡Módena! ¿Qué quieres decir con Módena? ¿Tú crees que me importaría un bledo si fuera de Módena? ¡Miletta! ¡Radios, televisores!*

—Ah, claro. Perdona. De Perugia.

—*De Perugia, exactamente. Y ese es mi problema. Porque allí hay gente, amigos de la familia, que no cree que se esté haciendo lo suficiente. Ya sabes cómo es la*



cosa: todos quieren atención especial. Y es difícil negarse con esta gente. ¿Me entiendes?

—Perfectamente.

—*Como dicen, los pobres ruegan por el milagro y los ricos se creen con derecho a él. Pero mira, no estoy tratando de justificar lo que ni puede ni debe justificarse. Yo ni absuelvo ni condeno. Pero el hecho en cuestión sigue siendo que estoy en una situación embarazosa. ¿Comprendes lo que quiero decir?*

—Claro. Pero ¿qué es exactamente lo que quiere esta gente?, si no le molesta que pregunte.

—*Quieren un nombre.*

—¿Un nombre? ¿El de quién?

—*Eso depende totalmente de ti. Debe ser alguien presentable, por supuesto. No me hagas parecer un idiota. Si es bien conocido, mucho mejor.*

—¿Y qué es lo que esta persona debe hacer?

—*Bueno, poner las cosas en su sitio.*

—¿Ir a Perugia?

—*¡A Perugia, claro!*

—¿Un agente de policía?

—*Exacto. ¿Me puedes ayudar?*

—Bueno, debo decirle que estamos en un momento particularmente difícil, senador. Desde los cambios en el gabinete, las relaciones del partido con el Ministerio han sido...

—*Cuando hayas estado metido en esto tanto tiempo como he estado yo, Giorgio, entenderás que todos son momentos particularmente difíciles. Por eso te llamé a ti y no a cualquiera de los otros que me vinieron a la mente. Entonces, ¿puedes ayudarme?*

—Bueno, a pesar de los cambios que he mencionado, todavía tenemos algunos contactos, por supuesto. Y ahora se me ocurre uno en especial que tal vez podría...

—*No me interesan los detalles, Giorgio. Solo quiero saber si puedes ayudarme. ¿O debería llamar a otra persona? ¿Podrías quizá recomendarme a alguien?*

—Debe de estar bromeando, senador. Cualquier cosa que pueda hacerse, yo la haré por usted. Mañana, alrededor de esta hora...

—*Mañana a esta hora estaré en Turín. Que sea esta tarde. Estaré aquí hasta las siete.*

—Muy bien.

—*Espléndido. Sabía que hacía bien al llamarte. Tengo olfato para estas cosas. «Giorgio es un hombre que hace marchar las cosas», pensé. Mil gracias. Espero tu llamada.*

—¿Diga?

—¿Enrico?

—¿Quién habla?

—Giorgio Lapucci.

—¡Jesús, pensé que era su alteza real! Disculpa un momento, mientras me cambio los pantalones.

—¿Por qué tanto pánico?

—Está en una reunión en Estrasburgo y, de cuando en cuando, me llama para pedirme un informe actualizado y completo de la situación aquí. Y todo es parte de ese nuevo estilo administrativo sobre el que han estado leyendo. Nos mantiene en estado de alerta, dice. De todos modos, ¿qué puedo hacer por ti?

—Supongo que esta línea es segura, ¿no?

—Giorgio, estás hablando con el Ministerio del Interior. Cualquier llamada que se grabe por aquí, somos nosotros quienes la grabamos.

—Claro.

—Bien, ¿qué sucede?

—Bueno, pues la vieja historia, me temo. Alguien que empuja a alguien que me empuja a mí.

—Y tú quieres empujarme a mí.

—¿No es para eso que existen los amigos? Pero no será muy complicado. Es cuestión de transferir temporalmente a Perugia a un agente de policía de rango superior para que se haga cargo de un secuestro.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Ningún problema. Puedo colarlo en las asignaciones de rutina y lanzarlo desde un departamento. Nadie se fija en eso nunca. El único problema podría ser encontrar a alguien. ¿Para cuándo es la cosa?

—Para ahora.

—¡Mierda! Mira, tendré que pensarlo un rato. Deja que te llame después.

—Pero que sea hoy.

—Haré todo lo que pueda.

—Te lo agradezco, Enrico. Saluda a Nicola de mi parte.

—Y tú a Emanuela. Oye, ¿por qué no nos reunimos un día de estos?

—Sí, deberíamos hacerlo, de verdad.

—Personal.

—Mancini. Necesito a alguien que podamos enviar a Perugia para un secuestro. ¿Quién podría ser?

—Nadie.

—¿Qué? ¿Cómo que nadie?

—Quiero decir que no hay nadie disponible.

—¿Qué tal Fabri?

—En Génova, un asunto bancario.

—¿De Angelis?

—Cerdeña, donde hubo tres secuestros solo en la semana pasada, por si no ha leído los periódicos. Este fin de semana tenemos la visita del presidente de Francia más un equipo inglés de fútbol. Dios nos ampare. ¿Se hace una idea? Si no, puedo seguir.

—Cálmese, Ciliani. Ya sé que las cosas son difíciles. Pero siempre hay alguien. Busque otra vez.

—No hay nadie más que Romizi, y ahora sale.

—Bueno, dígame que lo cancele.

—Perdone, dottore, pero eso se lo dice usted. Ha reservado un vuelo para los Estados Unidos.

—¿A qué va a los Estados Unidos?

—¿Cómo puedo saberlo? Tiene parientes, o algo así.

—Ya. ¿Y qué tal alguien fuera de Criminalpol?

—Usted dijo de servicio.

—Siempre se puede hacer una excepción. ¿No hay alguien que tenga un poco de experiencia? No podía soportar ver sangre y pidió un puesto de escritorio, esa clase de cosa. ¡Use la cabeza, Ciliani! Estamos hablando de una formalidad aquí, no de un jefe nuevo para la maldita Squadra Mobile.

—Eso no ayuda.

—¿Qué tal ese, cómo se llama, el que tenemos de ama de casa?

—¿Zuccaroni?

—No, el otro.

—¿Zen?

—Ese.

—Pero él está...

—¿Qué?

—Bueno, es que pensé, ya sabe, que habría algún problema con él.

—¿De veras? Yo no he oído nada.

—No es que sea oficial.

—Bueno, mientras no sea oficial no veo por qué puede haber algún problema. ¡Y también un secuestro! ¿No estaba especializado en eso? No podría ser mejor.

—Si usted lo dice, dottore.

—Perfecto. Es ideal desde todo punto de vista. Lo único que podría arruinarlo es el retraso. Y por eso lo dejaré en sus manos, Ciliani. Quiero a Zen, y todos los papeles importantes, en mi despacho, pero ya. ¿Entendido?

—Uh.

—¿Caccamo?

—Uh.

—Ciliani. ¿Ves por ahí a Zen?

—¿Has probado en su despacho?

—No, soy demasiado estúpido para pensar en eso. Claro que he probado en su maldito despacho.

—Momento. ¿No está fuera? ¿Treviso?

—Trieste. Tenía que volver esta mañana.

—¿Te hablé alguna vez de esa muchacha de Trieste que encontré en Ostia una vez que hacía servicio en la playa? Tomaba el sol completamente desnuda tras una duna, y cuando yo...

—Joder, Caccamo, lo que me faltaba. ¿Dónde se ha metido ese hijo de puta de Zen?

# I

—¡NO! ¡No puedo creerlo! ¡No es posible!

—No es posible, pero ocurre. O sea, ¡un milagro!

—Apenas unos pocos cientos de metros desde la estación, ¡y ya se han detenido! ¡Esto está yendo demasiado lejos!

—Yo diría que no tan lejos.

—Por el amor de Dios, ¡sacadnos de este maldito tren!

—«Y sin embargo “no” se mueve», como habría dicho Galileo. Oh, bueno, seamos pacientes.

—¡Pacientes! ¡Pacientes! Perdóneme, pero en mi humilde opinión lo que este país necesita son unas cuantas personas que no sean pacientes. ¡Gente que se niegue a padecer pacientemente la inepticia y la incompetencia que nos rodea! ¡Eso es! ¡Eso es lo que creo!

—Vale más viajar esperanzado que llegar, dicen. Debería ser el lema de los Ferrocarriles Nacionales.

—Usted prefiere hacer bromas, *signore*, pero en mi modesta opinión no es cosa de bromas. Muy al contrario, es un asunto de la mayor importancia, sintomático de todas las graves enfermedades que aquejan a nuestro pobre país. ¿Qué espera uno de un tren? Que viaje razonablemente rápido y llegue a su destino con cinco o diez minutos de retraso. ¿O es mucho pedir? ¿Hace falta una intervención divina para lograrlo? ¡En ningún otro país del mundo suceden estas cosas! Ni aquí, pero antes.

—Puede usted mudarse a Suiza, si se lo toma así.

—Pero ¿qué ocurre hoy en día? El servicio ferroviario, como todo lo demás, es un desastre. ¿Y cómo reacciona el gobierno? ¡Pues les da a sus amigos constructores billones y billones de liras para que tiendan una línea nueva entre Roma y Florencia! ¿Y el resultado? Los trenes son más lentos que antes de la guerra. ¡Es increíble! ¡Una desgracia nacional!

El joven que se sentaba cerca de la puerta, romano hasta las elegantes puntas del cabello, sonrió sarcásticamente.

—Ah, sí, claro, todo era mejor antes de la guerra —murmuró—. Ya sabemos.

—Perdóneme, pero usted nada sabe de eso —respondió el robusto y vigoroso hombre de cabello canoso y acento veronés—. A menos que esté muy equivocado, usted no había nacido entonces.

Se volvió hacia el tercer ocupante del compartimiento, sentado junto a la ventanilla, un hombre de aspecto distinguido de unos cincuenta años con un rostro pálido, cuyo rasgo más sobresaliente era una nariz tan claramente triangular como el foque de un velero. Tenía un ligero toque exótico, como si fuera griego o levantino. Su expresión tenía un aire levemente cínico, despreocupado y reservado, y en los

labios le brillaba una sonrisa distante. Pero eran sus ojos lo que llamaba la atención. Grises, con manchas azules y una leve fijeza siniestra que hizo temblar al veronés. «Un tío frío, este», pensó.

—¿Y usted qué dice, *signore*? —preguntó—. ¿No está de acuerdo en que es una desgracia, una desgracia nacional?

—El tren fue retenido en Mestre —observó el extraño con una grave y deliberada cortesía que de algún modo parecía burlona—. Eso ha alterado el horario, naturalmente. Y tenía que haber más retrasos después.

—¡Ya sé que el tren fue retenido en Mestre! —replicó el veronés—. No hace falta que me recuerde que el tren fue retenido en Mestre. ¿Y por qué, puedo preguntar, fue el tren retenido en Mestre? Porque la sección local de uno de los sindicatos ferroviarios hizo un paro ilegal. ¡Ilegal! Como si no tuviéramos ya suficientes huelgas legales, también estamos a merced de cualquier banda de trabajadores locales que tenga alguna queja; capaces, eso sí, de llevar al caos a todo el sistema ferroviario del país sin el menor miedo a represalia alguna, ni falta hace decirlo.

El joven romano se sacudió con un golpe de revista una pernera.

—Claro que es una lata —dijo—. Pero no exageremos las molestias. Además, hay cosas peores que el caos.

—¿Como cuáles?

—Demasiado orden.

El veronés hizo un gesto de rechazo despreciativo.

—¿Demasiado orden? ¡No me haga reír! En este país demasiado orden no sería bastante. Siempre es igual. ¿Se retrasan los trenes? ¡Construid más líneas! ¿El Sur es pobre? ¡Abrid una nueva fábrica! ¿Los jóvenes son delincuentes analfabetos? ¡Contratad más maestros! ¿Hay demasiados funcionarios? ¡Retiradlos antes y con mejor pensión! ¿La tasa criminal se dispara? ¡Aprobad leyes nuevas! Pero por el amor de Dios, no esperéis que hagamos eficientes los ferrocarriles y las fábricas que tenemos, ni que los maestros o los burócratas cumplan honradamente sus jornadas, o que la gente respete las leyes existentes. ¡Ah, no! Porque eso olería a dictadura, y a tiranía. ¡Y de eso, nada!

—¡No se trata de eso! —El joven romano había abandonado finalmente su pose de irónico desapego—. Lo que usted quiere, *signore*, ese famoso «orden» suyo, es algo que no es italiano, ni mediterráneo. Es una idea del Norte, y allí debería quedarse. No tiene cabida aquí. Muy bien, tenemos algunos problemas. ¡Pero hay problemas en todo el mundo! Simplemente mire los periódicos, la televisión. ¿Cree usted que este es el único país donde la vida no es perfecta?

—¡Nada tiene que ver con la perfección! Y en cuanto a ese espléndido mito mediterráneo suyo, *signore*, permítame decir que...

El hombre junto a ventanilla miró el muro liso del cementerio de Campo Verano, al otro lado de las vías. Ni este nuevo retraso ni la discusión a que había dado lugar parecían poder rozar siquiera el ánimo sereno que lo había acompañado desde que se

había despertado esa mañana. Tal vez hubiera sido la alteración de la rutina lo que lo había provocado, la sorpresa de no encontrarse de vuelta en Roma sino inexplicablemente detenido en Mestre, quinientos sesenta kilómetros al Norte. Por un momento le había parecido que la realidad se había descompuesto, como un proyector de cine, y que pronto todos estarían pidiendo que les devolvieran las entradas. Después de una lucha ciega con sus ropas, en la apretada oscuridad del compartimiento, había salido al aire brumoso de la madrugada, cargado del olor salino de la laguna y el olor acre del petróleo y los químicos de la industria pesada que oía murmurar por todas partes. Y luego había vagado a lo largo del andén, hasta llegar al bar, al que logró colarse por entre un grupo de ferroviarios, y pidió un café con *grappa* y descubrió que ningún tren saldría de Mestre hasta nuevo aviso debido a una disputa sobre los niveles del servicio.

«Podría irme», había pensado. «Podría haberme ido —pensaba entonces— simplemente con haber cogido uno de esos autobuses anaranjados que pasan por la estación y llevan en sus letreros luminosos la mágica combinación de letras: VENECIA». Pero no lo había hecho, y así estaba bien. Su misterioso júbilo había sido hecho para flotar en él, deslizándose suavemente como un esquife estrecho por las entradas y los canales de la laguna, cuya melancólica topografía había explorado de niño. A su edad, estos dones llegaban rara vez y debían ser tratados con delicadeza; no debía pedirseles que se animaran en las tortuosas espirales de su relación con la ciudad donde había nacido. Su recompensa había sido que el sentimiento resultó sorprendentemente duradero. Ni el retraso en Mestre ni las paradas subsecuentes en Bolonia y Florencia habían logrado perturbarlo y, a pesar del clima gris y excesivamente frío para fines de marzo, ni siquiera el regreso a la capital había logrado deprimirlo como de costumbre. No aprendería a encontrarle el gusto a Roma, nunca se sentiría a gusto con el peso de siglos de poder y corrupción que había allí, en el muerto centro de Italia, símbolo y fuente de su estancamiento. ¿Cómo podría sentirse en casa en la más pesada de las ciudades cuando él había nacido y crecido en su antítesis viviente, en una ciudad tan ligera que parecía flotar? Y, sin embargo, si lo forzaran a tomar posición entre el viejo veronés y el joven romano, solo tendría una opción. No deseaba vivir en alguna tierra miserable del Norte, donde todo funcionaba como un reloj. ¡Como si de eso se tratara la vida! No, se trataba de esos dos muchachos del pasillo, por ejemplo, típicos romanos rudos de clase obrera, en tejanos y cazadoras de cuero, que miraban a los compartimientos de primera mientras se paseaban a lo largo del pasillo, como dueños del lugar, con esa fácil insolencia que ningún grado de pobreza podría tocar. El país podía tener sus problemas, pero mientras siguiera produciendo esa bullente energía, ese impulso irresistible, ese instinto...

En un segundo, la puerta volvió a cerrarse y el más alto estaba dentro, con un saco deportivo de plástico en una mano y una pistola automática en la otra. Una leve sonrisa le cruzaba el rostro.

—No os preocupéis, ¡no soy un terrorista!

El saco dio en el suelo, a los pies de los ocupantes del compartimiento.

—¡Todas las chucherías allí! Carteras, relojes, anillos, mecheros, medallones, dijes, ajorcas, pendientes, bragas de seda, lo que sea. Las divisas solo en billetes grandes. Se aceptan todas las tarjetas de crédito. ¡Vamos, vamos!

El morro de la automática se alzaba por turnos hacia cada uno de los pasajeros.

—Pedazo de mierda.

Apenas pudo oírse, el temblor de un aborrecimiento encerrado que halla la salida. La pistola giró hacia el hombre de cabello canoso.

—¿«Qué» dijiste, abuelo?

El hombre de ojos grises carraspeó llamativamente junto a la ventanilla.

—No me dispare, por favor —dijo—. Estoy tratando de sacar la cartera.

La pistola se alejó del veronés. La mano del otro hombre apareció con una gran cartera de piel marrón, de la que sacó una tarjeta de plástico.

—¿Qué es eso? —preguntó rápidamente el joven.

—No le será útil.

—¡A ver! Y ustedes dos, «muévanla», joder. ¿O quieren que les destroce la rótula a tiros?

Costosas pieles caras y metales preciosos comenzaron a golpear el fondo del saco. El joven echó un vistazo a la tarjeta de plástico y se rio brevemente.

—¿Comisario de policía? Eh, perdone, *dottore*, no lo sabía. Está bien, quédese sus cosas. Tal vez uno de estos días pueda hacerme un favor.

—¿Es usted agente de policía? —preguntó el veronés mientras el vagón se sacudía y el tren comenzaba a avanzar.

La puerta se abrió y el otro joven hizo señas urgentes a su compañero.

—¿Todavía no acabas, joder? ¡Vámonos, por Dios!

—¡Bueno, haga algo! —chilló el de los cabellos canosos mientras la pareja recogía la bolsa y desaparecía—. ¡Si es policía, haga algo! ¡Deténgalos! ¡Persígales! ¡Dispáreles! ¡No se quede allí sentado!

En ese momento el tren pasaba lentamente delante del almacén de mercancías de San Lorenzo. Se oyó cerca el golpe de una puerta de vagón. El agente de policía abrió la ventanilla y miró fuera. Allí estaban, huyendo entre las vías, hacia el refugio de las calles.

El veronés estaba junto a él, encolerizado.

—Así que se niega a responder, ¿no es cierto? ¡Pero eso no basta! ¡Yo «exijo» una respuesta! Esto no se va a quedar así, ¿sabe? En nombre de Dios, comisario, ¿no le da vergüenza? Tranquilamente deja que roben a los ciudadanos en sus propias narices mientras usted se esconde tras su poder de oficio y hace maldita la cosa. ¡Virgen santísima! Todo el mundo sabe que la policía de hoy es una mala broma, y que nos convierte en el hazmerreír de toda Europa. Eso es seguro. Pero, por Dios, ¡ni en mis peores momentos esperaba presenciar un ejemplo tan descarado de cobarde



negligencia en el deber como el que he visto hoy! ¿Eh? Pues muy bien. Estupendo. Ya veremos. Yo no soy un don nadie a quien se pueda hacer a un lado así como así, ¿sabe? Haga el favor de darme su nombre y grado.

El tren recorría la curva de la Porta Maggiore y delante se veía ya la estación terminal.

—Bien, ¿su nombre? —insistió el del cabello canoso.

—Zen.

—Zen. ¿Es usted veneciano?

—¿Y qué?

—¡Pues soy de Verona! ¡Y pensar que usted nos pone en desgracia delante de los sureños!

—¿A quién está llamando sureño?

El joven romano estaba de pie.

—Ah, ahora le avergüenza el nombre, ¿no es verdad? Hace unos minutos era su más orgullosa presunción.

—¡No me avergüenzo de nada, *signore!* Pero cuando se emplea un término como insulto deliberado, y quien lo emplea es alguien cuya arrogancia solo se compara con su grandiosa ignorancia de lo que significa realmente la cultura italiana...

—¡La cultura! ¿Qué sabe usted de la cultura? No me haga reír llenándose la boca con palabras que no entiende.

Mientras el vagón se sacudía en varios puntos y comenzaba a deslizarse junto al andén, Zen salió del compartimiento y se abrió paso entre la gente que aguardaba en el pasillo.

—Llevas prisa, ¿eh? —señaló una mujer de aspecto amargado—. Hay gente que siempre quiere ser la primera, y que se jodan los demás.

El andén estaba atiborrado de pasajeros que habían esperado largas horas. Cuando el tren finalmente se detuvo, lo asediaron como tropas de asalto, intentando ganar algún lugar para el largo viaje a Nápoles, y más allá. Zen se batió con ellos y alcanzó la explanada de la estación. Todos los teléfonos estaban ocupados. En el más cercano, una mujer de aspecto cansado y pobremente vestida repetía «Ya “sé”... Ya “sé”... Ya “sé”» una y otra vez con voz provinciana, estridente y sin modulaciones. Zen agitó su identificación delante de ella.

—Policía. Esta es una emergencia. Necesito usar este teléfono.

Cogió el auricular de la dócil mano de la mujer y marcó 113.

—Habla el comisario Aurelio Zen. No, Zen. Z, E, N. Sin O. Eso es. Destinado al Ministerio del Interior. Llamo desde la Stazione Termini. Ha habido un trabajito en el tren. Huyeron hacia la Via Prenestina. Envíe una patrulla en este instante y luego le iré dando las descripciones. ¿Listo? El primero tendría unos veinte. Altura, uno sesenta. Cabello corto y oscuro, cortado al estilo militar, así que tal vez esté haciendo la mili. Cazadora de piel verde oscuro, de cremalleras gemelas en los bolsillos, tejanos descoloridos, botas marrón oscuro. El otro, un poco más alto, cabello más

largo y más claro, bigote, nariz grande, cazadora de piel marrón, tejanos nuevos, zapatillas rojas, blancas y azules; lleva un saco deportivo de plástico verde que tiene escrito, en letras blancas, «Banca Popolare di Frosinone». Tiene una automática pequeña, así que con cuidado. ¿Entendido? Bien, dejaré un informe completo a la policía de la estación.

Colgó. La mujer lo miraba fijamente, con aire de cautelosa fascinación.

—¿Era una llamada local? —preguntó él.

La fascinación dejó lugar al miedo.

—¿Qué?

—¿Hablaba con alguien aquí, en Roma?

—¡No, no! ¡Salerno! Soy de Salerno.

Y comenzó a hurgar en su bolso, en busca del carnet de identidad que era su único y pobre talismán contra los oscuros poderes del Estado.

Zen revisó su cambio hasta encontrar otra ficha de teléfonos, y se la tendió.

—Tenga. Ya puede volver a marcar.

La mujer se quedó mirándolo con suspicacia. Él puso la ficha junto al teléfono y se volvió para marcharse.

—Es mi hermana —dijo de pronto, cogiéndolo del brazo—. Trabaja para el papa. ¡En el Vaticano! Es asistenta. La paga es una bicoca, pero ya es algo trabajar para el papa, ¿no cree? Pero su marido no me dejar entrar en su casa por lo que mi hermano averiguó de él, el muy cabrón. Así que la llamo cada vez que vengo a ver a mi nieto. Ella no tiene teléfono ¿sabe?, y yo le llamo desde la estación. Son unos cabrones tacaños, esos curas. Pero de todos modos es mejor que envasar anchoas, por lo menos a una no le apestan los dedos. Pero, oiga, ¿puede hacer eso el muy criminal? ¿Prohibirme ver a mi propia hermana? ¿No hay alguna ley contra eso?

Murmurando algo sobre las emergencias, Zen se zafó de la mujer y cruzó la explanada hacia el lejano letrero de neón que decía POLIZIA FERROVIARIA.

—Bienvenido a casa —se dijo por lo bajo. Su anterior estado de ánimo parecía ya algo tan remoto e irrelevante como un recuerdo de infancia.

La pesada puerta se cerró detrás de él con un golpe definitivo, encerrándole, dejando al mundo fuera. Al apretar el interruptor, la única bombilla que alumbraba la entrada terminó su larga y triste existencia con un destello extravagante, y le dejó a oscuras, recién llegado del colegio. Después de besar a su madre correría fuera a jugar al fútbol en la plaza. Sorprendentemente, parecía que oía incluso el sonido del agua. Luego se desvaneció y una voz didáctica comenzó a pontificar sobre la ecología del delta del Po. Aquellos oleajes sobrepuestos al rugido constante del tráfico no venían, desde luego, de los canales de su infancia, sino de la televisión.

Avanzó a ciegas a lo largo del pasillo, dejando atrás los cuadros y los muebles que habían formado parte de su vida durante tanto tiempo que ya no se percataba de su

existencia. Al acercarse a la puerta aumentó el ruido de la televisión. Una vez dentro de la sala, era ensordecedor. En la penumbra que mezclaba el brillo del televisor y la luz del ocaso, que se filtraba por los postigos, distinguió la frágil figura de su madre, mirando con infantil intensidad la pantalla parpadeante.

—¡Aurelio, has vuelto!

—Sí, *mamma*.

Se inclinó hacia ella y se dieron un beso.

—¿Qué tal Fiume? ¿Lo pasaste bien?

—Sí, *mamma*.

Ya no se molestaba en corregirla, ni siquiera cuando sus errores lo lanzaban lejos, no solo en el espacio sino en el tiempo, a una ciudad que había dejado de existir hacía ya treinta y tantos años.

—¿Y tú, *mamma*? ¿Cómo has estado?

—Bien, bien. No te preocupes. Maria Grazia es un tesoro. Todo lo que he extrañado es verte. ¡Pero te lo advertí cuando te enrolaste! No sabes cómo es la cosa en el servicio, te dije. Te mandan primero aquí, y luego allá, y cuando ya te estás acomodando, te mandan a algún otro lado, hasta que ya no sabes ni dónde tienes la cabeza. Y pensar que pudiste haber cogido un trabajo tranquilo en los ferrocarriles, como tu padre, un trabajo bueno, de supervisor, tan seguro como el de la policía pero sin estoy ires y venires. Y así no habríamos tenido que mudarnos acá, ¡al «Sur»!

Se interrumpió cuando Maria Grazia entró desde la cocina. Pero habían estado hablando en dialecto, y el ama de llaves no había comprendido.

—¡Bienvenido a casa, *dottore*! —exclamó—. Han estado tratando de dar con usted todo el día. Les dije que aún no había vuelto, pero...

En ese momento el teléfono comenzó a sonar en el vestíbulo interior. «Será el fascista ese del tren —pensó Zen—. Esa clase de gente siempre tiene amigos. Pero ¿“todo el día”? Maria Grazia debe de haber exagerado».

—¿Zen?

—Al habla.

—Soy *Enrico Mancini*.

¡Dios santo! El veronés había ido directo hasta la cima. Zen apretó el auricular con rabia.

—Oiga, el cabroncito tenía una pistola y estaba demasiado lejos como para saltarle encima. Así que, ¿qué se supone que debí haber hecho, si se puede saber? ¿Dejar que me dieran un tiro con tal de que el *commendatore* conservara su cochino reloj?

Hubo una tensa pausa.

—¿De qué está hablando?

—¡Estoy hablando del tren!

—Yo nada sé de ningún tren. Le llamo para discutir su traslado a Perugia.

—¿Qué? ¿Foggia?

La conexión era deficiente, plagada de una pesada estática y ocasionales interrupciones. Por centésima vez Zen se preguntó si su teléfono todavía estaría intervenido, y por centésima vez se dijo que no tendría sentido, ya no. Ya no era importante. La paranoia de esa clase no era más que presunción vuelta del revés.

—*¡Perugia! ¡Perugia, en Umbría! Parte mañana.*

¿Qué diablos ocurría? ¿Por qué alguien como Enrico Mancini se interesaba en los asuntos cotidianos de Zen?

—¿A Perugia? Pero se supone que mi próximo viaje debía ser a Lecce, y aún no...

—*Olvídese de eso por ahora. Ha sido reasignado a tareas de investigación, Zen. ¿Sabe algo del caso Miletto? Me haré de toda la documentación que pueda y se la enviaré por la mañana, con el coche. Pero suena básicamente claro. De cualquier modo, desde mañana está usted a cargo.*

—¿A cargo de qué?

—*Del asunto Miletto. ¿Está usted sordo?*

—¿En Perugia?

—*Exacto. En asignación temporal.*

—¿Está seguro?

—*¿Cómo dice?*

La voz de Mancini era glacial.

—Quiero decir, creí que, ya sabe...

—*¿Entonces?*

—Bueno, pensé que había sido permanentemente suspendido de las tareas de investigación.

—*Primera noticia que tengo al respecto. En cualquier caso, ante las presentes circunstancias tales decisiones están siempre sujetas a revisión. El questore de Perugia ha solicitado ayuda y no hay nadie más a mano, eso es todo.*

—Es oficial, entonces.

—*¡Claro que es oficial! No se preocupe por eso, Zen. Simplemente concéntrese en el trabajo que tiene delante. Es importante que veamos resultados pronto, ¿entiende? Contamos con usted.*

Mucho después de que Mancini había colgado, Zen seguía allí, junto al teléfono, con la cabeza apretada contra la pared. Por fin levantó de nuevo el auricular y marcó. El teléfono sonó durante un rato, pero, justo cuando se disponía a colgar, ella contestó.

—¿Sí?

—Soy yo.

—*¡Aurelio! No esperaba noticias tuyas hasta esta tarde. ¿Qué tal te fue dondequiera que hayas estado esta vez?*

—¿Por qué tardaste tanto en contestar?

Ella se había acostumbrado ya a esos humores.

—Tengo aquí a mi amante. No, la verdad es que estaba en la bañera. No me iba a tomar la molestia, pero luego pensé que podrías ser tú.

Él gruñó, y hubo un corto silencio.

—Oye, ha ocurrido algo. Tengo que irme otra vez mañana y no sé cuándo podré volver. ¿Podemos vemos?

—Me encantaría. ¿Salimos?

—Muy bien. ¿En Ottavio?

—De acuerdo.

Zen colgó y dejó pasear su vista por el vestíbulo, encarándose con el mobiliario que había dominado su infancia y entonces volvía a aparecer constantemente en su madurez. Todo lo que había en su piso había sido llevado allí hacía ya seis años, cuando su madre había aceptado, finalmente, dejar la casa familiar de Venecia. Se había resistido durante años, mucho después de que se había hecho evidente que ya no podía arreglárselas sola.

—¿Roma? ¡Jamás! —gritó—. Estaría como un pez fuera del agua.

Y sus ahogos y temblores habían vuelto vivida y dolorosa la gastada frase. Pero al final se había visto obligada a ceder. Su único hijo no podría ir a visitarla. Desde el asunto Moro su carrera estaba inmovilizada, empaquetada y disimulada, con años de tediosa rutina por delante antes de que le permitieran retirarse. Y simplemente no había alguien más, excepto por unos parientes lejanos que vivían en lo que actualmente es Yugoslavia. Así que se había mudado, evitando el destino que tanto temía gracias a un recurso simple: había llevado todas sus pertenencias con ella y transformado el piso de Zen en un acuario del que nunca saldría.

Pero si ella se protegía así de la asfixia, el efecto sobre Zen era exactamente el contrario. Nunca le había gustado particularmente el piso, situado en una calle pomposa y gris, un poco al norte del Vaticano, pero en Roma uno debía coger lo que conseguía. Lo más cerca que había llegado de tener algún sentimiento personal por el piso había sido el gusto por su anonimía: había sido como vivir en un hotel. Pero la llegada de su madre lo había cambiado todo, engullendo el escaso mobiliario del casero entre cosas cargadas de opacas remembranzas y oscuro significado. A ratos Zen sentía que se ahogaba, y entonces sus pensamientos volvían a la casa de Venecia, idealmente vacía entonces, los cuartos llenos solo de aperlada luz, susurros de agua, los gritos de los niños y de las gaviotas. Se había prometido que algún día se retiraría allí, y mientras tanto su espíritu estaba tan intensamente en ese lugar que no le habría sorprendido que la gente creyera que la casa estaba habitada por espectros.

De la cocina llegaba un chocar de ollas al que se agregaba la voz de Maria Grazia, alternativamente regañando a los viejos hornillos y animando a un cuchillo sin filo, cantando trozos del último éxito primaveral y conjurando a la Madonna a atestiguar la miseria a que su vida se había visto reducida por la calidad de las verduras que se vendían en la verdulería del barrio. Zen tendría que comer algo antes de escaparse a ver a Ellen. Recordó que el cumpleaños de su madre sería la semana siguiente.

Seguramente todavía estaría fuera para entonces. De cualquier modo, tendría que decirle que los planes habían cambiado, lo que implicaba oír otra vez por qué debió coger un buen trabajo en los ferrocarriles, como su padre. ¿No se daba cuenta de que le repetía lo mismo cada vez que volvía? ¿O, al contrario, se divertía a su costa? Ese era el problema con los viejos: nunca se podía estar seguro. Ese era el problema de vivir con alguien a quien se amaba más que a nadie en el mundo, pero con quien entonces nada se tenía en común más que la sangre y los huesos.

—Pero no lo entiendo. ¿Seguro que no eres un policía de verdad? Quiero decir: trabajas para el Ministerio, ¿no es cierto? Como burócrata. Eso es lo que me dijiste, al menos.

Estaba claro lo que Ellen quería implicar en eso: ella nunca habría tenido algo con él si hubiera pensado que era un policía «de verdad».

—Y es cierto. Desde que te conozco eso es lo que he estado haciendo. Recorrer el circuito de los cuarteles de provincias y contar cuántos clips usan, y esas cosas. Labor de inspección, comúnmente llamada gobierno de la casa, y casi tan encantador. Lo más cerca que he estado de un verdadero trabajo policíaco fue aplastar el gran fraude de papel higiénico en la *Questura* de Campobasso.

Ella no sonrió.

—¿Y antes de eso?

—Bueno, antes era diferente.

—¿Eras un poli de verdad? ¿Un agente de policía?

—Sí.

Había tal sorpresa en su mirada que Zen no pudo adivinar qué otra cosa podía contener.

—¿En dónde? —preguntó ella finalmente.

—Oh, en varios sitios. Aquí, por ejemplo.

—¿Trabajaste en la *Questura*, aquí, en Roma?

—Eso es.

—¡Jesús! ¿En qué departamento?

Lo miraba con dureza.

—No en la Rama Política, si eso es lo que te preocupa.

Y eso era, por supuesto. El círculo de expatriados que frecuentaba Ellen veía con cierta extrañeza que ella se hubiera relacionado con un agente del Ministerio del Interior. Y lo mismo ocurría con los pocos amigos de Zen, que se sentían perdidos y no sabían cómo tomar su relación con esta estadounidense divorciada, una clásica *straniera* con su luminoso apartamento en el Trastevere lleno de chucherías artísticas y libros en cuatro lenguas, y con su Fiat 500 aparcado ilegalmente en la calle. En ambos casos, la única respuesta había sido que, fuera como fuese, funcionaba bien para ambos. Había parecido la única respuesta. Pero entonces, sin previo aviso, Ellen

se encontraba ante la posibilidad de que su agente hubiera sido alguna vez miembro activo de La Política: uno de esos agentes que golpean manifestantes universitarios, obreros en huelga, y empujan sospechosos por la ventana mientras protegen a los neofascistas, responsables de los bombardeos indiscriminados en las plazas públicas y en las cafeterías y en los trenes.

—Te pregunté qué hacías —insistió ella—, no qué dejabas de hacer.

Sus gestos se había vuelto los de uno de esos polis rudos y brutales que acaso sospechaba que él había sido, e intentaba sacarle una confesión al sospechoso.

—Estaba en la sección que se ocupa de los secuestros.

Ante esto, sus rasgos se relajaron un poco. Secuestros, ¿eh? Bueno, eso no estaba tan mal, ¿o sí? Un área incontrovertida de trabajo policíaco. Lo cual solo dejaba abierta la pregunta de por qué lo había dejado por el nada glorioso papel de fisgón ministerial, que lo hacía pasarse la mitad del tiempo en agotadores viajes a las aburridas capitales de provincias, y la otra mitad sentado en un despacho sin ventanas en la vía Viminale, escribiendo a máquina informes imposibles de leer, y que nadie leería, por supuesto. Pero antes de que Ellen pudiera preguntárselo, Ottavio en persona apareció junto a su mesa, y el tema cambió por el de la comida.

Ottavio delineó en tono quejumbroso su opinión de que la gente no estaba comiendo lo suficiente esos días. Solo pensaban en sus figuras, una visión corta y egoísta que contribuía directamente al empobrecimiento de los dueños de restaurantes y a la decadencia de la civilización tal como la conocemos. Lo que no habían logrado hacer los godos, los hunos y los turcos lo conseguía entonces una conspiración de dietistas que hacían arrodillarse al país con toda esa palabrería del colesterol, las calorías y los males de la sal. ¿Adónde íbamos a llegar?

Tales eran sus quejas generales. Pero su ira particular estaba reservada para Zen, que le había dicho al camarero que no tomaría más que el enorme plato de *spaghetti alla carbonara* que se había obligado a echarse encima de la sopa de verduras que Maria Grazia había hecho en su casa.

—¿Qué intentas hacer? —preguntó Ottavio con indignación—. ¿Llevarme a la ruina? Oye, el cordero está fabuloso hoy. Y cuando digo fabuloso no digo más que la mitad. Jóvenes y tiernos lechales, tan dulces, tan bonitos que matarlos fue pecado. Pero ya que están muertos, peor pecado sería no comérselos.

Zen se dejó convencer, sobre todo para deshacerse de Ottavio, que siguió su camino para diseminar sus enseñanzas por las otras mesas.

—¿Y tú, cómo has estado? —le preguntó Zen a Ellen cuando Ottavio se hubo ido. Pero ella no se lo iba a consentir.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—No pensé que te interesara. Además, es historia pasada.

—¿Cuándo ocurrió todo esto, pues?

Él suspiró, frunció el ceño, se frotó la frente e hizo una mueca.

—Oh, supongo que habrá sido... sí, hace unos cuatro años. Más o menos.

¿Seguro que no había sobreactuado grotescamente la incertidumbre? Pero ella parecía satisfecha.

—¿Y ahora, de repente, te ponen otra vez en esa clase de trabajo? Debe ser toda una sorpresa.

—Lo es, claro.

No había por qué ocultarlo, de todos modos.

—¿Así que fue en 1979 cuando renunciaste?

—Un año antes, de hecho.

—¿Y te hiciste trasladar a un trabajo de oficina?

—Más o menos.

Se preparó para lo que vendría, pero nada ocurrió. Perfecto. Si Ellen no se daba cuenta de cuán extraño era que alguien de esa sección de la policía romana hubiera logrado que lo trasladaran a un trabajo de oficina, ¡justo en 1978!, él por supuesto no iba a señalárselo.

—¿Por qué quisiste hacerlo?

—Oh, no sé. Supongo que estaba harto del trabajo.

El hijo menor de Ottavio les sirvió la comida, un ágil lebrel que, a los catorce años, ya había perfeccionado su estilo profesional y se las ingeniaba para sugerir que estaba ocupado en una tarea de incalculable valor para la humanidad, llevada a cabo por encima de los peores obstáculos y bajo condiciones prácticamente imposibles, y que, aunque un monumento en la plaza ahí fuera apenas podría expresar la deuda que la sociedad tenía con él, él no esperaba recibir ni siquiera una propina decente.

Comieron en silencio durante varios minutos.

—Y bien, ¿qué has estado haciendo? —insistió Zen—. ¿Cómo van los negocios?

—Tranquilos. Aunque habrá una gran venta el martes.

Ellen se ganaba la vida como representante de un anticuario de Nueva York. Se trataba de uno de esos casos en que alguien le saca partido a una antigua afición. Y había tratado, en vano, que Zen la compartiera. ¡Él ya había tenido su dosis de muebles viejos!

—¿Cuánto te tomará en total?

—Espero que no mucho.

—¿Conoces Perugia?

«Perugia —pensó—. Chocolates, etruscos, ese pintor gordo, radios y tocadiscos, la universidad para extranjeros, la ropa deportiva». «Umbría, el verde corazón de Italia», decía la publicidad turística. ¿En qué convertía eso al Lacio?, se había preguntado, ¿en el hígado bilioso?

—Debo de haber estado allí hace años, en un viaje escolar.

—¿Nunca por trabajo?

—¡Ni hablar! Somos dos los que nos ocupamos del gobierno de la casa. A Zuccaroni lo ven con mejores ojos que a mí, así que a él le dan los trabajos fáciles, cerca de casa.



—¿Y será difícil?

Él apartó su plato y llenó los vasos de ese vino blanco, suave y soso.

—No hay manera de saberlo. Mucho depende del magistrado que esté a cargo de la investigación. Algunos quieren tomar personalmente todas las decisiones. Otros solo quieren atribuirse el mérito.

Ella terminó de comer y finalmente podían fumar. Él sacó su paquete de Nazionali. Como siempre, Ellen prefirió sus propios cigarrillos.

—¿Puedo ir a visitarte? —preguntó con una cálida sonrisa.

—Sería maravilloso.

Ella afirmó con la cabeza.

—Sin madre.

Él se percató de pronto del rumbo que estaba tomando la conversación.

—¿No crees que a nuestra edad es ridículo? —continuó Ellen—. Ella debe saber lo que pasa.

—Eso espero. Pero para ella yo sigo casado con Luisella, y eso es así. Si paso la noche contigo es adulterio. Como soy hombre, eso no importa, pero no hay que mencionarlo.

—Me importa a mí. —Su tono se endureció—. No me gusta que tu madre piense que soy tu amante.

—¿No? A mí me divierte. Me hace sentir joven e irresponsable.

La frase era deliberadamente provocadora, pero hacía mucho que había decidido no dejarse llevar de nuevo a temas matrimoniales.

—¿De veras? —respondió ella—. Pues a mí me hace sentir vieja e insegura. ¡Y enojada! ¿Por qué tengo que dejar que tu madre domine mi vida? Y para el caso, ¿por qué tienes que hacerlo tú? ¿Qué ocurre con los hombres italianos, que dejan que sus madres los aterricen toda la vida? ¿Por qué les dan tanto poder?

—Tal vez porque hemos descubierto, a lo largo de los siglos, que son las únicas personas en las que se puede confiar.

—Oh, ya veo. ¿En mí no puedes confiar? ¡Muchas gracias!

—En nadie puedo confiar de esa manera.

A él esto le parecía perfectamente obvio. ¿Por qué se estaba enojando tanto ella?

—No porque mi madre sea una santa —explicó—. Es solo que así son las madres. No lo pueden evitar, es biológico.

—¡Eso sí que está bien! Ahora nos insultas a las dos.

—Al contrario, les rindo homenaje a ambas. A mi madre por ser lo que es, y a ti por ser todo lo demás. Y sobre todo por ser tan comprensiva en esta situación, tan difícil para nosotros dos, pero que no durará eternamente.

Ella apartó la vista, desarmada por esta alusión, y Zen aprovechó la oportunidad para pedirle la cuenta a Ottavio.

Fuera el aire, comparado con el del atiborrado restaurante, estaba deliciosamente fresco. Caminaron en silencio hacia el rugido del tráfico de la Viale Trastevere. En la

Piazza Sonnino remodelaban un edificio que se había incendiado, y la valla, colocada por los constructores había atraído una guerra de pintadas de clanes políticos rivales. La estrella de cinco puntas de las Brigadas Rojas era la más abundante, pero también había contribuciones de Lucha Armada («No hay escapatoria, ¡golpearemos donde sea!»), los anarquistas («Si el voto cambiara algo, lo habrían prohibido») y del Nuevo Orden neofascista («Honor a los compañeros caídos, ¡viven en nuestros corazones!»).

A Zen le pareció que esa lucha de consignas era tremendamente exacta. Porque si los sucesos de 1978 habían tenido un centro secreto, y parte de su horror era que él nunca estaría seguro, entonces en un sentido había estado allí, en el término del autobús 97C, enfrente del hospital San Gallicano. Si había habido un secreto inconfesable, entonces uno de los dos hombres que lo adivinaron había muerto allí. Y a partir de ese momento, sea cual fuere lo que hacía o pensaba, de día y de noche, Zen estaba siempre incómodamente consciente de que el otro era él.

## II

—**T**ODOS los recursos de la *Questura* de Perugia están a su disposición. Ansiosos de obedecer, mis hombres solo esperan sus órdenes para lanzarse a la acción. Su reputación, por supuesto, lo precede, y la posibilidad de servir bajo su liderazgo ha sido fuente de inspiración para todos nosotros. ¿Quién no ha oído de sus brillantes éxitos en los casos Fortuzzi y Castellano, por mencionar solo dos de ellos? ¿Y quién puede dudar de que aquí, en tierra umbra, logrará triunfos no menos sonoros y sabrá merecer el sincero agradecimiento de todos, venciendo allí donde otros, menos afortunados o meritorios, han fracasado? La ciudad de Perugia tiene una larga e histórica relación con la capital, de la cual su asignación a este lugar es un símbolo concreto. Mis hombres, estoy seguro, querrán unírseme al darle la bienvenida.

Hubo un difícil aplauso por parte del grupo de agentes de rango superior en el amplio despacho del *questore*, situado en el último piso del edificio, discreto y modernamente amueblado, con sus hileras de libros de leyes y plantas en tiestos. Aurelio Zen estaba en medio de ellos como un gato siamés echado en una jaula atestada de perros callejeros: tensos y desafiantes, sus ojos se negaban a encontrarse con aquellos que se fijaban en él con una expresión de burla más o menos bien disfrazada. Sabían lo que estaba pasando, ¡el pobre cabrón! Y sabían que nada en absoluto podía hacer para evitarlo.

Salvatore Iovino, su jefe, un corpulento y vivaz hombre de Catania, de unos cincuenta años, había hecho una presentación magistral, Excesivo e insípido a la vez, cargado de falsa calidez y ocultas púas, su discurso no dejaba pie, sin embargo, a la menor queja legítima. Había hablado de la «reputación» de Zen sin mencionar de hecho que su abrupta salida de la *Questura* de Roma, en 1978, había sido objeto de los más salvajes rumores y especulaciones dentro del cuerpo. Los dos casos que había mencionado databan de mediados de la década de 1970, lo cual subrayaba su falta de experiencia operativa reciente. Había mencionado su traslado como «destino», con lo que resaltaba la imposición del Ministerio, y lo había llamado símbolo de la relación histórica entre Roma y Perugia, relación que consistía en doscientos años de dominación amargamente resentida.

—Gracias —musitó Zen, bajando la cabeza en un gesto orgulloso y melancólico de reconocimiento.

—Finalmente —continuó el *questore*—, permitidme presentar al *vicequestore*, Fabrizio Priorelli.

El tono soso de Iovino no ayudó a Zen a prepararse para la mirada de hostilidad pura con que lo atravesó Priorelli. Las palabras que agregó el *questore* fueron pronunciadas después de una pausa exquisitamente meditada, durante la cual el silencio que llenaba el cuarto se hizo palpable.

—Hasta hoy él se encargaba del caso Miletto en nuestro nombre.

Iovino sonrió con ligereza.

—Para serle franco, ese es uno de los muchos problemas que su inesperada llegada nos ha causado. Una cuestión de protocolo, como ve. Fabrizio tiene mayor rango que usted, y no me sería fácil convertirlo en su segundo. Sin embargo, si desea consultarlo, me ha asegurado que a pesar de sus múltiples ocupaciones está en principio a su disposición en cualquier momento.

Una vez más Zen musitó su agradecimiento.

—Y bien, chicos, ¡a comer! —dijo súbitamente el *questore*—. Supongo que ya estarán listos, ¿eh?

Mientras los agentes salían en hilera, Iovino tomó el teléfono y dijo con un alarido:

—¿Chiodini? ¡Ven acá!

Después se volvió decididamente y se quedó mirando la ventana hasta que se oyó un golpe en la puerta y apareció un hombre corpulento de rostro picado y brutal. En ese momento el *questore* pareció advertir de nuevo la presencia de Zen.

—Lo pongo en las seguras manos de Chiodini, *dottore*. Recuerde, cualquier cosa, no tiene más que decirlo.

—Gracias.

Mientras bajaban por la escalera, Zen estudió los rasgos de su escolta: cabello cortado al rape en una cabeza puesta entre músculos, orejas de coliflor, sin cuello para describir, hombros y bíceps que formaban un bloque macizo, las «seguras» manos balanceándose masivamente hacia adelante y hacia atrás. Sin duda era a Chiodini a quien llamaban cuando hacía falta un interrogatorio al viejo estilo.

Al llegar al descanso del tercer piso, el hombre señaló con el pulgar hacia la derecha.

—Por allí, tres cinco uno —dijo sin volverse y manteniendo el paso.

Zen apenas logró retener otro «Gracias».

Sí, todo se había llevado a cabo consumadamente, no había duda de ello. El discurso de Iovino había sido una brillante exposición de todas las debilidades que Zen hallaba en su posición. Pero las palabras no lo son todo y, de todas maneras, el *questore* no había desperdiciado las otras oportunidades de aclararle las cosas, como el contraste entre la pomposa formalidad con que había desplegado la alfombra roja y hecho sonar los redobles y el modo rutinario con que lo había dejado en «las seguras manos» de un especialista local de tercera categoría. El mensaje era absolutamente claro. A Zen le ofrecerían el cielo y las estrellas, pero si quería una taza de café tendría que ir por ella él mismo.

Abrió la puerta del despacho y lo repasó con ojo atento. Todo parecía normal. De una pared colgaba la obligada fotografía del presidente de la República y, en la de enfrente, el inevitable gran calendario y un pequeño crucifijo. En un rincón había un archivador de metal gris cuyos dos cajones superiores estaban vacíos y el inferior

atiborrado de bolsas de plástico. En el centro, dominando el despacho, había un escritorio hecho de alguna madera amarillenta y enfermiza, verosímelmente producida para imitar los más asquerosos materiales sintéticos. Como todas las otras cosas del despacho, tenía un letrero que ponía «Ministerio del Interior» y un número de serie estampado. Atornillado tras la puerta había una lista con todos y cada uno de los muebles de la habitación, hasta la papelera, con su número de serie. No es que el Ministerio no confiara en sus empleados. Simplemente todos querían tener la conciencia tranquila y no podían pegar el ojo por la noche a menos que estuvieran seguros de que cada cosa estaba en su lugar.

Zen avanzó hasta la ventana y miró hacia fuera. Abajo había un pequeño aparcamiento para vehículos policíacos. Enfrente había un muro de piedra sin ventanas, con una pesada puerta custodiada por dos hombres, uno de uniforme gris y gorra, el otro de uniforme de campaña y chaleco antibalas. Ambos llevaban metralletas, como los otros guardias, que patrullaban el techo del edificio. Así que la cosa era esa: le habían dado un despacho sin más vista que la de la prisión. Sonrió amargamente, reconociendo el golpe. Los sicilianos eran especialmente buenos para este tipo de cosas.

¿Y el teléfono? Nunca olvidaría aquellos primeros meses en el Ministerio, sentado en un despacho sin ventanas en el sótano y, como único contacto con el exterior, un teléfono sin conectar. Los técnicos estaban siempre a punto de llegar, pero de algún modo nunca lograban hacerlo, y durante más de tres meses el teléfono se había quedado acucillado sobre su escritorio como un sapo, símbolo de una maldición que no podría ser revocada. Y cuando finalmente le instalaron el teléfono, Zen sabía que eso no probaba una victoria, sino una derrota total. Entonces podían dejar que tuviera un teléfono. No importaba ya. Nunca sonó. Todo el mundo conocía su «reputación». Había roto las leyes de la tribu y había sido declarado tabú.

Allí en Perugia su teléfono funcionaba bien, pero seguía aplicándose la misma lógica. ¿A quién iba a llamar? ¿Qué podría hacer? ¿Debía devolver el golpe? ¿Llamar al brusco de Iovino y comenzar a mostrar su peso por ahí? El Ministerio lo había enviado y ellos tenían que apoyarlo, aunque solo fuera como mera formalidad. Con un poco de esfuerzo y energía pronto podría poner al *questore* y a sus hombres de rodillas. El problema era que le faltaba la energía y no iba a realizar el esfuerzo. En el fondo no le importaban tanto esos agentes de provincias y su orgullo mezquino. Y ni siquiera le importaba el caso mismo. Nueve de cada diez secuestros jamás se resolvían, de cualquier manera, y no había razón alguna para suponer que ese sería diferente. Al final la familia pagaría y los secuestradores se esfumarían. Como espectáculo era tan poco emocionante como mirar pulsar a dos desconocidos.

Al salir de la *Questura* encontró al chófer que le había llevado allí desde Roma, un joven napolitano llamado Luigi Palottino, todavía cortésmente de pie junto al Alfetta azul oscuro. Verlo allí no tuvo más efecto que aumentar la humillación de Zen al recordar la escena de esa mañana al volver a casa, después de pasar la noche con

Ellen, y encontrar a Maria Grazia y a su madre intentando hacerle el equipaje mientras el chófer miraba con expresión divertida y todos tenían que gritar para hacerse oír por encima del parloteo del televisor, que por lo visto se había encendido solo para no quedar al margen.

—¿Qué haces aquí? —le espetó Zen.

—Esperarlo, señor.

—¿A mí? De verdad que no estoy de ánimo para compañías.

—Quiero decir, esperando sus órdenes, señor.

—¿Mis órdenes? Muy bien, puedes llevarme al hotel. Luego te puedes marchar.

El napolitano frunció el ceño.

—¿Señor?

—Que te puedes volver a Roma.

—No, señor.

Zen lo miró con atención amenazante.

—¿Cómo que «no»?

—Mis órdenes son permanecer con usted en Perugia, señor. Me han dispuesto ya una cama en el cuartel.

«Me quieren tener a la vista —pensó Zen—. No me tienen confianza, claro. “¡Claro!”. Y quién sabe qué otras órdenes habrá recibido este Luigi Palottino».

Media hora más tarde Zen estaba sentado en un café disfrutando de su comida, cuando oyó su nombre de boca de un perfecto desconocido. El café era un establecimiento típico del Viejo Mundo, muy distinto de las cafeterías de cristal y cromo para los adictos a la cafeína. Una larga y estrecha madriguera provista de una barra a un costado y unas cuantas mesitas con sus sillas al otro. Junto a las paredes se alineaban unas altas estanterías de madera llenas de chocolates alemanes y mermelada inglesa y unos anaqueles que cedían peligrosamente al peso de viejas e imbebibles botellas de vino. Había periódicos que se bamboleaban en sus botes y camareros de levita roja que parecían tener todo el tiempo del mundo, todo amablemente presidido por unos deslucidos frescos pastoriles que pendían del techo abovedado. Zen ocupó la única mesa disponible, entre el perchero y el teléfono, de modo que continuamente lo molestaban las personas que se dirigían al uno o al otro. Pero no prestó atención a los otros clientes hasta que oyó su nombre laboriosamente deletreado.

—Z, E, N. Sí, eso es.

El hombre rondaba los sesenta años, bajo pero de complexión fuerte, de aspecto vigoroso, casi agresivo, que sugería un pasado campesino de no muchas generaciones atrás. Pero no era un campesino. Sus ropas y su acicalamiento indicaban riqueza, y sus modales eran los de un hombre acostumbrado a actuar según su propia voluntad.

—Eso me han dicho. ¿Será que aún no ha llegado? Ah, ya veo. Oye, Gianni,

hazme un favor, ¿quieres? Cuando vuelva dile... No, nada. Olvídalo. Pensándolo bien, mejor le llamo yo mismo más tarde. Gracias.

El hombre colgó el auricular y miró hacia abajo.

—Disculpe la molestia.

Se alejó despacio, saludando a varios conocidos mientras salía.

La vieja de la caja no parecía tener idea de cuánto costaba nada, y para cuando el camarero que había servido a Zen se lo dijo y ella hubo manipulado los cajoncitos de la caja china para extraer el cambio justo, el hombre ya había desaparecido. Pero al salir, Zen casi se topó con él, que se hallaba parado a la izquierda de la puerta conversando con un joven de barba. Zen pasó de largo y se detuvo un poco más allá, frente a una caja de vidrio que mostraba la primera página de la edición local de *La Nazione*, con los titulares redondeados en rojo.

«TRAGEDIA EN LA PERUGIA-TERNI: MUERTE ATROZ DE JOVEN PAREJA BAJO UN CAMIÓN». Pudo ver a los dos hombres con bastante claridad, reflejados en la superficie de cristal que había delante de él, el joven protestaba con un gimoteo quejumbroso: «Todavía no entiendo por qué esperan que me haga cargo de eso». «AUTOBUSES DE PERUGIA: CAMBIO TOTAL; NUEVAS RUTAS, NUEVOS HORARIOS». «¿Entonces de acuerdo? —exclamó el hombre mayor—. Pero no Daniele, ¿eh? ¡Dios sabe de qué cosas es capaz!». «FÚTBOL: ¿PERUGIA COMPRA OTRO EXTRANJERO?». Zen revisó el periódico en busca de alguna noticia sobre su llegada. Las rivalidades dentro de la *Questura* normalmente aseguraban que cualquier suceso destinado a dañar la reputación de alguien sería informado por la prensa local. Pero claro que aún no había habido tiempo para eso.

Cuando volvió a mirar arriba, notó que los dos hombres se habían separado y que el de más edad se dirigía hacia él.

—¡Perdone!

El hombre se dio la vuelta, con sospecha e impaciencia.

—¿Sí?

—No pude evitar oír su conversación de hace un momento en el teléfono. Creo que quiere hablar conmigo. Soy Aurelio Zen.

La impaciencia del hombre se convirtió primero en perplejidad y luego en embarazo.

—Ah, *dottore*, ¿era usted el de esa mesa? ¡Y pensar que yo hablaba así de usted! ¿Qué habrá pensado? —Su voz se perdió a la deriva. Parecía buscar rápidamente en su memoria las palabras exactas que había dicho. Después, con un ademán de disculpa, continuó—: ¡Me estoy haciendo viejo, *dottore*! Viejo e indiscreto. Bueno, pues a lo hecho, pecho. Perdone, aún no me he presentado. Antonio Crepi. ¿Cómo está? ¡Bienvenido a Perugia! ¿Me permite invitarle a un café?

Volvieron al mismo establecimiento, donde Crepi saludó al capitán con familiaridad.

—Marco, te presento al comisario Zen, amigo mío. Cuando venga, quiero que le

des un buen servicio, ¿me entiendes? No, nada para mí. Usted sabe, *dottore*, dicen que uno debe ser cuidadoso y evitar beber demasiado café. Yo he bajado ya a seis tazas diarias, que es mi medida. Ya sabe, como con un puente. Se le pueden quitar soportes solo hasta cierto punto, según el tipo de construcción, la naturaleza del suelo y cosas así. Después de eso el puente se viene abajo. Para mí el nivel mínimo es seis tazas. Menos de eso y no funciono. De cualquier modo, ¿qué le parece Perugia? ¿Hermosa, eh?

—Bueno, acabo de...

—Es una ciudad de escala humana, no muy grande, no muy pequeña. Yo, cada vez que voy a Roma, lo cual hoy en día es casi nunca, siento que me asfixio. Es como ponerse un cuello demasiado apretado, ¿me entiende? Aquí uno puede, al menos, respirar. Un amigo mío me dijo una vez: «En serio, Antonio, en cuanto pongo un pie fuera de las murallas de la ciudad simplemente dejo de sentirme bien». ¡Y así somos! Provincianos y orgullosos de serlo. Pero oiga, *dottore*, quiero poder hablar con usted como es debido, y no de pie en un bar. ¿Podría venir a cenar esta noche?

Zen evitó responder tomando un sorbo de café. ¡Todavía no tenía la menor idea de con quién estaba hablando!

—Seguro que esto es muy distinto de la manera en que se llevan las cosas en Roma —continuó Antonio Crepi—. Y quizás usted piense que es un poco extraño, ¡pero a mí no me importa! Lo único que me importa es que liberen a Ruggiero. ¡Lo «único»! ¿Me entiende? Es estupendo que haya llegado usted, su presencia nos da nuevos ánimos. ¡Venga a cenar! Valesio vendrá también, el abogado que lleva las negociaciones. Converse informalmente, extraoficialmente. Diga lo que quiera, pregunte lo que quiera. Sea tan indiscreto como yo, ¡si puede! Nadie se va a preocupar por eso, y cuando empiece mañana su trabajo sabrá tanto del caso como cualquiera en Perugia. ¿Qué dice?

Esta vez no había escapatoria.

—Encantado.

Crepi pareció complacido.

—Gracias, *dottore*. Gracias. Me alegra que comprenda. Nosotros los umbros somos paisanos simples y sinceros. Roma es otro mundo. Si al principio nos encuentra un poco rudos, un poco toscos, es solo que así somos. Después de un rato se acostumbrará. No somos gente muy pulida, es cierto, pero en el fondo somos sólidos, de una pieza. Pero usted no es romano, ¿verdad? Perdone la pregunta.

—Soy del Norte.

—Eso me imaginaba yo. ¿Milán?

—Venecia.

—Ah. Una hermosa ciudad. ¡Pero Perugia también es bella! Enviaré a alguien a recogerlo sobre las ocho. No, insisto. Es más fácil que dar direcciones. ¡Debería haber nacido aquí! Hasta esta noche, pues.

Mientras caminaba de vuelta a su hotel, Zen notó que mucha gente se quedaba



mirándole con curiosidad, pero no fue sino hasta que vio su reflejo en un espejo cuando notó que llevaba en los labios una de esas irritantes sonrisas de Mona Lisa que hacen que todo el mundo se pregunte por qué está uno tan satisfecho consigo mismo. Y estaba bien que nadie lo conociera lo suficiente para preguntarle, porque no habría tenido idea de qué responder.

Por la razón que fuera, para las ocho su sonrisa había desaparecido por completo.

Zen había pasado toda la tarde y el comienzo de la noche leyendo el material de archivo que había recibido sobre el caso Miletti. Como todos los chóferes de la policía, Luigi Palottino se sentía, por supuesto, un competidor *manqué* de fórmula uno, y las despiadadas velocidades, sumadas a una serie de colisiones salvadas siempre por un pelo, habían provocado en Zen uno de esos ataques de mareo que sufría a menudo en los coches, de modo que no había podido enfrentarse a la pila de documentos que Enrico Mancini le había enviado con el Alfetta. No es que los necesitara, claro, para saber quién era Ruggiero Miletti. Para cualquier italiano de su generación ese nombre era prácticamente sinónimo de la palabra gramófono. El padre de Ruggiero, Franco, había comenzado el negocio, primero reparando y luego construyendo los novedosos aparatos en una habitación vacía, atrás de la mueblería familiar de Corso Vanucci, la calle principal de Perugia. Eso era en 1910. Ruggiero había nacido el año anterior. Para cuando terminó la escuela, los fonógrafos Miletti se habían convertido en un negocio floreciente que había sobrepasado con mucho sus instalaciones originales y se había mudado a un sitio mejor, junto a las vías del tren, en el valle.

Aunque no eran en modo alguno baratos, los aparatos Miletti habían gozado desde el principio de buena reputación: estaban bien hechos, resultaban duraderos, y eran dueños de una técnica avanzada que mostraba la «combinación de antiguas tradiciones de la artesanía umbra y un impulso irresistible hacia el futuro», como decía el anuncio. Franco tenía talento para la publicidad, así que al poco tiempo una serie de figuras como D'Annunzio, Bartali, el as de la bicicleta, y el compositor Respighi habían aceptado posar junto a un aparato Miletti. Pero el mejor golpe de Miletti llegó cuando persuadió al duce mismo de lanzar un típico bombazo de apoyo: «Declaro y pronuncio que vuestros fonógrafos son verdaderos instrumentos superiores, y que representan un triunfo de la civilización fascista». Mientras tanto, la era de la radio había llegado, y la compañía Miletti pronto estaba ya produciendo esos enormes aparatos que constituían la pieza central de la sala de toda familia acomodada, alrededor de los cuales los domingos por la tarde se congregaban los amigos y los parásitos a escuchar el programa de *Los cuatro mosqueteros*, que se volvió tan popular que las autoridades deportivas tuvieron que aplazar los partidos de fútbol hasta que terminara.

La buena fortuna de la familia continuó. Aunque el hermano mayor de Ruggiero

encontró la muerte en Grecia, los Miletta pasaron la guerra más bien fácilmente. Tras haber sacrificado a un hijo, para Franco fue sencillo persuadir a sus amigos influyentes de que el seso de Ruggiero era demasiado bueno como para ponerlo a riesgo, las hostilidades finalizaron con los Miletta y sus talleres intactos. Ambos se pusieron de inmediato a trabajar. El *boom* económico de la posguerra, artificialmente atizado por los estadounidenses para evitar que Italia cayera en manos comunistas, proveía las condiciones ideales para un rápido crecimiento. Ruggiero mostró entonces que combinaba el genio técnico de su padre con unas mayores ambición y visión. Durante la siguiente década, la compañía creció y se diversificó a paso firme, aunque a menudo teniendo que burlar las dentelladas que la oposición feroz de Franco Miletta le lanzaba. Cuando en 1959 murió su padre, Ruggiero se encontró a la cabeza de una de las empresas más prósperas del país. Producía equipos de alta fidelidad, radios, televisores, grabadoras, y exportaba a uno de cada dos países europeos, y a muchos de América del Sur. Se la citaba a menudo como brillante ejemplo del resurgimiento económico de la nación. En 1967 la firma se convirtió en la Società Industriale Miletta di Perugia, o SIMP, pero estas horrendas siglas tan a la moda nada cambiaron. La familia Miletta, que no significaba más que Ruggiero mismo, siguió ejerciendo el control único y absoluto de la compañía.

La descripción del secuestro llenó unas cuantas páginas, impresas desde el telefax de Perugia. El contenido era hartamente predecible, pero Zen pudo averiguar al menos quién era Antonio Crepi: director retirado de una compañía de construcción, con quien Ruggiero Miletta tenía la costumbre de jugar a las cartas los domingos por la noche. Crepi subía en coche a la villa Miletta una semana, y a la siguiente Miletta conducía hasta la casa de su amigo, que daba al valle del Tíber. El último domingo de octubre, hacía ya cuatro meses y medio, le había tocado el turno a Ruggiero. Como de costumbre, había salido de su casa a las ocho y había llegado a casa de Crepi veinte minutos después. Los dos habían jugado a las cartas y conversado hasta más o menos las once y cuarto, cuando Ruggiero subió a su coche para volver a casa. Nunca llegó.

La voz de alarma había sido dada por Silvio, uno de los tres hijos de Ruggiero. Era raro que su padre no estuviera de vuelta alrededor de la medianoche y, como había escarcha en el camino, Silvio temió que su padre hubiese tenido un accidente. Así que telefoneó a Crepi, que ya se había ido a la cama, y averiguó que Ruggiero había partido una hora antes. Pero, como siempre, a nadie se le ocurrió pensar en un secuestro. Daniele, el menor de los hijos, llegó a casa mientras Silvio hablaba con Crepi, y ambos decidieron salir a buscar a su padre por el camino antes de avisar a la policía. Cuando llegaron a la villa de Crepi sin haber encontrado a Ruggiero, finalmente informaron a la policía. Eran las doce y treinta y siete.

A Perugia la bendice una de las tasas de criminalidad más bajas de Italia, y a esa hora en la *Questura* no había más que una mínima guardia. Tomó otro cuarto de hora convocar a los hombres de servicio y no fue sino hasta la una y veinte cuando pudo

completarse el bloqueo de los caminos. Mientras tanto, la ruta que había tomado Miletti fue concienzudamente revisada, lo cual reveló que había habido una lucha. Al borde de la carretera se encontraron el sombrero de Ruggiero, su corbata y uno de sus zapatos, y no lejos de allí yacía una bola de muselina empapada en éter. Pero no fue sino hasta el amanecer cuando un helicóptero descubrió, en una cantera abandonada, a unos once kilómetros de la ciudad, la carrocería quemada del coche que conducía Ruggiero, uno de la flotilla de turismos Fiat Argenta que se alquilaban para uso de la familia Miletti y los altos funcionarios de la SIMP. El parachoques delantero estaba mellado, y uno de los faros roto, lo que indicaba que los secuestradores habían conducido por delante de Ruggiero cuando este salió de la villa, y que luego habían dado un frenazo deliberado en una curva para causar un pequeño choque e inmovilizar su coche. Luego habrían bajado a revisar los daños, todo sonrisas y disculpas. En el último momento, su víctima debe de haberse dado cuenta de lo que ocurría, porque había luchado, y pateado, y peleado. Para entonces ya era demasiado tarde. Uno solo puede defenderse de los secuestradores «antes» de que ataquen, y tratar de persuadirles a que golpeen en cualquier otro sitio.

El resto del informe acerca del caso Miletti puso sobre sus pies las conclusiones provisionales del investigador. La banda habría tenido en total unas dos horas para atrapar a Miletti, deshacerse de su coche y ponerse a salvo. Suponiendo que las dos primeras cosas les hubieran tomado unos treinta minutos, eso les dejaba una hora y media libre antes de que los caminos fueran bloqueados. Más que suficiente. Si hubieran continuado hacia el norte, en una hora podrían haber alcanzado cualquiera de una docena de remotas carreteras en lo alto de los Apeninos. Era bastante probable que se hubieran apeado allí, en una granja aislada o en una cabaña de la montaña. Por otra parte, bien podrían haber salido de la zona, tomando el ramal occidental hasta la autopista, y conduciendo luego toda la noche hacia el sur. Para el amanecer estarían ya en las montañas del Aspromonte, al otro lado de Reggio di Calabria, un territorio cincuenta veces más grande que San Marino y mucho más independiente del Estado italiano.

En suma, se trataba de un típico secuestro profesional, bien planeado y bien ejecutado. La víctima había sido cuidadosamente escogida para combinar el máximo beneficio potencial con el menor riesgo posible. Como tantos, Ruggiero Miletti había pensado siempre que el secuestro era algo que les ocurría a los demás, a personas que vivían en zonas menos afortunadas del país, y había desdeñado cualquier precaución. Como tantos, se había equivocado. Sus movimientos habían sido anotados y analizados durante meses, hasta que los secuestradores lograron saber de su vida más que él mismo. Lo habían cogido en el fin de semana. El lunes los miembros de la banda estarían de vuelta en los talleres o en las fábricas donde trabajaran. Sus compañeros se burlarían de ellos al verlos bostezar a lo largo de toda la jornada y les harían bastas bromas sobre sus mujeres, demasiado fogosas para ellos. Pero no les importaría. Pronto recibirían su paga y, con ello, se acababa su trabajo.

Mientras tanto, la célula central de la banda estaría en contacto con la familia para poner en marcha las negociaciones. Al principio no serían demasiado impacientes, aunque lo parecerían, haciendo llamadas telefónicas llenas de sangrientas amenazas y describiendo lo que le ocurriría a la víctima si no recibían el pago a los dos días. Pero habían planeado que la operación se llevara a cabo durante el otoño justamente para aprovechar los largos meses invernales, en los cuales podrían quebrantar cualquier resistencia ante sus demandas. Sin embargo entonces, fines de marzo, debían de estar comenzando a impacientarse y a querer ver alguna ganancia sobre su considerable inversión. El verano estaba ya a la vuelta de la esquina, y sin duda no querían verse privados de su mes a la orilla del mar. Los criminales tienen las mismas aspiraciones que todo el mundo. Por eso se vuelven criminales.

Los detalles más recientes eran extremadamente escasos. Al parecer, la banda se había puesto en contacto con la familia inmediatamente después del secuestro, y se daba por descontado que había acordado un rescate. La cantidad no se sabía, pero las probabilidades llevaban a pensar en una cifra del rango de los diez mil millones de liras. Se pensaba que el pago había tenido lugar hacia fines de noviembre, pero el rehén no había sido liberado, y se creía que un abogado local, llamado Ubaldo Valesio, supuestamente tenía a su cargo en ese momento las negociaciones en nombre de la familia. Este último dato estaba fechado a mediados de diciembre y, a menos que alguien hubiera recortado el expediente antes de que fuera enviado por el telefax, era la más reciente información que tenía la policía de Perugia. El mensaje era claro: «... se dio por sentado que un rescate había sido pagado... no fue dado a conocer, pero parece haber ocurrido en la región de... se cree que tuvo lugar hacia fines de... supuestamente está negociando...». Quienquiera que había llevado el informe quería dejar claro que la familia Miletto no estaba cooperando con las autoridades.

Nada extraño había en ello, por supuesto. El problema con las autoridades es que su política de secuestros simplemente sonaba demasiado buena para ser verdad. ¡Liberar a la víctima, castigar a los culpables «y» devolver el dinero del rescate! Además, mucha gente se sentía más a sus anchas negociando con los secuestradores —cuyos motivos comprendían y que, como ellos, tenían mucho que perder— que con las impersonales y péfidas agencias del Estado. Si para Zen fue una sorpresa desagradable descubrir cuán poco cooperaba la familia, esto se debía a que echaba por la borda la teoría que había desarrollado para explicar su súbito llamado a servicio activo.

Las razones que le había dado Enrico Mancini eran evidentemente falsas. En primer lugar, los destacamentos locales nunca pedían una intervención de esta clase. Una *Questura* local puede solicitar que un experto de Criminalpol la asesorara en algún problema técnico, pero eso era muy distinto de cederle el poder a alguien llegado de Roma. Tal procedimiento era siempre imposición del Ministerio, y se consideraba una humillante reprimenda por ineficacia o incompetencia. Pero la objeción más pesada contra la historia de Mancini era que la contaba Mancini. Enrico

Mancini era un pez muy gordo, cuyo medio natural era el océano salvaje de la vida política. Por el momento había elegido nadar en las aguas locales del Ministerio del Interior, donde por cierto había sobrevivido a un cambio drástico en la temperatura política, el cual se había mostrado fatal para tantas otras especies. Pero al día siguiente podría ser visto en una de las otras áreas del gobierno, en las que se movía con la facilidad de una marsopa que va del Tirreno al Adriático y viceversa. Según algunos observadores, esta misma facilidad, demasiado notoria, y su modo tosco y confiado, podrían ser la causa de su caída a largo plazo.

Fuera lo que fuese, la gente como Mancini no se ocupaba de cosas tan cotidianas como los movimientos de personal. La implicación estaba clara. A pesar de las apariencias, este preciso movimiento de personal no era normal ni cotidiano. Cuando uno recibe una llamada personal del subsecretario del ministro, y en ella se le comunica que saldrá a la mañana siguiente, es que alguien ha estado pulsando las cuerdas. Los candidatos obvios eran los miembros de la familia Miletti, pero si los Miletti no estaban cooperando con las autoridades, difícilmente habrían corrido a quejarse al ministro de que las autoridades no estaban haciendo lo suficiente. ¿Qué ocurría, pues?

Zen leyó y releyó el material, garabateando unas cuantas notas y un montón de dibujos retorcidos en los márgenes. Pero no había caso. Había demasiados nombres sin rostro o, lo que era peor, nombres que de alguna manera habían adquirido un conjunto de rasgos y características equívocas. Y así, Pietro, Silvio, Cinzia y Daniele aparecían como «Los hijos de Miletti», un cuarteto de niños músicos vestidos todos con el mismo traje. Y esto a pesar de que Zen sabía que el más joven, Daniele, tenía veintiséis años mientras que Pietro rayaba los cuarenta, estaba casado y vivía en algún lugar en el extranjero. En cuanto a Cinzia, difícilmente podría ser una atractiva doncellita encantadora, puesto que tenía dos hijos, el mayor de doce años.

Entretanto se estaba haciendo tarde, y todas las implicaciones de haber aceptado la invitación de Crepi se iban haciendo claras para Zen. Había actuado sin pensar, por mero reflejo, paralizado por la ignorancia de quién era Crepi. Pero después de lo que había ocurrido en la *Questura* no cabían dudas sobre la debilidad de su posición en Perugia. Para sobrevivir debía armarse de autoridad, rodearse de todos los signos y símbolos oficiales que pudiera reunir. En cambio, había aceptado aventurarse en un terreno ambiguo y peligroso, a medias social y a medias oficial; una tierra de nadie traicionera donde cualquier suerte de juego elaborado se jugaría a sus expensas, donde los tantos que marcara se volverían nada, pero en la que cualquier pequeño error podría comprometer su situación para siempre. Bueno, al menos podría jugar con estilo. Había telefoneado a la *Questura* y arreglado que Palottino lo esperase a la entrada del hotel. Juntos podrían seguir al chófer de Crepi hasta la villa.

La llamada llegó a las ocho y diez.

—*Hay alguien aquí que viene a buscarlo. Dice que usted lo espera.*

—Bajo enseguida.

El vestíbulo estaba vacío, excepto un hombre de barba que leía el periódico y una pareja francesa que discutía algún punto de la cuenta con el recepcionista. Zen casi alcanzaba la puerta giratoria cuando lo llamaron.

—¡Disculpe!

De pronto Zen tuvo la desagradable impresión de que las cosas se le iban de las manos. Era el hombre de barba con quien Crepi había estado hablando esa misma tarde al salir del café.

—¿El comisario Zen?

—Sí.

—Soy Silvio Miletta. ¿Cómo está?

—No sabía que vendría usted personalmente a recogerme —murmuró Zen algo confundido—. No debió molestarse.

—No es molestia.

La manera en que lo dijo mostraba a las claras que era exactamente lo contrario. Por un momento Zen tuvo la tentación de volver sobre sus pasos, negarse a ir, inventar algún compromiso de último momento. Pero ya estaban fuera y Silvio Miletta señalaba al otro lado de la calle.

—Mi coche está allí.

Palottino llegó al rescate. El napolitano había aparcado el coche justo delante del hotel, bloqueando prácticamente la entrada, y en ese momento se apoyaba sobre la puerta izquierda con postura de aplomo heroico, recibiendo el homenaje de los transeúntes. Al ver a su superior, de quien le venía el poder de ostentar, pavonearse y hacer como si no existieran las prohibiciones de aparcamiento, saltó ágilmente para llamar la atención.

—Y el mío aquí —respondió Zen.

—¡No, no, *dottore!* —insistió Silvio Miletta puntillosamente—. Usted viaja conmigo. Después de todo, por eso he venido.

—*Signor* Miletta, mi chófer tiene tan poco trabajo que ya se está volviendo loco. Pero si me permite ofrecerle...

—¡No, no, insisto!

—También yo.

Zen suavizó sus palabras con una pálida sonrisa, pero nada suave había en su tono.

Silvio Miletta suspiró enérgicamente.

—Como quiera, *dottore*, como quiera. ¿Tendría la bondad de esperar un momento, si no es mucho pedir?

Cruzó la calle, hasta el gran Fiat azul, y habló con alguien que estaba dentro. Zen se quedó mirando mientras se desvanecía su breve triunfo. No solo había sido rudo; había sido inútilmente rudo. Su boba insistencia había demostrado su debilidad, no su fuerza. «He perdido el tacto», pensó desconsoladamente. El turismo azul partió entonces y Zen pudo ver que era una mujer quien lo conducía. Perfecto. No solo

había logrado insultar a Silvio, sino también a su novia.

—No me di cuenta de que venía acompañado —señaló mientras ambos tomaban sus lugares en la parte trasera del Alfetta.

Silvio Miletto se encogió de hombros.

—Solo es mi secretaria. Yo no conduzco.

Siguieron al Fiat azul por una plaza en forma de cuña y luego por una empinada calle curva. Al llegar al final giró repentinamente a la derecha y desapareció a través de una estrecha arcada. Los numerosos rasguños de los ladrillos mostraban los lugares donde los conductores habían calculado mal el espacio, pero Palottino aceleró y se lanzó por ella como un león que atraviesa un aro en llamas, y casi atropelló a dos peatones en el trance.

Zen estudió a Silvio Miletto con el raballo del ojo. De cerca, el segundo hijo de Ruggiero parecía un voluminoso fantasma, a la vez insustancial y corpulento. Sus rasgos, que podrían ser fuertes y llenos de carácter, se habían combado como la pintura cuando se aplica en capas demasiado gruesas. Era de compleción robusta, y sin embargo no daba impresión de vitalidad, sino de enorme letargo, de un cansado disgusto con todo y con todos, como el de alguien que nunca se ha reconciliado con aquello que mira en el espejo cada mañana. Sus gestos eran singularmente remilgados y quisquillosos para tan pesado marco, y su voz era aguda y un poco quejumbrosa, con un dejo de autocompasión.

Tan abruptamente como en los frescos medievales la ciudad terminó y comenzó la campiña. En un momento descendían una calle densamente habitada y al siguiente estaban en un camino vecinal que caía tan pronunciadamente que Zen sintió que le dolían los oídos. Un letrero amarillo pasó como un rayo: «Todos los vehículos deben estar provistos de cadenas en esta carretera desde el 1.º de noviembre al 31 de marzo». Palottino mantuvo el Alfetta pegado al Fiat, que se movía lentamente, como un perro que molesta a una oveja.

—Dígame, ¿cuándo fue el último contacto de los secuestradores?

Zen dejó caer la pregunta ociosamente, solo por probar el agua.

—El *avvocato* Valesio se ocupa de las negociaciones.

El tono de Silvio Miletto era tan inflexible que Zen se preguntó por qué había aceptado ir.

—Supongo que los mantiene al corriente.

—Sin la menor duda nos dice todo lo que cree que debemos saber —respondió Miletto con un leve temblor, acomodando los pliegues de su abrigo—. Por otra parte, él comprende muy bien lo difícil que esta experiencia es para nosotros, y estoy seguro de que evita afligimos innecesariamente.

Dejó bien claro que el tacto y la consideración del negociador podrían servir de ejemplo a personas menos consideradas.

Cuando el camino tocó fondo en el valle, Palottino se echó a un lado y pisó a fondo el acelerador, olvidándose del Fiat.

—¡Por el amor de Dios! —explotó Zen—. ¡Se supone que vamos siguiendo a ese coche!

—¡Joder! Perdón, señor, me olvidé.

—Yo le diré dónde girar —le dijo Silvio con otro suspiro. Estos suspiros eran inmensamente expresivos. El mundo, parecían sugerir, ha demostrado una vez más su ilimitada capacidad de estupidez, vulgaridad y absoluta insensibilidad ante sus necesidades y deseos. Y no es que esto lo sorprendiera; al contrario, hacía tiempo que se había rendido a la terca fealdad de la vida. Sin embargo, cada nuevo ejemplo de ella era una piedra agregada al ya insoportable peso que todos esperaban que él cargara sin chistar. ¡Pues peor para él!

—Entonces, según su conocimiento, ¿cuándo fue el último contacto de la banda?  
—continuó Zen inexorablemente.

La ropa de Miletto susurró con un roce cuando él hizo un breve movimiento de cadera para cambiar de postura.

—Me temo que verdaderamente no puedo discutir eso. Estoy seguro de que comprende por qué.

—No, la verdad es que no lo entiendo en absoluto. Sé que la familia Miletto no ha estado cooperando con la policía hasta ahora, pero ya que han aceptado entrevistarse conmigo esta noche supuse que habían decidido cambiar de actitud. De veras no sé de qué vamos a hablar si no.

El suspiro apareció otra vez, en toda su gloria.

—En cuanto a la cooperación, creo que el hecho de estar dispuesto a ir a recogerle al hotel es bastante prueba de mi propia buena voluntad. De todos modos, en ausencia de mi padre las decisiones las toma la familia en su conjunto, y la decisión a que se ha llegado es que cualquier trato con las autoridades se hará a través de nuestro representante legal, Ubaldo Valesio. Él estará presente esta noche, y usted tendrá entonces oportunidad de plantearle ampliamente sus preguntas.

La carretera avanzaba entre dos sierras, al borde de un riachuelo. La luna estaba casi llena y a su luz el escenario parecía plano y poco convincente, formas sin profundidad esbozadas sobre cartón. Incluso las pocas nubes que había en el cielo estaban tan inmóviles y bien recortadas como un telón de fondo. A un lado, en la cima de la sierra, una hilera de cipreses y cedros conducía a unas ruinas con una alta torre.

—En otras palabras. ¿Valesio actuará como intermediario no solo entre ustedes y la banda, sino también entre ustedes y yo?

Zen nada hizo por esconder su ironía, y la reacción de Silvio fue un súbito arranque.

—¡Sí, *dottore*, eso es exactamente lo que quiero decir! A pesar de lo que mucha gente parece creer, también yo estoy hecho de carne y hueso, como todo el mundo, y con eso tengo suficiente. ¡No puedo hacerme cargo de más cosas! ¡No pueden esperar eso de mí!



Se interrumpió de pronto para indicarle a Palottino que girara a la izquierda y tomara una polvorienta y estrecha veredita.

—Hace más de un mes que no tenemos noticias —continuó en el mismo tono de autocompasión—. ¡Nada!

Los faros recorrieron hileras de viñas perfectamente podadas mientras seguían la sucesión de curvas y giros del empinado camino.

—Antes amenazaban, vociferaban y desvariaban y decían Dios sabe qué cosas. Eso parecía ya bastante horrible entonces, pero ahora yo casi echo de menos sus amenazas. Parecen casi alentadoras comparadas con este terrible silencio.

La vereda se convirtió en un camino flanqueado por cedros y cipreses, y de pronto allí estaba la casa, frente a ellos. Una fantástica construcción de torres y torreones de imitación medieval, con almenas de cola de milano y escudos de armas empotrados en los muros. Zen descubrió, con alguna sorpresa, que se trataba de las ruinas que había mirado en lo alto, desde la carretera. Satisfecho de levantar grava, Palottino detuvo el coche junto a un Volvo blanco aparcado en el patio frontal.

Antonio Crepi debió de haber estado a la expectativa porque, al salir del coche, Zen encontró a su anfitrión a la puerta para recibirle.

—¿Qué le parece mi pequeña fortaleza? Es casi toda falsa, claro, pero en estos tiempos esas cosas tienen en sí mismas un encanto. Ningún artesano que viva podría hacer esos vaciados. Y hasta hay una historia romántica al respecto. Hace años, antes de la guerra con Austria, mi abuelo conoció aquí, durante un paseo veraniego, a la que luego sería su esposa. Entonces no había más que las ruinas de una vieja torre de vigilancia. Más tarde mi abuelo compró el terreno y convirtió las ruinas en este lugar, como regalo de aniversario para mi abuela, cuando celebraron sus bodas de plata. Mire, este muro es original, ¡más de tres metros de espesor! Es una lástima que no pueda apreciar la vista que hay desde aquí. El Tíber está justo allí abajo, y del otro lado las colinas se extienden hacia Gubbio. Mejor que todos los cuadros del mundo, en mi opinión. Silvio, ¿cómo te va?

Al cruzar el gran vestíbulo, Zen tuvo una impresión confusa de viejo mobiliario, elaboradas pinturas en pobres condiciones, olores rancios y aire frío e inmóvil. Crepi abrió una de las tres puertas dobles, que dejó ver una antecámara al final del corredor, y condujo a sus invitados a una gran sala con frescos en el techo. Cuando entraron, una mujer de unos treinta años se adelantó apresuradamente, la mano extendida hacia Zen. Tenía la piel bronceada, el cabello largo y rubio como la miel, y llevaba unos pantalones flojos, leonados, una blusa de seda color avellana y cantidades de oro por todos lados.

—Cinzia Miletto, *dottore*, encantada de conocerlo, feliz de que haya podido venir. Maravilloso, de veras. Contamos con usted, ya sabe, díganos por favor que hay alguna esperanza. Estoy segura de que la hay, no sé por qué pero algo me dice que mi padre estará bien. ¿Es usted religioso? Yo quisiera serlo. Y a veces creo que lo soy. No voy mucho por la iglesia, claro, pero la religión no se trata de eso, ¿verdad? A

veces pienso que soy más religiosa que las monjas y los curas de Asís. Tengo estos tremendos sentimientos.

Crepi interrumpió para presentar a la otra persona que estaba en el cuarto. Gianluigi Santucci, esposo de Cinzia, era un hombrecito magro que rayaba los cuarenta años, de espeso cabello negro cuidadosamente peinado, un bigote bien recortado y duros rasgos vigilantes, casi caninos. Zen sintió hostilidad en la breve mirada y mínima inclinación de cabeza con que cumplió su saludo, sin moverse de donde estaba, junto al fuego del hogar. Entonces Cinzia lo abordó de nuevo.

—¿De dónde es usted? ¿No es romano, verdad? No soporto a los romanos, arrogantes, agresivos, como si todavía gobernaran el mundo. Aunque claro que tenemos montones de amigos en Roma. Pero su nombre me recuerda el libro ese que siempre he querido leer, un clásico de como se llame sobre un hombre que está tratando de dejar de fumar. ¿Usted fuma? Yo debería dejarlo, pero he ido al médico y me ha dicho que tome unas píldoras que yo simplemente me niego a tomar; es peor que fumar. Uno lee historias horribles sobre eso en las revistas; unos años después los hijos nacen deformes, aunque los dos míos nada tienen de anormales, gracias a Dios. ¿Tiene usted hijos? Pero ¿de dónde es usted? No, no, déjeme adivinar. ¿Sicilia? Sí, usted tiene sangre normanda, puedo sentirlo. ¿Cierto?

—No del todo, querida —intervino Crepi con pesada ironía, corrigiéndola.

—¿Venecia? Bueno, es igual, una isla.

En ese momento una mujer alta y llana, sin atractivo alguno, entró desde el vestíbulo y cerró la puerta tras de sí. Bordeaba los cuarenta años, de cabello marrón parduzco ni corto ni largo, recogido en un rodete, vestida con un traje de material sintético que a Zen le recordó la moda playera del Lido de la década de 1950. Quería dar la impresión de tener estilo, pero de algún modo solo lograba ser tosco y triste a la vez. Nadie prestó la mínima atención a la recién llegada. Gianluigi Santucci estaba diciéndole algo a Crepi en un intenso susurro, mientras su esposa vagaba distraídamente preguntándoles a todos si habían visto su bolso y agregando que la vida sería muchísimo más fácil si no hubiera bolsos, pero ¿cómo podría uno sobrevivir sin ellos?, aunque, por supuesto, su amiga Stefania había renunciado a los suyos por completo, simplemente los había tirado a la basura un día, y todavía se las arreglaba, de modo que tal vez era posible, con el tiempo todo era posible.

—¿Vienen también sus hermanos? —preguntó Zen a Silvio, que sacudió brevemente la cabeza.

—Pietro está en Londres. Y a Daniele no le interesa esta clase de cosas.

Pero Zen recordaba haber oído a Crepi decirle a Silvio esa tarde: «Pero no Daniele, ¿eh? ¡Dios sabe de qué cosas es capaz!». Así que, fuera lo que fuese, el más joven de los Miletto había sido dejado fuera adrede.

La chillona voz de Gianluigi Santucci se soltó de pronto, como si alguien hubiera subido el volumen de una radio mal sintonizada.

—¡Muy bien, esa es su mierda dura, en mi opinión! Si la gente llega tarde no

puede pedir que todo el mundo se quede esperando. ¡No es el jefe de la familia ni un invitado de honor!

Crepi explicó a los demás que entre ambos habían estado discutiendo si esperar todavía o no a Ubaldo Valesio.

—¿Qué ganamos con esperar? —preguntó el marido de Cinzia—. Los abogados siempre se atiborran, de todos modos. Abogados y curas, ¡esos son los peores!

—¡Sí, procedamos! —coincidió Silvio. Pero a juzgar por su tono quiso decir «Acabémosla».

Crepi se volvió hacia Zen.

—*Dottore*, usted es la parte neutral aquí —dijo con exagerada cordialidad—. ¿Qué opina?

Afortunadamente Cinzia lo salvó.

—¡Oh, estoy segura de que el comisario piensa lo mismo que todos nosotros! —exclamó—. ¡Comamos, por el amor de Dios! Me estoy muriendo de hambre, y ya saben, la digestión de Lulu siempre es un problema. Estar así, sin más, esperando, pone a funcionar los jugos, ¿saben?, y los jugos se comen la mucosa del estómago. Terrible, asqueroso. Pero tú lo toleras como un corderito, ¿verdad Lulu?

El comedor estaba helado y olía a humedad. Lo alumbraban innumerables bombillas desnudas, clavadas en un candelabro que pendía de una cadena de varios metros de largo, rematada en un ancla hundida surrealísticamente en mitad de los elaborados frescos que cubrían el techo. Zen tuvo bastante tiempo para contemplar a las rollizas ninfas y a los pastores que se divertían en una variedad de posturas más o menos provocativas. Mientras, la cena transcurría a paso fúnebre, presidida por un viejo criado cuyas manos temblaban tan alarmantemente que parecía una cuestión de segundos antes de que una bandeja terminara sobre las piernas de alguien.

Los *tagliatelle* eran caseros, la carne estaba bien asada, a las brasas, el vino de Crepi era noble y su aceite verde botella magnífico, pero la cena fue un desastre. Ubaldo Valesio no llegó y, sin él, por acuerdo tácito, el secuestro de Ruggiero Miletto no pudo ser mencionado. Ante tan ominosa e inconfesada ausencia, solo quedaba ser absolutamente brillante y superficial. Así, Cinzia Miletto volvió a ser la misma y dominó la cena con un despliegue sin respiro de verborrea frenética que casi podía confundirse con alegría. Antonio Crepi acotaba sus monólogos con una serie de anécdotas más bien pesadas sobre la historia y las tradiciones de Umbría en general, y de Perugia en particular, narradas en el estilo enfático y declamatorio de los profesores universitarios de antes del 68.

Silvio continuó a través de sus platos a paso firme, con una expresión entre de reojo y ceño fruncido, como si estuviera contemplando algo repugnante desde el lado equivocado del telescopio. Gianluigi Santucci hizo pocas contribuciones más allá de algunos comentarios explosivos que eran el equivalente verbal de los sonoros gruñidos y retumbos que salían de su estómago. La mujer del grotesco traje, que aparentemente era la secretaria de Silvio, no dijo ni una sola palabra y siguió

sonriendo amablemente, a todos y a nadie, como una monja bonachona que mira jugar a los niños. En cuanto a Zen, estudiaba el techo y daba gracias a Dios de que a su edad el tiempo pasara relativamente rápido. Todavía podía recordar las medias horas de su niñez, que parecían haber escapado por completo a las reglas del reloj y durar eternamente, hasta que sin motivo alguno se acababan de repente. La cena de Crepi dio buena cuenta de sus ciento trece minutos, pero un poco después de las diez y media su tiempo había terminado y todos volvieron al otro cuarto.

Sin embargo, a pesar de que la atmósfera era un poco menos tensa, la situación siguió empantanada. Se especuló sin fin sobre lo que podía haberle ocurrido a Valesio, cuya desconsideración por no llamar para disculparse y dar una explicación fue unánimemente reconocida como típica. El origen del problema fue trazado hasta su madre, una sueca que primero se había enamorado de Perugia y luego de un perusino, y de quien, como extranjera, no podía esperarse que criara a su hijo como se debe. Pero Zen comenzó a sospechar que Valesio había maniobrado mejor que Crepi, y que se mantenía alejado adrede, por órdenes de los Miletti, para evitar cualquier discusión sobre el secuestro. ¿Por qué no se iban todos a casa entonces, por el amor de Dios? La farsa había llegado ya a su amargo final y nada les impedía hacer un gracioso mutis. Pero la cosa es que nadie parecía tener la menor intención de hacerlo.

Finalmente se oyó el ruido de un motor fuera, y todos se animaron.

—¡Ah, por fin! —gritó Cinzia—. Es de lo peor, ¿sabe?, realmente de lo peor, y sin embargo tan buena gente en realidad. Mi madre siempre me dijo que, hiciera lo que hiciese, nunca me casara con un abogado. «Llegará tarde a su propio funeral», solía decir, y debo decir que, a pesar de todo, Gianluigi siempre llega a tiempo.

El de la puntualidad sin parangón cruzó una mirada con Silvio.

—Es el motor de una moto —puntualizó.

Crepi se levantó y se dirigió a la ventana.

—¿Y? —preguntó Cinzia—. ¿Quién es?

—No hay nadie ahí.

—¡Exacto! ¡No hay nadie aquí! —exclamó una nueva voz.

Seis cabezas se volvieron al unísono hacia el otro extremo de la habitación, en cuya puerta se había abierto una rendija.

—O mejor dicho yo estoy aquí —continuó la voz—. Lo cual viene a ser lo mismo, ¿no es cierto?

—¡Deja de hacer el tonto, Daniele! —gritó Cinzia secamente—. Ya sabes cómo tengo los nervios. ¿Qué va usted a pensar de nosotros, *dottore*? Perdónelo, en realidad es un buen chico. Es culpa de mi madre, que Dios tenga en su gloria. Una buena mujer, una persona maravillosamente cálida, pero no había leído a Freud, desde luego. Tiemblo de solo pensar cómo habrá hecho para acostumbrarnos a todos nosotros a no ensuciamos encima.

La puerta se abrió, pero Daniele siguió de pie en el umbral. Era alto y compartía

con su hermana esa apariencia hecha de un millón de liras de elegantísima ropa informal: zapatos Timberland, pantalones holgados de *tweed*, jersey de lana y anorak Montclair.

—¿Qué haces? —exclamó Silvio en tono de hosca irritación—. ¡Entra y cierra la puerta!

Una mirada fingida de sorpresa y azoro apareció sobre los rasgos de buen mozo de Daniele.

—¿Qué creéis que soy, una especie de colado? ¿Alguien que se entromete en las fiestas donde no ha sido invitado? No me crie en una granja, ¿sabéis?

Antonio Crepi gesticuló con impaciencia.

—¡Entra, Daniele! No tenemos tiempo para esas cosas. Sabes muy bien que invité a toda la familia. Si no querías molestarte en venir, ese es problema tuyo, pero no nos hagas perder el tiempo con estas escenas infantiles.

—Oh, toda la familia, ¿eh? Eso no es lo que me dijeron.

Entró y cerró la puerta, mirando fijamente a Silvio.

—Si tanto te preocupan de repente los modales, podrías al menos saludar entonces al invitado de Antonio —chirrió Cinzia—. Te presento al comisario Zen, que ha venido especialmente desde Roma a ayudarnos a salvar a papá. Es de Venecia, el muy afortunado. ¡Qué hermosa ciudad! ¡Me vuelve loca Venecia!

Daniele se paseó alrededor de Zen y observó sus pies de cerca, con un interés cómicamente exagerado. Frunció el ceño.

—Qué raro. Me habían dicho que los policías venecianos siempre tienen un pie mojado. Ya sabéis, porque cuando acaban de fumar tiran la colilla en el canal y...

Hizo el gesto de alguien que apaga un cigarrillo con el pie y se echó a reír a toda voz.

—¡Pero los pies del comisario Zen están perfectamente secos! —continuó—. Así que obviamente no puede venir de Venecia. Y si viene, entonces no es de veras policía.

—¡Cállate la boca!

La reprimenda no venía de Silvio, ni de Crepi, sino de Gianluigi Santucci. Daniele siguió sonriendo afablemente, como si no lo hubiera oído. De todos modos, no volvió a hablar. Y tampoco los demás, así que cayó el silencio.

Al final, le tocó a la secretaria de Silvio salvar la situación.

—Bueno, supongo que al comisario Zen le gustaría irse temprano a la cama —sentenció mientras se levantaba.

Era la primera cosa que Zen le oía decir en toda la noche, y notó con sorpresa que no era italiana. ¡Claro! Con esa ropa, debió habérselo imaginado.

—Es muy considerado de su parte, *signora* —dijo mientras se ponía de pie para asegurar que el gesto de ella no había sido en balde.

—No es *signora* —lo corrigió Cinzia—. No está casada. ¿No es verdad, Ivy?

Era un insulto horrible y deliberado. Cualquiera mujer de cierta edad merece que la

llamen *signora*, esté casada o no. Todos esperaron una respuesta, pero no llegó. La mujer se quedó allí, como una estatua, sonriendo tan beatíficamente como había hecho toda la noche.

—Así es, Cinzia —respondió sin sobresaltos en su profunda voz, pronunciando cada palabra con una claridad casi pedante—. Pero el comisario no ha estado aquí lo suficiente para saber todos los detalles. De cualquier modo, creo que en unos días sabrá de nosotros más que nosotros mismos.

Fue una actuación de primera. La extranjería de la mujer hizo que Zen recordara a Ellen, así que respondió con genuina calidez, «Buenas noches, *signora*», y recibió una radiante sonrisa por respuesta.

Todos se levantaron, excepto Daniele.

—No quiero irme todavía —se quejó—. Acabo de llegar.

Gianluigi Santucci se acercó al sofá donde estaba hundido Daniele y lo cogió de una oreja.

—¡Ah, los jóvenes de hoy! —chilló con perversa juguetonería—. Sin energía, sin iniciativa. ¡Me enferman!

Con una risa burlona puso de pie a Daniele y lo lanzó a donde estaban los demás.

En la puerta principal se estrecharon muchas manos y se intercambiaron despedidas. En el último momento, Crepi tiró de la manga de Zen y lo retuvo.

—Usted no, *dottore*.

Los Miletto intercambiaron miradas con rapidez.

—Creí que quería irse a dormir temprano —objetó Silvio.

—No os preocupéis por el comisario Zen —sonrió Crepi, lleno de alegre consideración—. Iros con cuidado, que ese caminito mío es peligroso a trechos. Siempre quiero volver a allanarlo, pero por una cosa u otra nunca lo hago.

—¿Y si llega Valesio?

La pregunta de Gianluigi Santucci, a diferencia de la de su cuñado, tenía sentido.

—¡Si llega Valesio le daremos un plato frío de *tagliatelle* y le diré lo que pienso! Pero no discutiremos el secuestro a vuestras espaldas, si eso es lo que te preocupa.

Santucci hizo una mueca.

—¿Preocuparme? ¿Por qué debería preocuparme a mí? ¡Que les preocupe a otros, no a mí!

Unos pocos minutos después los dispares sonidos del Fiat, el Volvo de los Santucci y la moto Enduro Trail de Daniele se habían desvanecido en un zumbido intermitente, que al final se hizo indistinguible del silencio.

—Y bien, ¿qué le parecieron? —preguntó Crepi mientras volvían a la sala—. Pero antes déjeme ofrecerle algo. ¿Le gusta la *grappa*? Me han dicho que esta es buena. Viene de su tierra. Mi hija menor se ha casado con un dentista de Udino y cada Navidad me envían una botella de las que hace un tío de él. La verdad es que el doctor me ha prohibido las bebidas alcohólicas, pero no tengo corazón para decírselo.

Le tendió un vaso de líquido transparente como agua de manantial.

—Oiga, *dottore* —continuó Crepi—. Usted debe estarse preguntando por qué quería yo arruinarle de este modo su primera noche en Perugia.

Zen aspiró el aroma de la *grappa* con aprobación.

—Tengo más curiosidad de saber por qué aceptaron venir.

—¿Los Miletto? Oh, vinieron porque todos pensaron que los demás vendrían, y nadie quería quedarse fuera. Esta tarde en el Corso, justo antes de hablar con usted, me topé con Silvio. Le mencioné la cena y lo dejé creer que Cinzia y su marido vendrían. A Silvio no le gustaba la idea de que Cinzia y Gianluigi hablaran con usted a sus espaldas, así que aceptó venir. Luego le telefoneé a Cinzia y le dije que Silvio vendría, con el mismo resultado. ¡De no haber sido por la extranjera, tendría que haberlos echado a todos!

No pareció considerar desagradable tal posibilidad.

—¿Y Daniele?

—Daniele es menos predecible. Pero en general uno puede conseguir que haga algo si le hace creer que uno no desea que lo haga. Le dije a Cinzia que no le mencionara la cena, que es como decirle a alguien que lleve agua en un cedazo. Él supuso que lo excluíamos y apareció para tratar de ser grosero con todo el mundo. ¡Ni siquiera se imaginaba que eso era justo lo que yo quería! Así que ya lo ve, estos chicos creen que son muy inteligentes, pero una vez que uno entiende cómo funcionan, es posible hacer con ellos lo que uno desea. Es una lástima que Valesio no pudiera llegar. Si hubiera usted podido hablar con él sobre el secuestro, entonces sabría a qué nos enfrentamos.

Zen reflexionó durante un momento.

—Pensé que nos enfrentábamos a una banda de secuestradores.

—¡Si solo fuera eso! —exclamó Crepi—. Qué simple sería. Por eso lo invité a usted esta noche. Porque si de veras va a ayudar, lo primero que tiene que saber es que este no es un secuestro normal. Sencillamente, porque los Miletto no son una familia normal. Comencemos por Silvio. De toda la camada, es el que más se parece a su padre. Es decir, físicamente. En todo lo demás no podrían ser más diferentes. Silvio no tiene el menor interés en el negocio, ni en alguna otra cosa, excepto su colección de sellos, y uno o dos pasatiempos más desagradables. Ruggiero nunca lo ha comprendido. Por ejemplo, cuando a Silvio le llegó el turno de hacer el servicio militar, todo el mundo dio por sentado que su padre haría unas cuantas llamadas y lo libraría del asunto. Pues bien, Ruggiero hizo sus llamadas, es cierto, pero para asegurarse de que Silvio no solo cumpliera con el servicio de cabo a rabo, sino de que lo hiciera en un basurero lleno de mosquitos en Cerdeña. Acababa de empezar a notar que su hijo era un poco marica y, ya se lo imaginará, pensó que esa era la manera de hacerlo hombre. Yo no creo que Silvio se lo haya perdonado. No solo lo de Cerdeña, sino sobre todo la humillación de tener un padre que lo tenía en tan poco como para no mover un dedo para sacarlo del atolladero.

Crepi se levantó, abrió una pequeña caja de cerámica que estaba sobre la

chimenea, y sacó un puro. Ofreció uno a Zen, que sacudió la cabeza y extrajo uno de los cuatro Nazionali que le quedaban. Se consternó al notar que había olvidado llevar una provisión de esos deliciosos y bastos cigarrillos, de tabaco nacional, que solo costaban unas cuantas liras y eran tan difíciles de conseguir como los champiñones silvestres. En Roma los conseguía de un tabaquero a cuyo hijo había ayudado una vez, ¿pero qué podía hacer en Perugia?

—No perderé el tiempo con Cinzia —continuó Crepi—. No es más que una niña bonita que se hace vieja sin haber crecido. Solo hay dos cosas importantes en cuanto a ella. Una es su marido. Debo admitir una inconfesable admiración por Gianluigi, aunque es una de las mayores mierdas jamás creadas. No es de por aquí, claro. ¿Se fijó en esas horribles «ches» toscanas, como de gato enfermo? Santucci ha puesto manos a la obra desde que fue concebido. Casarse con Cinzia Miletta no le ha hecho el menor daño a su carrera, por supuesto, pero habría llegado lejos como fuera, en cualquier sitio, bajo no importa qué circunstancias.

Zen sonrió maliciosamente.

—Hay un dicho en Venecia. La mierda sale a flote, en el agua dulce y en la salobre.

Inmediatamente se arrepintió del comentario. ¿Por qué estaba hablando con Crepi de ese modo familiar? Pero la risa de su anfitrión sonó bastante sincera.

—¡Es cierto, es cierto! ¡Yo mismo he salido a flote, y sé de qué va! Oh, sí, Gianluigi lo ha hecho muy bien por sí mismo. Con Pietro en el extranjero, y Silvio, que no se interesa, ha ido escalando ramita por ramita hasta el nivel de gerencia en la SIMP. Pero claro que sigue siendo Ruggiero quien toma todas las decisiones finales, y no es que vayan derramando amores mutuos, que digamos. Debe ser liberador para Gianluigi no tener ahora el obstáculo del viejo. Pero no debemos olvidar la otra cosa importante sobre Cinzia, que también se aplica al menor de la familia. Se trata simplemente de que, cuando el viejo se haya ido, Dios no lo quiera, cada uno heredará el veinticinco por ciento de la SIMP. ¡Una cuarta parte cada uno! Eso ya es algo, ¿no es cierto? Especialmente si uno piensa que nuestro astuto toscanito está casado con una cuarta parte y tiene a la otra bajo su yugo. Daniele no me hace el menor caso y trata a Silvio como mierda, pero obedece a su cuñado.

Zen bebió otro sorbo de *grappa*, paladeándolo en la boca. El sabor fuerte y vegetal le bajó por la garganta y se le subió a la cabeza. ¿Por qué estaba Crepi diciéndole todo esto?

—¿Y Pietro? —preguntó—. ¿No es extraño que no esté en Perugia mientras su padre pasa por esta prueba?

Crepi asintió con la cabeza.

—Al principio volvió, pero cuando las negociaciones empezaron a hacerse interminables alegó que tenía que regresar a Londres a hacerse cargo de sus negocios. Esto le viene de su padre. Silvio heredó el parecido de Ruggiero; Pietro, el cerebro. Es extremadamente agudo, pero demasiado inteligente para dejarlo ver. Ruggiero



tiene un modo despacioso y provinciano que ha engañado a muchos milaneses inteligentes, lo que les impidió leer entre líneas. Pietro explota sus diez años en Londres. Originalmente fue allá a organizar la distribución de los productos de la SIMP, luego hizo que su padre lo dejara abrir una sucursal semiautónoma para importar una variedad de productos. Pero eso es solo el disfraz. Su verdadero negocio es la manipulación de dinero. Ha organizado una cadena de compañías más o menos fantasmas y hace pasar dinero de unas a otras, con lo que cada vez crea una oleada de ganancias. Ingenioso, ¿eh? Pero Pietro «es» inteligente, y tremendamente ambicioso, aunque uno no podría descubrirlo con solo verlo. Actúa como el caballero inglés modelo, todo vaguedad y timidez. Pero no se deje engañar. Con su ego se podría cortar cristal.

Zen comenzó a sentir que la cabeza le daba vueltas.

—Espero no tener mucho que ver con la familia. Han mostrado a las claras que no están dispuestos a cooperar con las autoridades.

—Lo sé. Lo que me inquieta es que tampoco están dispuestos a cooperar con los secuestradores.

—Pero ¿no han pagado ya?

Crepi hizo un gesto ambivalente.

—Pagaron una vez, en noviembre. Todos pensamos que ahí terminaba el asunto. Pero en vez de liberar a Ruggiero, los muy cabrones pidieron más. Y ahí empezaron los problemas.

—¿Cuánto más pidieron?

—Otra vez lo mismo. Diez mil millones de liras.

Zen hizo un gesto.

—¡Por todos los santos, claro que tienen ese dinero! —bufó Crepi con impaciencia—. Y si no, hay mil maneras en que podrían conseguirlo. Pero tuvieron la impresión de que habían cedido a la primera demanda con demasiada facilidad, y que esta vez debían endurecerse y regatear hasta la última lira. Entonces surgió el problema de dónde conseguir el dinero. Más problemas, más riñas. ¿Qué era exactamente lo que debían hacer? ¿Debían pedir prestado? ¿Pietro podría ayudarlos? ¿Y qué hay de la idea de Gianluigi de entrar en tratos con una compañía extranjera, interesada en coger un lugar en la SIMP? Etcétera, etcétera. No lo abrumaré con todos los detalles.

—¿Y qué hay de la policía, de la judicatura? ¿Saben que Valesio está en contacto regular con la banda?

Crepi sacudió otra vez la mano.

—Sí y no. Saber, saben, por supuesto. En Perugia todo el mundo sabe todo. Pero oficialmente están fuera. Como ve, parte del problema ha sido que desde el principio el magistrado a cargo de la investigación, Luciano Bartocci, es un comunista que está en contra de los Miletta por principio. Si se le diera media oportunidad Bartocci usaría el secuestro para meter las narices en los asuntos de los Miletta, por razones políticas.

—¿No podría ser reemplazado?

Después de un momento, Crepi volvió a reírse con fuerza y largamente.

—Mi respuesta a eso, *dottore*, es la que un político dio a su mujer cuando fueron a los Uffizi a ver un Botticelli recién limpiado. La mujer está en éxtasis. «Es que lo veo en casa, sobre la chimenea», dice ella. «Mira», le responde el marido, «no puedo hacerlo “todo”, ¿sabes?».

Zen se unió a la risa de su anfitrión.

—De todos modos, nos estamos apartando del tema, —prosiguió Crepi—. Si la familia estuviera unida, todos los Bartocci del mundo les quedarían chicos. Pero, como están las cosas, podrían morirse de hambre antes de ponerse de acuerdo sobre con qué salsa tomar la pasta. Lo harían, si el cocinero no decidiera por ellos. ¡Y mientras tanto la vida de Ruggiero pende de un hilo! Tiene más de setenta años, *dottore*, y problemas de salud. Desde el accidente en que murió su esposa ha sufrido ataques que le paralizan medio cuerpo. Hace dos años pareció incluso que tendría que dejar de trabajar completamente, pero al final salió de eso. Quién sabe lo que estará pasando en este momento, mientras nosotros estamos aquí, bien cenados y calientes delante del fuego. ¡Debe volver a casa! ¡La familia debe pagar lo que le pidan, inmediatamente, sin más disputas! ¡Eso es lo que usted debe decirles, *dottore*!

Para ocultar su consternación, Zen se llevó el vaso a los labios y se bebió las últimas gotas de *grappa*.

—¿Qué le hace pensar que me harán algún caso?

—No estoy hablando de la familia.

—¿De quién, entonces?

Crepi se inclinó hacia adelante.

—Su llegada a Perugia será ampliamente cubierta por la prensa. ¡Yo me encargo de eso! Lo entrevistarán. Le pedirán que dé sus impresiones sobre el caso. ¡Dícales! Eso es todo. Simplemente dícales.

—Decirles ¿qué?

—Dícales que se pregunta hasta qué punto son realmente serios los Miletta en cuanto a la libertad de su padre. Dícales que la familia no da la impresión de haber comprendido la extrema gravedad y la urgencia de la situación. En una palabra, ¡dícales que no está convencido de la sinceridad de los Miletta! Desde luego, yo le daré todo mi respaldo. Los avergonzaremos hasta que paguen. ¿Lo ve? ¿Eh? ¿Qué me dice?

Pero en ese momento sonó el teléfono.

### III

**Z**EN se preparó para el choque inevitable a medida que el coche entraba más y más en la curva. ¡Defraudado otra vez! Pero no había manera de acostumbrarse.

—Si es Valesio con sus disculpas, ya le diré yo lo que puede hacer con ellas — había murmurado Crepi mientras iba a contestar el teléfono—. ¡Diga! ¿Quién? Oh. ¿Sí? No comprendo. ¿Qué? ¡No! ¡Dios santo! ¡Oh, Dios mío!

Se echó hacia adelante, respirando profundamente.

—¿Qué ha ocurrido?

Crepi jadeaba, como si estuviera a punto de desmayarse. Zen tomó el auricular de su mano.

—Diga. ¿Quién habla?

La línea estaba cortada.

—Lo han matado —murmuró Crepi mientras daba tumbos hacia la puerta, sin hacer caso de las preguntas de Zen.

Zen llamó a la *Questura*, pero nada sabían. Les pidió que averiguaran y le llamaran después.

Caminó hasta la chimenea, cogió un leño y lo lanzó al rescoldo. El musgo seco y un pedazo de hiedra, prendidos todavía a la corteza, dieron su llamarada. Poco a poco, también la madera se encendió, primero humeó furiosamente y luego soltó una llama.

Por una rendija salió una mariquita que se puso a explorar la superficie del leño, entonces bien encendida. Zen tomó una astilla de la chimenea y puso un extremo sobre el camino del bichito, que inmediatamente viró. Una y otra vez trató de tentar a la mariquita con la salvación, hasta que comenzó a dolerle la mano por el calor. Justo en el momento en que lo había conseguido, sonó el teléfono otra vez. El insecto cayó y se incendió en el brillante rescoldo, frente al emparrillado.

—*Los carabinieri se han hecho cargo y no sueltan mucho. El meollo parece ser que alguien fue asesinado cerca de Valfabbrica.*

Zen bajó la escalera llamando a Palottino, que surgió de la cocina, donde había estado mirando la televisión. Y no fue sino cuando estaban ya entrando en el coche que apareció Crepi, otra vez con la apariencia del viejo que era.

—Yo también voy.

Había sido su contacto en los *carabinieri* quien le había llamado, dijo. Ruggiero Miletti había sido hallado muerto en el maletero de un coche.

La noche era todavía suave y luminosa, pero se había levantado una fuerte brisa del sur y soplaba a ráfagas, empujando las nubes. Cuando la luna quedó descubierta, se reveló el paisaje, claro y sin embargo misterioso, de una manera que hacía parecer

la luz del día crudamente funcional, como una hilera de faroles de neón. Luego las nubes volvieron a cerrarse y era de noche y los faros abrían túneles en la oscuridad. Lámparas de bicicleta, negras y metálicas, apretadas con fuerza al correr descalzos dando gritos entre las dunas de arena. En el Lido, seguramente, con Tommaso y los otros, hace más de cuarenta años. Y pensar que ese recuerdo había permanecido oculto en algún rincón de su cerebro durante todos esos años, amorosa, inútilmente preservado.

—¡Ahí está!

La voz de Crepi sonó moleestamente cerca del oído de Zen. Solo entrevió el letrero azul y blanco que decía «Valfabbrica».

La calle principal estaba oscura y sus ventanas cerradas. Fuera del cuartelillo de los *carabinieri* había tres hombres de uniforme, charlando junto a un Giulietta azul oscuro. Un individuo corpulento, con galones de sargento en la manga, respondió a las preguntas de Zen señalando con una sacudida de cabeza la puerta que se abría detrás de él. Pero antes de que Zen pudiera salir del coche, Palottino se inclinó delante de él y comenzó a hablar en una lengua desconocida. El sargento respondió algo y subió al Giulietta.

—Nos llevará al sitio —explicó el napolitano.

—¿Amigo suyo?

Palottino negó con la cabeza. La emergencia estaba teniendo un efecto relajante sobre sus maneras.

—Es de Nápoles; reconocí el acento. Dice que es la primera cosa interesante que ocurre por aquí.

—¿Y qué es exactamente lo que «ha» ocurrido?

«Espléndido —pensó Zen—. Heme aquí reducido a obtener mi información entre las viñas ocultas de un dialecto».

—Hallaron a alguien muerto en un coche.

Crepi gruñó como si le hubieran clavado una navaja.

Un kilómetro fuera del poblado giraron a la izquierda y entraron a un camino de tierra que serpenteaba por el paisaje desolado que producían las crecidas temporales de un río cercano. Después de un rato, el Giulietta disminuyó su velocidad y frente a ellos aparecieron unas luces. El camino estaba bloqueado por unos vehículos aparcados en él en todos los ángulos posibles.

Un poderoso reflector móvil, montado sobre un *jeep* de los *carabinieri*, iluminaba la escena como si fuese un escenario cinematográfico. Mientras salían del coche, Zen distinguió un grupo de hombres que hablaban junto a un gran automóvil gris. Entonces todo desapareció al apagarse el reflector.

—¡Hasta mañana, pues!

—¡Perdone! —gritó Zen.

—¿Quién es?

—De la policía.

Solo los graznidos y crujidos incomprensibles de una radio de onda corta rompían el silencio.

—Llega un poco tarde.

Alguien se rio.

—Como siempre.

—Se acabó.

—Y nosotros nos vamos.

—¿Es cierto, entonces?

Era la voz de Crepi, justo delante de Zen.

—Es cierto, ¿qué?

—¿Está muerto?

—¿Quién es usted?

—Soy Antonio Crepi. ¿Quién es «usted»?

Alguien tomó aire bruscamente.

—¡Perdone, *commendatore*, no tenía idea! Por el amor de Dios, Volpi, diles a tus hombres que enciendan otra vez la luz. Ettore Di Leonardo, fiscal público suplente. Mis disculpas, pensé que habían dicho ser de la policía.

—Yo soy de la policía —comenzó a decir Zen—. Soy el comisario Aurelio...

—¡Contésteme! —repitió Crepi—. ¿Está muerto?

El reflector chisporroteó al volver a la vida, y todos se cubrieron los ojos.

—Desgraciadamente, *commendatore*. Desgraciadamente.

—La primera víctima de asesinato que he visto —dijo un hombre joven de cerrada barba negra—. Y no era un espectáculo agradable, se lo aseguro.

—¡Un poco de respeto, por Dios! —protestó Crepi con ira—. Era mi amigo.

El joven se encogió de hombros.

—Y mío también.

—¿Usted, Bartocci? —El tono de Crepi era amargamente sarcástico—. ¿Amigo de Ruggiero Miletti? ¿De qué demonios habla?

—¿Quién mencionó el nombre de Ruggiero Miletti? —dijo el más viejo de los dos civiles.

—Yo me refería al hombre asesinado, Ubaldo Valesio —explicó su colega de la barba.

Crepi miró al tercer hombre, un mayor de los *carabinieri*.

—¡A mí me dijeron que era Ruggiero a quien habían asesinado! —exclamó.

—Al principio hubo algunas confusiones sobre la identidad de la víctima —respondió el oficial con calma.

El más viejo de los civiles puso su atención en Zen. Era un hombre bajo y macizo, de rostro tan llano y falto de rasgos como un globo. Miraba ferozmente a todos, como si supiera muy bien lo estúpido que parecía y hubiese decidido borrar esa impresión con el descaro.

—¿De la policía? Di Leonardo, fiscal público suplente. No estoy en modo alguno

conforme con la manera en que se ha llevado esta investigación. En mi opinión la policía ha mostrado una falta de esmero que raya en la irresponsabilidad, con los trágicos resultados que hemos visto esta noche.

Zen movió la cabeza vagamente.

—Perdone, acabo de llegar...

—Ya, ya. Esto no es, de manera alguna, una reflexión sobre su persona, comisario. Sin embargo, me parece bastante increíble que no se haya hecho el menor intento por explotar los contactos de la víctima con la banda, de veras bastante increíble. Si se hubieran seguido sus movimientos habríamos averiguado mucho. Pero tal como están las cosas, ahora tenemos un cadáver en nuestras manos y no nos hemos acercado un ápice al sitio donde están la banda o Ruggiero Miletti. Es muy insatisfactorio. De verdad muy insatisfactorio.

Zen gesticuló indeciso.

—Como le he dicho, acabo de llegar, pero debo señalar que una vigilancia electrónica como la que menciona requiere de la cooperación del sujeto. Si no se llevó a cabo tal intento, quizá se deba a que la policía quería respetar los deseos de la familia Miletti.

El fiscal público movió el dedo para indicar que eso no bastaba.

—La Constitución afirma con bastante claridad que la fuerza de la ley actúa autónomamente bajo dirección judicial. Los deseos privados de los individuos nada tienen que ver con ello.

—Pero no se puede esperar que la policía contradiga los deseos de la familia más poderosa de Perugia sin instrucciones judiciales precisas —protestó Zen.

El mayor Volpi intervino, abriendo los brazos como si dirigiera el tráfico.

—No puedo hablar en nombre de todos mis colegas de la policía, desde luego —señaló con suficiencia—, pero puedo asegurarles que en este caso, como en cualquier otro, mis hombres harán todo lo que sea necesario para asegurar un resultado feliz, sin importar quién pueda estar implicado.

Siempre había existido una feroz rivalidad entre la policía civil, responsable ante el Ministerio del Interior, y los *carabinieri* paramilitares controlados por el Ministerio de Defensa. Y por cierto la rivalidad se cultivaba deliberadamente bajo la suposición de que la competencia ayudaba a mantener la eficiencia y la honradez en ambas partes.

—¡Ahí lo tiene, ya lo ve! —dijo Di Leonardo a Zen—. No puede esperar que los jueces hagamos todo el trabajo por usted, comisario. Esperamos ver también alguna iniciativa por su parte.

Al terminar estas palabras se volvió a hablar con Antonio Crepi. El oficial de los *carabinieri* se fue a supervisar los trabajos de la grúa que acababa de entrar por la carretera principal. Bartocci, el joven magistrado, se hallaba de pie junto al coche en el que se había encontrado el cuerpo de Valesio, un BMW gris que parecía casi nuevo. Zen se acercó y miró dentro del maletero. Nada había, excepto un pequeño

charco de sangre oscura formado junto a la orilla de la bolsa de plástico que contenía el manual de instrucciones para el uso del gato.

—Su esposa es muy amiga de mi hermana —señaló Bertocci—. Solo tiene treinta y un años. Tienen tres hijos.

Zen tenía olfato, y se quedó callado.

—Lo peor de todo es que esta no era ni siquiera su línea de trabajo. Ubaldo era abogado laboral. Disputas sindicales, contratos y esas cosas. Un buen negociador, claro.

Luciano Bartocci mostraba el contraste más acusado que pudiera haber con su colega de la fiscalía. Ambos habían sido llamados de manera inesperada, pero mientras que Di Leonardo, el más viejo, había aparecido inmaculadamente en traje, jersey y corbata con un alfiler de oro, el joven llevaba un anorak, camisa de cuello abierto y tejanos. Tendría unos treinta y cinco años y era atlético y fuerte, de mirada franca y directa. Su barba casi escondía su única debilidad, una leve crispación facial que era como si estuviera reteniendo siempre un impulso por sonreír.

—¿Por qué tenían que hacer esto? —murmuró.

—Tal vez por error.

Zen era apenas consciente de haber hablado, hasta que Bartocci se volvió hacia él.

—¡No diría eso si lo hubiera visto! Le metieron la pistola en la boca y le volaron la parte posterior de la cabeza. No hubo el menor error.

—No, lo que quería decir...

Pero antes de que pudiera explicarlo Di Leonardo llamó a Bartocci. Todos los vehículos hacían rugir sus motores, listos para partir. Sin previo aviso, el reflector volvió a apagarse.

Zen no había prestado atención al terreno y al principio temió dar un paso y caerse en alguna zanja. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad comenzó su vuelta al Alfetta, despacio al principio, después con más confianza. Iba casi ya a su paso normal cuando tropezó con alguien.

—¡Disculpe!

—¡Disculpe!

Reconoció la voz de Bartocci.

—¿Es el comisario de Roma? —preguntó el joven magistrado.

—Sí.

—Me gustaría verlo por la mañana. ¿Podría ir a mi despacho?

La voz se alejaba.

—Tendré que darle la noticia a su esposa —continuó Bartocci, cada vez más lejos—. No sé cuánto podrá tomarme. Digamos, ¿a las nueve? Si me retraso, ¿podría esperar un poco?

—¿Hay algo en especial que quiera?

No hubo respuesta. Zen avanzó con cuidado, las manos estiradas hacia adelante, pero cuando la luna volvió a salir se encontró con que estaba solo.

El Tío de Italia, Sandro Pertini, miraba a Aurelio Zen hacia abajo, con su aire inimitable de autoridad benévola. Y Zen devolvía llanamente la mirada. Esta aparente falta de respeto se debía a que no estaba mirando de hecho al presidente de la República sino al vidrio que cubría su retrato, en el que se reflejaba la puerta, abierta hacia la habitación contigua, donde sus dos ayudantes escudriñaban el montón de documentos que provenían de la casa y el despacho de Ubaldo Valesio. O más bien eso es lo que supuestamente debían de estar haciendo: la mirada sobre el retrato del presidente revelaba que en realidad uno estaba enrollado en una intensa discusión con el otro, a media voz, salpicada de furtivas miradas en dirección al despacho de Zen.

El rostro de Zen estaba más pálido y ojeroso que de costumbre, y sus ojos brillaban con el efecto combinado de muy poco sueño y demasiado café. No había sido hasta después de las tres que finalmente se había acostado. Se despertó cuatro horas más tarde con sabor a sangre en la boca y un fuerte dolor en la punta de la lengua, donde se la habían mordido los dientes. Era un mal signo, un signo de tensión que se va ahondando, de nervios fuera de control. Salió de la cama y abrió la ventana por primera vez. El ruido de la ancha avenida, justo debajo de su ventana, entró en la habitación junto con el aire helado y limpio. A media distancia, dos iglesias marcaban la ruta de una calle que salía de la ciudad a través de un suburbio medieval. La más cercana era una amplia estructura de basta piedra rosada, con un sólido campanario rectangular que se agachaba entre las casas revueltas y apretadas con la pesada elegancia de una campesina en los campos. La otra, en contraste, era un complejo conglomerado de edificios coronado por una aguja delgada y alta. Más allá de ellas, aproximadamente quince o veinte kilómetros más lejos, una montaña tan redondeada y suave como un montículo de masa se alzaba desde el llano. Zen nunca la había visto, pero tuvo la extraña sensación de que la conocía de toda la vida.

Se había levantado y había buscado en su equipaje, todavía desordenadamente esparcido por la habitación, hasta encontrar el pequeño radio de transistores que llevaba en todos sus viajes. El noticiario acababa de empezar y lo escuchaba con un oído mientras se afeitaba. Un ministro había decidido responder con un «digno silencio» a quienes solicitaban su renuncia debido a las aseveraciones de que su nombre aparecía en la lista de los implicados en un escándalo por soborno en el que estaba envuelta una cadena de compañías constructoras. El líder de un partido había calificado de «absolutamente inaceptable» las declaraciones hechas por el secretario de otro, a quien acusaba de «típica arrogancia y condescendencia». Un policía de rango superior de Palermo había sido asesinado al salir de un restaurante. El papa había anunciado su próxima visita a diez países. Los vuelos podrían verse interrumpidos hacia fines de ese mes debido a los planes de huelga de los controladores aéreos. Un accidente en la autopista Milán-Venecia había dejado un saldo de tres muertos y once heridos, lo que fortalecía la demanda de construcción de un carril adicional. El asesinato de un abogado en Umbría fue resumido justo antes



del pronóstico del tiempo; se decía que los *carabinieri* investigaban, pero no hubo mención de Ruggiero Miletti.

Zen enderezó su silla otra vez, haciéndola rechinar sonoramente contra el piso, y las dos cabezas que se reflejaban en el rectángulo de vidrio se inclinaron inmediatamente sobre sus respectivas pilas de papeles, repletas de notas en la casi ilegible y minúscula caligrafía de Ubaldo Valesio. Zen giró los ojos a la derecha, hacia el pequeño crucifijo y el calendario que mostraba el desfile de los cadetes de la escuela de entrenamiento de Nettuno. El calendario todavía tenía la hoja del mes de febrero, aunque ya era marzo y el cumpleaños de su madre tendría lugar en menos de una semana. Por ningún motivo debía olvidarse de su regalo.

Frente a él, sobre el escritorio, yacía un ejemplar de *La Nazione*. El titular decía: «SANGRIENTO ASESINATO DEL PORTAVOZ DE LOS MILETTI: ¿MENSAJE AL “SUPERPOLI” DE ROMA?». Más abajo aparecía la fotografía de una escena ya tan común en la vida italiana como la pasta. Encogido en una postura tiesa y antinaturalmente fetal, con una mueca sesgada, más bien fatua, Ubaldo Valesio parecía un cadáver poco convincente. Pero el convencimiento lo habían logrado ampliamente la fotografías que Bartocci le había mostrado antes, donde se veía el otro lado de la cabeza del abogado, la masa encefálica como la pulpa mondada de una sandía salpicada con las astillas de un hueso destrozado.

¡Pero no había muerto en vano! Gracias a este suceso, Zen había logrado resolver el pago de ese talón en blanco que el *questore* había llenado tan apresurada como vigorosamente el día anterior. Zen había solicitado y obtenido los servicios de dos inspectores y un sargento detective, además de un despacho extra y varios privilegios de comunicación y transporte que no tenía razón para suponer que necesitaría, pero que no eran una mala medida. Sin embargo, al irse aclarando las noticias, los *carabinieri* habían tomado una posición fuerte en la investigación del asesinato, y todo lo que le quedaba al «superpoli de Roma» era revisar los movimientos de Valesio el día anterior y hurgar el material que había sido recogido en su casa y despacho. Lucaroni, uno de los dos inspectores, se hacía cargo de la primera de estas tareas, mientras que el otro, Geraci, trabajaba en la segunda tras la puerta vecina. Lo asistía, si así puede decirse, Chiodini, cuyos servicios habían sido expresamente solicitados por Zen. La visión del enorme bruto esforzándose por descifrar los apuntes melindrosos de Ubaldo Valesio era una pequeña compensación por la manera en que había tratado a Zen el día anterior.

Zen había llegado al despacho de Bartocci puntualmente a las nueve. Los tribunales se alojaban en el enmarañado palacio renacentista que formaba uno de los costados de la inevitable Piazza Matteotti. El portalón lo coronaba un nicho donde había una estatua de la Justicia flanqueada por dos figuras que consistían, aparentemente, en una cabeza de buitre y un par de alas adosadas a un cuerpo de hiena, un motivo que se repetía exhaustivamente por todo el edificio. Zen tuvo tiempo suficiente para admirar los rasgos arquitectónicos del palacio, ya que Luciano

Bartocci no apareció hasta pasadas las diez.

De día, el joven magistrado más bien se conformaba a la norma de los miembros de su profesión en cuanto a vestimenta: americana de *tweed*, jersey de lana, camisa a cuadros, corbata de algodón y pantalones de pana. Él también se veía ojeroso, pues se había pasado la noche, hasta las cinco de la mañana, con la viuda de la víctima. Al parecer, Patrizia Valesio al principio había reaccionado con extraña calma al oír la noticia de la muerte de su marido.

—Todavía estaba despierta cuando llegamos —explicó Bartocci—, todavía esperando que llegara su marido. Yo había llevado conmigo, como ayuda, a mi hermana. Creo que Patrizia debe de haberse dado cuenta de lo que pasaba desde el momento en que abrió la puerta, pero nos invitó a pasar como si nada. Tal vez hacíamos una visita normal, solo que a mitad de la noche. Le dije que su esposo había tenido un accidente. «Está muerto, ¿no es cierto?», respondió. «Lo han matado». Yo simplemente asentí.

Estaban fuera de los tribunales, esperando a Palottino que había ido a buscar el Alfetta. Bartocci había explicado que quería que Zen lo acompañara tanto a la casa como al despacho de Valesio, de donde planeaba sacar algún documento que pudiera echar luz sobre el asesinato del abogado y sus contactos con los secuestradores. La calle estaba radiantemente soleada y ajetreada, con la gente yendo y viniendo frente al mercado, al que se entraba por una arcada que pasaba por debajo de los tribunales.

—Estuvo muy tranquila hasta que mencioné algo del coche —continuó Bartocci—. Entonces se puso fuera de sí. «No, no es posible», gritó. «¡Era nuevecito, se lo regalé para Navidad! ¡No me diga que también está dañado!». Marisa y yo nos quedamos mirándonos. Parecía la última pesadilla consumista, una mujer que acepta la muerte de su marido sin pestañear y luego estalla porque su coche tiene un rasguño. Entonces empezó a ponerse histérica e incoherente, arrancaba cosas de las estanterías y las lanzaba por la habitación. Marisa trató de calmarla mientras yo llamaba a un médico. Le tomó tres cuartos de hora llegar. No olvidaré esos minutos en toda mi vida.

Una mujer que parecía un barril con abrigo de pieles esperaba el autobús. Su hijo, perfectamente vestido como un adulto a escala, miraba incrédulamente el globo que acababa de perder y se alejaba flotando por encima del Alfetta que se acercaba.

—La calma, desde luego, no era más que la fachada —continuó Bartocci una vez que estuvieron dentro del coche—. Patricia se sentía tan aterrorizada con lo que estaba haciendo su marido que se había convencido a sí misma de que nada podía ocurrirle a Ubaldo. Pero había olvidado extender la inmunidad mágica al BMW, y por eso se puso histérica en cuanto lo mencioné.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Con sus parientes, bajo calmantes.

La casa de los Valesio era uno de los tantos apartamentos modernos que forman un desarrollo exclusivo en las laderas bajas de la ciudad, todo ladrillos rosados y

doble cristal y balcones de hormigón de los que colgaban enredaderas. En ausencia de Patrizia Valesio, los intereses familiares los representaba su madre, una formidable mujer que siguió a Bartocci y a Zen de habitación en habitación, revisando personalmente cada pieza que se desalojaba y quejándose de que las autoridades pudieran disponer a su antojo de los papeles privados de un hombre libre de toda sospecha, pilar de la comunidad y depositario de todas las virtudes humanas conocidas. Ubaldo Valesio se convirtió en una cuarta presencia espectral que les sonreía desde los retratos, habitando un guardarropa lleno de trajes, proclamando sus gustos en libros y discos, e incluso intentando reclamar un futuro inexistente a través de una nota garabateada en la agenda de su escritorio: «Evasio Jueves re sondear».

No fue sino cuando ya volvían al centro de la ciudad que Bartocci sacó las fotografías.

—Solo por si aún piensa que fue un error —comentó mientras Zen observaba las imágenes del horror.

—No, lo que quería decir es que Valesio pudo haber visto accidentalmente a alguno de la banda —explicó Zen—. Y estoy hablando de los jefes. No olvide que a nadie más se le confiarían las negociaciones. Habrían temido que pudiera identificarlos.

Bartocci pareció a punto de decir algo, pero al final solo giró la cabeza y miró por la ventanilla, dejando que Zen volviera a preguntarse por qué había sido invitado a esta misión de rutina.

El estudio que Valesio había compartido con otros dos abogados estaba en el centro de la ciudad, justo atrás de la catedral, en una calle tan estrecha que Palottino apenas tuvo lugar para aparcar. Ocupaba una de las alas de la primera planta del edificio y consistía en dos grandes habitaciones divididas en áreas de trabajo mediante biombos antiguos y macetas de arbustos. Los dos socios de Valesio estaban presentes. Eran muy corteses y correctos y de muy poca ayuda. Sí, sabían que Valesio actuaba en nombre de los Miletta. No, nunca habían hablado de ello. Observaron discreta pero atentamente mientras los dos representantes del Estado miraban las agendas, libros de memoranda, archivos y carpetas. Luego levantaron un inventario de lo que se llevaban, obtuvieron un recibo, dijeron adiós y volvieron al trabajo.

—¿Cuándo me dará un informe sobre este material? —preguntó Bartocci cuando estuvieron de vuelta en los tribunales.

—Mañana, espero. Pero si aparece algo importante lo llamaré.

Se volvió y estaba por subir al coche, cuando Bartocci lo llamó.

—Oiga, hay unas cuantas cosas que quisiera comentar con usted. Extraoficialmente, digamos.

Zen lo miró con un rostro totalmente inexpresivo.

—Es más, deberíamos comer juntos. Aquel pequeño restaurante, calle abajo, allí es donde suelo comer, el que tiene toldo y letrero de neón.

—¿Hoy mismo?

—Si le parece.

El tono de Bartocci era cortés, casi respetuoso. A Zen se le heló la sangre en las venas.

—Encantado —respondió con la sombra de una sonrisa en los labios.

Mientras Palottino lo llevaba de nuevo a la *Questura* vio que el restaurante que Bartocci había indicado se llamaba El Grifo y que ostentaba un anuncio con una bestia parecida a las que había visto en los tribunales.

De regreso en su despacho, Zen pensó en los grifos, en Luciano Bartocci y en Ubaldo Valesio. Los grifos, descubrió en el diccionario que había en el cajón del escritorio para ayudar a los agentes más iletrados con sus informes, eran criaturas mitológicas que tenían cabeza y alas de águila y patas y cola de león. Todavía no estaba muy seguro de por qué habían tallado esas figuras sobre la entrada de los tribunales. ¿Eran símbolo de la Justicia? Por lo demás, Luciano Bartocci parecía ser un híbrido. A Zen nunca lo había invitado a comer un miembro de la judicatura, y encontró la perspectiva tan poco atractiva como la invitación de Crepi la noche anterior. Una vez más sintió que era conducido a un lugar donde las apuestas eran altas y las reglas no muy claras. «Una cuantas cosas que quisiera comentar con usted. Extraoficialmente, digamos». ¿Qué quería Bartocci?

Sus pensamientos volvieron a Ubaldo Valesio casi con alivio. Aunque nunca se habían visto, Zen sintió que conocía bien al muerto: un abogado de éxito y con ambiciones, en una ciudad que, a pesar de su reciente crecimiento, seguía siendo en el fondo de su corazón un pueblo pequeño, un lugar donde los rumores se esparcían tan silenciosa y eficazmente como un virus. Zen estaba seguro de que sus socios habían dicho la verdad, y de que los dos hombres de al lado estaban perdiendo el tiempo. La gente como Valesio, que lo sabe todo de alguien y algo de todos, no solo deja de hablar con los demás sobre sus asuntos sino que muy pronto deja de hablar incluso consigo misma. Y sobre todo, nunca confiará cosa alguna al papel, a menos que sea absolutamente necesario. Ubaldo Valesio debió de haber guardado los detalles de sus negociaciones con los secuestradores de Ruggiero Miletta en el único lugar que consideraba seguro: su propia cabeza. Zen recordó con un escalofrío las fotografías que Bartocci le había mostrado.

Un estruendo de campanas se desató de pronto de las iglesias, próximas y lejanas, llamando a misa a los fieles y recordando a los demás que ya solo faltaba una hora para salir a comer. Zen recogió su abrigo y su sombrero y pasó a la habitación contigua. Geraci lo miró con expresión de intensa ansiedad. Su cara era pesada y carnosa, y los dos profundos surcos que partían de las esquinas de la nariz al borde de los labios le daban un aspecto avergonzado. Su barbilla tenía una apariencia débil y mezquina, como si los materiales de que estaba hecho se hubieran terminado antes de que se completara su formación, mientras que sus cejas eran absurdamente espesas y enmarañadas y tenían vida propia.

—¿Hay algo? —preguntó Zen.

Geraci encogió los hombros, Chiodini fingió estar tan absorto en sus labores que no había notado la presencia de Zen.

Fuera, el sol iluminaba cada superficie con insobornable claridad. El aire parecía estar lleno de perturbadores anuncios del verano, pero la ilusión no duró más de lo que le tomó a Zen doblar la esquina y entrar en un estrecho callejón hundido en la sombra, donde el viento afilaba el borde frío del aire como un cuchillo. Paredes lisas, cubiertas de yeso que se desmoronaba, se alzaban a ambos lados, hendidas solo por las altas e inaccesibles ventanas de la prisión, cubiertas por una gruesa malla de acero. Después de avanzar unos cien metros, Zen comenzó a sentir que había cometido un lamentable error al dejar la ancha avenida que conducía directamente al centro, pero persistió y encontró su recompensa cuando la calle se abrió al llegar a una pequeña plaza donde desapareció el viento y, arriba, había un cerezo en suntuosa flor. Pero en la siguiente esquina volvió el viento, más fúnebre que nunca. Para evitarlo, giró a la izquierda y descendió un largo tramo de escaleras.

En la verdulería de la esquina, una muchacha triste, pálida y parecida a un cerdo, con una grasienta rebanada de jamón cocido colgándole en la boca, movió el pulgar para indicarle a Zen otro tramo de escaleras, opuesto al anterior. Era la respuesta a cómo llegar al centro. Una escalera para alpinistas, cuyos escalones parecían hacerse más altos a medida que se avanzaba por ella. El muro por el que subía parecía el rostro mismo de la historia. Estaba afincado sobre grandes bloques de roca que tenían las dimensiones de los días de la antigüedad, presumiblemente etrusca. Sobre esta capa había otra, trabajo romano, donde los bloques, aunque también grandes, habían perdido su escala épica. Luego venía la franja larga de pequeños cubos de rosada piedra: el muro de una casa medieval. Y finalmente, en lo alto, un edificio añadido de ladrillos y hormigón.

Se detuvo a tomar aliento, y se apoyó contra uno de los bloques gigantescos en que la erosión había excavado intrincados nichos y cavidades. En muchos de ellos crecían plantitas que de algún modo habían logrado echar raíces en una pizca de polvo, en otro alguien había incrustado una lata vacía de Coca-Cola *light*. Del otro lado la vertiginosa vista se perdía en un oleaje de líneas y líneas de montañas que se hundían en la bruma de la distancia. Dio un paso cuidadosamente por encima de la paloma muerta que había en el siguiente escalón y trepó a cuatro patas, haciendo muecas, hasta la cima. La calle a la que salió continuaba subiendo sin respiro a través de un pasaje antiguo, y más arriba aún, resonando oscura y estruendosamente, por los sótanos de los talleres donde trabajaban los carpinteros y los ebanistas y los fabricantes de marcos. El aire, limpio y fresco y con un delicado olor a humo de madera era un lujo en sí mismo, un aire para que respiraran los ángeles.

En la pared de un edificio cercano había una valla publicitaria con dos carteles. El de la derecha mostraba la fotografía chillona de una mujer en bañador perseguida por innumerables peces de dientes como navajas. «Por primera vez en Italia —decía la leyenda—, ¡¡¡mujeres y tiburones en el mismo estanque!!!». Abajo se veía el nombre

de un circo, con las fechas de su próxima visita a Perugia. En el otro había un conocido futbolista mirando con impudicia y sugestivamente un vaso de leche. Pero lo que atrajo la atención de Zen fue la esquina superior derecha, donde una masa de carteles acumulados durante meses comenzaba a enrollarse de nuevo bajo su propio peso, mostrando así una parte de los estratos inferiores. En la esquina, escrito en grandes letras rojas, leyó «LETTI». El rizo que sobresalía tenía acaso un centímetro de espesor, hecho de capas sucesivas como el contrachapado, y cuando Zen tiró de él se desgajó el bloque completo y cayó al suelo, junto a sus pies. Entonces podía ver casi completo el cartel, cuyo titular decía «LA SIMP Y LA FAMILIA MILETTI». Había cinco apretados párrafos donde se leía:

La arrogancia e intransigencia de la familia Miletta, ampliamente demostrada en innumerables ocasiones en el pasado, se pone ahora nuevamente en evidencia. No contentos con cerrar la sucursal de Ponte San Giovanni, ni con despedir a ochocientos obreros en Perugia —por no hablar de la continua explotación a que someten el trabajo a destajo femenino y sus bien conocidas políticas antisindicales—, nos enteramos de que en estos momentos planean vender a un conglomerado electrónico japonés un paquete de acciones que les daría el control de la Società Industriale Miletta de Perugia.

Habiendo malogrado ya una empresa antes próspera mediante una combinación de incompetencia administrativa y una imprudente especulación en las actividades de los señores Calvi, Sindona y otros, los Miletta intentan ahora recuperar sus pérdidas subastando la SIMP al mejor postor.

La compañía que se menciona como mejor postor para tomar las riendas de la SIMP posee ya fábricas que trabajan muy por debajo de su nivel de producción debido a la recesión económica mundial y al subsecuente recorte en la demanda. Sus intenciones son usar la SIMP como medio de evadir las cuotas de la CEE, al importar bienes producidos en Japón a los que en Perugia solo se le agregará una placa con una de las marcas que generaciones de obreros locales han contribuido a hacer famosas.

Los comunistas de Umbría condenamos absolutamente este ejemplo de manipulación bursátil. La SIMP no debe ser liquidada como un juego de cacerolas. El futuro de nuestros empleos, y el de nuestros hijos, debe ser decidido aquí, en Perugia, después de un proceso de consulta entre los representantes del personal, los propietarios y las autoridades locales y provinciales.

Partido Comunista Italiano  
Sección Umbría

Zen dio la espalda al tablero y comenzó a escalar la vieja calle pavimentada de losas tan lisas como el lecho de un río. Una anciana avanzó hacia él dando tumbos, con una bolsa de plástico en cada mano, vociferando cosas incomprensibles contra un hombre que miraba en lo alto el andamiaje cubierto de arpillera que envolvía un edificio en restauración. Una pandilla de muchachos en monopatín se precipitó calle abajo, rebanadas de *pizza* en una mano y, en la otra, cometas que croaban como sapos furiosos que se insultaban mutuamente. No atropellaron a la anciana por centímetros, y una andanada de escombros, descargados por un vertedor de plástico a una tolva, produjo el ruido de una ronda de aplausos por la habilidad de los muchachos y el aplomo de la anciana.

—¿Alguna otra cosa?

El camarero les miraba distraídamente desde arriba como un gorrión encaramado

en una percha junto a la mesa. Bartocci negó con la cabeza y miró a Zen.

—¿Nos vamos?

En la caja, el administrador saludó calurosamente a Bartocci. No extendió cuenta alguna. Como el resto de la clientela, casi exclusivamente masculina, el magistrado era obviamente un parroquiano que pagaba semanal o mensualmente.

—¿Qué tal un paseíto antes del café? —sugirió Bartocci una vez que estuvieron fuera—. Debo advertirle, sin embargo, que es cuesta arriba, ¡como todo en Perugia!

Era indicativo de su estado de ánimo que Zen se encontrara de pronto preguntándose si esas palabras tenían más de un significado. La comida con Bartocci no había sido muy distinta de la cena con los Miletti, excepto que la comida había sido todavía mejor: macarrones en una salsa hecha de crema y carne de salchicha condimentada, trozos de hígado envueltos en una delicada membrana y asados a las brasas, tallos de espárrago silvestre, delgados y de color verde oscuro, y fresas remojadas en jugo de limón. Pero igual que en casa de Crepi la noche anterior, lo que dominó la conversación fue lo que «no» se mencionó. Bartocci se había mostrado especialmente interesado en la carrera de Zen y en la opinión que tenía sobre algunas noticias recientes: un escándalo debido a los sobornos relacionados con los permisos de construcción, en el que estaban envueltos algunos concejales socialistas de la ciudad; los informes que aducían que un exalcalde demócrata cristiano había sido miembro dirigente de la mafia de Palermo; los alegatos contra la esposa de un senador liberal en Turín, supuestamente implicada en una evasión de divisas. Zen sabía de qué se trataba todo aquello, por supuesto, y Bartocci sabía que él sabía. Todo era parte del mismo proceso. ¿Cómo reaccionaría este agente de policía de Roma al ser llamado «extraoficialmente» por un magistrado a cargo de la investigación comunista?

Zen intentó conducirse por el camino del medio, sin encerrarse pero también sin lanzar sus opiniones con bombos y platillos. Esperaba a que llegara el momento en que Bartocci fuera al grano. Pero si no lo hacía pronto, Zen empezaría a ponerse de verdad nervioso. Había tratado de adelantar las cosas preguntando por las críticas del fiscal público suplente acerca de la policía. Pero la respuesta de Bartocci había sido brusca: «Disfrutemos la comida, ya hablaremos luego».

El magistrado lo condujo por unas anchas escaleras que al principio parecían dar a la puerta de alguien. En el último momento torcían a la izquierda y continuaban por un túnel que se hundía como una madriguera bajo un conglomerado de casas entrelazadas, paredes, jardines y patios depositados allí a lo largo de los siglos por generaciones de personas ni más ni menos muertas que Ubaldo Valesio. Estaba oscuro y el aire pasaba gimiendo vacíamente. Sobre la pared un hincha de fútbol había escrito con espray «El Roma es magia», mientras que al lado un basurero decía «Cuartel General de la Juventus».

Después de unos cincuenta metros, la arcada subterránea se ensanchaba un poco hacia fuera sobre un patio de hormigón donde se apretaban seis Fiat 500, tan

estrechamente que apenas había espacio para pasar a pie. Bartocci lo condujo sin decir palabra, girando a izquierda y derecha sin vacilar, subiendo siempre, hasta que alcanzaron una pequeña *piazza*, frente a una iglesia cuyos paredes derrumbadas revelaban una vista parecida a la que Zen había contemplado esa mañana desde su habitación, concentrado en esa extraña montaña, llena y redonda como un montón de harina donde cuaja la levadura.

Bartocci echó un vistazo a la plaza, vacía salvo unos cuantos coches aparcados en ella.

—¿Qué decía de Di Leonardo? —preguntó de pronto.

—Bueno, anoche dio a entender que la policía estaba en falta por no haber sacado provecho de los contactos de Valesio con los secuestradores. Me preguntaba si usted está de acuerdo.

—No, no veo las cosas de la misma manera. Y de hecho yo hubiera preferido seguir una línea mucho más activa desde el principio. Intenté que fueran congelados los fondos de la familia, para evitar cualquier posibilidad de que pagaran el rescate. También intenté que se interviniera la línea telefónica de Valesio. Pero hubo una gran oposición a estas iniciativas, particularmente del mismo Di Leonardo.

—Pero usted no necesita autorización superior para ordenar esas cosas —señaló Zen.

—Y tampoco necesito autorización superior para firmar una orden de arresto contra el presidente Pertini. Pero sería la última cosa que firmaría. Si hubiera congelado los fondos de los Miletti y hubiera grabado las conversaciones telefónicas de Valesio, el único resultado habría sido la destrucción de todas las posibilidades que pudiera tener de influir en el resultado de este caso. Además, la gente como los Miletti siempre puede conseguir efectivo en algún lugar. Y en cuanto a los teléfonos, la banda debe suponer que están intervenidos de cualquier manera. No habríamos logrado averiguar gran cosa sin intentar seguir a Valesio, lo cual hubiera sido de verdad muy peligroso. Di Leonardo trató de sugerir que Ubaldo había sido asesinado gracias a mi negligencia. Yo era su verdadero blanco, no usted. Pero imagínese cuál habría sido su reacción si hubiera habido el menor indicio de que Valesio había muerto como resultado de mi interferencia. No, esa no es la manera de manejar estos asuntos.

Zen fue al parapeto, al borde de la *piazza*, donde habían colocado bancos de piedra a intervalos regulares, bajo los árboles, para que tuvieran sombra en los calientes días del verano. La pared caía a plomo sobre los jardines de las casas de abajo. Más allá de ellos se alzaba la franja larga de una muralla medieval, luego un valle cortado al tajo entre montes salpicados de modernas villas, y el ojo seguía más allá, a las colinas más distantes aún y el valle de atrás, verde y gris y marrón bajo el azul del cielo, donde se alzaba la extraña montaña. En la distancia más lejana, en el límite de la visión, brillaban los picos nevados de los Apeninos.

Zen sacó su paquete de Nazionali. Solo quedaba en él un cigarrillo, el último de la



dotación que había llevado consigo. Mientras lo encendía, el parpadeo súbito de un movimiento le llamó la atención. Desde una ventana abierta, una muchacha de tejanos y jersey rojo miraba hacia el huerto con sus hileras de verduras que corrían hasta un gallinero, situado a los pies de la alta pared. Era claro que no se había dado cuenta de que, a su vez, ella era observada.

—La muerte de Valesio lo ha cambiado todo, claro —continuó Bartocci—. Su llegada en ese momento es extremadamente útil. Toda la investigación tendrá que comenzar de nuevo, desde el principio. Debemos estar preparados para examinar otra vez nuestras suposiciones, incluidas las más fundamentales, sin dejamos influir por la idea de que habrá gente que encuentre nuestras conclusiones difíciles de creer.

Zen soltó una larga bocanada del terroso y fragante tabaco. La muchacha se movió y la ventana quedó vacía otra vez.

—Por eso es que quería hablar con usted hoy —continuó el magistrado en el mismo tono de confidencia—. Para mí es muy refrescante hablar con alguien de fuera, alguien libre de presuposiciones. Usted no tiene el menor interés personal en esto, nada que proteger. Uno debe considerar todas las posibilidades.

La muchacha volvió a aparecer en la ventana. Esta vez sus piernas estaban desnudas.

—Hace más o menos un mes recibí esto —dijo Bartocci, extendiéndole una hoja de papel.

¿NO SON LISTOS LOS MILETTI? PUEDEN METER LA MANO DONDE SEA... – ¿¿¿¿INCLUIDOS LOS SECUESTROS!!?? HAN TENIDO BUENA PRÁCTICA EN EXTORSIONES, ¡PREGÚNTELES A LOS OBREROS! PERO SI USTED NO ESTÁ EN SU NÓMINA, ENTONCES SEPA ESTO. EL VIEJO MILETTI FUE SECUESTRADO EN EL MEJOR MOMENTO. CON ÉL FUERA DE CIRCULACIÓN, LA FAMILIA NO PUEDE FIRMAR LOS PAPELES DE TRASPASO QUE HARÍAN ENTRAR EN JUEGO A LOS JAPONESES. ¿Y QUE TAL SI EL DINERO DEL RESCATE SE VA A LOS BOLSILLOS DE LA FAMILIA PARA PAGAR LA GANGA? ¡ENTONCES PODRÍAN SEGUIR JODIÉNDONOS UNOS CUANTOS AÑOS MÁS!

PIÉNSELO.  
ALGUIEN QUE SABE

Zen le devolvió la carta a Bartocci, que volvió a meterla cuidadosamente en su bolsillo.

—Claro que recibo muchas cosas así, y en condiciones normales no lo habría considerado más que un simple truco de alguien que le tiene algún rencor a la familia. Pero en este caso me parece que quien lo escribió sabe de qué está hablando.

La muchacha había vuelto a moverse, de modo que en ese momento solo se veían sus desnudos pies y piernas. Después desapareció por completo.

—¿Qué es eso del traspaso? —preguntó Zen—. También hoy vi un viejo cartel que se refería a eso.

—La SIMP ha tenido dificultades financieras desde hace algún tiempo. La raíz de todo es que Ruggiero ha insistido siempre en mantener un control personal absoluto

sobre cada aspecto del negocio. Pero la compañía se ha diversificado en áreas de las que él nada sabe, nada, el mercado ha cambiado tanto en los últimos diez o quince años que casi se ha vuelto irreconocible, y sobre todo él ya no es el hombre que fue. El resultado ha sido una lenta degradación de todo. Se han visto obligados a cerrar una de sus fábricas y a reducir a una cuarta parte el personal de otra. Pero el verdadero golpe llegó con el colapso del imperio financiero de Calvi. Parece que los Miletta habían invertido una suma fuerte en él. Desde entonces la compañía ha estado viviendo de préstamo en préstamo, bajo la creciente presión para que mejore su actuación y eficiencia. Finalmente, justo antes de que Ruggiero fuera secuestrado, una compañía japonesa ofreció poner el dinero que necesita la SIMP a cambio de una licencia para vender sus productos bajo el nombre Miletta. El viejo no quiere ni oír hablar del asunto, por supuesto.

—Eso no es lo que sugería el cartel del PCI.

—No, el Partido asume correctamente que la familia, a menos que alguien se lo impida, hará cualquier cosa que tenga visos razonables desde un punto de vista financiero. La oposición de Ruggiero no es más que la mera terquedad de un viejo, y como tal no puede servir de base para proteger los intereses de los obreros.

Una vez más el parpadeo de un movimiento atrajo la atención de Zen. La muchacha cruzó la ventana completamente desnuda, excepto por una toalla amarilla que envolvía sus cabellos.

—Sé que esta teoría suena fantástica —prosiguió Bartocci—. Pero piense en todo lo demás que ocurre en este país. Piense en Gelli, piense en Calvi. ¿Era eso más fantástico? Cuando Michele Sindona se metió en dificultades con la ley en Nueva York, se montó un secuestro fingido para poder ir a Palermo y presionar a la gente que creía que podría serle útil. ¿Qué les impediría a los Miletta hacer lo mismo? El esquema es digno del mismísimo Calvi. Sacan a Ruggiero de circulación para impedir que progresen las negociaciones del traspaso, y luego usan su propio dinero, reciclado a través de un falso pago del rescate, para levantar las finanzas de la compañía.

Zen trató de mantener la vista lejos de la ventana de abajo y su atención en lo que Bartocci estaba diciendo.

—Pero eso querría decir que también asesinaron a Valesio.

Bartocci asintió con la cabeza.

—Es justamente la muerte de Valesio lo que me ha hecho considerar la teoría seriamente. Usted dijo que pudo haber visto de manera accidental a un miembro de la banda. Sin embargo, ¿qué podría importarles que hubiera sorprendido a algún calabrés que jamás en su vida habría visto ni podría reconocer después? Pero suponga que la persona que vio Valesio «no» fuera un extraño. Suponga que fue alguien que conocía bien, alguien que cualquiera conocería en Perugia. ¡Imagínese su rabia al descubrir el vergonzoso juego que se estaba realizando a sus expensas y a las de todos! Y luego piense en el horror de los Miletta al enfrentar la certidumbre de una

revelación que daría al traste para siempre con el poder de la familia, y enviaría a buena parte de ella a la prisión por muchos años. ¿Qué harían? O bien matar a Valesio o bien admitir que todos estos meses, mientras nosotros trabajábamos incansablemente por su liberación, Ruggiero Miletti ha estado cómodamente encerrado en alguna propiedad de la familia a unos pocos kilómetros de aquí, o incluso en su propia casa. ¿Recuerda cuánto tardo la familia en decidirse a informar a la policía de su desaparición? Argüyeron que fue porque nunca se les ocurrió la idea de un secuestro, pero igual pudo haber sido porque necesitaban tiempo para fingir el accidente y la evidencia de la lucha, tiempo para incendiar el coche.

El movimiento en la ventana volvió a llamar la atención de Zen. Pero esta vez la figura era la de un hombre que se dirigió a los postigos y los cerró de un fuerte golpe.

—¿Así que usted en verdad cree que existe una conspiración? —preguntó Zen a Bartocci. Todavía no estaba seguro de que el magistrado hablara totalmente en serio.

—Siempre hay una conspiración. Todo lo que ocurre en determinado nivel de una sociedad es parte de una conspiración.

Zen notó la evasiva respuesta.

—Si todo es, nada es. Si todos somos conspiradores, entonces no hay conspiración.

—Al contrario. La condición de esta conspiración es que todos somos parte de ella —replicó Bartocci—. Es un *ratking*.

—¿Un qué?

—Un *ratking*. ¿Sabe lo que es?

Zen se encogió de hombros.

—El *rat king*, el rey de las ratas, supongo. El animal dominante en el grupo.

—Eso es lo que cree todo el mundo. Pero no. Un *ratking* es algo que ocurre cuando hay demasiadas ratas que viven juntas en un lugar demasiado chico y bajo mucha presión. Sus colas se entrelazan y, mientras más tiran para liberarse, más se aprieta el nudo que las ata, hasta que al final se convierte en una masa sólida de apretada urdimbre. Y la criatura que así se forma, de hasta más de treinta ratas atadas por la cola, se llama *ratking*. Usted no esperaría que tal contradicción viviente pudiera sobrevivir, ¿no es cierto? Eso es lo más sorprendente de todo. La mayoría de los *ratkings* que se encuentran, entre el yeso de las viejas casas o bajo las duelas de los graneros, crecen saludablemente. Resulta evidente que las criaturas han desarrollado algún medio de enfrentar la situación. ¡Eso no significa que les guste, claro está! De hecho se les ha descubierto por los diabólicos chillidos que emiten. No debe ser agradable estar encadenadas las unas a las otras de por vida. ¡Mucho más dulce sería correr libremente! Sin embargo, «sí» sobreviven, de un modo u otro. Las maravillas de la naturaleza, ¿eh?

Se detuvo por un momento, dejando madurar la exasperación de Zen.

—Ahora bien, mucha gente considera que en algún lugar del revestimiento que cubre este país se esconde el rey de todas las ratas —prosiguió finalmente—. La

bestia más ruda de todas, la más páfida y desenfrenada, el animal dominante en el grupo, como usted dice. Algunos pensaron que era Calvi, otros pensaron que era Gelli. Otros creen que es alguien más, uno que está por encima o por debajo de cualquiera de ellos, un pez gordo en el gobierno, quizás, o por el contrario alguien de quien no se ha oído hablar. Pero en una cosa concuerdan todos: esta superrata existe. Es un mensaje al mismo tiempo de esperanza y desesperación. Esperanza porque tal vez un día la atrapemos finalmente, la agotemos, acabemos con ella y limpiemos la casa de ratas para siempre. De desesperación porque sabemos que es demasiado astuta y poderosa y hábil como para dejarse atrapar. ¡Pero eso no es más que un cuento de hadas! Nosotros no nos las vemos con una criatura, sino con una condición, la condición de estar todos crucificados a nuestros semejantes, gritando salvajemente, mordiendo, escupiendo, soltando golpes a diestro y siniestro y, sin embargo, sobreviviendo, en cierto modo incluso vilmente florecientes. Eso es lo que hace tan formidable la conspiración. No hay la menor necesidad de agendas ni estrategias, de listas de miembros ni contraseñas ni códigos secretos. El *ratking* se regula a sí mismo. Responde automáticamente y con total efectividad ante cualquier amenaza. Cada rata defiende los intereses de las demás. La fuerza de una es la fuerza de todas.

—No entiendo muy bien qué tiene que ver todo esto con nuestro caso —dijo Zen. Bartocci miró su reloj.

—Lo siento, me he extralimitado un poco. Pero la cosa sigue siendo que, haya o no conspiración en el caso Miletta, creo que la investigación ha llegado a un punto donde no puedo ya ignorar la teoría. De cualquier manera, sería fatal para mí dar a conocer mis intenciones. Si yo fuera a llevar esta investigación como lo haría cualquier otro, las repercusiones políticas asegurarían que la verdad jamás saliera a la luz.

—Y ahí es donde entro yo.

El magistrado lo miró, la extraña sonrisa tensa tirándole de la comisura de su boca.

—Si está dispuesto a ayudar.

Zen se volvió y respiró hondo. Una de las ventanas del primer piso de uno de los edificios que daban a la plaza era una falsa ventana pintada. Pero junto a ella había otra donde un hombre apuesto y de cabello blanco, envuelto en un albornoz rojo, los miraba con una curiosidad sin disimulos.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Zen monótonamente.

—Solo unas cuantas cosas que para mí sería difícil hacer sin provocar algún comentario. Antes todo me gustaría que revisara qué armas de fuego están registradas a nombre de cada uno de los Miletta. No olvide incluir a los Santucci. También quisiera que llevara a cabo unas discretas averiguaciones sobre el paradero de los miembros de la familia ayer.

—Yo puedo decirle dónde estaban anoche. Cenaban conmigo en casa de Antonio Crepi.

Bartocci lo miró con una expresión que iba rápidamente de la sorpresa a la alarma y del respeto a la sospecha. Después se rio de manera más bien agresiva.

—Muy bien, muy bien. Se mueve, ¿eh?

—Aparentemente Crepi quería que me encontrara con los Milette. Para que viera «con qué nos enfrentamos», como él mismo dijo.

En el otro extremo de la plaza una joven pareja se besuqueaba con avidez, arqueada sobre un coche aparcado. El hombre de la ventana seguía mirándolos, con los pulgares hundidos bajo el cinturón de su albornoz.

—¿Dijo algo más?

—Sí, bastante. Y hasta cierto punto parecía cuadrar con lo que usted ha estado diciendo. ¡No es que sugiriera que la familia tiene algo que ver con el secuestro!

—¡Por supuesto que no! De todos modos él no lo sabría.

—Pero cree que no hacen lo suficiente por traer a Ruggiero de vuelta a casa. Me pidió que se lo explicara a la prensa, en un intento por presionar a los Milette para que paguen.

El joven magistrado sonrió agriamente.

—Típico. De todos modos, hay algo seguro. Por el momento no hace falta presión adicional. La muerte de Valesio hará más que cualquier conferencia de prensa para resolver el asunto de una u otra manera. Supongo que dentro de unos días la familia habrá de anunciar que ha recibido la orden de pagar la suma completa del rescate inmediatamente, y que ha decidido obedecer. Por eso debemos movemos rápido. Una vez que el dinero haya sido entregado y Ruggiero haya vuelto, nada podremos probar. ¡Sobre todo hay que ser discretos! Todo este asunto es muy sensible políticamente, y en el más alto nivel. Y si una palabra se filtra, yo me veré obligado a...

Se detuvo de pronto, mirando por encima de Zen. El joven había sacado una cámara y tomaba fotografías de su novia, que adoptaba poses diferentes contra el paisaje.

—Bueno, pues debo marcharme. Me temo que no hay tiempo para el café.

Mientras Bartocci se alejaba de prisa, el hombre de la cámara avanzó resueltamente hacia Zen. Su novia lo seguía un poco más atrás.

—¡Disculpe! ¿Sería usted tan amable suficientemente para tomar a ambos una foto de los dos?

«Extranjeros», pensó Zen con alivio. La súbita prisa del magistrado había sido innecesaria. Una cosa al menos estaba clara: los muy cabrones nunca contratarían extranjeros.

## IV

**E**SA tarde Zen fue a pasear en bote. Después de la sorpresa del asesinato de Valesio y de una noche casi en blanco, la comida con Luciano Bartocci había colmado el vaso. Una cosa de la que podía prescindir era un joven magistrado ambicioso, de acusado sesgo político, con una teoría de conspiración prefabricada y las ganas de ver su nombre en los periódicos. Y todo a costa de Zen, ni hacía falta decirlo, si algo salía mal.

Hubo una vez un tiempo en que los magistrados era figuras sosas, impasibles, de mérito pero nada alentadoras, y sobre todo anónimas y lejanas. Pero la combinación de televisión más terrorismo había cambiado todo. De los más grises rangos judiciales había emergido una nueva generación de hombres que se había impuesto sobre la conciencia nacional: los atractivos magistrados y fiscales públicos que aparecían todos los días en los noticiarios dirigiendo la lucha contra la violencia política y el crimen organizado. Y en ese momento todos sus colegas anhelaban también el estrellato. De la noche a la mañana, los que habían sido burócratas sin rostro brotaban por todas partes con trajes a la moda y tupidas barbas, y bastaba una carta anónima para ponerlos tan excitados como a un escolar cualquiera.

Como Bartocci se había tomado tanto trabajo en subrayar que sus comentarios eran «extraoficiales», Zen podía simplemente ignorarlos, por supuesto. Pero sería imprudente. Había una infinidad de maneras en que el magistrado podía comprometer o al menos poner en una situación embarazosa a un agente de policía, mientras que tener de parte de uno a la judicatura era sin duda un inapreciable punto a favor. No, tendría que tratar de tener contento a Bartocci. Por otra parte, las averiguaciones que le había encomendado hacer, aunque aparentemente inocuas, estaban cargadas de riesgo. Una gran familia como la de los Miletto es como un oso dormido: puede parecer enormemente desinteresado y ajeno, pero cada pelo de su piel está conectado al cerebro de la criatura, y si uno se mete allí a contrapelo, la masa tensará sus tendones y se volverá contra uno sacando las garras. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo debía reaccionar? ¿Cuál era el camino más seguro?

Su solución inmediata fue ir a pasear en bote. No por mucho tiempo, claro. Con la presión de los últimos acontecimientos, lo que menos podía permitirse era una tarde sin trabajo. Pero de nada serviría emprender una acción con la cabeza en esas condiciones. Así que al volver al hotel cerró los postigos, se quitó los zapatos, la americana y la corbata, se tumbó en la cama y soltó amarras. La imagen de la estrecha y somera embarcación, deslizándose entre los juncos, bamboleándose rítmicamente impulsada por los gráciles golpes a dos manos del remero, fueron un calmante poderoso. En ese momento le parecerían espléndidos diez o quince minutos de eso, un viaje corto por las islitas y los bancos de arena donde se podía dejar el bote

a la deriva, tumbarse sobre la proa y observar la vida interior del agua verde y sucia, los jirones de algas marinas y las ramitas y otras formas que algunas vez estuvieron vivas, o bien concentrarse en la superficie, una hoja de verdín sin espesor donde una luz perlada brillaba dibujando figuras cambiantes, o incluso mirar hacia arriba para ver un enorme edificio moderno, de muchas plantas de alto, yendo a dar un paseo por la orilla de una isla vecina, la superestructura de un buque carguero haciéndose a la mar por el profundo canal...

Se levantó y encendió la luz, temblando. Algo estaba mal. ¿Cómo podía el cuarto estar frío y mal ventilado a la vez? Y había un silencio total, sin el murmullo distante del tráfico, sin pasos, sin voces. Al ver la radio de transistores, la encendió y trató de sintonizar una emisora, pero solo recibió el sonido de unas fuertes bandas de parásitos entremezclados con el galimatías que gorjean las máquinas. Sintió que era el único superviviente.

*«... de verdad y gana una fabulosa playera de Radio Subasio, de modo que a seguir haciendo sonar ese teléfono y esta es para Adriana, de Gubbio, la última de Celentano, que llega hasta vosotros a las cuatro menos cuarto de esta mañana de jueves por cortesía de vuestro amigo Tullio que os dice...».*

Zen apagó la radio, caminó hasta la ventana y abrió los postigos. La plaza vacía relucía bajo los faroles. Había dormido toda la noche.

Al mirar su reflejo en la ventana sintió una oleada de autocompasión y de pronto se dio cuenta de cuánto extrañaba a Ellen, y de que era solo en momentos como ese, al sorprenderse a sí mismo, cuando podía admitir cuánto la necesitaba. ¿Por qué no era capaz de decírselo a «ella»? Después de todo eso era lo que ella quería, y él sabía que era correcto que lo quisiera. Por un momento pensó en telefonearle, desde allí y en ese preciso instante, y decirle lo que sentía. Pero sería ridículo, claro. Se imaginó el teléfono, sonando y sonando hasta sacarla de mala gana de su sueño, y su incomprensiva respuesta. «Por el amor de Dios, Aurelio, ¿no podías esperar un poco? ¿Sabes qué hora es? Tengo que ir a una venta a las nueve, y ya sabes cuánto me cuesta volver a dormirme cada vez que me despiertan». Así que se puso a leer el periódico que había comprado en Trieste y por olvido no había tirado, y se hundió en un debate sobre el retraso del Ayuntamiento en rehacer el firme de unas calles de las afueras de la ciudad, hasta que fue la hora de irse a trabajar.

Una multitud de personas de distintas razas, pasaporte y fajos de documentos oficiales en la mano se arremolinaba delante de un despacho, en el vestíbulo de la *Questura*. Una hoja de papel, pegada con celo sobre el vidrio de división, ponía en burdas letras «Extranjeros». Detrás del vidrio, un agente de la Rama Política fruncía el ceño ante un negro que tenía rostro de aflicción.

—Y supongo que es culpa mía que no lo tenga, ¿eh? —dijo.

Cuando Zen estaba ya entrando en su despacho, el inspector que rastreaba los movimientos de Ubaldo Valesio asomó la cabeza desde la puerta vecina.

—¡Un momento, jefe!

Lucaroni era de baja estatura y parecía más bien desaliñado, los ojos muy juntos y una ancha quijada azulada por una barba de tres días. Sus movimientos eran rápidos y furtivos y hablaba en un susurro veloz, como si cada palabra fuese información confidencial.

—Tiene una visita —murmuró—. La viuda. Llegó hace unos cinco minutos y pidió verlo. No estábamos seguros de qué hacer con ella.

Miró con duda a Zen, que asintió.

—¿Hallasteis algo ayer?

Lucaroni negó con la cabeza.

—Llamó a su despacho a las nueve para cancelar todas sus citas. Algo inesperado, obviamente. Tuvieron que despedir a dos clientes que estaban esperándolo.

Zen miró dentro del despacho de los inspectores. Chiodini estaba absorto en un periódico deportivo. Geraci le devolvía a Zen una mirada fija, como tratando de recordar si había cerrado el gas antes de salir de casa.

—¿Y vosotros dos? —preguntó Zen.

—Solo un montón de cosas sobre su casa y sus impuestos y sus hijos.

—Y esas marcas en la agenda —comentó Chiodini despreciativamente.

—¿Qué marcas? —preguntó Zen.

En realidad solo trataba de ganar tiempo antes de tener que enfrentar a Patrizia Valesio.

Chiodini cogió la agenda de entre la pila de documentos que llenaban su escritorio y le mostró que el abogado había marcado muchas páginas con asteriscos rojos durante los últimos tres meses, y que el último aparecía dos días antes. Zen avanzó hacia la puerta que daba directamente a su despacho, llevándose la agenda consigo.

—¿Qué quiere que hagamos ahora, jefe? —preguntó Geraci. Sonaba un poco aterrado.

—Por ahora nada.

Entonces se dio cuenta de que nunca debería haber pedido tres asistentes. Desde ese momento los tendría perpetuamente encima, haciéndole sentir culpable y atravesándose en su camino. Y además seguro que uno de ellos estaría informando al *Questore*, y como no había manera de saber cuál, tendría que mantenerlos a todos bien ocupados si quería hacer lo que Bartocci le había pedido.

La segunda silla de su despacho estaba ocupada por una mujer de alrededor de treinta años, vestida con un elegante traje negro. Su rostro era grande y redondo y un poco cóncavo, con una larga nariz afilada.

—¿Es usted el hombre que enviaron de Roma? —preguntó—. Soy Patrizia Valesio.

—Siento mucho...

Ella movió la mano con desdén.



—Por favor, no perdamos el tiempo.

Zen cogió un bloc de notas y un lápiz y los puso sobre el escritorio.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted?

—He venido a hacer una acusación. Puede parecerle extraño, incluso increíble. Simplemente escúcheme, y no juzgue mis palabras hasta que termine.

Tomó aliento largamente.

—Mi esposo no solía discutir conmigo las negociaciones para liberar a Ruggiero Miletti, pero en una ocasión, hace alrededor de un mes, mientras cenábamos...

Hizo una pausa. El esfuerzo que ponía en lo que estaba diciendo se reflejó en su rostro. Luego concluyó con rapidez.

—De pronto dejó escapar esta frase: «Tengo a alguien a mis espaldas».

El teléfono empezó a sonar.

—Disculpe —dijo Zen, y cogió el auricular.

—*Buenos días, comisario. Habla Antonio Crepi. Solo le llamo para decirle que nuestra conversación de la otra noche ya no es relevante. Pietro ha volado desde Londres y me ha asegurado que, en cuanto la banda haga contacto, el asunto se resolverá sin tardanza. No tengo que decirle que se guarde para usted lo que le dije, claro.*

—Claro.

—*A propósito, oí decir que ayer comió con el joven Bartocci.*

Zen miró a Patrizia Valesio quitarse un cabello invisible de su elegante traje negro.

—*No quiero entrometerme, dottore, pero recuerde lo que le dije de él. Es un buen muchacho en el fondo, pero cuando se trata de los Miletti se le meten cosas en la cabeza. Ya sabe cómo son estos izquierdistas, leen a Marx y dejan de ver la realidad. Y esa es una actitud peligrosa en un magistrado a cargo de la investigación, creo yo. Y todavía más en un policía. ¿Comprende lo que quiero decir? Solo un consejo amistoso, de alguien que sabe.*

Zen colgó el teléfono. «... de alguien que sabe». ¿Dónde había oído esa frase antes?

Patrizia Valesio lo miraba con la expresión de quien no puede ser dejada de lado por una interrupción. Su rostro le pareció a Zen un candelabro antiguo: un plato llano con una espiga en la mitad.

—Lo lamento —murmuró—. ¿Decía...?

—Ubaldo me dijo que tenía a alguien a sus espaldas —repitió ella—. Dijo que cada vez que volvía con los secuestradores y les presentaba una oferta largamente discutida con la familia, argumentando que eso era lo más que la familia podía pagar, la banda lo acusaba de mentir. «¿Se olvida de la villa en Punta Ala? ¿Y el olivar de Spello? ¿Por qué no han vendido las acciones de tal y tal compañía?». Y cuando Ubaldo volvía con la familia, ¡he aquí que «existía» tal villa, tal olivar, tales acciones! ¡Qué pesadilla para un negociador!

Zen miró fijamente su bloc. Había estado garabateando obsesivos dibujos en forma de caja, un nudo de ángulos rectos entrelazados que cerraban toda posibilidad de error o sorpresa.

—¿Y qué tal si fuera Ruggiero mismo? —sugirió—. Sabe más que nadie sobre los bienes de la familia y está totalmente en poder de la banda. No les sería difícil hacerlo hablar.

—Es lo que Ubaldo pensó al principio. Pero la banda conocía algunos sucesos financieros que habían tenido lugar «después» del secuestro, cosas de las que Ruggiero no sabía una palabra. Así que Ubaldo terminó por convencerse de que alguien del círculo familiar estaba pasando información diaria a la banda. Lo cual significa que mi esposo era la víctima inocente ¡de un espantoso juego doble en el seno de la familia Miletti! Y por eso he venido. Quiero que se castigue a los asesinos. No solo a los que apretaron el gatillo, ¡también a los que estaban detrás, en la sombra!

Se interrumpió, y tomó aire rápida y entrecortadamente.

—Todo esto es muy interesante, *signora*...

—¡Aún no he terminado! —dijo repentinamente—. Hay algo más, una clave vital. La banda siempre empleó el mismo procedimiento cuando quería contactar. El teléfono sonaba a la una, cuando nos sentábamos a almorzar. Y solo se decían dos palabras. El que llamaba le daba a Ubaldo el nombre de un equipo de fútbol y él tenía que responder con el nombre del equipo contra el que jugaría el domingo siguiente. Tenía la lista de encuentros junto al teléfono. Entonces colgaba inmediatamente y llamaba a su despacho para cancelar todas sus citas. Ese era el procedimiento, y nunca cambió. Pero el martes...

Se interrumpió otra vez, luchando por controlarse.

—El martes la llamada no se produjo a la hora del almuerzo, sino por la mañana temprano, a eso de las ocho menos cuarto. Oí que Ubaldo daba la contraseña y luego decía, con gran sorpresa, «¿Ahora?».

Sostuvo con la suya la mirada de Zen.

—¿Cuándo llegó usted a Perugia, comisario?

—El martes.

—¿A qué hora?

—Hacia la una y media.

—¿Quiénes sabían que vendría?

Él frunció un poco el ceño.

—Varias personas del Ministerio, y de esta *Questura*.

—¿Nadie más?

—No que yo sepa. ¿Por qué?

¿El ruido venía del despacho de al lado, de atrás de la puerta cerrada?

—¿Entonces cómo explica que los secuestradores hayan llamado urgentemente, exigiendo ver a Ubaldo en persona, cuando usted estaba todavía en Roma y

supuestamente nadie sabía que vendría salvo las autoridades?

Su voz era de triunfo, como si con esto hubiera hecho encajar todas las piezas. Zen dejó adrede que su ceño se apretara aún más.

—No veo qué hay que explicar allí. ¿Qué tienen que ver esas dos cosas?

Ella bufó con indignación.

—¿Que qué tienen que ver? La conexión es obvia para cualquiera que pueda sumar dos más dos. ¿De veras cree que el primer contacto, después de semanas de silencio, coincidió por pura casualidad con el día de su llegada? Discúlpeme, pero eso sería un poco demasiado cómodo. Pero ¿cómo pudieron enterarse los secuestradores de su llegada a Perugia cinco horas antes de que ocurriera? ¡Evidentemente su contacto en la familia les dio el soplo!

—Pero, si así fuera, ¿cómo podían haberlo sabido los Miletto?

—¡Porque fueron ellos quienes lo hicieron venir, claro está! Usted no cree, por Dios, que esas cosas ocurren sin que alguien eche mano de sus enchufes, ¿verdad?

Zen miró hacia otra parte. Acababa de recordar dónde había visto la frase con que se despidió Crepi: era la firma del anónimo que Bartocci había recibido, donde se sugería que el secuestro de Ruggiero era un asunto de inversiones. Se encontró escribiendo ¿¿¿CREPI???, así, en mayúsculas, en el bloc que tenía delante. Se apresuró a tacharlo, y luego cubrió el área con apretados garabatos hasta sepultar todo rastro de aquel nombre.

—No acabo de entender, *signora* —dijo—. Primero sostiene que la familia está colaborando con los secuestradores, y luego dice que deben de haber usado sus enchufes para hacerme venir. ¿No hay alguna contradicción en sus ideas?

—¡No me venga con eso de las contradicciones! Toda esa familia es una contradicción viviente, y engulle a todo y a todos los que se le pongan a tiro. Entonces uno le sonrío francamente, mientras el otro lo apuñala por la espalda. Mi pobre esposo, que solo quería ayudar, acabó por ser su víctima. ¡Cuídese de compartir ese destino!

También Zen se levantó.

—De cualquier modo, como el caso está bajo investigación de la judicatura, la persona a quien debe informar es el magistrado a cargo de la investigación, Luciano Bartocci.

La visita recogió sus guantes y su bolso.

—¡Oh, le informaré, no se preocupe! Y le informaré de que también a usted le he informado. Y luego informaré a la fiscalía de que los he informado a ambos. ¿Y sabe por qué voy a informar a tanta gente, comisario? Porque supongo que va a haber una conspiración de silencio acerca de este asunto y me propongo hacérsela difícil a los Miletto y a sus amigos. Si ha de haber una conspiración, al menos todos sabrán que existe y quién está envuelto en ella. Eso sería un leve consuelo, al menos.

En el último momento Zen recordó la agenda. Se la mostró a Patrizia Valesio y le pregunto qué sabía sobre los asteriscos que Chiodini le había señalado. La visión de

la escritura de su marido fue un claro golpe para ella, pero mantuvo la compostura.

—Son los días en que Ubaldo tuvo una reunión con los secuestradores —respondió con voz apagada—. Ponía una marca en la agenda inmediatamente después de la llamada. Pensaba que más tarde podría ser útil.

«Bueno —pensó Zen cuando ella se fue—, tal vez lo sea. Pero no sabía de qué manera».

Abrió la puerta que daba a la otra habitación. Lucaroni estaba de pie casi pegado a la puerta, estudiando una nota acerca de qué hacer en caso de que el edificio se incendiara. Geraci estaba sentado a su escritorio, con una edición del Código Penal abierta delante de él. Chiodini parecía haberse dejado caer sobre su periódico y estar profundamente dormido.

—Pues tengo un trabajito para vosotros, chicos —exclamó Zen animadamente—. Por lo que me ha dicho la viuda de Valesio, es claro que los contactos de su marido con la banda comenzaban con una llamada que no era más que una señal para que fuera a algún lugar de reunión preestablecido. Es posible que fuera un bar, no muy lejos de aquí. Quiero que lo encontréis. Haced una lista y visitadlos uno a uno. Llevad con vosotros una fotografía de Valesio. No debe ser demasiado difícil. Un joven abogado elegante y en un BMW no pasan desapercibidos.

Cuando se fueron, Zen volvió a su despacho y marcó un número interno.

—*Archivo.*

—Quiero una lista de las licencias para portar armas expedidas a favor de las siguientes personas. Apellido, Miletto; nombres, Ruggiero, Pietro, Silvio y...

Otra vez el sonido tras la puerta. Zen dejó el teléfono y se dirigió en silencio hasta la puerta del pasillo. Miró fuera. El pasillo estaba vacío, pero la puerta del despacho del inspector estaba entreabierta. Zen caminó por el pasillo y la abrió del todo. Geraci estaba de pie junto a su escritorio. Se volvió cuando la puerta golpeó la papelera con un gran ruido.

—Olvidé mi cuaderno de notas —explicó.

Zen asintió con la cabeza.

—Oye, Geraci, quiero que vigiles a los otros dos por mí.

El inspector miró a Zen con incertidumbre.

—¿Vigilarlos?

—Eso es. Por si acaso.

Guiñó un ojo y se dio unos golpecitos en la nariz.

—Más vale prevenir que curar. ¿Comprendes?

Geraci, desde luego, no tenía ni la menor idea de lo que Zen estaba diciendo.

—Debo irme —murmuró nerviosamente.

—Buena idea. No hay que dejar que sospechen.

Observó a Geraci recorrer el pasillo antes de volver a su despacho, y dejó abierta la puerta que comunicaba los dos despachos, de modo que, si alguien se acercaba, podría verlo reflejado en el retrato de Pertini. Luego volvió a coger el auricular.

—¿Hola?

—*Hasta ahora tengo Miletto Ruggiero, Pietro y Silvio.*

—Bien. Y también Miletto Daniele, Santucci Gianluigi y Cinzia, de soltera Miletto.

—¿Quién habla?

Zen pareció notar de nuevo ese destello de hostilidad y oír el murmullo del questore: «Hasta hoy él se encargaba del caso Miletto en nuestro nombre».

—Fabrizio Priorelli.

—*Le llamo en un momento, dottore.*

—¿Eh, no, amigo! Lo siento pero tendrá que hacerlo ya, por favor. Espero.

—¿Claro, *dottore!* En el acto.

Hubo un sonido hueco cuando el auricular golpeó la mesa, seguido por el ruido de unos pasos que se alejaban. Mientras esperaba, Zen paseó la vista por su despacho. Había algo ligeramente distinto ese día, pero no podía decidir qué era.

Los pasos volvieron.

—*Hay tres tarjetas, dottore. Una pistola Luger de 9 milímetros a nombre de Miletto Ruggiero, expedida el 27-04-53. Luego, Santucci Gianluigi registró un rifle el 19-10-75. Finalmente, Miletto Cinzia, una pistola Beretta, 4,5 milímetros, con fecha del 11-01-81.*

Zen apuntó los datos al margen de sus anteriores garabatos.

—¿*Quiere que envíe una copia mecanografiada a su despacho, dottore?*

—¿No! De ninguna manera. Ya tengo lo que quería. Muy agradecido.

Colgó, estudiando la información. La Luger de Ruggiero debía de ser un botín de guerra, registrada tardíamente, una vez que había desaparecido la amenaza de una insurrección comunista. Podía haber hecho el destrozo en la cabeza de Valesio, a corta distancia. Igual que el rifle de Gianluigi, por lo demás. Pero ni por un momento creyó en alguna de estas posibilidades.

Obtuvo línea con el exterior, marcó el número de los tribunales y pidió hablar con Luciano Bartocci. Mientras esperaba revisó su despacho, cada vez más ceñudamente, intentando descubrir el detalle que había cambiado. ¿Qué «era»? El archivador, la percha, el basurero, el gran crucifijo horrible, la fotografía de Pertini, el calendario. ¡Claro, el calendario! Alguien había pasado consideradamente la hoja a marzo, y entonces la satinada fotografía en color mostraba a la Brigada Antidisturbios formados en traje de combate frente a sus vehículos blindados.

—¿*Sí?*

—¿*Dottor Bartocci?* Zen, de la Questura.

—¿*Por fin! ¡He estado buscándolo desde ayer por la tarde! ¿Dónde se ha metido?*

—Pues estaba...

—*Mire, han sucedido cosas. Venga a verme ahora mismo.*

—Patrizia Valesio ha estado aquí. Sostiene que...

—*Ya la he visto. Esto es otra cosa. Preséntese aquí dentro de veinte minutos.*

Fuera el día estaba brumoso y apagado. En el *parking* que había entre la *Questura* y la prisión, Palottino había dejado de pulir el *Alfetta* y charlaba con dos patrulleros. Miró esperanzadamente a Zen, que meneó el dedo y se alejó calle arriba.

Era día de mercado, y en la ancha y curva escalinata que llevaba al centro se alineaban débiles mesas cubiertas de baterías de cocina y relojes y ropa y herramientas y juguetes. La atronadora música venía de un puesto donde se vendían cintas de contrabando. Los comerciantes gritaban como gallos de corral a las mujeres, cambiando de tono todo el tiempo, sin decidir con cuál hacer pareja.

—... a precios que no se creen...

—... nunca antes en Perugia...:

—... gracias al milagro de la tecnología estadounidense...

—... si se gasta le pagaré el doble de...

—¡¡¡CALCETINES!!! ¡¡¡CALCETINES!!! ¡¡¡CALCETINES!!!

—... uno por treinta mil, dos por cincuenta...

Un hombre, que se hallaba sentado en un banquillo de tres patas, se vació un bote de basura sobre el traje y luego lo limpió con una miniaspiradora de baterías. Detrás de él, en el muro, aparecía una y otra vez, en grandes letras mayúsculas negras, el nombre de UBALDO VALESIO. Era un tablero dedicado exclusivamente a los anuncios funerarios, y la muerte del abogado estaba bien representada. Había carteles firmados por sus socios, por la asociación local de abogados, la familia Miletta, varios parientes y, desde luego, su mujer y sus hijos. El contenido variaba un poco, según el grado de intimidad, pero ciertas fórmulas se repetían como el tañido de una campana.

«... víctima inocente de una bárbara crueldad...».

«... trágicamente arrancado del seno de sus seres queridos por una mano cobarde...».

«... una vida virtuosa y respetada extinguida por la violencia criminal de los perversos...».

La sesión matinal de los tribunales estaba en plena actividad, y los vestíbulos y pasillos se hallaban atestados. El despacho de Luciano Bartocci era alto y estrecho y sus repisas de libros parecían irse cerrando a medida que ascendían hacia el distante techo, como los costados de una chimenea. Había dos abogados frente al magistrado, al otro lado del escritorio, que ocupaba casi todo el espacio disponible. Uno de ellos resultaba evidente que estaba pidiendo un favor en nombre de un cliente: una fianza o un pase de visita o acceso libre a los archivos oficiales. Mientras, el otro se impacientaba con Bartocci por dejarse presionar de esa manera por su latoso e inescrupuloso colega en vez de atender «su» francamente razonable petición de una fianza o un pase de visita o acceso libre a los archivos oficiales. Finalmente, Bartocci resolvió el problema sacándolos a ambos del despacho y conduciendo a Zen escaleras abajo.

—Quiero que oiga algo.

Lo llevó a un largo cuarto estrecho en los sótanos de los tribunales, donde se hacían las grabaciones de los teléfonos intervenidos. Un montón de grabadoras de bobina se alineaban en la pared. Un hombre controlaba una de ellas con los auriculares puestos. Dio un pequeño salto cuando Bartocci le tocó el hombro.

—Buenas, Aldo. ¿Puedes ponemos la grabación que estuve oyendo antes?

—Ahora mismo.

Escogió una cinta de la estantería y la colocó en una grabadora vacía.

—Esto fue interceptado en casa de los Miletta ayer a última hora de la tarde —explicó el magistrado—. Por ese motivo he estado buscándolo.

El técnico le extendió un par de auriculares a Zen y empezó a pasar la cinta. Se oyó sonar un teléfono y luego una voz.

—¿Sí?

—¿Signor Miletta?

—¿Quién habla?

—Vaya al contenedor de basura que hay al pie de la colina, en la esquina de la carretera principal. Pegada en su interior hay una carta para usted. Vaya pronto, antes de que los polis le ganen por la mano.

Quien llamaba tenía un crudo y espeso acento calabrés.

—Se acabaron los juegos. Tienen tres días para hacer lo que les mandamos, de otro modo le haremos a su padre lo que hicimos a Valesio. Solo que más lentamente.

Zen se quitó los auriculares, buscando alguna clave en la reacción de Bartocci. El mensaje le había parecido bastante genuino.

—¿Qué había en la carta?

—Eso es lo que vamos a averiguar. ¡Gracias, Aldo! —Mientras subían de nuevo las escaleras, Bartocci continuó—: Pietro Miletta ha aceptado verme. Llegará en un rato, y quiero que usted esté presente. Apenas tenemos tiempo para un café.

Fueron a un pequeño bar en la Piazza Matteotti. Solo había otra persona allí, era una mujer que se comía un pastelillo relleno de nata como si su vida dependiera de ello.

—Recibí una llamada de Antonio Crepi —dijo Zen, como a la pasada.

—¿De veras?

También la voz de Bartocci era cuidadosamente inexpresiva.

—Sabe que comimos juntos.

—Seguro. Dentro de quince minutos también sabrá que hemos tomado café.

—¿Qué le parece la historia de Patrizia Valesio? —preguntó Zen.

El magistrado se encogió de hombros.

—No nos lleva a ningún lado. Un fiscal público la haría pedacitos. La desconsolada viuda tratando de mitigar su dolor por la muerte del marido a través de una *vendetta* contra la familia Miletta o algo así. Pero esta carta es otra cosa.

A Zen le tomó un momento ver adonde quería llegar Bartocci.

—¿Quiere decir, si intentan falsificar una carta de los secuestradores?

Bartocci asintió con la cabeza entre sorbitos de café.

—No pueden falsificarla tan bien como para engañar al laboratorio forense. Me extraña que no lo hayan pensado. Así que este encuentro con Pietro Miletta podría ser decisivo. Por eso quiero que esté usted ahí.

El mayor de los hijos de Ruggiero casi parecía haber agotado las posibilidades de distinguirse de sus hermanos. Bajo y rechoncho, con una incipiente calvicie y expresión de enojo, a primera vista Pietro parecía un turista inglés que hubiese ido a quejarse porque le habían robado todas sus cosas del cuarto del hotel, lleno de justa indignación porque Italia era un nido de ladrones y exigiendo saber cuándo harían algo al respecto las autoridades. De la americana de *tweed* a las abarcas cumplía cabalmente con el papel: no la mezcla usual de diseñadores de las tiendas caras de Roma y Milán, sino lo auténtico, tan llano y pesado como Zen se imaginaba que eran el clima, el carácter y la cocina de Inglaterra.

Bartocci presentó a Zen como uno de los principales expertos en secuestros «del país», enviado especialmente por el Ministerio para supervisar el caso.

Pietro Miletta se aflagió cortésmente.

—Creí entender que sería un encuentro privado.

—Nada de lo que se diga aquí saldrá de esta habitación —le aseguró Bartocci—. Estamos aquí simplemente para discutir las medidas que deben tomarse a la luz de los nuevos acontecimientos. Siéntese, por favor.

Después de un momento de vacilación, Pietro puso su paraguas y su cartera sobre el escritorio y se sentó. Bartocci ocupó su lugar al otro lado del escritorio. No había otra silla, así que Zen permaneció de pie.

—Y bien —continuó el magistrado con suavidad—, entiendo que los secuestradores les informaron por teléfono del lugar donde encontrarían una carta, y que esa carta fue recogida. Supongo que la ha traído con usted.

—No el original, no.

Pietro Miletta hablaba como si la cosa no tuviera consecuencia alguna, pero Bartocci miró a Zen antes de responder.

—Una copia no es de mucha utilidad para nuestros expertos.

—No he traído una copia.

Bartocci hizo un gesto de impaciencia.

—Perdone, *dottore*. No ha traído el original, no ha traído una copia. ¿Le importaría mucho decirme qué es lo que «ha traído»?

Pietro Miletta abrió su cartera y sacó una hoja de papel que le extendió al magistrado.

—He traído un memorándum sacado del original en el que se muestra toda la información pertinente que contenía la carta.

Bartocci no hizo el intento de coger la hoja.

—*Dottore*, lamento mucho la suposición de que alguien pueda estar en posición de decirme lo que es o no pertinente en el caso que investigo. Si usted no está



dispuesto a dejarme ver la carta original, entonces la pretendida cooperación se convierte en una farsa que no veo por qué seguir.

Pietro Miletto soltó una breve risa que sonó desagradablemente burlona y arrogante, aunque en principio bien pudo haberse debido al nerviosismo.

—Me temo que eso es imposible.

—¿Imposible? Permítame recordarle que, en ausencia de su padre, usted es el cabeza de familia. Nada es imposible si usted lo quiere.

—No, no, es que es literalmente imposible. La carta ya no existe.

Bartocci le disparó a Zen una mirada de triunfo. ¡De modo que los Miletto se «habían» dado cuenta de la amenaza que supondría para sus esquemas una carta falsificada, y no querían mostrarla!

Pietro colocó la hoja de papel sobre sus rodillas.

—Debo decir que, aunque los secuestradores dictaron parte de la carta, casi toda era de mi padre. Era una carta personal dirigida a su familia y, como carta personal, no estaba destinada a ser leída por extraños. Además era un documento larguísimo, enredado y en verdad más bien penoso. Penoso, digo, porque daba evidencia del estado mental de mi padre. Las tensiones y angustias de su trance han tenido sin duda un efecto terrible sobre él. Naturalmente ninguna persona razonable desearía hacerlo responsable de lo que escribió, pero ciertos pasajes eran, sin embargo, una lectura muy perturbadora.

Zen miró hacia lo alto las repisas cargadas de hileras de libros, uniformes como ladrillos.

—Los acusaba a ustedes de haberlo abandonado —dijo—. Recordó los innumerables sacrificios que ha hecho por ustedes y les reprochaba que no estuvieran dispuestos a ayudarlo en su momento de necesidad. Incluso comparaba su actitud con la de sus secuestradores, y la comparación no los favorecía a ustedes.

Pietro Miletto miró a su alrededor con azoro.

—¿Cómo puede saberlo? ¡No es posible! A menos que...

Una idea brilló en sus ojos durante un momento y luego se esfumó.

—Todas esas cartas se parecen —explicó Zen—. Como las cartas de amor.

—Ah, ya veo.

Pietro había vuelto a perder el interés.

Bartocci miraba enojado a Zen, que comprendió que había cometido el error de hablar como si la carta de veras existiera, como si el secuestro fuera auténtico. El magistrado dio un golpecito sobre su escritorio.

—¿Qué ha ocurrido con la carta? —preguntó.

—La quemamos.

—La «¿qué?».

—Mi padre nos prohibía comunicar su contenido a las autoridades, o cooperar con ellas de manera alguna. Esa posición recibió el firme apoyo de varios miembros de la familia, y solo después de arduos y largos esfuerzos logré convencerlos de que

me dejaran traerles este memorándum que contiene, como ya dije, toda la información pertinente de la carta.

Zen comprendió de pronto que Bartocci tenía algún plan en mente, algo que por el momento se guardaba en la manga.

—¿Y cuáles son esas «informaciones pertinentes» que menciona? —preguntó el magistrado, posponiendo deliberadamente aquella iniciativa.

Pietro Miletta volvió a coger la hoja de papel y comenzó a leer con voz calmada y confiada, una voz acostumbrada a ser obedecida, que jamás había tenido que hacer alharacas. El pago completo de los diez mil millones de liras, en billetes usados y no numerados consecutivamente, debía estar listo para ser enviado de inmediato. El número de un teléfono sin intervenir debía ser comunicado a la banda, que lo usaría para ultimar detalles, identificándose del mismo modo en que lo había hecho con Valesio. La policía no debía ser informada de estos arreglos ni intervenir en el pago de manera alguna. Cualquier fallo en el cumplimiento de estas instrucciones provocaría la muerte inmediata de la víctima.

—¿Y qué planean hacer? —preguntó Bartocci cuando Pietro hubo terminado.

—Obedecer, por supuesto. ¿Qué más podríamos hacer?

—¡Lo que han hecho durante los últimos cuatro meses! ¡Estirar el tiempo, pretextar pobreza, regatear cada lira!

Pietro Miletta guardó cuidadosamente la hoja en su cartera.

—Suficiente, Bartocci. Ya sabemos lo que piensan de nosotros nuestros enemigos.

Un fácil endurecimiento había tenido lugar en su voz. Se puso de pie y miró alternadamente a los dos hombres.

—¿Saben por qué prosperan los secuestros aquí en Italia? Tal vez piensen que es porque estamos atados a una policía ineficiente y corrupta, dirigida por jueces de carrera que tienen siempre un sesgo político y carecen de cualquier entrenamiento práctico. Eso contribuye, por supuesto, pero las mismas condiciones se dan en otros países donde el secuestro es casi desconocido. No, la verdadera razón es que en el fondo de nuestros corazones admiramos a los secuestradores. No nos gustan los que tienen éxito. Pero nos gusta ver que los echen por tierra, que los hagan sufrir, que los hagan pagar. Se solía decir que Rusia era una autocracia moderada por el asesinato. Pues Italia es una plutocracia moderada por el secuestro.

—¿Cómo harán para reunir el dinero si durante los últimos meses han estado diciendo que era imposible?

Pero Pietro Miletta ya no tenía interés en la conversación.

—Eso es asunto nuestro.

—Siempre está la SIMP, claro —insinuó Bartocci.

—Sí, siempre queda la SIMP por arruinar. A algunos les encantaría, sin duda, que eso ocurriera. Pero si nuestra compañía alguna vez se hunde, son justamente ellos los que van a protestar más fuerte.

—¿Y qué pasa con el teléfono sin intervenir que ha pedido la banda? ¿Cómo les comunicarán el número?

—Si le dijera cómo, dudo que el número siguiera sin intervenir por mucho tiempo. Estamos pagando un precio muy alto por hacer que vuelva mi padre. No tenemos la menor intención de poner en peligro el éxito de la operación por culpa de la chapuza de las autoridades.

—Doy por hecho que han pedido garantías —dijo Zen en voz baja.

Pietro Milette se volvió desde la puerta.

—¿Qué garantías?

—¿Cómo saben que su padre está vivo todavía?

—¡Acabamos de recibir una carta suya!

—¿Y cómo saben cuándo la escribió? Deberían poner como condición del pago que la banda les entregue una fotografía Polaroid que muestre a su padre sosteniendo el periódico del día en que se haga la entrega. Eso dejará saber, de paso, que la gente con que tratan todavía tiene la posesión.

—¿La posesión de qué?

Su tono era razonable y educado, el de un gerente pidiendo información especializada de un consejero.

—Las negociaciones para liberar a su padre han sido ya extremadamente largas —explicó Zen—. Podría ser que los secuestradores originales no hubieran podido sostenerse tanto tiempo. Dependería de su situación financiera, de la situación de los otros negocios en que estén metidos. Si hubieran necesitado efectivo con alguna urgencia, podrían haber vendido a su padre a algún otro grupo como inversión a largo plazo.

Pietro Milette repitió su risita.

—Dios santo, ¿estamos hablando de un negocio de víctimas de segunda mano?

En su escritorio, Luciano Bartocci había estado revolviendo papeles ruidosamente, con la intención de interrumpir aquella conversación de la que estaba excluido.

—Solo una cosa más... —comenzó a decir.

Pietro Milette lo interrumpió.

—¿Qué nos importa, después de todo? No nos importa a quién le pagamos, con tal de tener a nuestro padre en casa.

—Pero ustedes no querrían pagar a una banda para luego encontrarse con que esa banda ha vendido a su padre a otra banda, ¿o sí?

—Solo una cosa más —repitió el magistrado—. Cuando el pago se lleve a cabo, uno de los presentes será el comisario Zen.

Bartocci pudo haber tenido algún problema en hacerse oír al principio, pero en ese momento tenía toda la atención sobre él. Todo estaba tan quieto en la habitación que parecía que los tres hombres habían suspendido de mutuo acuerdo todo trato para escuchar las apenas audibles ondulaciones de una sirena distante.

—Usted debe de estar loco —dijo finalmente Pietro Miletta.

El joven magistrado parecía en verdad un poco loco. Sus ojos brillaban con determinación, la cara enrojecida por la conciencia de los riesgos que estaba tomando, y la abortada sonrisa echada a una esquina de la boca como si tratara de comerse su propia barba.

—Si se niega a cooperar —prosiguió—, debo advertirle que desde este momento cada miembro de su familia y todos sus empleados serán vigilados las veinticuatro horas del día por un grupo de hombres venidos de Roma bajo las órdenes de Zen.

Miró a Zen larga y llanamente, retándolo a que se atreviera a negarlo.

—Este frenesí policíaco llegará, por supuesto, a los periódicos. Muy probablemente los secuestradores suspenderán la operación.

—¿Cómo se atreve, Bartocci?

La voz de Pietro Miletta era baja y curiosa. A pesar de su apariencia retórica, la pregunta parecía tener verdadero interés.

—¿Cómo se atreve a convertir a mi padre en un peón más de sus juegos?

El joven magistrado juntó juiciosamente las yemas de los dedos de sus manos.

—*Dottore*, todos estamos aquí oficialmente. Usted representa a su familia. El comisario Zen y yo representamos al Estado. Como tales representantes, nuestros deberes están claramente expresados en el Código Penal. Consisten en investigar los crímenes, evitar que se cumplan, descubrir a las partes culpables y tomar cualquier otra medida necesaria para mantener la ley. En nuestra capacidad oficial, eso es «todo» lo que debemos hacer. Pero no solo somos jueces o agentes de policía, también somos seres humanos, y como seres humanos compadecemos sincera y profundamente la terrible situación en que se encuentra la familia Miletta, y deseamos hacer todo lo posible para que se resuelva rápida y satisfactoriamente. Al mismo tiempo, no podemos ignorar nuestros deberes. Así que, después de una larga y cuidadosa deliberación, hemos llegado a establecer un compromiso entre nuestras responsabilidades oficiales y nuestro natural deseo de evitar que se posponga la liberación de su padre. Este compromiso es el que tracé hace un momento. Y creo que haría bien en aceptarlo.

Pietro Miletta movió lentamente la cabeza.

—¿Cómo puede siquiera ocurrírsele comprometer la seguridad de mi padre?

—No hay el menor riesgo —le aseguró Bartocci—. Ninguno en absoluto. ¿No es así, comisario?

La boca de Zen se abrió y volvió a cerrarse sin emitir sonido. «Hijo de puta —pensaba—. Asqueroso hijo de puta».

—Los secuestradores acaban de darnos órdenes precisas de no dejar que la policía intervenga, y usted viene a decirme ¡que podemos enviar a efectuar el pago a un agente de rango superior sin que haya el menor riesgo!

Bartocci dejó a un lado la objeción con un gesto de la mano.

—No sabrán que se trata de un agente de policía.

Pietro Miletta se quedó mirando intensamente al magistrado.

—¿Por qué, Bartocci? Se va a ganar la animadversión de media ciudad y va a poner en peligro la vida de mi padre, ¿y todo por qué? ¿En qué se beneficia usted? ¿Por qué quiere jugar un juego tan desesperado y poner todo su futuro en peligro de este modo?

—¿Cómo se atreve a amenazarme? —contraatacó Bartocci.

Un momento después Pietro se encogió de hombros y se volvió para salir del despacho.

—Tendré que discutir todo este asunto con el resto de la familia.

—¿Desde cuándo se maneja como una cooperativa la familia Miletta? —se mofó Bartocci.

—Le llamaré mañana por la mañana.

—Me llamará esta tarde, a eso de las tres —insistió el magistrado—. De otra manera no tendré más alternativa que dejar que los hombres de Zen ocupen posiciones.

Bartocci hacía que Zen pareciera un perro rabioso al que apenas lograba contener con gran esfuerzo.

Pietro Miletta abrió la puerta.

—No tengo que decir que, si aceptamos, la responsabilidad por lo que se desprenda de ello recaerá sobre sus cabezas. Tal vez querrán pensar un poco en ello antes de lanzarse por esta senda.

—¡Le digo que no hay el menor riesgo!

—Eso mismo le dijeron a Valesio.

Cuando se cerró la puerta, Zen dejó escapar el aliento que, notó, había retenido durante mucho rato. ¡Y pensar que se había debatido tanto sobre qué línea tomar frente a la teoría de la conspiración que tenía Bartocci! Ya no hacía falta hacerlo. A partir de ese momento para los Miletta Zen era compinche de Bartocci, el secuaz que dispondría a sus hombres para respaldar la voluntad de su enemigo.

—Supongo que está dispuesto a ir —dijo Bartocci con un estudiado descuido que Zen halló más bien insultante.

—Es mi trabajo. Pero hubiera preferido saber de antemano lo que usted planeaba. Bartocci sonrió infantilmente.

—¡Yo mismo no sabía que lo haría de ese modo, hasta que ocurrió!

Caminó hasta una de las repisas de la pared del fondo y cogió una gran carpeta de archivo. Zen pensó que le mostraría alguna nueva y decisiva evidencia, pero Bartocci simplemente metió la mano en el hueco que dejó la carpeta y, con un gruñido de esfuerzo, movió una palanca. Sonó un fuerte clic metálico y la pared se deslizó hacia fuera.

Fue el negocio ese de la carta lo que me decidió —continuó el magistrado mientras un pedazo cada vez más grande del mundo exterior aparecía por la brecha—. Es obvio que la razón por la que dicen haberla quemado es que simplemente se

dieron cuenta de que sería demasiado arriesgado dejamos examinarla.

La vista se extendió cuando abrió por completo las puertas dobles. Había un pequeño balcón justo fuera de la ventana oculta, entonces inaccesible y cubierta de mierda de paloma.

—Así qué, según los Miletta, ¿qué tenemos? —preguntó Bartocci retóricamente, contando cada punto con los dedos de su mano abierta—. Una llamada telefónica que bien pudo fingirse desde cualquier cabina, una carta que nadie que no sea de la familia ha visto, y un pago que supuestamente tendrá lugar cuando se hayan hecho los arreglos a través de un teléfono cuyo número se niegan a revelar. Si yo no hubiera insistido en que usted estuviera presente en el pago, ¡no tendríamos prueba alguna de que tal pago nunca ocurrió! ¡Juegos de manos! El dinero que tan repentina y misteriosamente está a disposición simplemente se desvanece en el aire mientras Ruggiero Miletta aparece por arte de magia. Y a partir de ese momento no habría absolutamente manera alguna de probar que todo había sido una farsa. No, el pago es nuestra última oportunidad, y yo no estaba dispuesto a dejarla escapar.

Estuvieron un rato mirando cómo las primeras golondrinas de la temporada daban vueltas en el aire fragante y brumoso.

—¡Ya comienza a tener forma! —murmuró excitadamente Bartocci, como para sus adentros—. Tantos fragmentos aislados de evidencia que apuntan en la misma dirección. ¡Sí, ya comienza a tener forma!

A pesar de su persistente resentimiento, Zen observaba al joven magistrado casi con ternura paternal. Sabía que estaba sintiendo lo mismo que él había sentido a menudo en el pasado, en una fatídica ocasión en particular: esta vez los hijos de puta no se saldrán con la suya.

## V

**¡SONRIENTES!** ¡Todos sonrientes y aplaudiendo! El rechoncho y semicalvo maestro de ceremonias sonreía, la rubia estrella en ciernes sonreía, el político famoso sonreía, el periodista de éxito sonreía, y los bien entrenados jóvenes que bailaban a su alrededor sonreían más que nadie. Hasta los globos que soltaron mientras retozaban parecían tener un aspecto pulcro y benevolente al ascender entre la lluvia de confeti, que bajaba tan densa y continua como el aplauso.

—Ponme un café, por favor.

El barman se alejó del corro de hombres que conversaban animadamente sobre el precio que se había pagado por el terreno al otro lado de la calle.

—¡Y ni siquiera lo bastante grande para cagarse en él! —gritó por encima del hombro antes de apuntar a Zen con un dedo.

—¿Café? —preguntó acusadoramente.

Zen hizo saltar dos píldoras antimareo de su envase de plástico y se las metió en la boca. Una o dos, decía la caja. Más vale prevenir que curar.

Al volver a la conversación, el barman pulsó el botón del televisor y de pronto estaban en Texas, donde la gente vivía y amaba hasta la bancarrota, y lo discutía todo en un italiano colorido pero mal sincronizado. Cuando finalmente llegó la llamada, a Zen le tomó unos segundos darse cuenta de que el teléfono no sonaba en el tocador de Sue Ellen, sino en la deslucida sala de billar, al fondo del bar, donde un grupo de canallas locales estaba jugando. Apenas pudo adelantársele a uno para contestar.

—Avellino.

Tenía preparada la lista de los encuentros de primera división. El Avellino jugaba en casa contra los campeones.

—Juventus.

Se oyó un fuerte golpe detrás de él. Uno de los jugadores empujaba la blanca, desparramando los colores.

—*Tome el camino de Cesena. Deténgase en el indicador de «Sansepolcro un kilómetro». En la base del poste.*

La línea se cortó y, un momento después, oyó el clic característico del mecanismo de intercepción al ser desconectado.

Fuera estaba negro como la pez y lloviznaba. El gran Fiat turismo, aparcado en la plaza, se veía ridículo con su cunita amarilla atada al techo, pero al parecer así lo había dispuesto la banda para identificar el coche más fácilmente.

Zen ocupó el asiento delantero derecho.

—Tome el camino de Cesena.

La débil luz del velocímetro dio sobre una pendiente de filigrana de oro que decía «Ivy» en escritura fluida. El pendiente, pensó, era típico del gusto de su dueña.

Seguramente era de oro verdadero, pero de alguna manera se las ingeniaba para parecer una tosca baratija, como esa bisutería que trata de suplir con brillo lo que le falta en valor.

Cuando esa tarde, a las cinco, el Fiat había salido por la verja de la villa Miletti, Zen había descubierto con sorpresa que la persona que lo conduciría a pagar el rescate era la secretaria de Silvio, Ivy Cook. Había estado esperando allí desde que Bartocci le había comunicado, menos de una hora antes, que los secuestradores se habían puesto en contacto y que el coche partiría en cuanto oscureciera. A fin de cuentas, Pietro había aceptado la presencia de Zen, con la condición de que no interviniera hasta que comenzara la operación del pago. Así que durante las cuarenta y ocho horas intermedias Zen nada había tenido que ver con el caso, salvo hacer que fotografiaran los billetes para llevar un registro de sus aleatorios números de serie y hacer los arreglos finales para recoger a Ruggiero donde fuera liberado. La resistencia pasiva de la familia continuó hasta el último momento: no permitieron que Zen pusiera un pie en tierra de los Miletti, y tuvo que esperar al Fiat en la calle, más allá de las imponentes verjas de hierro forjado. Había tenido tiempo de sobra para especular con quién compartiría el coche. Pensó que había cubierto todas las posibilidades, pero en este caso los Miletti lo habían sorprendido.

Pero si los Miletti se habían anotado un tanto al elegir conductor, Zen sintió que él se anotaba otro cuando Ivy le dijo adónde iban: el bar en el que Ubaldo Valesio iba a recibir las instrucciones de la banda, y que Lucaroni había identificado en un pueblo situado a unos diez kilómetros de Perugia. Previendo que los secuestradores usarían el mismo lugar de siempre para concertar la cita, Zen había informado a Bartocci, y este había autorizado que intervinieran el teléfono. Las cintas que resultaran serían analizadas y comparadas con las otras muestras.

Los faros del Fiat iban de un lado a otro del estrecho y sinuoso camino, iluminando un área de campo sembrado, una mancha de robles enanos con las hojas secas del año anterior todavía colgando de las ramas, un viejo carretón de madera al que se le habían puesto neumáticos modernos de camión, un granero abandonado cubierto de carteles que anunciaban una orquesta de baile llamada «Los muchachos del Adriático», un camino de tierra que llevaba a las colinas. Ivy conducía diligentemente, pero no demasiado rápido y, gracias a las píldoras que se había tomado, Zen no se preocupó demasiado por las posibilidades de la náusea. Y más bien tenía una placentera sensación de desinterés por lo que ocurría, casi como si lo que lo rodeaba estuviera ocurriendo en la televisión y el barman pudiera cambiar de canal en cualquier momento. Tal vez esto se debía a cómo había estado durmiendo los últimos días: agitada y poco profundamente, con mil sueños que no parecían cuajar del todo y que lo dejaban medio enredado en sus elaboradas complejidades incluso después de despertar. Por la mañana su cabeza sentía como si en la noche la hubiera invadido el reparto de una telenovela, y el esfuerzo de seguir sus interminables y monótonas intrigas lo dejaban mentalmente sucio y desgastado, más



cansado que cuando se había acostado.

¿O se trataba de simple miedo? Porque era totalmente consciente de que Ubaldo Valesio había esperado en ese bar, usado ese teléfono, y luego cruzado esa puerta, entrado en su coche y jamás había vuelto. Bartocci podía estar convencido de su teoría conspiratoria, pero él simplemente no podía tomársela en serio, por mucho que quisiera. Nunca había participado en el pago de un rescate, pero sabía que se trataba de un momento extremadamente delicado. En cierto sentido repetía el secuestro mismo, y comportaba casi los mismos riesgos para los que participaban. Un momento en que los nervios estaban tensos y los malos entendidos podían resultar caros o fatales, un momento en que una y todas las cosas podían salir mal.

Se volvió ligeramente, de modo que pudiera ver a Ivy con el rabillo del ojo. No se veía atemorizada, pero tampoco parecía que estuviera fingiendo. Había tensión en las líneas de sus comisuras, pero también determinación y una sensación de gran fuerza interior. Ivy Cook no se quebraría fácilmente, eso estaba claro.

—¿Está lejos todavía? —preguntó Zen.

—A unos diez minutos.

Su extraña voz profunda pronunció las palabras como lo habría hecho una parodia del acento de Trento, donde las corrientes cálida y fría de Italia y Alemania se tocan y se mezclan.

—¿Qué se supone que haremos cuando llegemos al camino de Cesena? —prosiguió.

—Tenemos que hallar un indicador junto al camino que dice «Sansepolcro un kilómetro». Supongo que habrán dejado otro mensaje allí.

—Es como una búsqueda del tesoro.

Cuando había conocido a Ivy en la cena de Crepi, su apariencia le había parecido tan deliberadamente estafalaria que la había descartado atribuyéndola a un efecto inesperado, como si todo su equipaje se hubiera perdido y ella se hubiera visto forzada a asaltar las baratijas que esperaban ser recogidas por las hermanas de la caridad. Pero evidentemente su apariencia de aquella primera noche constituía más bien la regla que la excepción. Los colores de esa noche eran más oscuros, pero tenían la misma falta de gusto: pantalones holgados color chocolate, jersey violeta y chaqueta de gamuza verde.

—¿Así que es usted inglesa?

Solo para él era clara esta asociación de ideas, ¡afortunadamente!

—Mi familia es inglesa. Yo nací en Sudáfrica. Y usted es de Venecia, creo.

—Así es. De un distrito llamado Cannaregio, cerca de la estación.

Una fina lluvia hacía borrosa la visión.

—¿Ha vivido mucho tiempo en Italia?

Ivy hizo funcionar los limpiaparabrisas.

—¡Años!

—¿Cómo fue?

—Estaba de viaje por Europa. La gente se toma un par de años, compra una camioneta equipada y explora el mundo. Luego regresa a casa, coge un trabajo estable y nunca vuelve a salir de Sudáfrica. Yo simplemente no regresé.

Hacia la derecha, un grupo de luces indicaba la presencia de un pueblo que orbitó a su alrededor y luego desapareció en la oscuridad. Súbitos caminos aparecían y desaparecían, señalizados con nombres de ciudades famosas: Arezzo, Gubbio, Urbino, Sansepolcro. Luego la carretera desaparecía frente a ellos otra vez, desnuda y brillante y recta y negra, como un túnel...

—¿Qué?

Ivy lo miraba con una expresión peculiar. Zen se percató de que había murmurado algo por lo bajo.

—Nada.

¡Dios santo! ¿Qué había en esas píldoras? Ni siquiera le había hecho falta una receta para comprarlas. ¿Seguro que eran como aspirina? El gobierno debería intervenir, prevenir a la gente, prohibir esas cosas.

Había dicho, «¿Papi?».

La realidad comenzó a moverse tan rápido que, para cuando pudo rehacerse, todo había terminado y estaban aparcados en el arcén. Al repetir la secuencia, se dio cuenta de que Ivy había frenado súbitamente, de que el coche había patinado un poco sobre la superficie resbaladiza, de que luego habían dado marcha atrás. En ese momento ella lo miraba con expectación.

—¿Sí? —dijo Zen.

—¿No es ahí?

Miró hacia fuera y vio el letrero.

Fuera hacía frío y soplaba un fuerte viento, salpicado de gotas de agua que le golpeaban el rostro a ráfagas. La base del poste gris y circular estaba cubierta por una mata de largo pasto seco. Una gran telaraña, tensada entre la base del indicador y el poste, se hinchaba y deshinchaba al viento, con la araña firmemente prendida de ella.

Detrás de las varas de pasto muerto sus dedos tocaron algo duro. Sacó una caja vacía de pasta, sellada en un extremo con cinta de embalaje. El cartón húmedo mostraba la imagen de una madre sonriente que servía un enorme plato de *spaghetti* a su sonriente esposo y a dos sonrientes niños. «¡Consiga este delantal absolutamente gratis!», exhortaba la banda que cruzaba una esquina del paquete.

—¿Todo bien?

Ivy tenía la puerta abierta y se asomaba con aire impaciente.

—Ya voy.

Intentó arrancar la cinta, pero era muy fuerte y él tenía los dedos entumecidos y no pudo encontrar dónde empezaba. Cuando entró de nuevo en el coche, Ivy le quitó la caja y la abrió por el otro extremo. ¿Por qué no se le había ocurrido a él?

Ivy sacó una casete y la metió en el radiocasete del coche. Después de un breve silencio siseante, se oyó la voz de siempre.

«Escuchen esta cinta una sola vez, y luego vuélvana a poner donde la hallaron. En el desvío a Sansepolcro cojan el camino a Rímini. Cuando lleguen al cruce, después de Novafeltria, deténganse y esperen».

Se oyó el sonido de un coche detrás de ellos y de pronto todo se iluminó. Luego apareció una figura del lado de Ivy y golpeó con los dedos la ventanilla. Ella la abrió.

—Documentación.

El guardia de los *carabinieri* tenía el aire novato de un recluta recién desenterrado de alguna región sin esperanzas del lejano Sur y pasado luego por el equivalente humano de una máquina de pelar patatas. El uniforme que llevaba parecía reunir los retazos de muchos patrones diseñados para gente muy variada: las mangas eran demasiado largas y el cuello demasiado ancho, mientras que la gorra era tan chica que le había dejado una banda rosada alrededor de la frente. Estudió los documentos como si tuviera que hallar los ocho errores deliberados en un juego de periódico. Luego observó con mirada sospechosa alrededor del coche.

—¿Algún problema?

—Solo nos detuvimos a mirar el mapa —le dijo Ivy.

—Es ilegal aparcar en el arcén, excepto en caso de emergencia.

—Lo siento. Ya nos íbamos.

El guardia gruñó y caminó de vuelta a su vehículo. Ivy encendió el motor.

—La casete —le recordó Zen—. Tenemos que ponerla otra vez en su lugar.

Se sentaron y esperaron. Quince segundos. Treinta segundos. Los faros de atrás no tenían trazas de moverse.

Zen cogió la casete de un manotazo y salió. Caminó hasta el borde del camino y fingió que meaba. Después de unos minutos el vehículo de los *carabinieri* aceleró y rechinó las llantas por el camino. Zen deslizó la casete en su nido de pasto, al pie del poste, y se apresuró a volver.

Solo cuando llegaron al desvío hacia Sansepolcro sintió algo duro bajo uno de sus pies.

—¡Joder! Me olvidé de devolver la caja.

—¿Qué importa?

No había manera de saberlo, y ese era el problema. «La responsabilidad por las consecuencias caerá sobre sus cabezas», había dicho Pietro Miletti. A Zen lo había atormentado todo el tiempo la idea de que podría cometer alguna torpeza con la que tendría que cargar toda su vida, y sin embargo en ese momento se estaba comportando como un drogadicto. Sintió un agobiante deseo de fumar, pero Ivy no fumaba y él había aceptado no fumar en el coche.

La carretera a Rímini pasó a un costado del pueblo y unos momentos después ya estaban otra vez en tierras desconocidas, escalando un abrupto y escarpado camino medieval al que la civilización moderna no había tocado más que para echarle una capa de asfalto encima y ponerle un número. El ascenso fue arduo y prolongado y se quebraba y viraba a izquierda y derecha durante más de doce kilómetros, hasta llegar

al puerto, a casi mil metros de altitud. La desolación del paisaje que revelaron los faros entró al coche como una sequía. Zen estaba sentado allí, abarcándolo todo sin contento. La naturaleza desnuda no le interesaba en absoluto: era baldía y desordenada y había demasiada. Lo cual era un abundante manantial de incompreensión entre él y Ellen. Mientras más ancha y salvaje la vista, más le gustaba a ella. «¡Mira! —exclamaría ella, señalando alguna impresionante mole de roca estéril—. ¿No es maravilloso?». Hacía mucho que Zen había renunciado a comprender. Suponía que todo aquello se debía a que ella era estadounidense. Los estadounidenses tenían más naturaleza que cualquier otra cosa, excepto dinero, y también ella los excitaba bastante.

Para apartar la mente de la escena exterior, se puso a mirar a su compañera. Notó que parte de su rareza se debía a que, más que una mujer, parecía la torpe personificación que alguien hacía de una mujer. No es que hubiera algo de marimacho en ella. Al contrario, era precisamente su exceso de feminidad, acabado a llana, por así decir, lo que le daba esa impresión de alguien que fingía ser una mujer, de alguien que busca, más bien desesperadamente, que la tomen por una mujer. Pero esta desesperación era acaso comprensible. Y era verdad que su papel entre los Miletta parecía ser cualquier cosa menos femenino. Era ella quien hacía de todo para todos, y ellos la empleaban en cosas que nadie estaba dispuesto a hacer. Lógicamente, había sido Ivy, como supo algo más tarde, a quien habían enviado a recoger la carta de Ruggiero que la banda había dejado en un contenedor de basura.

—¿Está casado, comisario? —preguntó inesperadamente.

Era lo primero que decía libremente en toda la tarde.

—Separado. ¿Y usted?

—¿Qué cree?

Zen no tenía ni la menor idea de lo que tendría que haber creído. Pero Ivy pareció de pronto sentir la necesidad de una explicación.

—Mi relación con Silvio más bien impide el matrimonio.

Pasaron una curva más y los faros recorrieron una llana extensión de escaso pasto amarillento. Había comenzado a llover más firmemente, o tal vez se hallaban ya dentro de las nubes.

—Si de veras necesita tanto ese cigarrillo, creo que a fin de cuentas prefiero que se lo fume —dijo Ivy.

Zen se rio avergonzadamente.

—¿Es tan obvio?

—Pues es que está jugando todo el tiempo con el cenicero y sacando y guardando el mechero. Solo abra un poco la ventanilla.

—¿Y el resto de los Miletta? —preguntó Zen mientras encendía el cigarrillo. El viento le parloteaba al oído como una percusión frenética.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Cómo se lleva con los demás?

Ivy se quedó pensando un momento.

—Les parezco útil, a veces.

—Todavía recuerdo cómo la trató Cinzia Miletta aquella noche en casa de Crepi.

—¡Pobre Cinzia! —murmuró Ivy—. Es terriblemente infeliz.

—¿No es un poco tenso, de todos modos, vivir en la misma casa que ellos?

—Oh, no vivo allí. Ni se les ocurriría. ¡A Ruggiero le daría un ataque! —Se rio de buena gana, como si la actitud de Ruggiero Miletta fuera terriblemente divertida—. No, tengo un pisito propio, aunque desde el secuestro he estado pasando más tiempo en la villa. Pero me sentiré muy feliz cuando todo esto termine y las cosas vuelvan por fin al estado normal.

—¿Pero usted y Ruggiero no se llevan bien?

Ivy se tomó una pausa.

—Bueno, no tiene muy buena opinión de los extranjeros ni de las mujeres —dijo finalmente—. Y eso me coloca en cierta desventaja.

Zen no respondió enseguida. Estaba en plena luna de miel con su cigarrillo, prestando atención a cómo la nicotina avanzaba por su sangre.

—¿Y sin embargo usted tiene ganas de que lo liberen? No entiendo.

—Se trataba del mal menor. Cuando él se encuentra entre nosotros, al menos sabemos dónde estamos. Durante los últimos meses, más bien todo se ha resquebrajado. Ruggiero tenía todas las riendas en la mano, ya sabe. Así que en algún sentido estaré contenta cuando vuelva, a pesar de su actitud conmigo.

Zen decidió arriesgar un tiro en la oscuridad.

—¿Es su relación con Silvio lo que molesta a Ruggiero?

—¿Por qué dice eso? —saltó ella.

Este era claramente un punto sensible. Luego Ivy se rio, como para esconder su sobresalto.

—De todos modos, tiene razón. Silvio es una persona compleja y atormentada, alguien que tiene dificultades para avenirse con lo que la vida le pide. Yo le ayudo a aligerar ese peso. Ruggiero no lo acepta, quizá porque eso podría significar hacerse responsable de cómo le salió el hijo.

—¿En qué sentido es responsable?

El cigarrillo le supo mal de pronto.

—Oh, de cualquier modo que lo vea. Fue responsable de la muerte de Loredana, por ejemplo. Silvio nunca se ha repuesto por completo de eso.

—¿Qué pasó?

—Ruggiero conducía de regreso a Roma una noche cuando el coche se salió del camino y terminó contra un árbol. Loredana murió en el acto. Ruggiero se rompió las piernas y el cuello y se quedó atrapado entre la chatarra durante casi siete horas, clavado junto al cadáver. Al día siguiente lo descubrió un niño de camino a la escuela. La gente dice que desde entonces no es el mismo. Loredana moderaba la violencia de su personalidad, o al menos protegía de ella a los niños. Así que después

los hijos tuvieron que aguantarla en todo su peso, particularmente Silvio, que solo tenía trece años y había estado muy cerca de su madre. Su muerte fue para él un golpe muy duro, y me imagino que Ruggiero lo manejó de la peor manera, diciéndole que la acabara ya, que dejara de lloriquear y esas cosas. Es un hombre que ha aplastado cualquier ternura en su interior, así que ¿por qué debía perdonársela a su hijo, permitirle llorar y expresar su pena, que fuera acariciado y mimado y consolado cuando él nunca lo había sido? Y Cinzia, claro, también sufrió terriblemente. Los otros un poco menos, creo. Pietro tenía ya bastante edad como para enfrentarlo mejor y Daniele era todavía demasiado joven para entender.

Zen hijo girar la manivela para bajar un poco más la ventanilla y dejar que su cigarrillo, a medio fumar, fuera succionado por la corriente de aire. La conversación ya no solo no mantenía a raya el paisaje sino que lo intensificaba, mostrando que su desolación no era algo meramente natural sino también humano.

De pronto el coche disminuyó la velocidad hasta detenerse. La lluvia estaba cayendo a cántaros y cubría los cristales con una capa de agua tan densa y tan opaca como la glicerina. Los faros creaban unas ringleras luminosas delante del coche, pero no se veía más que una variedad de formas que se negaban obstinadamente a convertirse en algo más que eso. Ivy apagó el motor. Nada se movía fuera, y el único sonido era el parejo golpeteo metálico sobre el techo.

—¿Por qué me preguntó si estaba casado? —preguntó Zen.

Ella lo miró brevemente.

—No sé. Por romper el silencio, supongo. ¿Por qué pregunta uno cosas?

Zen se acercó más a la ventanilla, pero entonces pudo ver menos aún, pues su vaho empañó el cristal.

—Bueno, en mi caso suele ser para obtener información de la gente —dijo—. Y después de un tiempo se vuelve un hábito, como el de esos maestros que hablan con todos como si se tratara de niños de cinco años.

—Supongo que quería hacerlo parecer más humano. A mí me da miedo la policía, ya lo ve, como a casi todo el mundo. Casi tanto miedo como el que me da esta banda.

Los minutos pasaban, registrados con inútil precisión por el reloj digital del salpicadero.

—No atacan a la gente, ¿o sí?

Sonaba como si la realidad de lo que realizaba por primera vez se hiciera consciente en ella.

—¿Quiénes? ¿La policía? —bromeó Zen.

La expresión de Ivy mostró que ya no estaba de ánimo para bromas.

—No, sería completamente inaudito —le aseguró Zen—. Todo lo que quieren de nosotros es el dinero que hay en el maletero. Muy probablemente ni siquiera los veremos.

La lluvia cesó abruptamente, como si la hubieran apagado.

—Creo que voy a estirar un poco las piernas —anunció Zen.

Toda la noche estaba en movimiento. Sus ráfagas lanzaban golpes desde las orillas de una turbulencia que giraba en algún lugar entre las nubes arremolinadas en lo alto. La visibilidad había mejorado un poco. Lo que había tomado por una portón resultó ser un muro, el montículo cercano un montón de grava y el amasijo enorme del otro lado del camino un granero cuyo hastial todavía mostraba el borroso dibujo de un Mussolini con yelmo, y la leyenda «Es importante el triunfo, pero más importante es la lucha».

Al principio el sonido pudo ser el de un trueno, o el de algún animal. Luego apareció una luz, y un momento después una sombra emergió de la oscuridad, grande como un centauro. Su enceguecedor ojo lo golpeó con algo sólido y se fue, dejando un pesado sobre en el negro pavimento mojado, a sus pies.

De vuelta en el coche, le mostró a Ivy la fotografía Polaroid en blanco y negro que había en él.

—Es Ruggiero —confirmó ella.

La fotografía mostraba un hombre bajo y fuerte, con un mechón de pelo blanco y la típica cara de luna de los umbros, con una camisa a cuadros abierta al cuello y sosteniendo un periódico. Parecía resentido y un poco apenado, como un pariente viejo que ha aceptado a regañadientes posar para una fotografía y asegurar así la paz de la cena navideña. La fotografía podía estar copiada de las que enviaban las Brigadas Rojas durante el secuestro de Moro, pero mientras que aquellos intelectuales de clase media habían usado *La Repubblica* para indicar la fecha, un diario de centroizquierda, Ruggiero Miletto sostenía *La Nazione*, justo el tipo de periódico que elegiría una pandilla de católicos como la de estos secuestradores.

Ivy cogió el sobre, ensanchó la abertura y sacó una tira de plástico azul, de un centímetro de ancho. Con una Dymo habían estampado sobre ella un mensaje en letras mayúsculas. «PONGAN FOTO Y MENSAJE DE NUEVO EN EL SOBRE ALÉJENSE SIGAN MOTO». Zen deslizó la fotografía y la cinta dentro del sobre, abrió la puerta y las dejó caer.

—Bueno, muy bien, sigamos.

La moto los condujo durante más de tres horas a una persecución de pesadilla que recorrió más de cien kilómetros de camino montaraz, a menudo apenas más que canales cubiertos de piedra y grava sueltas, surcados por las corrientes del agua de lluvia y salpicado por montículos de estratos de roca emergidos. Todo lo que vieron de su guía fue la débil y distante luz trasera, y solo rara vez, a trechos irregulares y después de largos períodos de duda, cuando creían haber perdido el rastro por completo o haber tomado una decisión equivocada en algún cruce no señalizado en la tormentosa oscuridad.

Conducir demandaba atención constante. Solo era posible un breve margen de velocidad. Por debajo de ella el coche corría el riesgo de atascarse en el lodo o dar contra algún obstáculo, y por encima los neumáticos podían perder adherencia durante alguno de los incontables giros o vueltas o descensos a pico, o alguno de los

pérfidos baches o alguna afloración de roca podía romper la suspensión o perforar el cárter. Apenas intercambiaron palabra. Ivy estaba demasiado ocupada con el volante. Y Zen, aunque pronto desistió en su intento de trazar la ruta que seguían sobre los mapas de que se había provisto, y que no mantenían más que una relación parcial y más bien perturbadora con el paisaje, como de suave alucinación, siguió aparentando que estaba absorto en ellos, como intentando calmar la culpa que sentía por ser un mero pasajero, incapaz de compartir el peso que Ivy llevaba encima. Y la débil luz roja de adelante seguía yendo y viniendo en sus arranques, conduciéndolos por un páramo abierto cruzado por el ventarrón, a través de bosques de pino enormemente quietos, por caminos sin firme y puertos cuyos nombres se habían desvanecido con los habitantes de las granjas donde, hasta hacía unas pocas décadas, generación tras generación de seres humanos se habían ganado a duras penas una vida de inimaginables privaciones.

Era ya pasada la medianoche cuando un grupo de faros apareció detrás de ellos e inundó de luz el interior del coche. Ivy entrecerró los ojos para tratar de evitar el resplandor que hacía más difícil su tarea.

—¿Qué pasa? —preguntó con irritación.

—Deben de estar cerrándonos la salida.

Entonces todo ocurrió sin pérdida de tiempo. La moto disminuyó su velocidad y por primera vez pudieron ver la silueta de su conductor, una granja abandonada apareció en el rayo de sus faros y el coche de atrás comenzó a hacerles señas con las luces. Más adelante aparecieron unas figuras que les hicieron señas para que entraran al patio de la granja. Sus rostros eran negros y sin rasgos, excepto por los dos agujeros ovales para los ojos; la cabezas tocadas con caperuzas, los cuerpos envueltos en lustrosas capas impermeables. Se oyeron silbidos agudos y luego un golpe, cuando abrieron el maletero, donde estaba el dinero, dentro de unas cajas de cartón envueltas en bolsas de plástico para basura. La operación de descarga empezó con una serie de sonidos sordos y golpes extrañamente íntimos, salpicados por más de esos silbidos estridentes, inhumanos, que acabaron por dispersar finalmente las sombras de duda que Zen tenía aún sobre la realidad del secuestro. El aterrador lamento, como el grito de un gran predador, era la que empleaban los pastores para comunicarse a través de las vastas extensiones barridas por el viento en que vivían y trabajaban. Ningún extraño, ningún aficionado podría jamás imitar ese sonido.

La lluvia, que había estado yendo y viniendo, comenzó a caer de nuevo, rociando con gruesas gotas el cristal que los rodeaba. En la quieta tibieza del coche, bañada por el brillo tranquilo y verde del salpicadero era imposible imaginar las condiciones que reinaban en el exterior. El interior y el exterior parecían tan absolutamente separados que Zen, otra vez a la deriva en su placentera distracción narcotizada, tuvo la sensación de ser un mero espectador de las imágenes que aparecían en la pantalla, de algún documental televisivo sobre unos hombres recios que emprendían trabajos peligrosos para ganar mucho dinero.



—¿Qué sucede? —susurró Ivy con miedo.

La actividad en la parte posterior del coche se había detenido y había caído el silencio.

—Probablemente están controlando el dinero.

Nada podía distinguir en la oscuridad que rodeaba al coche. Los faros alumbraban solo las gastadas losas del patio, el arco de entrada al establo, sobre el piso bajo de la casa, los desvencijados escalones que alguna vez habían llevado a las habitaciones del piso superior. La puerta estaba rota y arrancada de la mitad de sus goznes en lo que parecía un acto de violencia sin sentido. En uno de los vanos de las ventanas unos andrajos se sacudían y agitaban espasmódicamente al viento.

—Tal vez ya se han ido —susurró Ivy.

Zen no respondió.

—¿Nos podemos ir ya?

—Todavía no.

Antes de que terminara de hablar, una figura encapuchada y encapotada apareció al lado de Ivy, la puerta se abrió violentamente y una fuerte lámpara brilló en sus rostros.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

Un instante después la puerta de Zen se abrió también, lo que convirtió el interior del coche en un túnel aerodinámico. Una mano enorme agarró el hombro de Zen y lo arrastró hacia fuera y lo empujó contra el costado del coche. La luz le golpeó el rostro con la misma dureza que las punzantes gotas. Entonces todo desapareció abruptamente, y todo lo que pudo ver fueron unos deliciosos dibujos de colores que se perseguían entre sí en la brillante oscuridad como si fueran peces tropicales.

El dolor fue tan inesperado, tan absoluto, que no tenía nombre para él y se derrumbó sin un sonido, como un bebé, demasiado azorado como para hacer alharacas.

—¡Poli follaculos, soplapollas!

Solo pudo distinguir la silueta de la figura que tenía delante, echándose su pesada capa hacia un lado, y entonces algo le golpeó violentamente un costado de la cabeza. «Me han disparado —pensó—. Me han disparado como a Valesio. Están probando que existen, castigándonos por no creer en ellos, como dioses».

Con un raro desinterés percibió la secuencia final de los sucesos: el rugido de un motor cercano, el cierre de un maletero, el susurro de un neumático que resbala, el extraño golpe sin dolor con que acabó.

«Como Trotski y el alpinista —pensó—. ¡Claro!». La solución era tan obvia, tan satisfactoria que no hacía falta tratar de entenderla.

Eso explicaba también el frío. Estaba claro que si no hiciera frío el hielo se derretiría. Y de hecho un poco se había derretido ya. La dura y lisa superficie que

presionaba su cara estaba cubierta de agua. En cuanto a la decidida oscuridad que tiraba de su ropa, debía de ser el viento del túnel. La única pregunta de verdad era adónde se había ido su padre, por qué lo había dejado solo. Sin duda había una respuesta también para esto, pero no pudo pensar cuál era.

Una vez más llamó débilmente, pero, igual que antes, no hubo respuesta. Se tumbó de espaldas, se estiró sobre las traviesas frías y mojadas, esperando que llegara el expreso de Rusia y le cortara la cabeza.

La llamada telefónica difícilmente hubiera podido ser más vaga.

*«Uno de los vuestros está en la granja, más arriba de Santa Sofia, más allá del río, en el camino que sube a la iglesia».*

La voz era masculina, adulta, sin educación, de pronunciado acento calabrés. Era la una y cuarenta y tres de la mañana y el sargento de servicio no estaba seguro de si se trataba de una llamada equivocada, o una broma, o una emergencia. Pero las palabras que siguieron se lo dejaron claro.

*«Más vale que lo recojáis antes de que se muera».*

El cuartelillo de los *carabinieri* estaba en el Bagno di Romagna, un pequeño pueblo en lo alto de los Apeninos, en la frontera entre la Toscana y la Emilia-Romaña. Los vecinos eran gente seria; el sargento, que era siciliano, pensaba en privado que aburridos. No eran dados a hacer travesuras así porque sí, y menos a las dos menos cuarto de un domingo. De manera que, ¿qué demonios ocurría?

Llamó a su cuartel provincial de Cesena, que a su vez llamó al cuartel regional de Bolonia, donde consultaron con sus colegas de Florencia antes de confirmar que no se había informado de la desaparición de algún miembro del cuerpo en ningún lado de los Apeninos. Pero sería bueno ir y echar una ojeada, le dijeron de Cesena con un dejo de malicia. Incluso allí, en los llanos costeros la noche era tormentosa. Debían poderse imaginar cómo eran las condiciones arriba, en las montañas, porque en un momento u otro debieron de haber hecho servicio en un distrito rural.

¿Por allá «dónde», pues? Aparte que la granja quedaba innegablemente «arriba», el sargento solo sabía que estaba cerca de un pueblo llamado Santa Sofía, más allá de un río y en el camino a una iglesia. Se concentró en sus mapas de 1:100000 y eligió finalmente cuatro posibilidades. Si ninguna de ellas resultaba ser correcta, tendrían que esperar hasta el amanecer para llamar un helicóptero, pero seguramente para entonces ya sería demasiado tarde. El viento aullaba alrededor del edificio y golpeaba la lluvia contra los postigos.

Llevaban en ello ya más de dos horas y media cuando el faro rastreador dio finalmente sobre el tumbado cuerpo en el patio de una granja abandonada a más de mil metros de altitud, en las laderas del monte Guffone. El joven soldado raso al volante dejó escapar un grito sofocado de sorpresa.

—¿Lo ves? —exclamó el sargento triunfalmente.

El alivio que sentía por no haber hecho el ridículo solo podía compararse con la curiosidad de saber quién diablos era ese hombre que yacía boca abajo sobre las mojadas losas, el rostro vuelto a un lado, como si durmiera. Tenía unos cuantos cortes horribles en la cabeza, y el sargento sentía alguna aprehensión de volverlo boca arriba. Nunca olvidaría aquella ocasión en que un cabo había sido ametrallado en una emboscada, en una carretera vecinal, cerca de Palermo. Lo habían encontrado boca abajo, también, y la única señal de lo que había ocurrido era una pequeña mancha en la espalda de su chaqueta, como si algo del tinte rojo de los adornos se hubiera filtrado en la tela negra. Pero cuando lo volvieron boca arriba hubo un sonido como de un pedo y todas sus entrañas habían salido vomitadas, trozos que no eran para ser vistos y que Dios, por consiguiente, no había acabado como lo demás. Sorprendentemente, ¡nada parecía haberse dado cuenta! El cielo seguía azul, el sol todavía brillaba, una alondra parloteó allí cerca. Solo él había observado, fascinadamente, mientras el charco de sangre que se juntaba alrededor de las entrañas derramadas rompía sus límites de pronto y se lanzaba calle abajo, hallando con dificultad y muy despacio su camino. Su brillante y fresca superficie pronto se opacó por el polvo y los insectos ahogados.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el joven soldado raso, un poco preocupado por la manera en que actuaba su superior.

—¿Hacer? Bueno, tenemos que averiguar quién es, ¿no?

A fin de cuentas todo estaba bien. De hecho no había daños visibles. El hombre incluso murmuró algo y sus párpados se agitaron un momento sin abrirse.

—¡Claro que nadie sabía nada de él! —exclamó el sargento mientras revisaba el carnet de identidad que había encontrado en la cartera del hombre—. No es uno de los nuestros. El estúpido hijoputa no sabía que hay diferencias.

O más bien no le importaban, pensó. Las gloriosas tradiciones del Servicio nada podían decirle a un canalla como ese.

El hombre que yacía a sus pies murmuró algo otra vez.

—¿Oíste lo que dijo? —preguntó el sargento.

El soldado raso hizo un gesto.

—No estoy seguro. Parece que dijo «Papi».

Amarillenta luz, rancia tibieza, un penetrante olor a sustancias químicas: el contraste con sus anteriores vueltas en sí era total.

Zen estaba sentado en un taburete bajo una luz brillante, en un pequeño cubículo de cortinas blancas. Pensaba en Trotski y el alpinista. Con su camisa de cuello abierto, su aire de abatido agotamiento y el periódico abierto sobre las rodillas, casi parecía la víctima de un secuestro, esperando que su existencia fuese confirmada por medio de una fotografía Polaroid. Pero en realidad esperaba otra clase de fotografía y otra clase de confirmación.

Trotsky y el alpinista habían sido su intento por entender por qué estaba vivo a pesar del balazo en la cabeza. León Trotsky aseguró con su último aliento que le habían disparado, no que lo habían golpeado con algo puntiagudo, aunque el asesino a sueldo de Stalin había sido atrapado con un piolet en la mano. El error de Zen era menos perdonable, ya que solo había sufrido unas cuantas patadas fuertes.

Luego el viento y la oscuridad y la sensación de completo abandono le habían revelado un recuerdo que ya se había insinuado a la pasada esa misma noche, más temprano. Un recuerdo que no sabía que tenía, y que incluso en ese momento se le escapaba casi por completo. Solo sabía que en él aparecían él y su padre y un túnel de ferrocarril. No sabía ni dónde ni cuándo ocurría. Allí estaban ambos, caminando por el túnel. Debió de haber sido una línea importante, porque había dos rieles y la boca del túnel le había parecido —¿tendría unos cinco años, seis?— más grande que cualquier otra cosa que hubiera visto, más grande que cualquier cosa que hubiera sabido que podía existir.

Habían avanzado mucho por el túnel. Él no había querido, pero ya que su padre lo cogía de la mano, todo estaba bien. Cuando se volvió vio que la boca del túnel había cambiado de polaridad y se había convertido en una pequeña mancha de luz, bastante débil y muy lejana. Las gotas que caían de la curva e invisible masa de arriba resonaban en el silencio. El aire olía a humedad malsana y a encierro a pesar del viento que soplaba y que los empujaba cada vez más al fondo de la sólida oscuridad que había delante.

Mientras tanto su padre, con una voz que reverberaba de una manera que les insinuaba la extensión de los espacios invisibles que los rodeaban, le hablaba del túnel, de cuándo había sido abierto y qué longitud tenía y a qué profundidad se hallaba. Señaló las franjas blancas trazadas al sesgo sobre los muros. Su inclinación indicaba el nicho más próximo donde podían refugiarse los obreros ferroviarios que, de otra manera, podrían terminar bajo las ruedas de uno de esos expresos que rugían sobre esos rieles y que iban a ciudades extranjeras muy famosas.

Entonces, sin aviso y sin explicación, desapareció el tibio apretón de su mano y se calló la tranquilizadora voz.

Fue solo un momento, sin duda, según miden el tiempo los adultos. Debe de haber sido una broma, uno de esos trucos que a los padres les gusta hacer ante sus hijos, jugando vanamente con su poder, tiranos caprichosos. Sabía que había sido una broma, porque cuando acabó su padre se rio tanto que la risa seguía retumbando alrededor de ellos cuando emprendieron el regreso hacia la luz. Y había sonado casi como si el túnel mismo estuviera disfrutando alguna broma más profunda y más oscura cuyo significado ni siquiera su padre había comprendido por completo.

Un joven de bata blanca y sin afeitar entró en el cubículo arrastrando los pies y le extendió a Zen tres hojas rectangulares de plástico negro.

—No hay fracturas.

Zen sostuvo las radiografías contra la luz. Parecían tan dudosas como las

fotografías que se esgrimen para probar la existencia de un mundo de espíritus: manchas y remolinos blancos suspendidos en una mezcla gris.

—¿Seguro?

Por supuesto que le dolía mucho. Pero tal vez el dolor no era buen guía. Y extrañamente lo peor era el hombro, de donde le habían asido para sacarlo del coche.

—Solo está magullado —insistió el practicante—. Pero cuidado la próxima vez, ¿eh? Yo podría estar en el otro coche.

Zen les había dicho que había tenido un accidente de tráfico, lo que provocó una risotada general cuando se supo que era de Venecia. Los conductores venecianos son proverbialmente los peores de Italia, por falta de práctica.

Dejó el hospital y comenzó a caminar despacio por el bulevar que conducía hacia el centro de Perugia. La mañana era tranquila y silenciosa. La tormenta había soplado hasta agotarse y había dejado perlado el cielo. Había una suave brisa del sur. Se cruzó con unas cuantas personas, que volvían de la iglesia o iban camino a casa con el periódico o con un pastelillo bien envuelto. Estaba contento de haberse deshecho de Palottino, aunque el napolitano había dejado claro que desaprobaba su manía de caminar. Palottino había ido a recoger a su superior al puesto de los *carabinieri* a donde él y sus salvadores habían vuelto tan pronto como Zen se recuperó lo suficiente para asegurarles que no hacía falta llamar una ambulancia. Al llegar a Bagno di Romagna Zen había llamado a Geraci, a quien había dejado al mando, y había preguntado por Ivy Cook. Su mayor preocupación era que de alguna manera su presencia hubiera podido comprometerla a ella, que pudiera tener entonces otro cadáver en las manos, otra muerte en su conciencia. Pero Geraci pudo resarcirlo: Ivy había llegado a casa tres horas antes, fuertemente impresionada pero intacta. El dinero había sido recogido pero los secuestradores no se habían puesto en comunicación.

Mientras Zen esperaba que llegara su chófer, sus anfitriones intentaron amablemente averiguar quién era y qué había estado haciendo, pero él respondió siempre con deliberadas vaguedades. Incluso con Palottino había sido discreto y no mencionó lo que le dijo el secuestrador. Y cuando el napolitano preguntó, «¿No cree que lo sabían?», Zen fingió no comprender.

—¿Saber qué?

—Que usted era de la policía.

—¿Cómo pudieron saberlo?

Palottino no tenía respuesta para eso, como tampoco la tenía Zen, aunque la cuestión lo había atormentado durante todo el viaje de vuelta a Perugia. ¿Cómo podrían haberlo sabido? Pero lo habían sabido, eso estaba claro. «Poli follaculos, soplapollas», había dicho el hombre. Así que sabían que sus órdenes habían sido voluntariamente desobedecidas. La banda ya había matado a un hombre por menos que eso. La idea de lo que podían estarle haciendo en ese momento a Ruggiero Miletti le quitó chispa y calor a la mañana e hizo comprender a Zen cuán agotado

estaba.

Al atravesar una pequeña *piazza* oyó el grito de un niño que luego apareció en una ventana, con una atiborrada bolsa de plástico. La dejó caer a la calle, donde otro niño abría los brazos para recibirla. Pero era evidente que la bolsa pesaba demasiado y caía demasiado velozmente. En el último momento el niño de abajo se apartó. La bolsa golpeó el suelo y rebotó. El niño la cogió, desgarró la bolsa e hizo aparecer un balón de fútbol que pateó en un alto chute. El rebote del balón en la pared pasó casi rozando a un cura que salía de la gran iglesia que cerraba uno de los costados de la *piazza*. Por la puerta abierta Zen pudo distinguir el grande y ornado crucifijo en lo alto del altar.

«¿Cómo pudieron saberlo?», murmuró Zen para sus adentros una vez más.

## VI

**V**EINTICUATRO horas después se hallaba en el Corso. El sol brillaba en lo alto y la atmósfera estaba cargada de vitalidad y optimismo. Un bar había llegado al extremo de poner unas cuantas mesas en la calle, y a Zen se le antojó sentarse a gozar del sol y mirar pasar a la gente por el Corso. Esta avenida, amplia y plana, era la sala de la ciudad, un sitio en el que se podía estar sin necesidad de un pretexto. Estar allí bastaba, paseando de uno a otro lado, saludando a los amigos y conocidos, mirando los aparadores, presumiendo de las nuevas galas o del nuevo amante, recalando de cuando en cuando en algún bar para pedir un café o un helado.

Durante unos quince minutos no hizo más que sentarse allí, contento, dando sorbos a su café y mirando con entornados ojos la agitada y vibrante escena que se desarrollaba a su alrededor: el alto hombre de barba y puro que recorría una y otra vez el mismo trecho, con ceño fruncido y paso invariable, sin mirar a nadie, como un soldado de relojería; el vago regordete de gafas de sol, ya entrado en años, que sesionaba al lado de la puerta del café enfundado en un abrigo de piel de oficial de la Gestapo, intercambiando secretos y chismes con sus amigos y tasando a los transeúntes como si estuvieran en venta, llamando a las mujeres y haciendo el gesto de voltear un reloj de arena con sus manos peludas y cargadas de anillos de oro; el frágil viejo doblado como una S, con una expresión de locura inofensiva, apretando contra su oído una radio de transistores y caminando con la exagerada urgencia de los que no tienen adónde ir; los delgados africanos que ponían sus artesanales cinturones de cuero y dijes sobre un trozo de tela; el niño gitano, sentado sobre la piedra fría, tocando una y otra vez las mismas cuatro notas en su barata concertina; los dos extranjeros con guitarras, rodeados de una pequeña multitud; el mendigo que dejaba caer su camisa por el hombro para mostrar el muñón de un brazo amputado; la mofletuda pero amorfa mujer de la cartera abierta atiborrada de mecheros y casetes de contrabando; las dos muchachas nórdicas de la mesa vecina, que tomaban el sol medio desnudas, como si fuera la última vez que aparecería en el año.

Finalmente, Zen sacó perezosamente de su bolsillo los tres sobres de correspondencia que había recogido en la *Questura*. Uno era una carta que llevaba las iniciales del sindicato de policías, dirigida al comisario Italo Pompeo Baldoni. Volvió a colocarla en el bolsillo y levantó el pesado sobre color crema que llevaba su nombre y la postal que mostraba el Foro Romano en un ocaso de colores irreales y chillones, donde había un mensaje: «¿Estás vivo todavía? Llámame, si tienes un minuto. Ellen».

Después de poner la postal a un lado, Zen abrió el sobre color crema. En él había cuatro hojas cubiertas de una apretada escritura que no reconoció. Prueba de lo relajado que estaba fue que le tomó casi todo un minuto darse cuenta de que tenía

delante una fotocopia de la carta que Ruggiero Miletto había escrito a su familia tres días antes.

Hijos míos:

Si me dirijo a vosotros colectivamente es porque ya no sé a quién hacerlo individualmente. Ya no sé quiénes son mis amigos en mi familia. Ya no sé ni siquiera si tengo amigos. ¿Os imagináis lo duro que es para mí tener que escribir esa frase?

Recuerdo un día, hace mucho, en que había salido de caza con mi padre. Me mostró una casa de labranza, una sólida y cuadrada granja de arriendo umbra, rodeada por una arboleda para cortar el viento. «Mira —dijo—, he allí lo que es una familia. Ten muchos hijos —me dijo—, porque los hijos son la única defensa que tiene un viejo contra los golpes del destino». Yo le obedecí. Entonces los hijos obedecían a sus padres. Pero ¿de qué me ha servido? Vosotros, mis hijos, mi única defensa, mi protección contra los crueles vientos del destino, ¿qué hacéis? En vez de darme refugio os ponéis a reñir entre vosotros, regateando lo que pagaréis por la libertad de vuestro padre, como si fuera un buey en un mercado. No sois vosotros sino mis secuestradores quienes se preocupan por mí ahora, quienes me alimentan y me visten y me dan refugio mientras vosotros os sentáis en casa, cómodamente y a salvo, ¡tratando de imaginar qué más podéis hacer para no tener que pagar por mi libertad!

Sin duda este tono os sorprenderá. Es imprudente, desconsiderado, ¿no es verdad? ¡No debería permitirme estas libertades! Después de todo mi vida está en vuestras manos. Si me tratáis como a un buey con el que se regatea, debería tener cuidado de no enojaros. ¡Trágate tu orgullo y tu rabia, vejete! ¡Halaga, adula, inclínate ante tus hijos todopoderosos! Sí, eso es lo que debería hacer, si quisiera igualaros en vuestras tortuosas habilidades. Pero no quiero. Os habéis negado a pagar lo que os han pedido por mi regreso, pero si supierais en qué me he convertido (en un viejo sin miedo que ya nada tiene que perder), ¡pagaríais el doble por mantenerme lejos! Sea lo que fuere lo que pase ahora, hijos míos, jamás volveremos a ser lo que éramos. ¿Creéis que podría olvidar y perdonar, sabiendo lo que ahora sé, o que alguno de vosotros podría mirarme a los ojos, sabiendo lo que hacéis? ¡No! Aunque el buey escape al cuchillo, ha olido la sangre y ha oído los bramidos del matadero, y no se dejará engañar otra vez. ¡Os conozco! Y lo que sé está clavado en mi corazón como una astilla.

Nada me queda de los placeres y bienes que tuve antes en la vida, que ahora gozáis vosotros a mis costillas. Se me ha obligado a renunciar a ellos. Pero a cambio he recibido un regalo que vale más que todo junto. Se llama libertad. ¿Reís? ¡No por mucho, os lo aseguro! Porque os probaré cuán libre soy. No libre para permitirme lujos, es cierto. Ni para ir y venir, comprar y vender, controlar mi destino. Vosotros me habéis arrebatado esas libertades. Me ha sido amargo perderlas, y mi recompensa es que ahora puedo permitirme la única cosa que, con toda mi riqueza y mi poder, no había podido permitirme hasta ahora. Puedo permitirme decir la verdad.

¡Dios sabe qué caro lo he pagado! ¡Más de ciento cuarenta días con sus noches de angustia corporal y espiritual! A mi pierna, que nunca sanó del todo después del accidente, no le ha gustado estar atada y apretada y, como un animal maltratado, se ha vuelto contra su amo, convirtiéndose en puro dolor. Sí, lo he pagado caro. Así que dejadme enseñaros qué quiero decir con libertad. Dejadme deciros lo que sé, lo que he aprendido. Dejadme que os diga a cada uno la verdad, uno a uno.

Empezaré contigo, Daniele, mi pequeño, el benjamín mimado de la familia. ¡Qué hermoso niño eras! ¡Cómo te adoraba todo el mundo! ¿Qué fue de aquel pequeño, todo abrazos y besos e impertinencias que hacían reír a todos? En los sesenta, cuando los chicos no parecían pensar más que en el sexo y la política, yo le rogaba al Señor que mi Daniele no se convirtiera en eso. Nunca se me ocurrió que pudiera convertirse en algo peor, en un gamberro ignorante, presumido y sin carácter, al que solo le interesa la televisión y la ropa y el *rock*. Un gamberro que ahora mismo estaría pudriéndose en la cárcel si su familia no hubiera salido al rescate. Pero cuando hay que rescatar a su padre, el pequeño Daniele está demasiado ocupado como para levantar un dedo, al igual que todos vosotros.

Paso por alto a Cinzia en silencio. La mujeres no pueden traicionarme porque nunca he cometido el error de confiar en ellas. Lo peor que pudo hacer fue traer a la familia a ese aventurero toscano, y desde entonces ninguno de nosotros ha tenido un segundo de paz. No puedo decir que se me hayan abierto los ojos ante tu verdadera naturaleza, Gianluigi, porque estaban bien abiertos desde el principio. ¡Pregúntale a Cinzia qué le dije al respecto! Sin embargo, prefirió desobedecerme. Tú te crees muy listo, Gianluigi, y ese es tu problema, porque tu inteligencia brilla como los colmillos del lobo. Yo al menos nunca me dejé engañar. Con el asunto de la oferta japonesa, por ejemplo. Sin duda el esquema que planeaste es muy hábil. De veras admiro cómo la estructura de la empresa te pone de hecho en control de la SIMP desde un



puesto aparentemente insignificante en una dependencia comercial. Supongo que creíste que el viejo Papa Miletti sería tan estúpido como para no darse cuenta, enredado en todos esos detalles técnicos sobre los paquetes de acciones sin derecho a voto y los consorcios de inversión nominal. Y, por supuesto, el secuestro te ha dado una nueva ventaja. Todo lo que tenías que hacer era retrasar las negociaciones hasta que yo me desesperara, y luego forzarme a autorizar el trato con los japoneses ¡con el pretexto de juntar así el dinero del rescate! De hecho el secuestro llegó en el momento justo para ti, ¿no es cierto? ¡Ni siquiera me sorprendería averiguar que lo organizaste tú mismo! Cuídate de los parientes políticos, solía decir mi padre, y ya que se trata de un toscano en los regateos, creo que podríamos esperar cualquier cosa.

Pero nada de esto me preocupaba realmente. Todo era mear a favor del viento si mi hijo mayor me era leal. A Silvio ya lo he descartado, claro. Hace mucho que me di cuenta de que lo único que tiene en común con los demás hombres es la polla entre las piernas. Dios sabrá por qué —lo hice igual que hice al resto de vosotros—, pero ahí está. Nada viril se puede esperar de Silvio, a menos que la bruja inglesa sepa algo que los demás no sabemos. Dejémoslo que le escupa la boca y críe sapos. Nunca criaré otra cosa, eso es seguro.

Pero Pietro valía por eso y por todo lo demás, o eso creía yo. ¡Y los demás atragantaos con este bocado de mi desprecio! Si él me hubiera sido leal, yo jamás habría siquiera mencionado vuestros arranques y enredos de comedia. Pero nunca me di cuenta, y eso es lo que más fuerte me ha golpeado, de que Pietro era aun peor que vosotros. ¡Qué espléndido papel se ha inventado este caballero inglés que se mantiene desdeñosamente apartado de los vulgares líos de esta chusma latina, con la que por desventura está emparentado! Tengo que cargártela a ti, hijo; tú eres el único que de veras ha logrado defraudarme, el único que podía haber roto el corazón de su padre. Y lo has hecho, lo has hecho. A los otros podía perderlos, pero tú me eras tan preciado. Te amaba, te necesitaba y, cegado por mi amor y mi necesidad, nunca te miré de bastante cerca. Pero lo he hecho ahora, y he visto lo que debí mirar hace mucho: un apañador egoísta, arrogante, sin escrúpulos, que se ha pasado diez años haciendo calladamente un nido en Londres, a nuestras expensas y después de damos la espalda como si no fuéramos dignos de él. Un apañador que ni siquiera se molesta en volver a casa durante esta dura prueba, y simplemente viene un fin de semana, cuando está de humor, cuando no tiene otra cosa que hacer, ¡como el turista que es!

A Gianluigi le gusta pensar que es listo, pero tú lo eres realmente, Pietro. Tú has heredado mi seso y el espíritu de Loredana, que Dios la tenga en su gloria. No promueves intrigas, porque sabes que las intrigas se descubren. En cambio manipulas las intrigas de los demás a tu favor, haciendo como que estás fuera del juego, dejando que gasten su energía en vanas rivalidades, mientras tú miras a la distancia y a salvo, esperando pacientemente tu momento, el día en que yo aparezca muerto y puedas venir a casa y hacerte valer.

Así es la cosa, ya lo he dicho. ¿Qué os parecéis, hijos míos? Cuando os acostéis esta noche en vuestras camas suaves y tibias, pensad en lo que os he dicho. Levantaos y miraos al espejo. Mirad con cuidado durante un rato, y luego pensad en vuestro padre, acostado aquí y atormentado por el frío y el dolor y la pena y la desesperación.

Lo que sigue me lo han dictado mis secuestradores. Por alguna razón creen que esta vez los obedeceréis. Ante todo, el rescate de cinco mil millones habrá de pagarse inmediatamente, en billetes usados, numerados consecutivamente...

Allí, al pie de la página, se interrumpía la fotocopia. Zen revisó el sobre. Era de un papel elegante, hecho a mano, con una filigrana que mostraba un grifo, y había sido depositado en el correo de Perugia el jueves anterior.

«Una carta personal dirigida a la familia —había dicho Pietro Miletti—. Un documento más bien penoso, no destinado a los extraños. Ciertos pasajes eran una lectura muy perturbadora». Sí, era fácil ver por qué la familia, que no se ponía de acuerdo sobre con qué salsa tomar la pasta, como había dicho Antonio Crepi, había decidido unánimemente, sin embargo, quemar en ese mismo instante la carta de Ruggiero. Pero eso dejaba tan claro quién había puesto esa copia en el correo que le sorprendió que hubiese sido enviada. Cuando a Pietro Miletti se le ocurrió que Zen debía de haber visto la carta irrumpió con un «¡Pero eso no es posible!», y luego

agregó: «A menos que...». Entonces Zen sabía lo que Pietro estaba pensando. Si la carta había sido quemada en presencia de todos los miembros de la familia, inmediatamente después de ser leída, entonces solo quedaba una posibilidad: que la copia de Zen hubiera sido remitida antes de que la familia Miletta hubiera recibido el original; que la hubiera enviado la persona que fue a recogerla al contenedor de basura.

Pero eso podía esperar. Esas eran noticias urgentes y debía informar a Bartocci de inmediato. Además, aún no había tenido oportunidad de hablar con el magistrado sobre el pago del rescate. Dejó un billete de dos mil liras bajo uno de los platos que había en la bandeja y entró en el café a telefonar.

Luciano Bartocci no perdió el tiempo en formalismos.

—*Por todos los cielos, Zen, ¿dónde diablos cree que se ha metido?*

Zen se sorprendió tanto que no pudo responder.

—*La familia está absolutamente furiosa, y con toda la razón. ¿Cómo pudo hacer algo así? Yo creí que era usted un profesional con experiencia, ¿de otro modo jamás lo habría dejado ir! ¿No se da cuenta de en qué posición me deja?*

—¿De qué habla?

—*Hablo de lo que ocurrió en el pago, cuando lo golpearon. La mujer que lo acompañó nos lo ha contado todo. No hay razón para tratar de ocultarlo.*

—No estoy tratando de...

Otra voz irrumpió.

—¿Maurizio? ¿Maurizio eres tú?

—*¡Está ocupado!*

—¿Qué? ¿Quién habla?

—*Esta línea está ocupada, por favor cuelgue.*

Se oyó un gruñido y un clic.

—¿Hola? ¿Hola?

—Sigo aquí.

—*El hombre que lo golpeó lo llamo cochino poli, o algo que quería decir lo mismo. Así que obviamente sabían quién era usted. Usted debe de haberse delatado en algún momento. ¡Es absolutamente imperdonable!*

—No fue por mí que lo supieron.

—*Entonces, ¿cómo lo supieron? ¿Eh?*

Zen decidió darle la única respuesta que había logrado imaginar.

—Quizá se lo dijo alguien de la familia.

—*¡Tonterías! ¿Por qué iban a hacerlo?*

Zen estiró una mano contra la pared para apoyarse.

—¿Cómo puedo saberlo? ¡Lo último que usted me dijo es que creía que ellos estaban detrás de todo esto!

—*¡Óigame, ya basta! No quiero oír más cosas de esas. Nos ha metido en una situación muy seria. Ya no hay manera de saber lo que hará la banda.*

Zen bajó el auricular y durante un momento lo miró fijamente, como si pudiera tener una expresión que lo ayudara a entender las palabras que salían de él.

—*¿Hola? ¿Hola?*

La voz de Bartocci salía con un chillido cómicamente reducido, como la vocecilla de una caricatura. El camarero, de chaqueta blanca, entró corriendo en el café con una bandeja en la que se balanceaba una pirámide de tazas y vasos. «¡Cuatro cafés dos cervezas un agua mineral!», le gritó al barman. Con un suspiro, Zen levantó de nuevo el auricular.

—Mire, *dottore*, sabían que yo estaba allí antes de que saliera del coche, antes de haberme visto siquiera.

—*Me gustaría creerle, Zen. Pero simplemente no es creíble. Si la banda sabía que usted iría, ¿por qué dejaron continuar la operación? ¿Por qué no simplemente lo cancelaron todo?*

—No lo sé. Lo único que sé es que mi presencia no fue una sorpresa para ellos, y que decidieron seguir con el trato de todos modos. Y después se tomaron la molestia de llamar a los *carabinieri* y asegurarse de que no me muriera de frío. Así que no hay razón para suponer que vayan a hacer alguna estupidez ahora.

—*Usted y los secuestradores parecen tener una idea muy clara de todo, Zen. Ellos saben lo que hace usted y usted sabe lo que piensan ellos. Ojalá tenga usted razón. Por el bien de todos.*

La línea se cortó.

Un joven atacado de acné se acercó y señaló el teléfono.

—¿Terminó?

Sí, había terminado. Ya no venía a cuento decirle a Bartocci que había recibido la carta. El joven magistrado había abrazado la ortodoxia con el fervor de un recién converso. Ya no le interesaban las revelaciones sensacionales de los informantes anónimos.

Al volverse, Zen miró el calendario que colgaba junto al teléfono y se dio cuenta del día que era. Después de tantos años, ¡finalmente había ocurrido! Contra viento y marea, siempre se las había arreglado para comprarle a su madre un regalo y enviarle unas flores y una tarjeta. Pero esa vez se había olvidado, y su cumpleaños era al día siguiente.

Después se acordó de Palottino. Desde su llegada a Perugia, el napolitano se había pasado los días tumbado en el Alfetta, inmóvil en el *parking* que se veía desde la ventana del despacho, oyendo la radio. Y, sin embargo, el pobre Luigi no estaba contento. Anhelaba acción, suspiraba porque le confiaran una gran responsabilidad, emprender hazañas prodigiosas que requerirían de sangre fría, fiero corazón y nervios de acero. Llevarle un regalo a la madre de Zen no encajaba en esta categoría, pero era mejor que nada. Además, podría recoger unos Nazionali del tabaquero de Zen. Así que solo quedaba hallar un buen regalo.

Cuarenta minutos después seguía con las manos vacías y comenzaba a temer lo

peor. Tenía ese sentimiento que a menudo hacía presa de él en las tiendas, una parálisis en la capacidad de decisión. Sin embargo, tenía que comprar algo, y rápido, antes de que los tenderos cerraran para ir a comer. Y en ese momento se encontró con Cinzia Miletta.

—¡Muéstreme dónde lo han golpeado! —gritó—. Oh, ¿eso es todo? Pudo haber sido mucho peor. Pero debe contármelo todo, no resisto más. Venga a tomar café. Ahora voy a casa, y así me ayuda con los paquetes. Gianluigi está de viaje, y si esa mujer cree que la voy a esperar un minuto más...

Zen murmuró algo sobre comprar un regalo para su madre, y Cinzia se hizo cargo de inmediato.

—Muy bien, veamos, debe ser algo tradicional, típico, característico de la región. Un bordado, por ejemplo. ¿O colecciona cerámica? ¡Ya sé, chocolates! En una bonita presentación, aquella, en cerámica local.

Aun cuando Cinzia presionó a uno de los dependientes y logró que le hicieran un descuento, el regalo que escogió costaba tres veces más de lo que Zen había calculado, pero pagó. Unos minutos después, el recipiente de Deruta, cargado con un medio kilo de chocolates surtidos, quedaba puesto en el asiento trasero del Volvo. Zen se sentó delante y miraba a Cinzia arrancar del limpiaparabrisas la multa que le habían puesto.

Cinzia Miletta conducía de la misma manera que hablaba, en un espasmo prolongado lleno de impredecibles brincos y frenéticas arrancadas y virajes, serenamente desentendida de los otros coches. El trayecto a su casa, justo fuera de Perugia, estuvo salpicado de choques milagrosamente evitados. Zen se la había encontrado de excursión por la tiendas mientras el destino de su padre aún no se decidía, como si no tuviera la menor preocupación en el mundo. Por eso Cinzia puso especial cuidado en explicar que la única razón para ir a Perugia había sido una cita. ¿Con quién? ¡Con Ivy Cook!, que le había telefoneado esa mañana.

—¿Le dijo qué quería?

—No quiso decirlo por teléfono, y eso es todo lo que sé. Para empezar, tuve muchos problemas para poner en marcha esta cosa. Jamás debimos habernos deshecho de aquel pequeño Fiat que teníamos antes. Se ponía en marcha a la primera y, si había algún problema, siempre se podía arreglar con una tira de plástico o un trozo de cuerda, como decía Gianluigi, aunque yo personalmente no tengo la menor esperanza con las máquinas. Pero bueno, al llegar al café donde se suponía que íbamos a encontrarnos, ¡no había ni rastro de ella! Y bueno, una no se puede acercar a su piso; han cerrado la calle, están convirtiendo todo el centro de la ciudad en un museo, y seguro que mañana estarán cobrando la entrada y cerrarán por las tardes. Tuve que dar todo un rodeo a pie, y con estos zapatos; se ven bien, pero, créame, no están hechos para andar con ellos, y cuando llego, ni siquiera está en casa. ¿Ha oído antes algo así? O sea, es la cosa más irritante que pueda concebirse, enloquecedora, de verdad.

Avanzaban por los suburbios del valle, muy por debajo de la antigua colina donde se había asentado el corazón histórico de la ciudad. Entre las torres y los bloques de hormigón; entre los edificios de oficinas y de viviendas de la nueva Perugia se alzaba una vieja casa de labranza de piedra, achaparrada y robusta, con sus gallineros adosados y sus verduras, las paredes teñidas de verde por los años de sulfuro asperjado sobre los viñedos que ascendían para formar una pérgola. ¿Era esa la casa de labranza que Franco Miletti había mostrado a su hijo como imagen de la familia? Si lo era, los árboles protectores había desaparecido, y los brutales edificios que los reemplazaron no solo no lo defenderían del viento sino que lo canalizarían con mayor violencia.

Cruzaron la franja de tierra baldía bajo el cruce con la carretera, que corría por túneles y puentes a través del paisaje montañoso, y entraron a una zona de terrenos cercados en los que había almacenes y locales de venta, unidades de industria ligera y las oficinas del comercio al menudeo. Toda el área no tenía más de diez o quince años de antigüedad. Se extendía a ambos lados de lo que alguna vez había sido un camino vecinal y acababa desordenadamente en el cascarón de un edificio sin terminar, de naturaleza indefinida. Un poco después, Cinzia dio vuelta hacia un camino secundario sin pavimentar. Altas cercas marcaban la posición de las villas, tímidamente ocultas tras hileras de árboles de hoja perenne. Los perros guardianes se lanzaron contra la malla de alambre y luego persiguieron al coche a lo largo de toda la propiedad, ladrando frenéticamente, mientras Cinzia le contaba a Zen cómo había convencido a Gianluigi de comprar una casa en el campo, aunque él no veía para qué, pero para ella eso no era un lujo sino algo fundamental, una fuente de salud y orden, ¿comprendía lo que le decía?

Llegaron hasta un par de verjas de acero coronadas de púas. Mientras Cinzia buscaba el control remoto en la guantera, Zen observó la fortaleza del cercado, con sus angulosas trenzas de alambre de púas arriba y sus sensores abajo, y la cámara de vídeo montada en un poste detrás de las verjas, todo recién comprado. Estaba claro que los comerciantes de equipos de seguridad habían hecho su agosto con el secuestro de Ruggiero Miletti. «Bartocci hubiera debido tomar nota de esto —pensó Zen—. La gente no sale y se gasta millones para convertir su casa en un campo de concentración a menos que de veras tenga miedo».

En cuanto habían cruzado la puerta de la casa apareció la vieja ama para decirle a Cinzia que Ivy Cook había estado buscándola.

—¿Qué? —gritó Cinzia—. ¿Aquí? ¡Pero debe de estar loca!

—Dijo que habían quedado en encontrarse aquí. Esperó diez minutos y luego se fue.

—¡Qué estupidez! ¿Me habría tomado la molestia de ir hasta Perugia si hubiéramos quedado en vemos aquí?

El ama alzó las manos con gesto conciliador y comenzó a decir algo sobre un error. Pero Cinzia no se dejó calmar.

—¡Ah no, lo ha hecho adrede! ¡Ya le enseñaré yo cómo burlarse de mí! —Se dirigió al teléfono a largos trancos y marcó. Después de uno o dos segundos le pasó el auricular a Zen con una exclamación de disgusto—. ¡Oiga esto!

—«... *por el momento* —decía la voz de Ivy en una grabación—. *Por favor deje su mensaje después de oír la señal*».

—Ya le dejaré yo un mensaje, en cuanto la vea —dijo Cinzia, y colgó el auricular con un golpe.

Se volvió hacia Zen. Su enojo parecía haberse esfumado.

—Voy a cambiarme de ropa. Curioseee por ahí y siéntase en su casa. Margherita, haznos café.

Zen se quedó allí, en la elegante y espaciosa sala, oyendo las voces insistentes de la mesa de té, hecha de cristal y acero, sobre la cual había un abanico de revistas satinadas, las de los mullidos sillones de piel sobre los cuales la enorme lámpara que sostenía una vara curva de acero inoxidable se estiraba como el cuello de un buitre, la de los platos de plata y los fruteros de cristal, los óleos discretamente modernos, los estantes donde se alineaban libros de literatura, las caras antigüedades, las alfombras tejidas a mano, sobre el reluciente piso de *parquet*, el pianito de cola con una sonata de Mozart abierta en el atril, la chimenea con su alto montón de leños. Desde el ventanal se ofrecía a la vista un jardín de perfecta arquitectura, una piscina, una pista de tenis y un campo donde un jardinero viejo y enjuto, enfundado en su abombachada ropa campesina y con un sombrero de fieltro, cuidaba las viñas y los olivos de su patrón. Hasta la naturaleza tenía que parlotear allí.

—¡Ah, veo que su instinto policíaco ya ha descubierto nuestro secretito!

La habitación tenía tantas entradas y salidas como un escenario. Cinzia apareció casi en sus narices. Levantó una estatuilla en la que Zen no había reparado.

—Pero no se la compramos a un saqueador de tumbas, ¿sabe? Ya ve, es que está muy mal eso de tomar el patrimonio nacional para el uso privado y egoísta de una. Pero ha de saber que un primo de Gianluigi trabaja en un museo, y allí tienen tantas cosas que de veras no saben qué hacer con ellas, se quedan allí sin más, cubriéndose de polvo y pudriéndose en las cajas del sótano, y nadie las ve. Al menos aquí cuidamos de esta, la admiramos, que es lo que habrían querido. Gente maravillosa, muy sexual y llena de vida. Estoy segura de que llevo sangre etrusca en las venas.

Cinzia llevaba una falda corta con un gran cinturón ancho, un suave jersey de lana de profundo cuello en V, y una doble hilera de perlas. Se había quitado los zapatos y las medias.

—Este bosque es mágico —exclamó—. En invierno es tibio y en verano fresco. ¿Puede explicarse esto? Yo no, ni quiero. Odio las explicaciones; lo arruinan todo. Pero no me mire los pies así, pobres cosas horribles y deformes.

Se movía sin descanso por la habitación, levantando y reacomodando cosas sin propósito evidente alguno.

—Kant —señaló bajando un libro de la estantería—. ¿Ha leído usted a Kant? Yo

me lo he prometido siempre, pero por un motivo u otro nunca lo he hecho.

Se arrellanó en un sofá de piel que parecía tan cómodo como una cama y señaló a Zen otro igual, frente al suyo.

—¿Así que su marido está de viaje? —preguntó Zen.

—¡En Milán, el dichoso cochino! Asuntos urgentes que había estado posponiendo. Pero de todos modos no hay razón para que se quede aquí, me parece. Quiero decir que nada hay que podamos hacer, ninguno de nosotros. Ya solo es cuestión de esperar.

A pesar de la supuesta urgencia que tenía por saber de sus experiencias durante el pago, Cinzia no volvió a mencionar el asunto y, en cambio, se lanzó a un minucioso relato de la película que había visto la tarde anterior, y continuó explicando que amaba las películas, de verdad las amaba, y que el único lugar para verlas como se debe era un cine, y que su favorito era uno espléndido y muy viejo del centro de Perugia llamado el Minerva, y que qué lastima que ya nadie fuera al cine.

El ama sirvió el café en una bandeja de plata repujada que depositó sobre uno de los niveles del trincherero modular adosado a la pared. «He estado con la familia durante generaciones —dijo la bandeja, así que puede usted ver que no son un mero montón de campesinos nuevos ricos, como los que abundan por aquí». «Es verdad —comentaba el trincherero modular—, pero a pesar de sus sólidas raíces son gente moderna y progresista con visión verdaderamente cosmopolita». «Oh, callaos —pensó Zen—. Simplemente callaos».

—¿El viaje de su marido tiene relación con las transacciones japonesas que he oído? —preguntó Zen.

El aire de aburrimiento de Cinzia se hizo más profundo aún.

—Nunca habla de negocios conmigo.

«Y usted haría bien en seguir su ejemplo —añadieron sus ojos—, porque aunque no soy muy buena para los negocios hay otras cosas para las que soy buena, muy buena de verdad».

Una niña larguirucha con cara de enfado entró, avanzó con engreimiento hasta la mesa y cogió una Clementina del frutero.

—¿Puedes traerme mis cigarrillos, Loredana querida? —preguntó Cinzia.

—Tráetelos tú misma. Te aprovecharía el ejercicio.

Cinzia lanzó a Zen una sonrisa deslumbrante.

—Perdone sus modales. Es una edad difícil, sin duda. Pronto empezará a menstruar.

La niña le lanzó los cigarrillos a su madre.

—¡Es mejor hablar de ello abiertamente! —continuó Cinzia con calma—. Las mujeres ya no tenemos que avergonzarnos de nuestro cuerpo.

—Pero no es tu jodido cuerpo —gritó la niña mientras corría escaleras arriba.

—Es una locuela confundida —exclamó Cinzia, como si esta fuera una de las mayores virtudes de su hija—. Por ahora amenaza con hacerse monja, ya ve. Y el otro

anda por ahí, el pequeño Sergio. ¡Es un amor! Demasiado, de hecho. Le leo los mitos griegos cuando se mete en la cama y solo espero que caiga en la cuenta cuando lleguemos a Edipo. Es perfectamente normal a su edad, por supuesto. Yo al menos no le he enseñado a masturbarse, como otras madres. ¿Un cigarrillo?

Al inclinarse hacia él, su jersey se abombó hacia fuera y Zen pudo mirarle los pechos, casi adolescentes en tamaño pero de pezones prominentes y grandes.

—Siempre he tratado de ser una madre comprensiva —continuó—. Trato a mis hijos como iguales y amigos.

—¿Así la trataron a usted sus padres?

—Mi madre ha muerto —respondió ella distraídamente.

—¿Y su padre? ¿La trataba como una igual?

Cinzia se rio, casi histéricamente.

—Bueno, eso depende de lo que quiera decir. Supongo que hace lo que puede. Pero pongamos el caso del arresto de Daniele, por ejemplo. Eso era típico. Papá se había pasado años dándole la lata para que se interesara en algo y probara que tenía el instinto de los Miletta. Y, sin embargo, en cuanto intentó mostrar un poco de iniciativa, todo el mundo respingó altaneramente, sobre todo papá, y lo llamó yonqui inútil y no sé cuántas cosas más. Era tan injusto, pensé. Quiero decir, supongo que lo que hacían los demás era ilegal, pero no es lo mismo que si estuvieran obligando a alguien a meterse la cosa. Si no la hubieran vendido ellos, otros lo habrían hecho. A Daniele el asunto le parecía solo un negocio, nada más. Nunca se metió nada de eso y siempre tuvo las manos limpias.

Cinzia volvió a acomodarse, doblando las piernas debajo de sí, como un gato. En ese momento estaba otra vez tranquila.

—Pero la cosa es que el pobre muchacho acabó por perderlo todo. No solo el dinero que había invertido, sino también la asignación que le daba papá. Lulu ha estado ayudándolo, pero todavía es muy duro para él. Yo no llamaría a eso ser comprensivo, ¿usted sí? Una pensaría que la gente sería más tolerante con los miembros de su familia.

Zen bebió el último sorbo de su café y anunció que debía irse.

—¿Ya? —protestó Cinzia con un puchero—. ¿Por qué no se queda a almorzar? Margherita es una excelente cocinera.

Su desilusión parecía sincera, pero Zen se obligó a llamar a Palottino. «La familia está absolutamente furiosa», le había dicho Bartocci. Si Zen había logrado sobrevivir más o menos intacto todo este tiempo era gracias a ese mismo instinto que entonces le aconsejaba marcharse.

—Todavía no me ha contado su aventura —le recordó Cinzia mientras esperaban que llegara Palottino—. Debe de haber sido aterradora. Creo que es usted muy valiente. Sentarse en un coche con esa mujer Cook durante todas las horas que fueran, ¡yo no podría hacerlo! ¿Hablaron mucho? ¿Le habló de mí? Seguro que lo hizo. ¿Qué le dijo?



—No hablamos tanto.

—¡Oh, vamos, no le creo! Conozco a esa mujer. ¿Qué dijo? Lo que fuera, seguro que he oído cosas peores. Dígame. ¿Qué dijo de mí?

Zen apartó la vista y miró por la ventana, luego otra vez a Cinzia.

—Dijo que usted era muy desdichada —respondió.

Sus rasgos se aflojaron por completo en un instante y eso la hizo parecer mucho más vieja.

—¿Desdichada?

Eso fue un chillido.

—¡Está loca! ¡Lo sospeché hace mucho, pero ahora está clarísimo! Total y absolutamente claro, obvio y evidente.

Apretó el brazo de Zen con fuerza.

—Dígame, ¿parezco desdichada? ¿Parezco desdichada? ¿Tengo la menor razón para ser desdichada? ¡Mire esta casa! ¡Mire a mi marido, a mis hijos, mire toda mi vida! ¡Y luego mírela a ella! ¿Qué tiene ella? ¿Desdichada? ¡Qué buen chiste!

Se alejó un poco, luego volvió a acercársele.

—La verdad es que me tiene envidia —siguió con más calma—. Nos tiene envidia a todos, ¡se muere de envidia! Ese el verdadero problema. ¡No soy yo la desdichada, sino ella! Y proyecta sus problemas en mí. He leído sobre eso, es bien sabido que los locos hacen eso.

Sacudió la cabeza e intentó sonreír.

—Estoy un poco tensa ahora, con Gianluigi lejos y sin una palabra acerca de mi padre.

—Estoy seguro de que será liberado muy pronto —dijo Zen, tan tranquilizador como pudo.

Pero un aire singularmente distraído había tomado posesión de los rasgos de Cinzia. Ensoberdecida por unos pensamientos que Zen no lograba adivinar, ni siquiera lo había oído.

De regreso en la *Questura*, Zen trató de no pensar más en Cinzia Miletta. Sintió que le había tocado una buena baza y que la había desperdiciado, tal vez incluso desde un punto de vista profesional. En cualquier caso ya era demasiado tarde.

Asomó la cabeza por la puerta de la habitación donde se encontraban los inspectores.

—¿Alguien conoce a un agente llamado Baldoni?

Geraci levantó la mirada.

—¿Baldoni? Está en drogas.

—Tres cinco uno —dijo inesperadamente Chiodini sin levantar los ojos del periódico.

—No seas gilipollas —le dijo Lucaroni—. Este es el tres cinco uno.

Chiodini se metió un regordete dedo en la nariz.

—Antes era el tres cinco uno —dijo finalmente.

Lucaroni consultó el listín.

—Está en el cuatro dos cinco —dijo—. ¿Quiere que...?

—Está bien —respondió Zen—. Lo haré yo mismo.

Baldoni era un hombre rechoncho y calvo que llevaba una americana azul con cinco botones plateados, un jersey amarillo canario y una corbata roja. Se hurgaba los dientes con una cerilla mientras alguien le hablaba al oído por teléfono. Cuando colgó, Zen le extendió la carta.

—¡Joder con el sindicato! —gruñó—. Lo único que hacen es pedir más y más dinero. Yo me afilié pensando que ellos me conseguirían más pasta, ¡no que me la quitarían!

—Estoy en el caso Miletta —comenzó Zen.

Baldoni lo miró con más cautela.

—Mejor usted que yo.

—Creo que Daniele Miletta se metió en algunos líos con esta sección hace algún tiempo.

Baldoni se rio brevemente.

—Se metió y se salió.

Intentó sentarse con naturalidad en el borde de su escritorio, pero estalló un sonoro pedo y se puso de pie otra vez.

—¿Qué sabe de la Universidad para Extranjeros? —preguntó en tono suspicaz y agresivo, como si la institución de marras hubiera desaparecido y Zen fuera el principal sospechoso de habérsela robado.

—Algo he oído.

—Olvídese de lo que ha oído. Ya sé lo que ha oído. Ha oído sobre este símbolo de la hermandad del hombre, con sede en Perugia la de antiguas tradiciones hospitalarias, adonde vienen cada año desde todos los rincones del mundo los jovencitos de ojos brillantes y cabelleras enmarañadas a estudiar la cultura de Italia y promover la paz y el entendimiento universal.

Miró fijamente a Zen.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad?

Zen negó con la cabeza.

—Entonces puedo decirle que en mi humilde opinión este sitio es el culo más malo y apretado de todo el jodido país. ¡Entendimiento universal mis cojones! Por Dios, la gente de este pueblucho son de miras tan estrechas que trata a sus vecinos del pueblecito al pie de la colina como a un grupo de extraños. ¿Y entonces por qué aguantan a los verdaderos extranjeros? Por una razón muy sencilla, amigo. Se deletrea d, i, n, e, r, o.

—¿Y Daniele? —le recordó Zen.

—No se preocupe, a eso voy. Pero tenga en cuenta que los extranjeros no son

como esos de los que usted ha oído hablar. Antes venían del norte: alemanes, suizos, ingleses, estadounidenses. En su mayor parte mujeres. Venían a leer a Dante, beber vino, sentarse al sol y echarse un polvo. Pero hace mucho que esos días se acabaron. Ahora llegan los árabes, porque yasabequién ha hecho un trato sobre derechos petroleros, entre los que se incluye una gran patada en el culo de ya sabe quién, claro. Y mientras, a usted y a mí nos pagan peor que al ama de ya sabe quién, ¡y el maldito sindicato me escribe para que «yo» «les» envíe dinero!

—Bueno, pues estos árabes comenzaron a pasearse queriendo aprender ingeniería y odontología y quién sabe qué más. Desgraciadamente, los profesores se niegan a dar sus cursos en árabe, y de pronto nos encontramos con cientos de miles de estudiantes que tienen que aprender el italiano. ¿Y adónde los mandan? A la Universidad para Extranjeros, claro, aquí mismo, en la encantadora Perugia medieval. Solo que estos extranjeros son un poco distintos de aquellos a los que estábamos acostumbrados. Hombrecitos como ya no los hay, les importa un bledo Dante, no beben alcohol, en comparación con su país aquí les parece frío y se interesan más en rezar y en la política que en echarse un polvo. Los ojos brillantes y las cabelleras enmarañadas tienen gran demanda entre esta camada, y en cuanto a la hermandad de los hombres, opinan que si alguien no está de acuerdo con uno, lo mata y asunto arreglado. ¿Se acuerda de Ali Agca, el que le disparó al papa? Estuvo aquí. ¿Se acuerda del comando palestino que mató a la mitad de los atletas israelíes en Múnich? Se entrenaron en una granja de las colinas, en las afueras de Perugia. ¿Los escuadrones suicidas de Jihad Islámica, la turba anti-Jomeini la turba pro-Jomeini, los espías del KGB, los pistoleros búlgaros? Usted dirá, todos han estado aquí. La Rama Política ha instalado una línea roja, directa al ordenador central del Ministerio en Roma, pero ni así se da abasto. Una vez hubo dos mil quinientos iraníes en la ciudad. Su cónsul en Roma vino en visita oficial el año pasado y casi hubo un incidente diplomático cuando lo echaron del nuevo bar de la universidad mientras lo inspeccionaba. Los camareros se acordaron de que la última vez que lo habían visto estudiaba aquí y se les había hecho tan pesado que habían jurado no permitirle que volviera a entrar.

»Pues sí, esta es la nueva Perugia, encrucijada del terrorismo internacional. Un dolor de cabeza para los de la Roma Política de arriba, pero, en realidad, ¿qué tiene qué ver con lo suyo, se estará preguntando, o para el caso con Daniele Miletto? Pues es que los terroristas necesitan pasta. Los que son oficiales la obtienen de su gobierno; el resto tiene que ganársela. Y no hay manera más rápida de hacer dinero que las drogas, sobre todo si uno viene de un país donde se venden como alcachofas. Así que empezamos a interesarnos, y entre otras cosas nos pasan el nombre de dos iraníes que viajan frecuentemente a casa en tren. Es un infierno viajar así a Irán, a menos, claro, que uno quiera evitar el control de los aeropuertos. En el viaje siguiente los cogimos y he aquí que llevaban una maleta llena de heroína. Así que nos pusimos a trabajar en ellos y cuarenta y ocho horas después teníamos a toda la pandilla,

incluido un tal Gerhardt Mayer, de Berlín Occidental, veintinueve años, que les servía de enlace con la comunidad local. Y allí es donde todo se jode, porque en cuanto nos ocupamos de *Herr Mayer* nos dice que el dinero con que pagaba a los iraníes venía del hijo de un cierto vecino muy conocido.

—Daniele Milette.

—¿Sabe lo que se siente? Yo tenía delante un caso limpio y transparente, con sentencias fuertes por todas partes y muchos puntos para mis bonos de promoción. En el momento en que ese jodido teutón mencionó a Milette supe que debía despedirme de mis dulces sueños. Nos metimos en el asunto, desde luego, y lo cogimos, pero para cuando el magistrado habló con él, Mayer había cambiado de opinión. Nunca había visto a Daniele Milette, no lo conocía y jamás había oído su nombre. El chaval volvió a casa a tiempo para el almuerzo.

—¿Y la declaración de Mayer? —preguntó Zen.

—Obtenida bajo coacción. ¡Coacción, mis cojones! Mayer se moría de ganas por vender a su amiguito rico.

—¿Qué ocurrió con Mayer?

—Se largó en el primer avión de vuelta a Alemania.

Zen lo miró, frunciendo el ceño.

—¿Lo dejaron salir? ¿Con una acusación de tráfico de drogas a cuestas?

Baldoni asintió.

—Como le digo, si se trata de los Milette mejor usted que yo, amigo mío. Mejor usted que yo.

Por la tarde, Zen comenzaba a sentirse él mismo como un rehén. Había pasado horas en su despacho, yendo del escritorio a la ventana, de la ventana a la puerta, y otra vez al escritorio. Hacía ya más de cuarenta horas que el dinero había sido entregado, pero aún no había noticias de que Ruggiero Milette hubiera sido liberado. Aunque no tenía manera de influir sobre los acontecimientos, Zen sentía que debía permanecer vigilante, como el capitán de un barco. Pero al final no pudo resistirlo más y salió a dar un paseo.

La tarde era tibia y tranquila, pero las aceras por donde vagaba al azar estaban casi desiertas. Muy ocasionalmente su camino se cruzaba con el de una pareja que iba a casa, o con un grupo de jóvenes que se dirigía al centro, y entonces las enjuiciadoras miradas que le lanzaban lo hicieron sentir incómodo; le señalaban su falta de propósito o dirección. Las ideas revoloteaban de aquí para allá en su cabeza, como golondrinas: frases de la carta de Ruggiero Milette, una insinuación de Antonio Crepi, algo que Ivy había dicho en el coche, lo que la viuda de Valesio le había contado, la nueva y vigorosa actitud de Luciano Bartocci, la historia de Italo Baldoni, los pechos de Cinzia Milette...

Se sintió a la vez con un hueco en el estómago y atiborrado, ensordecido y

rechazado. Era la naturaleza del lugar, pensó, prendido allí sobre su alto pico, con la espalda vuelta al mundo, tan obsesionado con sus pequeñas intrigas y escándalos porque sabía justamente que a nadie más le importarían un bledo. Nada de lo que le habían dicho desde su llegada a Perugia era más que chismes malévolos, ocasionales calumnias, rumores equívocos que en ningún otro lugar del mundo hubieran llegado a sus oídos. Pero la gente allí ansiaba dejar que uno penetrara en los secretos del vecino, sobre todo si pensaba que con ello le alejaría de los propios. «Mayer se moría de ganas por vender a su amiguito rico». Sí, ese era el estilo del lugar. Todo era bulla por nada, un ejemplo más del genio nacional para urdir complejas variaciones sobre el suceso más simple. A Zen siempre lo había divertido mucho la manera simple en que Ellen enfocaba las cosas. A pesar de su inteligencia, podía ser sorprendentemente ingenua y literal en sus juicios. Parecía creer que la verdad era grande y se impondría, así que ¿para qué perder el tiempo devanando tantas teorías fantásticas? En cambio Zen sabía que la verdad prevalecía, si es que alguna vez lo hacía, solo después de tanto tiempo que ya no tenía sentido, como un prisionero senil que puede ser liberado sin peligro porque se ha olvidado ya su importancia, sus amigos han muerto y no es más que un idiota balbuceante.

Pero en ese caso ya era hora de adoptar una actitud y declarar de una vez que al menos en ese momento la verdad era tan obvia y evidente que no había duda posible. Los crímenes que se habían cometido eran claramente obra de duros profesionales que no tenían que ver con los dramas incestuosos de la ciudad más que el propio Zen. Cualquier sugerencia en contra era simplemente un pretexto local para darse importancia y marcar unos cuantos puntos con sus vecinos.

Sus pasos lo llevaron irremediabilmente al Corso, donde el paseo vespertino estaba en pleno auge. La gente andaba de aquí para allí, luciendo sus pieles y sus galas, saludando a los amigos, mirando y dejándose mirar, yendo en tropel arriba y abajo como los nadadores en una piscina. Las estrellas de cada sexo hacían grupos de dos y de tres, uniendo sus energías, o se desplazaban solas, brillantes solistas, mientras los menos atractivos se reunían para protegerse en grupo a la puerta de las oficinas de una organización religiosa o política. Parte de la calle estaba atestada de adolescentes, y a cada instante llegaban más en sus vespas. Dominaban los varones, jovencitos larguiruchos y descarados de anorak brillante de marca y tejanos arremangados para enseñar las sólidas botas de piel, estilo estadounidense. Se pavoneaban con bullicioso aplomo mientras las muchachas, con sus cuellos de encaje con volantes, sus faldas de tartán y sus impermeables coloridos, los miraban con admiración. Uno de los más sobresalientes era un joven que tenía los extravagantes gestos y la voz fuerte de un actor que sabe que lo está haciendo bien. Solo en el último momento, cuando a su vez había sido reconocido, Zen se dio cuenta de que era Daniele Miletta.

Era casi predecible. Los jóvenes a la moda de la derecha moderada, como sus contrapartes fascistas de medio siglo antes, fanfarroneaban sin importarles un bledo.

Nada podría promover mejor el *status* de Daniele que el ser visto en el Corso mientras la vida de su padre todavía pendía de un hilo.

—¡Muy buenas tardes, *dottore!* —gritó el muchacho con una mala imitación del acento veneciano—. Cuánto siento lo de su accidente. ¡Por favor tenga más cuidado en el futuro!

Se volvió a explicar la broma a sus amigos, que rieron ruidosamente.

—¡No se atreva a ponerme la mano encima, cerdo, cerdo, que soy policía! — chilló uno de ellos en un falsete burlón.

Zen apretó el paso, comprendiendo lo que debió sentir Italo Baldoni cuando el joven Miletti se le escapó de entre los dedos. Le parecía cada vez más que a ciertas personas no les vendría mal pasarse unas cuantas horas encerradas en una habitación con gente como Chiodini. El problema con el sistema es que estas eran las personas que nunca lo harían. Pero nunca admitiría ese pensamiento y de hecho se sintió culpable de haberlo tenido. Luego sintió resentimiento por haber llegado a sentirse culpable, así que para cuando estuvo de regreso en la *Questura*, todos los beneficios del paseo habían desaparecido.

Tenía el presentimiento irracional de que algo debía de haber ocurrido durante su ausencia, simplemente porque no había estado allí, pero se equivocó. Se encontraba de nuevo donde había empezado, mirando la pared sin otra cosa que esperar. Cuando su mirada se posó finalmente en el crucifijo, se percató de cuánto lo abominaba y, con un gesto de desafío, lo descolgó y lo puso sobre el archivador. Entonces recordó la copia de la carta de Ruggiero y vio que después de todo había algo que podía hacer.

—*Siete ochenta y ocho uno ocho.*

—Buenas tardes. Habla Aurelio Zen. ¿La molesto?

—*No, no. De ninguna manera. Bueno, no realmente...*

Ivy sonaba incómoda. ¿Se imaginaba ya por qué la llamaba?

—Traté de comunicarme con usted esta mañana, pero...

—*Salí. Tenía una cita con alguien.*

—Sí, lo sé. Me encontré a Cinzia Miletti en la ciudad. La había estado esperando.

—*¡Yo también la estuve esperando! Habíamos quedado de vernos en su casa.*

—Me dijo que usted la había llamado para hacer una cita en la ciudad.

—*De verdad que no puedo imaginarme por qué le ha dicho eso, comisario. Es exactamente lo contrario de lo que pasó. Ella me llamó a mí y me pidió que fuera a verla inmediatamente. No dijo para qué, pero en mi posición, desde luego...*

A Zen se le ocurrió que mientras hablaban estaban bloqueando cualquier posible llamada que anunciara la liberación de Ruggiero Miletti.

—Bueno, no tiene importancia —dijo rápidamente—. Hay algo que quiero discutir con usted. Sobre una carta que he recibido.

—*¿Una carta? ¿Qué clase de carta?*

—Mejor no hablar de ello por teléfono. ¿Podría venir a verme al despacho? No nos tomará mucho tiempo.

—*Bueno, es un poco difícil. Es cosa de la familia, ¿sabe? No estoy segura de si lo aprobarían, como están las cosas.*

«Y lo aprobarían aún menos si supieran de qué se trata», pensó Zen.

—*Tal vez luego, cuando todo acabe.*

—Muy bien. La llamaré más tarde, pues.

Colgó y dejó vagar la mano sobre el auricular con esperanza. Pero el teléfono permaneció tercamente mudo.

Sus sospechas se confirmaban. El fastidio y la conmoción en la voz de Ivy no eran corrientes y eso era prueba segura de que sabía perfectamente de qué carta le había hablado y estaba aterrada de que la familia lo descubriera.

Sacó la carta y revisó otra vez las últimas líneas. Curioso error: «... billetes usados, numerados consecutivamente...». Por un momento se había inclinado por poner en tela de juicio la autenticidad de todo el asunto. Pero era solo un detalle y no alteraba el hecho de que nadie más que Ivy podía haberlo hecho. Debió de haber llevado la carta directamente a una fotocopidora después de recogerla del contenedor y debió de remitírsela a Zen antes de volver a la casa, calculando que si la carta se hacía pública todos y cada uno de los Milette quedarían bajo sospecha. Pero el cálculo se había hecho humo con la carta original, y desde entonces debió de haberse arrepentido de su precipitación. ¿Por qué se había tomado el riesgo? ¿Sería porque conocía demasiado bien a la familia Milette y estaba decidida a que al menos esa vez no todo fuera convenientemente silenciado? ¿Enviarle la carta había sido su humilde contribución al principio de no dejar que los muy cabrones se salieran con la suya, principio al que Luciano Bartocci parecía entonces haberle vuelto la espalda? Fuera como fuese, Ivy no había cometido el menor crimen, y no había motivo para insistir más en ello.

Estuvo allí sentado hasta que comenzaron a caérsele los párpados, luego llamó a la centralita y dijo que estaría en su hotel. No había motivo para continuar su vigilia solitaria.

Pero ¿por qué no lograba quitarse de encima la extraña sensación de que ya todo «había ocurrido» y de que todos lo sabían excepto él, de que todos lo mantenían adrede en la oscuridad?

## VII

**E** STABA en su cama, en el cuarto de Venecia donde había pasado la niñez, y era todavía ese niño. Una figura se movió lentamente hacia él entre la indecisa luz, tan sin rostro y monumental como la Muerte en un grabado antiguo. Pero no tenía miedo, porque sabía que no era más que una broma, una pequeña comedia de esas que a los padres les gusta jugar con sus hijos.

Siempre había sabido que su padre volvería. No es que antes lo hubiera admitido, ni siquiera ante sí mismo, pero nada ni nadie podría de veras convencerlo de que un mundo donde los padres simplemente desaparecían un día para no volver podía ser algo más que un triste simulacro, un embuste claro. Nunca se había dejado engañar, no de verdad, no interiormente, pero había conocido momentos de duda, así que su alivio y su delicia no tenían límites en ese momento que sabía que ¡su instinto siempre había tenido razón! Porque aquí estaba su padre, sentado junto a él, abrazándolo y besándolo, cogiéndolo de la mano y riéndose de los tontos temores que el juego había despertado en su hijo.

El teléfono comenzó a sonar junto a la cama. Era el agente de servicio en la intercepción de llamadas en los tribunales.

—*Hemos recogido un mensaje en la línea telefónica de la familia Miletti, dottore. Han liberado al signor Miletti.*

«Gracias a Dios», pensó Zen con oscuro fervor.

—¿Han informado ya al *dottor* Bartocci?

—*Sí. Inmediatamente se pondrán en marcha las diligencias para ir a recogerlo.*

—¿Dónde ha sido liberado el *signor* Miletti?

—*Si tiene un bolígrafo le leeré las instrucciones, tal como se las dieron a la familia.*

Zen escribió de prisa las instrucciones en el reverso de un sobre. Había que tomar el camino de Foligno, doblar a la derecha hacia Cannara hasta pasar Santa Maria degli Angeli y continuar hasta un poste de telégrafo con una marca amarilla. Allí había que girar a la izquierda, después tomar la segunda a la derecha y seguir como un kilómetro hasta una construcción donde esperaba Ruggiero Miletti, incapaz de moverse debido al mal estado de su pierna. Había sido este problema lo que había provocado las complejas disposiciones que habrían de seguirse para recogerlo. Por lo general, las víctimas de un secuestro son abandonadas en mitad de ningún sitio y se las deja hallar el camino por sí mismas hasta la casa o la carretera más cercana. Pero como Miletti estaba inmovilizado se acordó que iría a recogerlo un grupo formado por Pietro Miletti, escoltado por Zen y Palottino en el Alfetta, y que una ambulancia estaría a disposición por si Ruggiero necesitaba atención inmediata. Después de lo que había pasado la noche del sábado y la llamada de enojo de Luciano Bartocci, Zen



esperaba un *desaire* cuando telefonara a los Miletta. Pero Pietro, aunque frío, no intentó modificar los planes. Entonces los temores familiares habían mostrado su falta de sustento, el chapucero pago podía ser descartado como un ejemplo más de la torpe incompetencia policíaca, el último en una larga lista de meteduras de pata.

Veinte minutos después arrancó el cortejo. Había un sol radiante, como si el verano se hubiera saltado unos meses. La gente se movía más sosegada y despreocupadamente, sin el pretexto de un destino o un propósito. Miraban con curiosidad la hilera de vehículos oficiales que pasaban por el bulevar y recorrían la cadena de montes más baja, a través de las puertas de la ciudad y más abajo, por una serie de amplias curvas que descendían más de doscientos metros hasta la sima del valle. Un poco después de pasar la enorme cúpula de la basílica de Santa Maria degli Angeli, Palottino torció bruscamente sobre un tramo de grava suelta a una carretera secundaria. A los lados del camino se esparcían los modernos edificios de dos plantas, de ladrillo y hormigón, todos con sus pequeñas viñas en la parte trasera, enredadas en el alambre que sostenían dos postes de hormigón. Todo esto debió de haber sido un pestífero pantano desierto hasta que el *boom* de la posguerra hizo que valiera la pena drenarlo. La carretera avanzaba en línea recta, y los postes de telégrafo pasaban a la derecha a intervalos regulares.

La salpicadura de pintura amarilla se veía a cientos de metros bajo el sol radiante. El camino de una granja arrancaba a la izquierda frente a ella, entre profundos canales de drenaje. La velocidad se redujo y los vehículos se acercaron entre sí. Los campos parecían estar abandonados. Los tallos rotos de la cosecha se pudrían sobre la vasta extensión de lodo arado que las recientes lluvias habían convertido en una materia pegajosa. Zen se preguntó si podía de veras haber una construcción en medio de ese pantano que volvía rápidamente a la naturaleza, después de un coqueteo malogrado con la civilización. Siempre existía la posibilidad de que la llamada no hubiera sido más que una broma, y la cosa parecía hacerse más probable a cada instante.

El inhóspito paisaje hizo que Zen volviera a su sueño, al destino «propio» de su padre. Cuando los alemanes invadieron la Unión Soviética, en 1941, Mussolini pensó que la guerra terminaría en cuestión de semanas, así que, con vistas a reclamar para Italia una parte del botín, se ofreció a enviar tropas al frente ruso. Los alemanes no se hacían ilusiones sobre la efectividad militar de sus principales aliados, y al principio solo aceptaron la ayuda de unas cuantas divisiones de Alpini, las tropas especializadas en montaña, que podían rivalizar con cualesquiera de Europa. Pero eso no era suficiente para darle a Mussolini toda la ventaja que quería. Insistió en enviar más tropas, así que doscientos treinta mil italianos fueron amontonados en trenes y enviados a Rusia, entre ellos el padre de Zen. Pero la guerra no terminó en cuestión de semanas, y los conscriptos italianos no tenían ni el entrenamiento ni el equipo para sostener una campaña invernal en Rusia. Sufrieron noventa mil bajas. Sesenta y cinco mil más hicieron la fatigosa caminata de vuelta a casa. En cuanto a los setenta y cinco

mil restantes, nunca más se supo de ellos. Simplemente desaparecieron sin dejar rastro. Las autoridades soviéticas no tenían por qué interesarse en el destino de un puñado de invasores extranjeros cuando más de veinte millones de compatriotas suyos habían muerto. A los italianos, por otra parte, de pronto se les había hecho claro que en verdad desde siempre habían sido todos antifascistas y difícilmente se podía esperar de ellos que se compadecieran de los parientes de esos pocos fanáticos que se habían lanzado tan precipitadamente a luchar por el despreciado duce. De cualquier modo, el país se hallaba en ruinas y había tareas más urgentes que emprender.

—¡Ahí está! —gritó Palottino.

Desde lejos parecía una pieza de escultura moderna; planos inconexos, azarosos ángulos, muchos agujeros. Solo al acercarse empezaron a distinguir el esqueleto de hormigón de una casa para dos familias de tres plantas, sus paredes a medio levantar, sus pilares y pisos emergiendo de un mar de lodo. A cada uno de sus lados una amplia escalera trepaba en seis tramos de zigzag y se interrumpía abruptamente sobre el precipicio, a unos cincuenta metros del suelo.

Aparcaron a cierta distancia. Zen bajó del coche, saltó el canal que corría a lo largo del camino y comenzó a avanzar por el borde del campo hacia la parte posterior de la construcción. Pronto tuvo los zapatos llenos de lodo. El área de construcción estaba rodeada por una cerca que consistía en dos flojos hilos de alambre de púas. Pietro Miletto caminaba detrás de él con lentitud.

En el lado sur de la construcción el hormigón estaba más limpio que en el norte, donde el musgo lo había decolorado. Allí las manchas eran de una marrón rojizo, producido por las puntas dobladas de las varillas oxidadas. Daba la sensación de ser un lugar tibio y cobijado. Las plantas ya habían crecido en las hendiduras donde se hincaban los cimientos, preparándose para el asalto final una vez que flaqueara la voluntad de los hombres. Una mariposa amarilla pasó con su extraño vuelo interrumpido, como de película antigua.

Zen miró el piso de hormigón inacabado, donde quedaban como despojos las bolsas de cemento, los tramos de varilla, clavos y pedazos de madera, un guante solitario. Las plantas superiores todavía no tenían piso y entre las vigas y viguetas de arriba podía verse el cielo. No había el menor signo de que alguien hubiera estado allí desde hacía meses.

—¡Papa!

Apareció Pietro Miletto, con sus elegantes zapatos y pantalones salpicados de lodo.

Zen desprendió contra un escalón el lodo que se acumulaba en su zapatos.

—Me temo que fue un engaño.

—¿Pero por qué? ¿Qué tienen que ganar?

Pietro parecía indignado, como si los secuestradores hubieran violado las reglas del juego y debieran ser castigados.

—Tal vez no fue de verdad la banda quien llamó.

—Claro que fueron ellos. ¿Cree que no conozco bien su maldita voz? Por otra parte, ¿quién más pudo haber sido?

—¿Cómo puedo saberlo yo? —replicó Zen, dejando que su tensión hallara salida—. Alguien que los odia. Debe de haber miles.

Se volvió hacia el exterior del edificio, girando a la derecha para completar su circuito alrededor de la estructura. A la distancia alguien hizo sonar el claxon repetidas veces. La vista hacia adelante estaba oscurecida por una pared parcialmente terminada en su lado este, pero cuando alcanzó la esquina Zen pudo ver que el único rasgo impredecible del paisaje era un río que cortaba el camino unos cien metros más adelante. Alguna vez debió de haber un puente allí, barrido hace tiempo sin duda por las crecidas o la guerra. O tal vez nunca había existido. Era difícil saber si el camino continuaba en la otra orilla.

Solo fue al volverse al problema inmediato de hallar un camino entre el lodazal cuando Zen se percató de la figura que yacía tumbada contra la pared. Apenas tuvo tiempo de girarse, poner una mano sobre el pecho de Pietro Miletti y empujarlo hacia atrás, mientras protestaba con indignación.

El suelo estaba hecho de baldosas hexagonales de color rojo oscuro que se tocaban por las puntas, separadas por triángulos de un intenso color castaño. Otra manera de mirarlo era considerar que la figura básica era un gran rombo formado por un núcleo hexagonal rodeado por cuatro puntas triangulares de color marrón. O, también, franjas diagonales de hexágonos rojos mantenidos en su sitio por pares de cuñas triangulares marrones. Las franjas corrían en ambas direcciones, creando un sinfín de cruces. Debía de ser posible, teóricamente, calcular cuántas había. Pero hubiera tomado algo más que tiempo e ingenuidad hacerlo. Se habría necesitado algo más, una comprensión de los principios implicados, conocimiento de fórmulas y ecuaciones. Algo de lo que Zen no disponía en absoluto. Y el caso era que una imagen insignificante le seguía saltando al rabillo del ojo y distraía su atención: la imagen de un viejo que yacía tumbado en el lodo contra la pared de bloques de hormigón, de espaldas, como si la muerte fuera un acto tan vergonzoso como la cópula o la defecación y hubiera tratado de ocultarla tanto como había podido, incluso en ese lugar expuesto y desolado donde lo había encontrado.

Zen se esforzó por concentrarse de nuevo en el suelo. Pero entonces aparecía un nuevo dibujo y las formas rojas y marrones se apretaban para formar triángulos superpuestos que apuntaban a la doble puerta, al otro lado de la habitación. Las hojas de la puerta estaban cerradas firmemente, pero se habían abierto muchas veces desde que Zen había llegado para dejar pasar a una serie de visitantes que habían forzado su entrada por entre la masa de cuerpos y rostros expectantes que esperaba en el pasillo exterior, sudando bajo los reflectores de televisión y agitando sus micrófonos frente a

cualquiera que apareciera.

Eran las seis de la tarde, cuatro horas después de que el fiscal público suplente había hecho que Zen acudiera a su despacho en los tribunales. Al llegar le había dicho que esperara, y se había quedado esperando desde entonces. Lo estaban poniendo en su lugar, suavizándolo para lo que vendría. ¿Y qué era? «Deben de haberse atemorizado al hallar un policía durante el pago», le había señalado el mayor Volpi a Di Leonardo al llegar juntos al lugar en un helicóptero de los *carabinieri*. Sí, la muerte de Ruggiero Miletti era culpa de Zen. Era completamente inocente, pero era su culpa. Hasta las baldosas estaban de acuerdo, pues se habían vuelto y en ese momento apuntaban hacia la parte culpable, el agente incompetente, el hijo indigno. La punzada que tironeaba en los músculos de su estómago y de su pecho era tan íntimamente dolorosa que Zen sabía que no era más que inútil emoción no agotada. Lo que necesitaba era quebrarse y lanzar un aullido como un niño, y era el esfuerzo por no hacerlo lo que lo estaba desgarrando. Todo era su culpa, su culpa, su culpa. Nunca había visto al viejo, pero era culpa suya. Lo condenaba la imagen que lo había poseído como un espectro durante más de treinta años: un pobre cuerpo indefenso que yacía encogido sobre un vasto paisaje llano y lúgubre, un padre abandonado a su suerte solitaria. Debía ser culpable. No podía haber excusa para una muerte así.

Fue casi un alivio cuando la puerta de enfrente se abrió de pronto y apareció Ettore Di Leonardo, inmaculado como siempre en su traje oscuro y su corbata sobria.

—¡Por aquí!

El fiscal público lo llamó como se llama a un perro mientras avanzaba a grandes trancos hacia la puerta al otro lado de la cual se oía un constante murmullo amenazador. Zen se levantó obedientemente y lo siguió, preguntándose acaso como hace un perro sobre su propia estupidez al no entender por qué se dirigían hacia allá, donde los esperaban sus enemigos.

Hasta entonces los caballeros de la prensa habían tenido una época de vacas flacas. El secretario personal de Di Leonardo había emitido una declaración un poco después del mediodía, una joya de elocuencia en la que, en cinco minutos, dijo que Ruggiero Miletti había sido encontrado muerto y que a su debido tiempo se emitiría otra declaración. Desde entonces todos los que habían sido lo suficientemente tontos para aventurarse por el corredor habían sido sorprendidos y cogidos. Magistrados, abogados, varios empleados, un reportero de los tribunales, un técnico de la telefónica y hasta un buen número de seres humanos comunes, desprovistos de la gracia que conceden las tareas públicas, fueron asediados por la prensa, pero sin éxito. Así que cuando apareció en persona el mismísimo fiscal público la asamblea de sabuesos reaccionó como una manada de novicias ante una aparición de la Virgen María.

Y de acuerdo con ello, el primer gesto de Di Leonardo, una mano alzada para acallar el clamor, no dejó de parecer una bendición. Cuando se hizo el silencio completo, sacó una hoja de papel de su bolsillo, la plegó en sentido contrario del

primer doblez para deshacer la arruga, la alisó varias veces con la mano y leyó un comunicado en el que decía que las investigaciones ya se estaban llevando a cabo, que se tomaban las medidas del caso, que se abrían nuevas y fértiles posibilidades y que se esperaban resultados concretos en breve. Cuando terminó de leer, plegó de nuevo la hoja, se la metió en el bolsillo, y se volvió para irse.

Los reporteros protestaron a voz en cuello y le salieron al paso. Di Leonardo parecía pasmado, como si nunca en toda su experiencia los medios informativos se hubiesen quedado inanes ante la lectura de una meditada declaración. Pero las preguntas seguían siendo lanzadas desde todos los rincones y, finalmente, como muestra de bondad extraordinaria, aceptó responder una o dos de ellas.

La primera la hizo un hombre de la primera fila, un individuo arrugado y de apariencia elástica, con la mirada de alguien que alguna vez en su vida ha caído de cabeza desde muy muy alto.

—¿Es verdad que el magistrado que investiga el caso Miletto será sustituido?

Di Leonardo lo miró fijamente con feroz indignación.

—¡Por supuesto que no! El *dottore* Bartocci está y seguirá estando a cargo de la investigación del secuestro de Ruggiero Miletto.

—¿Y la investigación del asesinato? —gritó un joven reportero desde las orillas del grupo.

—Ese es un asunto muy diferente, cuya urgencia y gravedad no necesito destacar. Además del caso de secuestro, el *dottore* Bartocci se encarga ya del asesinato del *avvocato* Valesio. Es mi deseo, y el de todos nosotros, que podamos llegar tan rápido como sea posible al fondo del terrible crimen a sangre fría que ha sorprendido y abatido al país entero, y arrestar y castigar a los culpables. Para evitar cargar a mi joven colega con un peso imposible de sobrellevar, hemos decidido que la investigación de los sucesos cuyo trágico final ha sido descubierto esta mañana sea llevada por la *dottor* Rosella Foria.

—Pero el asesinato del *signor* Miletto está obviamente relacionado con los otros dos casos —señaló un conocido entrevistador con un equipo de noticias—. ¿Por qué no es el mismo magistrado quien se encarga de los tres casos?

Di Leonardo sonrió con fastidio y meneó la cabeza.

—Ustedes los periodistas pueden barruntar las teorías que les dé la gana. Nuestra tarea es evaluar la evidencia objetiva e imparcialmente. En la presente coyuntura no hay la menor evidencia que sugiera que el último crimen esté necesariamente relacionado con los otros que usted ha mencionado, ni con cualquier otro, a decir verdad.

Hubo una agitación de protesta que Di Leonardo, una vez más, apaciguó con un gesto de bendición.

—Pero es demasiado pronto para pronunciarse con certeza sobre estos asuntos —continuó con suavidad—. En caso de que apareciera alguna nueva evidencia en el futuro, estaremos dispuestos a revisar la situación.

—¿Quiere usted decir que Bartocci podría perder también los otros dos casos? — preguntó el hombre arrugado. Hubo una oleada de risas.

Una alta mujer, con la apariencia alta y chic que da Milán, alzó su cuaderno de notas y Di Leonardo inclinó la cabeza, animándola. «Esto está arreglado», pensó Zen animándose a la pared. Hipnotizados por la actuación del fiscal público nadie había advertido su presencia, pero Zen tenía el horrible presentimiento de que eso cambiaría de un momento a otro.

—La familia Miletta ha declarado que carga la culpa del asesinato rotundamente sobre las espaldas de la policía —comenzó a decir la mujer—. Han mencionado al comisario Zen, que según ellos exigió estar presente cuando se pagara el dinero del rescate, y los amenazó con hacer naufragar el pago mediante el uso de la fuerza si no aceptaban. Afirman, además, que la identidad del comisario Zen quedó al descubierto durante la operación y que la banda se indignó tanto que lo atacó. Concluyen que la muerte de su padre es el resultado de no haber obedecido las órdenes de los secuestradores y exigen que este agente sea sometido a las medidas disciplinarias del caso. ¿Tiene algo que decir al respecto?

Di Leonardo volvió a sonreír. Era una hermosa sonrisa, rebosante de sabiduría, comprensión y compasión.

—Creo que nadie necesita que le recuerde el golpe trágico que la familia Miletta, y en verdad la comunidad entera de Perugia, ha padecido hoy. Lejos de mí el criticar los comentarios que se han hecho al calor de la situación, que deben ser entendidos como lo que son, gritos de intolerable dolor, un apasionado arranque de una angustia más que comprensible. Estoy seguro de hablar en nombre de todos cuando digo que nuestros corazones están con la familia Miletta en esta dura prueba.

Di Leonardo hizo una breve pausa, aparentemente sobrecogido de emoción. Luego alzó la vista, vigoroso y diligente otra vez.

—Sin embargo, el hecho sigue siendo que las sanciones disciplinarias contra los agentes que puedan haberse excedido en sus funciones, o abusado conscientemente de la posición de responsabilidad que les hemos confiado, es una cuestión interna que será analizada, si la situación así lo demanda, por las autoridades pertinentes y en el momento apropiado. No podemos permitir que la decisión final esté influida por los enfoques y los anhelos particulares de los individuos, por comprensibles que estos sean.

—¿Acepta el relato que la familia da de los sucesos que rodean el pago? — preguntó otro reportero.

—No tengo más comentarios que hacer.

—¿Todavía está Zen a cargo del caso?

Di Leonardo agitó el dedo, como regañando a un alumno retrasado.

—Como he explicado ya, la *dottor* Foria dirige la investigación.

El periodista arrugado que había iniciado el interrogatorio suspiró entonces teatralmente y se enjugó la frente.

—Déjeme ver si he entendido bien. Según la policía, todo esto es un solo caso y continúa llevándolo el mismo agente, pero según la judicatura se trata de un asunto diferente, así que para él se nombra un nuevo magistrado.

—Si estudia las respuestas que he dado, creo que verá que son bastante claras —respondió Di Leonardo—. Si tienen más preguntas, sugiero que se las hagan al comisario Zen.

El fiscal público señaló a Zen con un dedo y, mientras todos se volvían a mirarlo, se deslizó hasta su despacho por entre las hileras, de pronto increíblemente pasivas, y cerró firmemente la puerta tras de sí. Al instante siguiente se desató el infierno.

—¿Cuál es su reacción, *dottore*?

—¿Qué sintió al encontrar el cuerpo de Miletto?

—¿Acepta alguna responsabilidad en esa muerte?

—Un vocero de la familia ha descrito su manera de llevar el caso como, comillas, un ejemplo desgraciado y desastroso del intervencionismo oficial, comillas. ¿Tiene algo que decir al respecto?

—¿Es cierto que durante el caso Moro fue trasladado de la escala activa en la *Questura* de Roma a un trabajo de oficina en el Ministerio, después de una investigación disciplinaria? ¿Describiría los sucesos de hoy como un nuevo golpe a su carrera?

Mientras oía zumbar las cámaras, veía brillar las luces y acercarse y clavarse los micrófonos, Zen comprendió finalmente por qué había sido llamado a los tribunales.

—Si estudian las respuestas que ha dado el fiscal público, creo que verán que son bastante claras —les dijo—. Nada tengo que añadir.

Los reporteros no se dieron por vencidos tan fácilmente, por supuesto. Pero una coraza de impasibilidad no da más que para un pobre texto y una opaca opinión, así que finalmente lo dejaron ir, aunque después todavía algunos, de entre los más jóvenes y hambrientos, lo siguieron mientras bajaba la gran escalinata hasta la Piazza Matteotti, con la esperanza de asistir a una tardía indiscreción.

El sol se ponía y la tarde estaba tan quieta y sin aire como la del día anterior, cuando Zen, impaciente por tener noticias, había salido a caminar. En ese momento le parecía extraño, mientras recorría las mismas calles, haber sabido entonces que todo había ocurrido ya. Pero incluso después de una mera auscultación superficial al doctor no le habían quedado dudas.

—La rigidez cadavérica es completa, pero no hay señal de engaño. Temperatura corporal casi inferior a la ambiental. Ha estado muerto al menos dieciocho horas, más bien veinticuatro.

Zen apenas lo había oído, impresionado por la visión que ofrecía el hombre por cuya salvación había sido llamado a Perugia, tumbado desnudo sobre un plástico, con un termómetro que le asomaba por el ano. Ruggiero Miletto había sido asesinado el día anterior, el lunes por la mañana y, sin embargo, la banda había esperado hasta esa mañana para poner a la familia sobre aviso ¡con un mensaje de esperanza! Zen no

recordaba haber visto algo así en toda su carrera. Los secuestradores podían ser violentos, pero de esa manera sencilla y desvergonzada de los hombres que consideran a la violencia natural y legítima. Si habían matado a su víctima para darle una lección a los Miletta, hubieran podido decirlo, incluso hubieran podido jactarse de ello. Pero ese crimen, y sobre todo la manera burlona en que había sido anunciado, tenía una retorcida sofisticación, una perversión de lógica que Zen habría considerado ajena a una banda de pastores calabreses.

Pero rechazaba insistentemente esa línea de pensamiento. Le había quedado poco, pero al menos su dignidad seguía allí, aunque nadie más que él pudiera verla. Si iba a cogerse de una planta sin raíz, esperando contra toda esperanza hallar una solución, entonces perdería hasta eso que le quedaba.

De vuelta en el despacho se dirigió al teléfono y marcó el número de su casa. Como siempre, contestó Maria Grazia, que le gritó a su madre que cogiera el supletorio de junto a su silla, bajo el profundo brillo subacuático de la sala. La conexión era especialmente buena, casi como si estuvieran frente a frente, y Zen sintió resentimiento al verse despojado de la usual pantalla protectora de la interferencia, justo en ese momento que no hallaba qué decir.

—Feliz cumpleaños, *mamma*. ¿Te gustó el regalo?

—¿Tardarás mucho todavía? *Crissie va a tener su bebé y no quisiera perderlo. Wayne se pondrá lívido cuando lo sepa. Y ese medio hermano de ella, ¿sabes lo que ha hecho? ¡Vendió las tierras sin decirles! Eso no podría ocurrirnos a nosotros, ¿o sí?*

—No, *mamma*.

—¿Por qué no?

¿Estaba esbozando una sonrisa maliciosa a sus costillas, diciendo primero cosas absurdas y luego obligándolo a responder una súbita pregunta?

—¿Porque estás en la policía?

—Sí, por eso, *mamma*. No se atreverían a hacer algo así. Ya lo ves, algunas ventajas tiene, después de todo.

—¿El qué?

—¡Estar en la policía! Siempre me dices que debería coger un empleo en los ferrocarriles. A propósito, si todavía estás mirando la tele cuando pasen las noticias, tal vez me veas. Estoy...

—*Oh, no tengo tiempo de ver las noticias. En el seis siguen ahora los delfines. Los han secuestrado, los muy cabrones.*

—¿A quién? ¿A los delfines?

—*De todos modos, si estuvieras en los ferrocarriles tendríamos billetes gratis adondequiera que deseáramos ir.*

—Yo ya viajo gratis, *mamma*.

—¿Pero yo no!

—¿Pero si ya ni siquiera sales del piso!



—Eso es lo que digo. Si tuvieras un buen empleo en los ferrocarriles tal vez yo podría salir y pasearme un poco.

Se oyó un golpecito, se abrió la puerta y apareció Luciano Bartocci.

—¿Se puede?

Después de una momentánea vacilación, Zen le indicó con la mano que pasara.

—Oye, tengo que irme ya —dijo al teléfono—. Feliz cumpleaños. Hasta pronto —y colgó.

—Siento haberlo molestado —continuó Bartocci—. Pasaba por aquí y pensé que podría...

Se quitó el pesado abrigo y lo dejó encima del archivador.

—No me quedará mucho.

La sonrisa que se revolvía por nacer en su comisura estaba más activa que de costumbre.

—Bueno, la cosa es que, ¿sabe?, me doy cuenta de que he sido un poco estúpido, y egoísta, y quisiera disculparme.

Zen se quedó mirando al joven con mucho embarazo. No sabía cómo enfrentarse a la situación. ¡Un juez pidiendo disculpas a un policía! ¿Adónde iríamos a parar?

—Le pedí que colaborara extraoficialmente —siguió Bartocci—. Eso fue irresponsable. Usted pudo haberse negado, por supuesto, pero era una decisión que no debí obligarlo a tomar.

Zen miró al joven recorrer el despacho, inspeccionando las instalaciones y los accesorios como si fueran evidencias en el lugar de un crimen. «No se disculpa conmigo —descubrió Zen—. Se disculpa consigo mismo por haberse permitido fallar».

—Toda mi estrategia estaba equivocada desde el principio —continuó el magistrado—. Es mero aventurismo burgués creer que las conspiraciones de los poderosos intereses creados pueden ser derrotadas por un esfuerzo personal. Debí haberlo sabido. El *ratking* se autorregula, como le dije antes. La fuerza de cada rata es la fuerza de todas. Cualquier iniciativa individual contra ellas está destinada al fracaso. El sistema solo puede ser destruido políticamente, mediante una acción colectiva, por un sistema más fuerte.

La sonrisa distante había encontrado su lugar en los labios de Zen. «Por un *ratking* mejor y más grande», pensó.

—¿Escuchó usted mismo la grabación de la llamada que recibieron los Miletta esta mañana?

Bartocci pareció confundido por un momento.

—¿Escucharla? ¿Por qué?

—¿Hay alguien que esté seguro de que fueron realmente los secuestradores quienes llamaron?

Hubo un silencio mientras Bartocci repasaba las implicaciones que había en esa frase. Luego sonrió y movió la cabeza.

—Ya veo adónde quiere llegar —dijo—. Pero me temo que no funciona. Usted ha estado fuera de servicio activo durante algún tiempo, ¿no es cierto?

Evidentemente los rumores sobre el pasado de Zen estaban comenzando a llegarle.

—Todas las intervenciones son ahora sometidas a un análisis de voz, como proceso de rutina —explicó el magistrado—. Si la de esta mañana no hubiera encajado con el patrón me lo habrían dicho. No, me temo que debemos aceptar que Miletti fue asesinado por sus secuestradores.

—De acuerdo, tal vez fueron ellos quienes apretaron el gatillo. Pero queda todavía la cuestión de cómo supieron que yo iría al pago. Ubaldo Valesio sospechaba que alguien de la familia les estaba pasando información. ¿No es posible que el informante les hubiera dicho también que yo iría? Quiero decir, deliberadamente, calculando cuáles serían las consecuencias.

—¿Quiere usted decir que uno de la familia hizo que la banda hiciera el trabajo por él? Dudo mucho de que sea capaz de interesar a Rosella Floria por una historia así.

—¿Por qué? ¿Ella no...?

Hizo una pausa significativa. Bartocci negó con la cabeza.

—No, no, Rosella es honrada. Pero todo lo hace siguiendo el manual. Así tiene que hacerlo. No hay todavía muchas mujeres en la judicatura, de modo que todo lo que hacen tiende a ser minuciosamente revisado por sus colegas masculinos, y no solo por los de derecha, me temo. Si una mujer comete el menor error pesa como evidencia de su incompetencia general. El resultado es una tendencia natural hacia la cautela. Y después de lo que ha ocurrido conmigo, Rosella va a andar con pies de plomo.

Por un momento Zen se preguntó si debía hablarle a Bartocci de la fotocopia de la carta de Ruggiero. Desde la muerte de su autor, los insultos y las amenazas que había lanzado a cada miembro de la familia cobraban una nueva dimensión. Pero finalmente resolvió no hacerlo. Después de todo esa era su carta en la manga, la última que le quedaba.

—¿Qué ha ocurrido con usted? —preguntó en cambio.

—Tendré que buscar otro puesto.

—¿Van a trasladarlo?

—No es tan simple. La judicatura solo echa mano de las sanciones disciplinarias en los casos más extremos, donde cualquier otra alternativa nos haría quedar peor. Yo solo he ofendido a una o dos personas que no debí, no es el fin del mundo. No, nada ha cambiado. Soy libre de quedarme en Perugia toda la vida, como magistrado a cargo de una investigación. Pero si quiero ascender tendré que irme a otra parte.

—Todavía no entiendo por qué los Miletti no trataron de impedir que usted llevara la investigación desde el principio, si le tienen tan mal considerado.

—¡Sí que trataron! Pero la emprendieron por el lado equivocado. Fue culpa de

Pietro. Ha estado fuera demasiado tiempo, se ha quedado anticuado, se ha olvidado de cómo se hacen las cosas. Cuando fui designado para investigar el secuestro de Miletti, Pietro hizo unas declaraciones a la prensa en las que llamaba la atención sobre mi falta de experiencia y mis posturas políticas y pedía que fuera sustituido de inmediato. Después de eso yo era intocable, desde luego. Pero esta vez lo ha hecho correctamente, lo que significa incorrectamente. Unas cuantas llamadas telefónicas, muy discretas, y de pronto me veo que me han aparcado en una vía muerta mientras las investigaciones del asesinato de Ruggiero pasan delante de mí.

Cuando Bartocci cogió su abrigo, el crucifijo que Zen había puesto sobre el archivador la tarde anterior cayó al suelo.

—En cuanto a usted, los Miletti se han equivocado una vez más —señaló el magistrado mientras se despedían en la puerta—. El Ministerio habría estado feliz de enviarlo a usted a freír espárragos, si se lo hubieran pedido por las buenas. Pero cuando Pietro comenzó a llamar a la prensa tuvieron que respaldarlo a usted, para evitar que se dijera que cedía a las presiones.

—Creo que al final dará lo mismo —le dijo Zen mientras se estrechaban la mano.

El crucifijo se había roto al caer. Zen se dirigió a la ventana, intentando ensamblarlo de nuevo.

Uno de los efectos de los años de terrorismo había sido la abolición de la noche en las inmediaciones de las prisiones, y la escena del exterior era desoladoramente brillante. Los faros, montados en lo alto sobre los muros y protegidos tras una rejilla, hacían resaltar hasta el más mínimo detalle. Las cámaras de vídeo con mando a distancia hacían su recorrido de ida y vuelta, mientras en el techo un adolescente de aspecto nervioso y uniforme gris hacía su ronda, abrazando por comodidad su ametralladora.

Había otra pequeña anomalía en cuanto a la muerte de Ruggiero Miletti, pensó Zen. Como a Valesio, le habían disparado por la boca, pero esa vez el único signo del impacto era una pequeña y discreta herida en la parte posterior del cuello. Las balas que le habían disparado al cráneo estaban todavía alojadas en él. Cuando la que había salido fue encontrada en el lodo, todo quedó explicado: era una bala de 4,5 mm, munición de poca potencia para una pistola pequeña. Esta elección de armas parecía más bien extraña. El grupo que negociaba la liberación de Ruggiero había destrozado brutalmente el cráneo de Ubaldo Valesio con una metralleta, pero los rudos que habían asesinado a Ruggiero lo habían hecho con una pequeña pistola, con un juguete para cabezas de familia nerviosos.

Mientras jugaba con el crucifijo, el extremo superior se abrió de pronto en sus manos y vio que estaba hueco y que la parte inferior contenía una pequeña caja, de unos dos centímetros de largo, pesada y conectada a un cable que corría por el fuste y desaparecía en la figura de Cristo, a través de un pequeño agujero. La figura estaba pintada con los mismos melosos tonos pasteles que el resto del crucifijo, pero cuando Zen la golpeó con los dedos, la cabeza no resonó con el ruido sordo del yeso, sino

con un breve tintineo metálico.

«Ha estado fuera demasiado tiempo —le había dicho Bartocci refiriéndose a Pietro Miletto—, se ha quedado anticuado, se ha olvidado de cómo se hacen las cosas». Y no era el único. Zen recordó con claridad cuándo había sentido que un ligero cambio había tenido lugar en su despacho. Había pensado que era el calendario, vuelto sobre el mes correcto, pero algo más había cambiado también. El crucifijo original era mucho más pequeño, demasiado pequeño para contener ese mismo objeto que en ese momento mecía en la mano. ¡Y pensar que no lo había notado! A ese paso ya no podría contar con conservar siquiera su trabajo como amo de casa. La gente podría subastar todas las comisarías delante de sus narices.

Los fragmentos rotos del crucifijo parecían obra de un acto extraño y sacrílego. Los colocó sobre el escritorio, sacó una bolsa de plástico del último cajón del archivador y echó allí todos los restos. Luego se puso el abrigo y se metió la bolsa en el bolsillo.

Eran casi las ocho y la calle, de no ser por unos cuantos coches que pasaban, estaba casi muerta. Mientras no lograba decidir qué hacer, un autobús dobló la esquina y se detuvo en la parada. Las puertas se abrieron, el conductor miró a Zen con expectación, y Zen subió. El autobús hizo su recorrido por un anillo de villas del siglo XIX en la parte alta de las laderas, y luego por los apartamentos de la posguerra, debajo, y más abajo aún, hasta los bloques y las torres de hormigón del llano, y junto a la estación, donde se detuvo. El motor se apagó y todo el mundo bajó.

Zen se dirigió a la hilera de casilleros de la consigna automática, puso la bolsa de plástico en uno de ellos, echó trescientas liras en monedas, cerró la puerta y se guardó la llave. En la pared de enfrente había un tablero luminoso que enumeraba las atracciones turísticas de la ciudad. La palabra «Cines» le llamó la atención, y uno de los nombres le sonaba familiar. Se lo dio al chófer del taxi que cogió fuera, quien lo llevó de nuevo colina arriba, viajando en el tiempo hasta un callejón medieval que olía a humo de madera y orina. Habría sido difícil imaginar un sitio menos indicado para un cine, pero el chófer señaló unas escaleras que subían entre dos casas y explicó que era lo más cerca que podía llegar en coche.

La pequeña *piazza* en que desembocó finalmente tenía un aspecto fantasmal y subacuático bajo la lívida luz verde con que la bañaba una lámpara de neón, montada sobre un edificio que, de no ser por ella, no se habría distinguido de los demás. «CINEMA minerva», leyó. Zen no se tomó la molestia de averiguar qué película pasaban. Pagó, recorrió el oscuro pasillo, cruzó la cortina y se halló dentro de un piscina de sonidos y parpadeante luz. La sala estaba casi vacía. Caminó sin vacilar hasta la primera fila, se sentó y se echó hacia atrás para mirar la pantalla. Enormes masas borrosas pululaban un momento ante los ojos y desaparecían. Una oreja del tamaño de un platillo volador apareció un instante y luego se alejó y fue reemplazada por una nariz y medio ojo no menos monstruosos. Voces gigantescas retumbaban unas contra otras. Zen se acurrucó en su butaca con una sonrisa de felicidad,

bombardeado por las imágenes, hundido en el estruendo, dejando que lo bañara la marea de la película.

Era el masaje mental perfecto, y cuando terminó se levantó sintiéndose un poco entumecido, pero hormigueante y refrescado. Se detuvo a mirar los carteles del vestíbulo y se enteró de que había visto una comedia llamada *Jala el otro!*, donde salían un empleado gordo, de mediana edad y medio calvo, la esbelta y encantadora aspirante a estrella transida de amor por él, su mañoso y pícaro y desastroso primo y la pesada esposa del primo. Mientras estaba allí mirando, sintió una mano sobre un hombro.

Jamás habría podido reconocer a Cinzia Miletta si no hubiera sido ella quien se dirigió a él, pues estaba prácticamente disfrazada: una pañoleta de seda le cubría completamente el cabello, y llevaba gafas negras y un largo abrigo de *tweed* abotonado hasta la barbilla. Se bajó un poco las gafas para que Zen pudiera verle los ojos y las colocó de nuevo en su lugar.

—¿Le ha gustado? A nosotras sí, ¿no es verdad, Stefania?

Formaban la clásica pareja femenina de la tímida y la picaruela. Stefania hacía su papel a la perfección y se las ingeniaba para dar la impresión de que solo existía provisionalmente, hasta cierto punto, y de que estaba preparada para volverse del todo real o a desaparecer sin dejar rastro ante la menor insinuación, lo que resultara mejor.

Zen estaba tan sorprendido de encontrarse a Cinzia allí, esa tarde en particular, que no sabía qué decir.

—Creo que es fantástico, ¿usted no? —continuó sin la menor perturbación—. He visto todas sus películas, excepto *¡Hazme un favor!*, y es raro que no la haya pescado si la pasan tanto en la tele. Este año está trabajando en los Estados Unidos, ya sabe.

El vestíbulo estaba ya completamente vacío. Por todas partes brotaban las imágenes de amor y de violencia de los carteles publicitarios que anunciaban las próximas películas. En la taquilla, detrás de un tanque donde un solitario pez nadaba en círculos inconexos, la taquillera estaba sentada tejiendo.

Cinzia miró a su compañera.

—Debo irme ya —dijo Stefania tomando aliento, y desapareció.

—¿Me acompaña a casa? —preguntó Cinzia—. Ahora me quedo en la ciudad, a solo cinco minutos de aquí andando, ni siquiera vale la pena coger un taxi, pero no me gusta ir sola. Hay tantos árabes, ¿sabe? No es que sea racista, claro, pero no nos engañemos, tienen una cultura diferente, como los del Sur.

Aún no podía responder, con la cabeza tan llena de preguntas cuyas respuestas no se desvivía por saber. Pero se las arregló para asentir con la cabeza.

—Por supuesto usted pensará que soy una descarada —señaló Cinzia en cuanto salieron a la noche sorda y sin viento, apenas inquietada por sus pasos—. ¿Cree usted en la vida después de la muerte? Yo no sé qué pensar. Pero si no la hay, entonces no importa nada, ¿o sí?, y si la hay, entonces seguro que es tan espiritual que nadie

podría enojarse con los que estamos acá por ver cómo hacemos nuestra vida.

La parte de la ciudad que atravesaban hizo que Zen recordara Venecia, pero una Venecia brutalmente fracturada, como si cada canal fuera una falla geológica y las casas a ambos lados se hubiesen zambullido y las hubiesen sacado de un tirón, como si las hubiesen vuelto a poner de pie como mejor pudieron, amontonando contrafuertes y muros de carga como apoyo.

—¿Usted cree que de veras los muertos se sientan a mirar quién va a su funeral y cuántas coronas hay y cuánto han costado? —prosiguió su compañera—. Yo siempre he odiado los cementerios, de todos modos. Me recuerdan la muerte.

Su tono era incluso más estridente que de costumbre. Zen se preguntó si no estaría un poco colocada por el alcohol o las drogas.

—¿A casa a echarte un polvo con ella, eh? ¡Cochino viejo follaculos! Apriétala fuerte y a lo mejor así puede que se te ponga tiesa, ¡rata asquerosa!

La voz sonó un poco arriba de sus cabezas, pero cuando miraron hacia arriba nadie había allí.

—Buenas noches, Evelina —respondió Cinzia calmadamente.

—¡No me des las buenas noches, coño sinvergüenza! ¡Artista de la mamada! ¡Apuesto a que la pides de cuclillas! ¡Apuesto a que dejas que te la meta por donde quiera! ¡Putas! ¡Masturbadora!

Doblaron en la esquina y los desvaríos malignos se hicieron borrosos e indistintos.

—La pobre Evelina solía ser una de las mujeres más a la moda en Perugia —explicó Cinzia—. Nadie sabe qué pasó, pero un día, en un concierto, se puso de pronto de pie, se bajó las bragas y le mostró el culo a todo el mundo. Después de eso la recluyeron hasta que cerraron los manicomios, y desde entonces ha vivido ahí. Es una casa de su familia, que es dueña de media Perugia. A veces se la oye cantar, en el verano. Pero casi siempre se sienta allí arriba como una araña y saca la cabeza por la ventana para insultar a los que pasan. No es una cuestión personal, a todo el mundo le dice lo mismo.

Durante un momento Zen había estado preguntándose adónde se dirigían. Cuando Cinzia le había dicho que se estaba quedando «en la ciudad», dio por hecho que quería decir en la villa Miletta. Pero aunque la estructura de la ciudad todavía lo sobrepasaba en sus detalles, se orientaba lo suficiente para darse cuenta de que no podía ser ese su destino. Finalmente Cinzia subió unos cuantos escalones que ascendían abruptamente de la calle y abrió una puerta.

—Pasaré un momento, ¿verdad?

Desapareció sin esperar respuesta, dejando la puerta abierta.

Zen subió lentamente los escalones y se detuvo en el umbral. Ruggiero Miletta estaba muerto y la familia lo culpaba a él. ¿Qué mejor venganza que endilgarle un escándalo con la hija de la víctima, una mujer casada? Pero se dijo a sí mismo que no pensara locuras. ¿Cómo podrían haber sabido que iría a ese cine, si él mismo no lo

había sabido hasta ver el letrero en la estación?

Una escalera estrecha de mármol brillante conducía a la sala, dispuesta alrededor de una gran chimenea abierta. No había rastros de Cinzia. La habitación tenía basto revoque y un techo bajo, sostenido por enormes vigas que eran árboles enteros devastados. Todo estaba impecablemente acicalado y daba más la impresión de un cuarto de hotel que de una casa. Zen se dirigió instintivamente hacia un área de desorden, un escritorio donde se apilaban folletos, sobres, revistas, periódicos, cartas y cuentas. Tomó uno de los sobres y lo miró a contraluz: la filigrana mostraba el mismo híbrido heráldico con el que ya comenzaba a familiarizarse, con sus alas de águila y el cuerpo de león. Junto a él había una nota de Cinzia a su marido, en la que decía algo de recoger a su hija en el colegio.

—En realidad este sitio es de Gianluigi —explicó Cinzia mientras se movía como Pedro por su casa. Se había puesto una blusa a rayas y un par de gastados tejanos que le iban un poco grandes—. Solo lo uso cuando él no está, si no quién sabe a quién podría encontrarme aquí. ¿Qué quiere beber?

—Lo que sea.

Sus pies descalzos cruzaron en silencio las baldosas de terracota hacia las botellas que se alineaban sobre una repisa de la esquina. Zen se sentó en el gran sofá que ocupaba la mayor parte de una de las paredes, pensando en esa última carta que tan felizmente le había parecido guardar en la manga. ¡Gracias a Dios no se le había ocurrido jugarla! La trampa había sido tendida admirablemente, y solo había logrado esquivarla porque, gracias a las maquinaciones de Bartocci, había caído en otra.

Cinzia llevó dos enormes medidas de *whisky* y se sentó a horcajadas en la silla de mimbre que había frente al escritorio, mirándolo por encima de la orilla del respaldo de madera.

—No suelo beber con desconocidos —señaló—. Qué emocionante es. Nosotros siempre bebemos en privado, ya lo ve, en la familia. ¡Como hacemos también todo lo demás!

Cinzia comenzaba a recordarle bastante a su mujer. Luisella también había sido hija de un próspero hombre de negocios, dueño de una de las farmacias más importantes de Treviso, y también ella había tenido unos hermanos que habían dominado su infancia, empujándola a defenderse de maneras poco ortodoxas. La vida era un juego como el tenis, hecho por hombres y para hombres con tal potencia en el servicio que ella jamás podría devolver una bola. Ella contestó rompiendo deliberadamente las reglas, agotando a sus contrincantes y ganando por abandono.

—Eso es una señal en el camino —continuó ella—. Una nunca llega a sitio alguno si no entiende a la gente con la que trata.

—Pensé que tratábamos con pastores calabreses.

—Oh, bueno, yo nada sé de ellos. Debió de preguntarle a Stefania. Los mejores amigos de su hermano, que estudia medicina, son calabreses. Pero su familia es muy rica y no creo que conozca a algún pastor.

Se puso de pie abruptamente.

—¿Le viene bien algo de música? Veamos, nunca me acuerdo de cómo funciona esta cosa.

Apretó un botón y uno de los éxitos de la temporada surgió a todo volumen. Una estrella de mediados de los sesenta, que había cambiado su aspecto sin gracia y sus balbuceos infantiles por los modales de la calle y una voz cargada de un cinismo diseñado a pedido, recitaba relamidamente la letra, basta y superficial.

—Preferiría que habláramos —gritó Zen.

Cinzia restauró el silencio con el simple roce de un dedo.

—Pensé que se aburría. Bueno, ¿de qué vamos a hablar ahora? ¿Qué tal de sexo? Veamos qué tal se mueve en ese campo. ¿A qué cree que apostamos aquí en Perugia? ¿Al intercambio de parejas? ¿Al matrimonio abierto? ¿A las sobadas colectivas? ¿A los bares de solteros?

—No habría pensado en una sola de esas cosas —dijo Zen con una breve sonrisa.

—Y con toda la razón. Bravo, va mejorando. Hay algo de todo eso en el aire, desde luego, pero no es «tradicional». ¿Así que cuál es, según usted, la especialidad de la casa? Quiero decir algo típicamente de Perugia, hecho en casa con solo los productos locales más finos.

Terminó su copa de un trago.

—¿Ni idea? No creo que sea usted un buen detective. Le he dado ya montones de pistas. Está claro que es el incesto.

Puso el vaso sobre el escritorio con un golpe, como si hubiera esperado encontrar la superficie muchos centímetros más abajo de donde estaba en realidad.

—No ponga esa cara, hombre, si es perfectamente coherente. Desde nuestro punto de vista el matrimonio tiene una gran pega, ¿sabe? Deja que un extraño entre en la familia. Mejor quedarse entonces con las relaciones más cercanas. Y nada de confiar en primos o algo así, claro. No, se trata de madre e hijo, padre e hija. ¿Me explico? Si no sabe esto, ¿cómo puede suponer que entenderá las cosas como se debe? Por ejemplo, usted reprueba que yo me haya ido al cine esta tarde, pero ¿qué supone que debería estar haciendo? ¿Hundirme en el fondo de mi afligida familia? ¿Y qué cree que hacen los demás? Daniele estará encerrado en su habitación mirando las últimas cochinas del vídeo. ¿Y Silvio? Andará buscando algo de acción con Helmut o como se llame el de esta semana. Y Pietro se habrá metido en la cama con una buena novela inglesa de asesinatos. No hallaría mucha compañía en eso, ¿no le parece?

—¿Y su esposo?

Zen estaba irracionalmente preocupado de que Gianluigi entrara en cualquier momento, con una escopeta en las manos. ¿O usaría la otra pistola, la de 4,5 mm, registrada a nombre de Cinzia? ¿Dónde guardaban esa pistola?

—Sigue en Milán —respondió Cinzia a la ligera—. No consiguió un vuelo de regreso porque hay demasiados periodistas que quieren venir acá, o eso dice él. De



todos modos él nada tiene que ver con esto, no es de la familia. Claro que no se dio cuenta de ello cuando se casó conmigo, pero ¡no se irrumpe en la familia Miletta así como así! De modo que se ha visto limitado a otras oportunidades.

—¿Y por qué se casó «usted» con «él»?

Cinzia miró vagamente a su alrededor, como tratando de recordar.

—Bueno, es muy guapo. Ya sé que los hombres no piensan igual, pero lo es. Eso podría haber bastado.

—Pero no bastó.

—No. Me casé con él por herir a mi padre.

Zen la miró interrogativamente.

—No está usted siendo típicamente de Perugia al contarme esto, ¿verdad?

Los ojos de Cinzia brillaron de pronto y ella sonrió, mostrando un número excesivo de dientes, más bien sucios.

—Es extraño, ¿no le parece? Sabía que su muerte sería una liberación, pero pensé que sería terrible, y que sufriría. Pensé que siempre me haría sufrir, pasara lo que pasara. Todo este tiempo, todos estos años he andado arrastrando este peso conmigo, durante tanto tiempo que ya no sé qué es estar libre de él. Y hasta había comenzado a creer que era parte de mi cuerpo, una excrescencia incurable con la que tendría que acostumbrarme a vivir. ¡Pero no lo es, no lo es! La enfermedad, el horror, esa hinchazón, ¡todo era «suyo»! Yo me encuentro entera y sana y ligera. ¿Apenada por su muerte? ¡Si siento que bailo sobre su ataúd!

Pero tenía lágrimas en los ojos. Por un instante pareció que se quebraría.

—Antes solía haber una tienda de ropa pasada de moda en el Corso —prosiguió, más apaciguada—. No existe ya, la han convertido en una *boutique*. Estaba llena de cajones de madera y armarios y enormes y pesados espejos sobre las estanterías y cajas y botones, hilos y adornos. Siempre envolvían la ropa en papel de seda. Todavía recuerdo el ruido que hacía, un hermoso sonido especial, tan ligero y delgado como pesada y gruesa era la ropa. Todo olía a naftalina, lavanda y cedro. Esa tienda era un mundo de ensueño para mí, lleno de secretos y maravillas. Mi madre a veces me llevaba allí, y solíamos pasar frente a su escaparate los domingos, al salir de misa. Siempre había cosas hermosas en el escaparate. Había una que yo deseaba especialmente, un camisón rosa, con una orla de encaje y un cuello de volantes y una familia de conejos bordada en el pecho. Siempre me paraba a mirarlo, aunque sabía que era demasiado caro. Pero el día que cumplí ocho años lo encontré entre los regalos, con una tarjetita de mi padre.

Zen vio que Cinzia lloraba. No por su padre, sino por sí misma, por la niña que había sido.

—Bueno, ¡supongo que se imagina lo que sigue! Esa noche vino a mi cuarto a ver cómo me quedaba el camisón nuevo. Me pidió que me sentara en sus piernas. Eso era normal, y no lo pensé dos veces. Pero lo que sucedió después no era normal. Yo sabía que no estaba bien, porque después me hizo prometerle que no lo diría, ni siquiera a

*Mamma*. Lo que había pasado era nuestro secreto, dijo. Ese fue el trato que hicimos. Él había cumplido con su parte al comprarme el camisón, y entonces yo tenía que cumplir la mía. Yo no recordaba haber hecho trato alguno, pero ¿qué podía hacer? Los papás saben más, ¿no es verdad? Así que, aunque no me había gustado que me tocara como lo hizo, decidí que no lo diría. No me di cuenta de que al callarme avanzaba hacia la trampa.

Inhaló con fuerza y cogió sus cigarrillos.

—Después de eso vino a visitarme casi todas las noches. Una vez, cuando se fue, noté que en mi camisón había una sustancia horrenda y pegajosa que tenía un olor extraño y amargo. Fui al baño y me restregué hasta quedar en carne viva. Pero de todas maneras a nadie se lo dije. Al final dejó de fingir que me hacía mimos y la cosa se convirtió en un follar simple y llano. Y su asquerosidad no estaba ya solo sobre mi piel sino dentro de mí.

Zen buscó algo que decir, pero era inútil. Enfrentado a esta cotidiana atrocidad, sintió vergüenza de ser hombre, vergüenza de ser humano.

—Finalmente lo amenacé con contárselo a *Mamma*. Entonces era más grande y más atrevida. Entonces desplegó su trampa por completo. «Si haces eso», me dijo, «iremos a dar a la cárcel los dos. Porque después de todo es culpa tuya. Tú me provocaste, tú me hiciste hacerlo. ¡Y te debe de haber gustado, porque si no ya lo hubieras contado por ahí! Tú eres tan mala como yo, mi niña, y hasta peor».

Encendió un cigarrillo y sonrió, invitando a Zen a apreciar la inteligencia de su padre.

—Lo peor de sus mentiras es que en parte eran verdad. Porque, aunque lo odiaba más que a cualquier otra cosa, también yo disfrutaba, una vez que me acostumbré a ello. ¿Y no cree que me halagaba, en un sentido, que me prefiriera por encima de mi madre? ¡En qué situación estaba! Por un lado podía mandarnos a ambos a la cárcel, humillar a mi madre, arruinar a mis hermanos, escandalizar a toda la ciudad y manchar para siempre el apellido Miletta. Por otro lado podía hacer, e «hice», exactamente lo contrario. Complacé a mi padre y dejé a mi madre en la ignorancia. Así le ayudé a salvar su matrimonio y mantuve junta a la familia y evité que cayera la desgracia sobre mis hermanos, que se creían tan superiores a mí. La mitad del tiempo me sentía una putilla viciosa y la otra mitad la heroína de una novela del siglo XIX. Pero sobre todo ¡sentía mi poder! Mi padre usaba tanto la zanahoria como la vara, por supuesto, y eso significaba que yo tenía todo lo que pedía: ropa, joyas, perfumes. Y cuando venían sus amigos y sus gerentes yo me ponía mis galas y probaba mi poder también sobre ellos. ¡Y funcionaba! Antonio Crepi, por ejemplo, me echaba unas miradas que habrían fundido una vela. Yo tenía doce años entonces.

—¿Su madre nunca sospechó lo que ocurría?

Después de un tiempo Cinzia miró hacia arriba.

—Esa es una pregunta terrible —dijo—. Yo entonces creía que lo ignoraba. ¿Cómo podría saberlo, pensé, y no hacer algo? Pero ahora ya no estoy tan segura.

Tenía todas las razones del mundo para hacer la vista gorda. Además...

Se detuvo.

—¿Qué?

—A veces pienso que pasaba por alto todo este asunto deliberadamente, para castigarme. Tal vez era su manera de cobrar venganza. Quizá también pensaba que después de todo era culpa mía, que a mí me gustaba, que yo era tan mala como él, e incluso peor.

Lanzó a Zen una sonrisa torcida.

—Así que ahora ya sabe todo lo que hay que saber de mí. ¡Ni siquiera mi esposo sabe lo que acabo de contarle a usted! Un raro privilegio, y usted no lo merecía, a decir verdad. Pero tenía que decírselo a alguien, después de todos estos años, y tenía que ser a un extraño, por supuesto. Y usted estaba en el lugar justo en el momento adecuado.

Zen terminó su *whisky*.

—Hay una cosa más que me gustaría saber.

—¿Cuál?

—¿Por qué me envió una copia de la carta de su padre?

Ella lanzó una risotada.

—Al principio creí que había sido Ivy Cook —continuó Zen—. Pero en realidad eso no tiene sentido. Mire el sobre, por ejemplo. ¿Se lo llevó consigo cuando salió a recoger la carta al contenedor o corrió a comprarlo a la papelería? Y no un viejo sobre cualquiera sino uno de lujo, nuevo, con un grifo como filigrana. Como los que hay sobre su escritorio.

Cinzia lo miró con hastío.

—No es mi escritorio, es el de Gianluigi. Supongo que fue él quien le envió la carta. No tiene usted idea de los recursos de que dispone mi marido. Es prácticamente dueño del pobre Daniele desde el asunto aquel de las drogas, por no hablar de las fotografías que tiene de Silvio...

—No, no fue su esposo —interrumpió Zen—. Fue usted. Usted volvió a escribir la carta después de que el original había sido quemado. Hizo fotocopiar su propia versión y luego me envió una copia. La escritura es la misma que hay en esa nota donde le pide a su marido que recoja a Loredana en el colegio.

—Bueno, ¿y suponiendo que lo haya hecho yo? No es un acto criminal enviar información a la policía, ¿o sí? ¡Debería estar agradecido! Pude haber cambiado una palabra aquí y otra allá, pero fuera de eso es exacta. La escribí cuando todavía tenía fresco el texto del original. ¡No era una carta fácil de olvidar! Cuando Pietro nos dijo que usted asistiría al pago, creí que debería usted saber dónde se estaba metiendo.

Zen sonrió con escepticismo.

—Yo pensé que más bien tenía que ver con que la familia, al enterarse de que yo había recibido la carta, consideraría *persona non grata* a Ivy Cook.

—Bueno, ¿y por qué no habría de ganar algo yo también? Esa puta ha sido ya

mucho tiempo como una espina bajo la uña. Sírvese otra copa, yo vuelvo enseguida.

Cruzó a tumbos la habitación, apoyándose en la pared para equilibrarse, y desapareció escaleras arriba. Un rato después se oyó correr el agua del lavabo, pero Cinzia no volvió. Zen siguió sentado allí, pensando en lo que le había contado. Se sentía pesado, saturado, henchido con la retacería de esos chismes que ni necesitaba ni quería saber. Alguien había dicho que los doctores de hoy tienen que desdoblarse y actuar también como sacerdotes, ofreciendo consejo y consuelo general a sus pacientes. Pero hay cosas que uno se avergonzaría de contarle incluso a un doctor, cosas tan viles que solo podían ser confesadas delante de los más bajos y despreciables funcionarios. Había días en que Zen se sentía como la Bocca de Leone en el Palacio de los dux: una tiesa mueca de piedra atascada de insípidas denuncias y confesiones falsas, garabatos enredados en el odio o la culpa, las anónimas bobadas de toda una ciudad.

Seguía sin haber señales de Cinzia. Zen se puso de pie, llegó hasta la escalera y la llamó. No hubo respuesta. Puso un pie en el primer escalón y se detuvo, aguzando el oído.

—¿*Signora*?

Los altos escalones de mármol describían una curva hacia arriba, paralela a la escalera que venía de la calle. Zen comenzó a subir. Había tres puertas en el pasillo de arriba. Sintióse como un personaje de cuento de hadas, eligió la de la derecha y la abrió con cuidado.

—¿*Signora*?

La habitación estaba sorprendentemente desnuda, y le recordó el piso de su madre en Venecia. En el suelo descansaban dos cajas de cartón vacías, una a cada extremo, ignorándose mutuamente. Entre ambas, una pequeña ventana dejaba ver una franja lisa de la pared al otro lado del callejón.

La segunda puerta que abrió era la del lavabo. Una rápida ojeada bastó para descubrir que no había algún frasco de barbitúricos sospechosamente vacío, aunque claro que podía habérselos llevado con ella. Eso dejaba solo una puerta más, y vaciló un instante antes de abrirla. Pero la escena que vieron sus ojos era perfectamente normal. Una cama alta y antigua llenaba casi toda la habitación. Cinzia Milette estaba tumbada de través sobre su espalda, un poco ladeada sobre un costado, completamente vestida y con los ojos cerrados. Su respiración parecía pareja.

Zen pensó que debía cubrirla. Su cuerpo resultó inesperadamente resistente y difícil. Un brazo se enredaba tercamente entre las sábanas, y a Zen le dio por pensar que le estaba tendiendo una trampa. Paradójicamente, no fue hasta que ella abrió los ojos que se dio cuenta de que estaba equivocado. Su desenfocada mirada pasó por encima de él sin el menor movimiento ni la menor señal. Luego sus ojos se cerraron de nuevo y Cinzia se volvió y comenzó a roncar levemente. La última imagen que vio, antes de apagar la luz, mostraba a Cinzia con la cabeza apoyada en la almohada, en el centro de su desordenado cabello, rubio y largo, y la boca chupando

plácidamente el pulgar.

Fuera, la noche se había vuelto clara y duramente fría. Las estrellas se juntaban en su intolerable profusión. La luz que arrojaba uno de los pocos faroles hizo brillar un cartel, recién pegado, que pregonaba las virtudes del *commendatore* Ruggiero Franco Miletti, cuyo funeral se celebraría la tarde siguiente.

## VIII

**P**OR la mañana todo había cambiado: el cielo aún estaba despejado, pero el sol brillaba en un nuevo paisaje. Las partes rezagadas detrás de la ciudad, la mancha de los nuevos edificios en la parte baja de las laderas, las dispersas construcciones, extendidas entre la carretera y las vías en el valle, todo eso había desaparecido. Justo detrás de las dos iglesias que podían verse desde la ventana de Zen el mundo terminaba abruptamente, para empezar de nuevo quince o veinte kilómetros más allá, donde las altas laderas de aquella montaña, la que se alzaba como si tuviera levadura, lograban sobrevivir, como una pequeña isla que surge de un océano helado. Al otro lado del valle se veían otros cuantos islotes, pero, aparte esas manchas de tierra alta y de la ciudad que se colgaba de ellas, una brillante masa blanca lo cubría todo.

La *Questura* estaba apenas unos cincuenta metros montaña abajo, pero debajo de la superficie, y Zen sintió, al ir hacia allá desde su hotel, que una invisible humedad perlaba su recién afeitada piel. Cuando miró hacia arriba vio la nacarada luz y el cielo de un azul tan suave que apenas podía quitarle los ojos de encima, lo que le ocasionó muchos tropezones con la gente que avanzaba en sentido contrario. Pero todos estaban de buen humor esa mañana, y respondieron a sus disculpas con una sonrisa. Recordó la fábula china que Ellen le había contado acerca de un hombre que cae de un acantilado y se salva al aferrarse a una planta, pero en eso ve que dos ratones mordisquean la rama de la que depende su vida. Hay una fruta en la rama, y el hombre la coge y se la come. La fruta está deliciosa.

—¿Cómo pudieron llegar los ratones a la mitad del acantilado? —le había preguntado—. ¿Y por qué no se comieron ellos la fruta?

No podía comprender la finalidad de la historia, pero Ellen se negó a explicársela.

—Tienes que vivirla —fue todo lo que ella dijo—. Un día de pronto te das cuenta.

Zen había permanecido escéptico entonces, pero ella tenía razón y entonces, de pronto, comprendió la historia. «Al final dará lo mismo», le había dicho a Luciano Bartocci. Sus días en Perugia estaban claramente contados, pero los pasaría como el joven magistrado, corriendo por una línea paralela a la principal, pero que no iría a lugar alguno y que se interrumpiría abruptamente. El proceso se había iniciado ya, el día anterior, en la escena del crimen. Se había responsabilizado al mayor Volpi de los bloqueos en los caminos y de las búsquedas de casa en casa. La policía había cometido demasiados errores en este caso y ya no tendría otra oportunidad de demostrar su incompetencia. En cuanto a Zen, cualquier día recibiría un telegrama del Ministerio que lo llamaría de nuevo a Roma, y eso sería todo.

Pero mientras tanto, ¡qué sabrosa estaba la fruta! Y aunque los ratones burocráticos estaban trabajando invisiblemente, él seguía viviendo la emoción de

cambiar de mano y mejorar su aferramiento a la rama. Así que lo primero que había hecho el día anterior, al volver a la *Questura*, había sido enviar a sus inspectores a interrogar a la gente que vivía junto a la carretera de Cannara y hablar con los granjeros, por si alguno había visto algo. Cuando llegó al trabajo esa mañana, el resultado de sus investigaciones lo aguardaba en una carpeta azul.

Cinco minutos después de haber entrado en su despacho, Zen reapareció en la habitación de los inspectores, donde Geraci miraba cómo Chiodini llenaba el cupón de un concurso que prometía para el ganador un suministro vitalicia de concentrado de tomate.

—¿Qué «es» esto? —preguntó.

Geraci miró cautelosamente la carpeta que Zen sostenía en la mano y sus cejas se apartaron como dos gusanos en una danza de apareamiento.

—Nuestro informe.

—Nunca he visto un informe como este. ¿Qué son todas estas cosas al margen?

—Códigos de ordenador.

—¿Y desde cuándo tenemos ordenador?

—Nosotros no tenemos, está en los tribunales, embalado en cajas, en el sótano. Pero cuando comience a funcionar nos pondrán aquí unos terminales. Como ve, el informe no está hecho para leerse, sino para ser introducido en el ordenador.

Zen lo miró glacialmente.

—Pero no hay ordenador.

—No, todavía no. Pero quieren estar preparados, ¿sabe? ¡Será estupendo! Todos nuestros archivos, los de los *carabinieri*, la policía fiscal, todo va ir derecho al ordenador. Y todo lo que usted quiera saber estará allí, al menor roce de sus dedos. Digamos que tiene usted un informe sobre un cochecito rojo, y que quiere compararlo con todos los otros cochecitos rojos que se han informado en la misma zona. Con los métodos antiguos le tomaría horas revisar todos los archivos, pero con el ordenador se toca una tecla y allí está todo en el acto. Y lo mismo con los cochazos rojos, y los extranjeros, rojos y del tamaño que sea, o los cochecitos deportivos de cualquier color...

Zen se pasó una mano por la frente. Obviamente había muchas posibilidades que los chinos no habían tenido en cuenta. Por ejemplo, que los ratones dejaran de mordisquear, saltaran sobre el brazo de uno, alzarán la pata y le mearán el rostro.

—No me diréis que todo el mundo recibe aquí sus informes de esta manera. Simplemente no puedo creerlo.

—¡Claro que sí! ¿No es lo mismo en Roma?

Zen apartó la mirada. Claro que era lo mismo en Roma. Y sería lo mismo en todas partes, así era como funcionaba el sistema. Lo que Geraci no sabía todavía era que Zen no había tenido la menor experiencia operativa recientemente en Roma ni en algún otro sitio.

—Pero debe saber que algunos de los agentes más antiguos nos piden todavía que

hagamos copias al viejo estilo —dijo Chiodini.

—Pero es estrictamente no oficial —añadió Geraci apresuradamente—. No se pueden guardar ni archivar.

Zen hojeaba la carpeta. Parecía no haber oído.

—¿Tú hablaste con este testigo?

El inspector cogió la carpeta y miró la entrada que señalaba el ancho dedo plano de Zen.

—No, fue Lucaroni.

—Pero pone G.

—Eso es. G significa Lucaroni.

—¿De verdad? Supongo que tú eres L.

Geraci frunció el ceño.

—¿L? No, L ya está en uso en el sistema. Por ejemplo aquí, en la misma entrada, dice L23, ¿no es cierto? Eso significa un coche extranjero no identificado.

—¿Dónde «está» Lucaroni?

Geraci pareció vacilar por un instante.

—Arriba —dijo Chiodini.

Aquello significaba, o bien la estructura de la comandancia o bien la Rama Política, cuyos cubiles siempre están en las plantas superiores de las *Questuras*. Que la misma palabra se use para designar a ambas refleja el sentimiento general de que la frontera entre ellas es bastante borrosa.

—Decidle que quiero verlo en cuanto llegue.

Cerró la puerta tras de sí. Así que recibirían un ordenador, ¿eh? Pronto desaparecerían los intolerables misterios de la vida mediterránea, barridos para siempre por las maravillas electrónicas del tiempo real y la RAM. Y solo por asegurarse de que todo marchara como se debe y sin rebozo, el ordenador, como los aparatos para intervenir y grabar las llamadas telefónicas, estaría colocado en los tribunales, a salvo de la policía. «Le hacen a la pequeña corrupción lo mismo que las corporaciones multinacionales hacen con las pequeñas empresas», había dicho alguna vez un amigo de Cerdeña, a propósito de la última iniciativa de limpiar la policía. «No va a detener el abuso de poder, simplemente lo restringirá al más alto nivel. Cualquiera puede comprarnos a ti y a mí, Aurelio, pero solo los peces gordos pueden manipular jueces».

Zen miró la pared, donde el calendario parecía extrañamente desbalanceado. Sí, ya era hora de que llamara a Gilberto. No podía dejar el crucifijo en el casillero de la consigna para siempre.

Lucaroni apareció uno diez minutos después, lleno de disculpas por el retraso.

—Hablabas con los de Personal —explicó—. Mi hermana se va a casar la semana próxima y quería saber si habría alguna oportunidad de hacerme un hueco para ir a la boda.

Zen le extendió una página del informe.



—Háblame de esta mujer que dice haber visto un gran coche azul cerca de la escena del crimen.

—Bueno, es lo que dice ahí —respondió el inspector, recorriendo la página con la vista—. Era un gran turismo azul de importación, dijo ella, conducido por alguien de cabello rubio, y recorría...

—Háblame de la mujer.

—¿La que conducía? Pero no...

—No, de la mujer con la que hablaste.

Lucaroni hizo un visible esfuerzo por recordar.

—Bueno, era una mujer más bien vieja. Vive con sus parientes en una de esas casas que hay junto a la carretera.

—¿Cómo fue que vio el coche?

—Estaba afuera de la casa, recogiendo lechugas para el almuerzo. Hay poco tráfico en esa carretera, y conoce a casi todos, así que le llamó la atención ver este extraño coche.

—¿Ella lo llamó «extraño»?

—Sí.

—¿Y de dónde salió la idea de que era extranjero?

—Le pregunté si sabía de qué fábrica era, y dijo que no. Le pregunté que si de alguna fábrica extranjera y dijo que sí.

Zen asintió con la cabeza. La vieja no habría distinguido entre un Rolls Royce y un Renault. «Extranjero» solo podía significar que era un gran turismo de lujo como ella no había visto antes.

—¿Y en él solo viajaba una persona?

—Eso dijo. Una mujer rubia.

Zen cogió de nuevo el informe.

—Aquí dice «cabello claro».

—Bueno, uno no puede poner rubio, ¿o sí? —señaló Lucaroni—. El ordenador no lo aceptaría. El cabello o es claro o dorado.

Zen asintió con la cabeza.

—Ah, otra cosa.

Señaló hacia la pared.

—¿Recuerdas el crucifijo que estaba allí? Supongo que no sabes de dónde salió, ¿o sí?

La lengua de Lucaroni se asomó para humedecer los labios. Negó con la cabeza.

—Tuve una visita el otro día, ¿sabes? Hubo un pequeño accidente y el crucifijo acabó hecho añicos. Qué desgracia.

—¿Añicos? —susurró Lucaroni.

Zen asintió con la cabeza.

—Afortunadamente mi visita era un comunista, de manera que no tiene supersticiones de esas. Me gustaría comprar otro, pero no sé dónde. ¿Crees que tú

podrías conseguirme uno? De veras que te lo agradecería mucho.

Hubo un largo silencio.

—Bueno... —comenzó a decir Lucaroni.

Zen le puso un dedo sobre el pecho.

—Pero quiero que sea igual, ¿entiendes? Exactamente idéntico al otro, en todo.

Sus miradas se encontraron y se sostuvieron mutuamente.

—Idéntico —murmuró el inspector.

—Totalmente. Me gustaba ese crucifijo. Tenía algo, no sé, algo, ¿entiendes?

La boca de Lucaroni estaba entonces completamente fuera de control. Su lengua se asomaba sin cesar para ensalivarle los labios, que apenas tenían tiempo de distribuirla por su superficie antes de que llegara la nueva descarga. Zen se apresuró a autorizarlo a que se retirara, antes de que acabara por destruirse a sí mismo.

Una ojeada al mapa le reveló que había un atajo a la villa Milette, así que en vez de llamar a Palottino decidió caminar. Lo que pensaba hacer era bastante peligroso. Y cuanto menos oficialmente lo hiciera, mejor.

El atajo resultó ser una vereda que arrancaba abruptamente al pie de una escalinata, frente a la *Questura*, y corría en línea recta, como trazada con regla, colina abajo. Debió de haber sido uno de los caminos medievales de entrada a la ciudad, entonces cerrado al tráfico por el muro de hormigón del cinturón periférico. A ambos lados se rozaban incómodamente las viejas casas de labranza y las nuevas villas. Más allá, un estrecho pliegue en la ladera de la colina se llenaba de basura, para dejar espacio a un *parking*. Más abajo, perdidos en la bruma, pudo apenas distinguir las encinas y los cipreses que rodeaban la propiedad de los Milette, una monstruosidad lúgubre y barroca construida sobre una loma que sobresalía por la empinada falda.

Zen caminó hasta la otra entrada, unos ciento cincuenta metros más allá, marcada con un letrero que decía «Società Industriale Milette di Perugia». A esa profundidad la bruma todavía no había alcanzado a ser entibiada por el sol y se pegaba a las cosas con un brillo amarillento y verdoso. Ese era el lugar donde habían estado los talleres originales de Franco, levantados detrás de la casa. En aquellos días los jefes de la industria no se avergonzaban de vivir cerca de su fuente de riqueza. Cuando la planta de producción se mudó al Ponte San Giovanni, los edificios fueron destripados y convertidos en la central administrativa de la SIMP. Zen había esperado una férrea vigilancia a la entrada, pero las verjas estaban abiertas y sin guardia. Un empleado que pasaba por allí lo condujo por un camino de hormigón hasta un garaje donde un hombre de mono azul lavaba uno de los turismos Fiat. Detrás de él se alineaban otra buena docena de relucientes coches.

Zen le mostró su identificación con desdeñosa prisa y luego dejó que el terror del mecánico creciera y se multiplicara. Todo el mundo tiene algún motivo para temer a la policía, un miedo que, como el dinero, puede gastarse en algo bien distinto de aquello que lo produjo. Cuando Zen juzgó que era suficiente para su propósito, señaló los Fiats.

—¿Es usted el responsable de estos coches?

El hombre asintió con la cabeza. Zen le lanzó una sonrisa satisfecha, como si hubiera recibido una confirmación a su recelo.

—¿Qué ha hecho, pues, con mi mechero?

—¿Su mechero? —tartamudeó el mecánico—. ¿Qué clase de mechero?

La sonrisa de Zen se esfumó.

—¿Por qué? ¿Cuántos ha encontrado?

—¡Ninguno! Yo no he encontrado nada.

—¿Entonces por qué pregunta que qué clase de mechero, eh? Se cree que puede quedarse todo lo que encuentre, ¿eh? Ayudarle un poco a su piojoso sueldo con una pequeña empresa privada, ¿no es eso?

El hombre arrojó su esponja al suelo, enojado.

—¡Yo no he encontrado nada! Acabo de lavarlos todos para que estén listos esta tarde. No había ningún mechero en ninguno de ellos.

—¿Van a usar los coches de la compañía para el funeral? —preguntó Zen en tono de profundo disgusto—. ¡Dios mío, qué economía!

—Es lo que el *signor* Ruggiero hubiera querido.

—¡No intente cambiar de tema! Usted pretende no haber encontrado un mechero, ¿no es así?

—¡Yo no pretendo nada! Yo no he encontrado ningún mechero, y no hay más que decir. ¡Búsquelo usted mismo, si quiere, que no tengo nada que esconder!

—Oh, eso es lo que haré, no se preocupe. Eso es lo que haré.

El mecánico lo siguió con el rabillo del ojo mientras Zen iba de coche en coche, con el rebuscado fingimiento de revisar los interiores.

El lodo que rodeaba la construcción donde Ruggiero Miletto había sido asesinado había suministrado una rica fuente de impresiones. Una investigación preliminar, culminada mientras Zen estaba aún presente, había sacado a la luz la huella de cinco personas diferentes y la de dos marcas distintas de neumáticos. Uno de los dos grupos se superponía consistentemente al otro, pero era notable que en él uno de los neumáticos no se correspondía con los otros tres. Zen había imaginado que esto sería una rareza, pero de hecho cuatro de los coches del garaje tenían un neumático que no cuadraba con los otros tres. Una sola de sus disposiciones, sin embargo, casaba con la que se encontró en la escena del crimen.

—¿Qué demonios cree que está haciendo, Zen?

Era Gianluigi Santucci. El toscano se volvió hacia el mecánico.

—¿Qué preguntas te ha hecho, Massimo? Si le has dado siquiera la hora, ¡estás despedido!

—¡Nada! —protestó el mecánico con energía—. ¡No le he dicho nada!

—Es verdad —confirmó Zen—. Ha sido muy poco servicial.

—Yo no he encontrado ningún mechero, ni sé nada de ningún mechero —continuó Massimo—. Ya se lo he dicho, pero quería buscar él mismo. Pero no ha

tocado nada, *signor* Gianluigi. He tenido un ojo encima de él todo el tiempo.

Gianluigi miró ferozmente a Zen.

—¡Mechero, mis cojones! ¿Qué es lo que quiere? ¡Vamos, Zen!

—He perdido mi mechero y pensé que podría haberlo dejado en el coche el otro día. No quería molestar a la familia en un momento como este, así que vine a verificarlo personalmente. Pero no comprendo por qué se excitan tanto. ¿O es que este garaje es un área de investigaciones secretas, o algo así?

Gianluigi se dio cuenta de su error demasiado tarde. Intentando compensarlo, forzó una sonrisa.

—Usted no ha acabado de comprender, ¿verdad? —se mofó—. Cree que todavía está dentro del juego, pero cuánto se equivoca. Es un extranjero aquí. Nadie lo quiere, a nadie le gusta, nadie lo necesita. Si aún no ha recibido la orden de marcharse es solo que ya nadie se toma la molestia de decirle qué ocurre. Ahora, haga el favor de largarse de aquí y no vuelva jamás.

Cuando Zen llegó a la vieja, el guardia de seguridad había ya vuelto a su sitio, pero estaba tan absorto en las exclamaciones que se farfullaban en su *walkie-talkie*, meciéndolo junto a su rostro y murmurándole algo, como una madre que trata de calmar a un bebé, que la salida de Zen le pasó tan inadvertida como su llegada.

Descendió por la colina hasta el lugar en que la vereda se unía con la avenida principal. En la esquina estaba el contenedor donde presumiblemente se había encontrado la carta de Ruggiero. Frente a él, una panadería, un escaparate de muebles de oficina, una autoescuela y una tabaquería que tenía el familiar auricular telefónico dentro de un círculo amarillo. Zen entró, compró dos mil liras de fichas y marcó un número de Roma.

—¿Gilberto?

—¿Quién es?

—Aurelio.

—¡Aurelio! ¿Qué tal, cómo marchan las cosas?

—¿Puedes hacerme un favor?

—¿Como por ejemplo...?

—Tendrás que venir acá.

—¿Dónde es acá?

—Perugia. Tengo algunos problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—¿Podrías venir esta tarde?

—¡Esta tarde, Dios santo!

Incluso aquí, tan bajo, el sol había logrado finalmente empezar a filtrarse por la bruma. Había un olivar frente al café, al otro lado de la avenida. Sobre la prisa y las carreras del tráfico, los olivos permanecían en una calma monumental, cada hoja perfectamente recortada contra el profundo cielo azul.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Se puede hablar con confianza por esta línea?

—Oye, Aurelio, yo estoy en espionaje industrial, ya sabes. ¿Cuánto crees que duraría en esto si no mantuviera limpias mis líneas? Preocúpate mejor por la tuya.

Zen le dijo a su amigo en pocas palabras lo del asesinato y el gran coche azul que coincidía con la descripciones de un testigo y el análisis de sus huellas en la escena del crimen. Luego le dijo lo que quería que hiciera y Gilberto dijo que lo haría, aunque significaría perder un contrato para probar que una gran compañía inmobiliaria de Roma era culpable de vigilancia electrónica. Se citaron a las cuatro y cuarto en un pueblo que quedaba como un kilómetro más allá del cementerio.

Eso le dejaba a Zen mucho tiempo muerto, así que tomó un autobús al centro y vagó por el Corso. Alguno jóvenes locales y unos cuantos turistas madrugadores usaban la escalinata de la catedral como tribuna. Un joven alemán, cuyos exagerados rasgos parecían modelados en poliuretano, explicaba a sus compañeros, a voz en cuello, cuánto «necesitaba» el sol, que el sol era una necesidad física para él. Las dos muchachas nórdicas que había visto dos días antes se estaban asoleando como focas en la terraza de otro café. Una de ellas se las había arreglado para tener quemaduras. Su amiga le arrancaba delicadamente del pecho trocitos de piel que se desprendían en escamas, ávidamente observadas por un grupo de jóvenes con cazadoras de cuero, corbatas estrechas y gafas de sol polarizadas.

De pronto Zen vio una gruesa figura, envuelta en un abrigo gris oscuro, con un brazalete negro, que avanzaba cruzando la *piazza*. Era Antonio Crepi. Preparó el saludo, pero el de Perugia pasó delante suyo sin una palabra ni un gesto, dejándolo con la mano todavía alzada a modo de saludo.

Era la primera vez que alguien no le hacía el menor caso, y fue un rudo golpe. Siempre había pensado que aquello era un gesto superficial y pasado de moda, que solo se veía en las novelas anticuadas. Pero lo que acababa de ocurrir nada tenía que ver con la etiqueta: Antonio Crepi había dejado bien claro que para él, y por extensión para toda la Perugia que importara, Zen había dejado de existir. «Por eso es que gimen los fantasmas —pensó—, condenados a habitar un mundo donde ya nadie tiene necesidad de ellos». Se alejó de prisa, tratando de sacudirse el desconcertante efecto del encuentro.

Los edificios tallaban bloques de aire, suaves y tibios donde pegaba el sol, fríos e inflexibles a la sombra. El paso constante de unos a otros era en principio tan refrescante como una sucesión de duchas frías y calientes, pero finalmente era enervante. Zen se detuvo en una pequeña granja y ordenó un panecillo con anchoas rociadas de vinagre y un poco de chile molido, y se la comió con un vaso de vino blanco. Sobre el congelador había un periódico, abierto en las páginas locales y, mientras masticaba, Zen pudo leer un artículo que describía la vida y obra del último jefe de la familia Miletto. La redacción estaba hecha en términos tan exorbitantemente serviles que Zen se preguntó, a su cerrada manera veneciana, si un dechado de virtudes como Miletto hallaría el paraíso suficientemente bueno para él. También se

preguntó si la hija de Ruggiero habría leído el artículo, y qué pensaría de él. Por Cinzia se había enterado de qué clase de bebedores eran los de Perugia, y de qué clase de amantes. Lo que entonces necesitaba saber era qué clase de asesinos eran.

Hacia las cuatro habían desaparecido los últimos restos de bruma, incluso al fondo del valle, más allá del cementerio. El aire tibio estaba cargado del embriagante hedor a gasóleo del autobús que lo había llevado hasta allí, y que se hallaba aparcado en el círculo de su estación terminal, no muy lejos. El chófer estaba sentado en un escalón, fumando y leyendo el periódico. Zen se quedó al sol, que comenzaba a desvanecerse, mirando el cortejo de dos palomas sobre las tejas del cobertizo que había más abajo. El gorjeador macho, agachándose y alzándose alternativamente, perseguía a la hembra de una a otra hilera de tejas. Por último pareció perder el interés, descorazonado por la falta de aprecio de ella, y se volvió. La hembra se detuvo instantáneamente, como él, y las dos aves quedaron inmóviles como dos juguetes a los que se les hubieran acabado las pilas. Parecía el fin. Las relaciones eran siempre demasiado complicadas, y los sexos nunca se mirarían francamente a los ojos, era demasiada molestia. Algo esencial se había roto y al año siguiente no habría palomas. Después, tan súbitamente como había parado, el macho estaba otra vez arreglándose sus plumas y dando saltitos detrás de su pareja, con un fulgor significativo en sus brillantes ojos. Zen había visto ya este ciclo más de un docena de veces cuando sintió un golpecito en su hombro y se volvió para encontrar a su amigo Gilberto, que le sonreía.

Gilberto Nieddu era tan bajo que no quedaba claro cómo se las había arreglado para entrar en el cuerpo de policía. Había los inevitables rumores de soborno y favoritismo, pero no parecía posible, porque el padre de Gilberto había sido un cerrajero de poca monta de Nuoro. Zen prefería pensar que algún agente de reclutamiento, en alguna parte, percibiendo con ojo avizor el peligro que un Gilberto contrariado podría plantear «fuera» de la ley, había forzado las leyes para que pudiera entrar. Habían trabajado juntos durante cuatro años en Roma. El sardo había renunciado una semana después del traslado de Zen, y era el único de sus excolegas al que Zen todavía veía regularmente.

—¿Algún problema? —le preguntó Zen.

—Solo en llegar aquí después de caer en el poblacho. ¿Tenías que escoger un lugar en mitad de ninguna parte?

—Cerca del escenario. Color local.

Gilberto era compacto como una pelota de *squash*, cetrino, feo y musculoso y, sin embargo, increíblemente hábil en sus movimientos. Una vez, por una apuesta, se había metido en el piso donde un *vicequestore* entretenía a una mujer amiga suya y había sustraído las ropas de ambos tan sigilosamente que el *vicequestore* pensó que había ocurrido algo sobrenatural y le dio por la religiosidad durante un rato. No,

Gilberto no tendría el menor problema para robar un coche sin vigilancia de las afueras de un cementerio.

—¿De veras vale la pena? —le preguntó el sardo a Zen, que solo alzó los hombros.

—¿Cuánto te debo?

Gilberto Nieddu escupió pensativamente sobre las palomas del tejado de abajo.

—Invítame a comer cuando vuelvas. A La Pérgola.

—¡A La Pérgola! ¿No podrías rebajar un poco, para cubrir solo tus tarifas normales?

—Oye, no te quieras zafar ahora del apuro o te enviaré a Vittorio. Es mi nuevo ejecutor. Un éxito sonado. Tú puedes creer que tienes problemas, pero Vittorio puede hacer que parezcan buenos recuerdos.

Zen le extendió una llave con un número estampado en la chapa.

—Con esta se abre un casillero de la consigna de la estación. Adentro hay algo envuelto en una bolsa de plástico. Quiero saber qué es.

El sardo se lo quedó mirando fijamente un rato, sacudiendo lentamente la cabeza.

—¿Sabes una cosa, Aurelio? De veras no tienes madera de poli.

—Imagínate lo que sería vivir en un país donde todos los polis tuvieran madera de polis.

—Te llamaré por la mañana.

Zen sacudió la cabeza.

—«Yo» te llamaré a «ti».

El sardo volvió a escupir.

—Por Dios, te has metido en líos.

El conductor del autobús encendió el motor otra vez. Zen apenas tuvo tiempo de cruzar a la cabina telefónica, marcar el número de urgencias de la policía y dar el mensaje que había preparado antes de subir al autobús, cuyas puertas se cerraban. Unos minutos después pasaron junto a Gilberto, que subía por la colina hasta donde había dejado su propio coche, justo bajo el enorme muro del columbario del cementerio donde Ruggiero Miletto había sido enterrado dos horas antes.

De la centralita, que estaba en los bajos de la *Questura*, se ocupaba un joven rechoncho que en ese momento sostenía un largo rollo. Lo volvía a uno y otro lado, estudiándolo muy concienzudamente, como un luchador que busca cómo hacer una llave. Cuando Zen entró, de pronto el joven halló una abertura y se inclinó sobre ella, de modo que durante los siguientes treinta segundos fue incapaz de responder a las preguntas de su visitante.

—No quiso dar su nombre —dijo finalmente—. Quizás era una broma.

—¿Qué fue exactamente lo que dijo?

—Solo dijo que quería informar acerca de un Fiat azul abandonado en la carretera de Cannara, cerca de la escena del crimen.

Seguía mirando cautelosamente al rollo con el rabillo del ojo, como si pudiera

atacarlo de pronto. Zen se inclinó por encima de la centralita.

—Oiga, esto puede ser muy importante. Quiero que recojan el coche, lo traigan aquí, lo entreguen al laboratorio y que se pongan a trabajar.

—Necesitarán una confirmación por escrito.

—La tendrán.

El telefonista asintió con la cabeza. Tenía tanta urgencia de volver a su rollo que no le preguntó a Zen cómo se había enterado de la llamada anónima.

Arriba, en la tercera planta, Zen entró en la habitación de los inspectores, pero nadie había dentro. Estaba a punto de irse cuando se quedó congelado en una desgarbada posición a la mitad de la habitación. Y entonces volvió a escucharlo, un suave pero seguro sonido tras la puerta. Alguien estaba en su despacho.

Avanzó hacia la puerta tan silenciosamente como pudo, cogió el pomo y abrió la puerta de un tirón.

—¡Bueno, ya era hora! Pensé que tendría que pasar la noche aquí.

Zen apoyó la espalda contra la puerta, y dejó que su cuerpo se relajara lentamente.

—Ellen.

—Ah, te acuerdas de cómo me llamo.

—Estoy feliz de verte.

—¿De veras? Te has portado tan raro últimamente que no lo hubiera creído. ¿Por qué no me has llamado?

—¡Te llamé! —mintió en el acto—. ¡Nunca estabas!

—¡Claro que estaba!

—No cuando yo llamé.

—He estado en casa casi todas las tardes. ¿Cuándo llamaste?

—Bueno, no vale la pena pelear por eso de todos modos. Lo importante es que estás aquí. ¿Cuánto podrás quedarte?

—Ya lo veremos. Eso depende.

Zen intentó besarla, pero Ellen lo esquivó, un poco por enojo y un poco por coquetería, de modo que se hallaban en medio de un torpe abrazo cuando entró Lucaroni.

—¡Joder! —dijo mientras salía.

Zen se dirigió a él.

—¿Nadie te enseñó a llamar a la puerta? ¡Ya no estás en la casa de tu granja!

—Perdone, jefe. De verdad, perdone. No creí que hubiera alguien dentro. Iba a colgarlo de su pared.

—¿Colgar qué?

Lucaroni desenvolvió el paquete que traía y le mostró el nuevo crucifijo, con las heridas pintarrajeadas de rojo brillante.

—Exactamente lo que quería, ¿no? —dijo animadamente el inspector—. Igualito que el otro.



Zen miró a Ellen, que lo observaba con horrorizada incredulidad.

—Te lo explicaré después —dijo fatigadamente—. No te preocupes. Te lo explicaré todo después.

Una pequeña bolsa de plástico, llena de varios paquetes de papel encerado que ponía «Para artículos alimenticios», yacía contra la palanca de velocidades del pequeño Fiat. El chorro de aire que entraba por las ventanillas lo hacía temblar continuamente. «Jamás debieron haber venido —pensó Zen—. Qué loca idea, ir de pícnic a la montaña en esta época del año. Una loca idea “extranjera”».

Todo había comenzado la noche anterior, cuando Ellen le preguntó: «¿Allá está Asís?». Estaban mirando por la ventana del hotel. A lo lejos, un grupo de luces se dispersaba sobre el rostro de la noche como una palada de rescoldo ardiente, parpadeando y cintilando en las corrientes de aire que se levantaban de los pueblos del valle. «Vayamos allá mañana», había sugerido ella, y luego había hablado de sus anteriores visitas, tan entusiasmada por el lugar que Zen quedó convencido de que no le gustaría. Pero no fue sino hasta que Ellen pasó a recogerle que descubrió que había comprado todo lo necesario para un pícnic. La una de la tarde en la Piazza del Partigiano, después de una agotadora mañana en el trabajo, era muy distinto de la noche anterior a las once, después de hacer el amor, pero Ellen parloteaba con tanto entusiasmo que no tuvo corazón para comunicarle sus reservas. Aunque seguía pensando que era una idea loca. Y allí estaban, aparcados a mil metros de altitud, en la montaña de masa con levadura, apretados en el Fiat 500 de Ellen porque, a pesar del sol, fuera el aire era terrible. Y el paisaje era casi invisible tras la capa de mugre romana que cubría el parabrisas. ¡Locuras extranjeras!

Ellen comenzó a desenvolver la comida: un montículo de *ricotta*, lonchas de jamón cocido, aceitunas en aceite, media barra de pan. En un día soleado y tibio habría sido idílico. Encima de los trozos de papel, extendidos sobre sus temblorosas rodillas, se balanceaban precariamente el queso, que parecía una excrecencia blanca y asquerosa, el jamón, pálido y nauseabundo, y las aceitunas, viscosas. Hasta el vino, un tinto de cuerpo, era un desastre. Frío y revuelto por el viaje, espesado por el poso y bebido de una jarra de plástico, sabía a medicina. Pero, como una medicina, le hizo bien a Zen, y la comida sabía mejor de lo que aparentaba, y después de un rato el silencio se hizo menos tenso y comenzaron a charlar sobre el contraste entre la sangrienta y formal Perugia, apenas visible, como una lejana mancha gris, sobre su sierra barrida por el viento, y Asís, símbolo de todo lo bueno y bonito y amable, cuya cantera rosada hacía que hasta las fortificaciones parecieran tan inocentes como una ilustración de cuentos de hadas. Pero, como señaló Zen, al menos en Perugia uno estaba a salvo de la inexorable comercialización de una ciudad de peregrinaje, de las postales tridimensionales de un encantador san Francisco predicando ante una audiencia de animales disecados, de las botellas de licor «Delicia de monje», de las

oraciones escritas en cerámica, como para colgar encima del lavabo, de las figuritas de adorables monjes de barriga redonda y sonrisa maliciosa.

—Sí, pero a pesar de todo eso hay de verdad algo especial en ese lugar —insistió Ellen.

Era la clase de comentario, vago y a la vez efusivo, que siempre irritaba a Zen. Y a veces se preguntaba si era por eso que ella seguía haciéndolos.

—Para mí no es más que otro pueblecito encaramado en las montañas de Umbría —replicó—. Lástima que lo arruinen así.

Estaba yendo demasiado lejos, presionando demasiado, diciendo cosas que en realidad no creía. Lo hacía a propósito. Algo andaba mal entre ellos y él quería saber qué. Normalmente dejaba que fuera Ellen quien se encargara del mantenimiento rutinario de la relación, pero estaba defraudándolo, así que echaría mano de la única técnica que conocía: lanzar un explosivo por la borda y ver qué salía a la superficie.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó ella con indignación—. ¿Y qué hay de las iglesias? No hubieran existido de no ser por él. La basílica es uno de los edificios más bellos del mundo. ¿O también vas a discutir eso?

—Al contrario, creo que es tan hermoso que deberían dedicarlo a otra cosa. Recuerdo que cuando yo estaba en la Universidad de Padua solíamos ir a ver la basílica. «Es magnífica», dijo uno de mis amigos, «después de la revolución la convertiremos en un centro deportivo. Y este lugar podría ser un buen baño turco».

—Revelas tu edad, Aurelio. Esa clase de anticlericalismo instintivo ha estado anticuado durante años.

—O mejor todavía, podrían usarlo como centro de exhibiciones. Podrían comenzar con una muestra sobre el campo de concentración de Jasenovac.

—¿Dónde estaba eso, en Polonia? —preguntó Ellen mientras recogía la comida.

—En Yugoslavia. Nadie lo conoce. No tenía la clase de Auschwitz o Belsen. Allí solo mataron cuarenta mil personas.

—¿Y eso qué tiene que ver con Asís?

—El comandante del campo de concentración de Jasenovac era un monje franciscano.

Abrió un poco la ventanilla, pero el viento hacía tanto ruido que la volvió a cerrar inmediatamente.

—Cuando los alemanes convirtieron Croacia en una dictadura títere, los católicos inmediatamente se pusieron a arreglar sus cuentas con los serbios. Los encerraban en sus iglesias y los quemaban vivos, y cosas por el estilo. La Iglesia estaba enterada de lo que pasaba, y hubiera podido detenerlo fácilmente. Pero el papa se quedó callado y las atrocidades continuaron, muchas de ellas supervisadas por los seguidores de san Francisco. Al final de la guerra, Eva Perón, la esposa del dictador de Argentina, nos envió un barco cargado de tela marrón. Adivina para qué.

Ella sacudió la cabeza.

—Para vestir a los asesinos croatas de franciscanos de manera que pudieran

escapar a Italia, lejos de las garras de los partisanos de Tito. Los alimentaron y les dieron refugio aquí, en Asís, y en otros monasterios y edificios eclesiásticos, hasta que pudieron irse a América del Sur. Eran buenos chicos católicos, después de todo.

—Supongo que los partisanos de Tito tampoco eran unos angelitos.

—No creo que lo fueran, pero al menos no se anduvieron paseando con sonrisa beatífica, murmurando sobre la paz y la buena voluntad.

—Bueno, me alivia pensar que a pesar de todo no has cambiado —dijo Ellen mientras encendían sus cigarrillos—. Me preocupó ver que habías mandado a tus subordinados a comprar crucifijos.

Zen también sonrió, pero íntimamente oyó otra vez la voz de Gilberto Nieddu, con su fuerte y nítido acento sardo, incluso a través de la defectuosa comunicación entre Roma y Perugia.

—Ah, sí, Aurelio, lo he identificado. Ningún problema. Para mí, quiero decir. Pero tú tienes problemas, sin duda. Tu crucifijo tiene dentro un transmisor de onda corta, transistorizado y alimentado por una batería de cadmio. Obra de los coreanos, barata y fácil de adquirir, de entre cuatro y cinco meses de operación continua, de usar y tirar. El micrófono, oculto en la cabeza de la figura, solo es de mediana calidad, técnicamente hablando, pero podría registrar el pedo de una mosca en una habitación pequeñita. El transmisor enviaría ese sonido a unos doscientos metros. Dentro de ese radio, en algún sitio, tiene que haber un receptor, probablemente enchufado a una grabadora que se pone en marcha al sonido de una voz. De vez en cuando alguien se acerca, saca la casete y se lleva los momentos culminantes de tu día de trabajo.

Hubo un largo silencio durante el cual el ruido de la línea pareció convertirse en un tercero participante en la conversación.

—¿Qué quieres que haga con él?

—Mejor mándalo de regreso.

—¿Tienes idea a quién pertenece?

El silencio fue incluso más largo esta vez.

—De arriba, quizá.

Las palabras que Gilberto pronunció después habían agitado a Zen más que cualquier otra cosa que hubiera ocurrido hasta entonces.

—*Ten cuidado, Aurelio. Acuérdate de Carella.*

Evitando los ojos de Ellen, Zen se ajustó el abrigo.

—Pero veamos las cosas por el lado bueno. Tal como van, estaré pronto de vuelta en Roma.

—Todavía no entiendo toda esta alharaca —respondió Ellen en un tono ligeramente malhumorado—. La muerte de Miletti nada tiene que ver contigo, ¿verdad?

—Falta que lo pruebe.

—Ah, ya veo. La vieja historia. Eres culpable mientras no demuestres lo

contrario.

—No necesariamente. A veces eres culpable de todos modos.

Se quedaron allí, sentados, oyendo al viento fluir y correr y dar golpes en el coche.

—Esa noche en Ottavio's no me lo dijiste todo, ¿verdad? —preguntó Ellen finalmente.

Zen no respondió.

—Quiero saberlo, Aurelio. Necesito saberlo.

Él volvió su grave y pálido rostro hacia ella.

—Cuando eras niña, ¿había alguien que siempre te contara cuentos?

Ella lo miró con sorpresa.

—Mi padre solía leerme cuentos.

—No, no me refiero a eso. Si sale de un libro sabes que no es real. Yo hablo de alguien que simplemente se sienta junto a ti y te cuenta cosas, como si acabaran de ocurrir, camino a casa. Yo tenía un tío que solía hacerlo. Por ejemplo, una vez fue a Roma por negocios y al volver me contó que había un edificio que era igual que el cielo nocturno, tan grande que incluso si uno se paraba delante de él no podía creer que de verdad estuviera mirándolo. «Y, sin embargo, era completamente inservible», me dijo. «No tenía ni techo ni piso, solo cientos de arcos apilados unos sobre los otros como un grupo de acróbatas». Estaba describiendo el Coliseo.

Abrió la ventanilla y lanzó fuera su cigarrillo.

—Una vez llegó tarde a casa. Me dijo que, cuando llegó el *vaporetto*, notó que había algo raro. El bote se hundía demasiado en el agua, casi hasta la borda, y que tenía los puentes inundados. No hacía el menor ruido y hasta parecía absorber los ruidos a su alrededor, como una esponja que chupa agua. Toda la gente que esperaba se subió al extraño bote, todos menos mi tío. Le pregunté por qué no se había subido, como los otros pasajeros. «Porque era el *vaporetto* de la muerte», dijo. Y explicó que la gente que se había subido en él se bajaría en otro mundo, y que jamás se la volvería a ver. «Hay otra ciudad a nuestro alrededor», me dijo. «No podemos verla, pero hay caminos para entrar en ella, aunque no hay camino de salida. Si uno aborda determinado *vaporetto*, o camina por determinada calle, o entra en determinado edificio, o atraviesa cierta puerta, desaparece para siempre en esa otra ciudad».

Ellen lo miraba con una expresión que Zen nunca había visto en ella. Por un momento se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Pero de alguna extraña manera la decisión no parecía estar ya en sus manos.

—Las historias de mi tío parecían inverosímiles, pero siempre resultaron ser ciertas. Ese mundo paralelo existe de verdad, y lo que me ocurrió en 1978 fue que me topé con él sin darme cuenta.

El viento se alzó alrededor del coche, atravesando velozmente la vasta extensión de largo pasto marrón, todavía aplastado por la nieve que lo había cubierto durante el invierno.

—En esa época estaba en la sección de secuestros de la Rama de Investigaciones Criminales. Todos consideraban que lo estaba haciendo bien. La Central de Roma es uno de los tres sitios más importantes, junto a Milán y Nápoles, y yo me había abierto camino a través de una cadena de trabajos en varios cuarteles generales de provincias. La promoción a *vicequestore* parecía segura y el sentimiento general era que si jugaba bien mis cartas acabaría por ser *questore*. Cuando las Brigadas Rojas secuestraron a Moro, todos fuimos lanzados a la investigación, bajo la dirección de la Rama Política. Lo primero que descubrimos fue que prácticamente no había información para seguir. A pesar de todo el dinero que los de la Rama Política habían estado invirtiendo durante años, un amargo punto para el resto de nosotros, afirmaban no tener más material sobre los terroristas que unas cuantas descripciones aisladas y unas cuantas fotografías. Era casi increíble. Allí estaba Aldo Moro, un exprimer ministro, líder de la Democracia Cristiana y uno de los hombres más poderosos e influyentes de Italia, a merced de la organización de extremistas políticos más conocida, y los responsables de combatir el extremismo político nos decían que nada había que pudiéramos hacer salvo organizar registros imprevistos casa por casa. Así que eso fue lo que hicimos, además de seguir unas cuantas pistas falsas con las que alguien nos mantuvo ocupados. Un día uno de mis inspectores, un hombre llamado Dario Carella, llamó y aseguró que había identificado a uno de los terroristas. Carella había seguido al hombre hasta una farmacia de la Piazzale della Radio y luego a la parada de un autobús. Pero el sospechoso debe de haberlo notado, porque de pronto detuvo un taxi y se alejó en él. Carella había tomado el número del taxi y descubrimos que había dejado al sospechoso frente al hospital de San Gallicano, en el Trastevere. Mientras tanto, Carella volvió a la farmacia para averiguar qué era lo que había comprado el hombre. El resultado fue muy interesante. La receta había sido falsificada, y todas las medicinas que en ella figuraban se contaban entre las que Aldo Moro tomaba regularmente. Además de padecer la enfermedad de Addison, Moro era un poco hipocondríaco, y tomaba un montón de medicinas. Llevaba con él una dotación cuando fue capturado, pero para entonces ya se habría agotado. Parecía que uno de sus captores había sido enviado a comprar más. Informamos a la Rama Política, el hospital fue debidamente cerrado y registrado, pero no había señales. Lo siguiente que hicimos fue registrar toda la zona casa por casa. Tal vez recuerdas eso.

—Claro que lo recuerdo. Casi me destrozan el piso.

—No fue de los de más éxito. Pero Carella tenía una idea. Por la parada de autobús donde el sospechoso había esperado, en la Piazzale della Radio, pasan tres líneas: la 97, la 97C y la 128. Y a la vuelta del hospital de San Gallicano, en la Piazza Sonnino, está la terminal de la 97 y de la 97C. ¿Y si el sospechoso hubiera tomado el taxi para deshacerse de Carella, se hubiera bajado en el hospital para confundir las cosas todavía más, doblado la esquina para ir a la terminal y luego seguido en autobús a su destino original? En ese caso no es el Trastevere, sino los distritos sureños a donde habría ido, pues allí van esas líneas, a Portuense o EUR. Carella me

explicó su idea y yo pensé que valía la pena seguirla. No es que tuviéramos muchas otras pistas que seguir. Así que fui arriba y propuse que hiciéramos un registro casa por casa en esas dos zonas. Nada había de original en esto. No era más que un procedimiento de rutina, jugar a las probabilidades, así que me quedé muy sorprendido al oír que la proposición había sido rechazada. Cuando indagué sobre la decisión, me dijeron que había sido tomada en el más alto nivel, como resultado de cierta información a la que yo no tenía acceso.

Trató de quitar una mancha del parabrisas con el dedo, pero estaba del otro lado del cristal.

—Bueno, pues muy bien, pensé que la decisión era sorprendente, pero ya sabía que si dejaba que una cosa así me tuviera despierto por las noches me convertiría en un insomne crónico. Sin embargo, Carella no era tan flemático. Era sureño, católico devoto, como el mismo Moro, y supongo que se sentía un poco culpable de no haberle sacado más jugo a la mejor posibilidad que alguien haya tenido hasta entonces de rescatar a su héroe. En suma, se obsesionó con la idea y no podía aceptar la decisión de dejarla donde estaba. Al menos eso es lo que yo creo. No lo discutimos y, cuando faltó al trabajo, a la mañana siguiente, pensé que solo estaba de mal humor. Pero esa noche otro de mis inspectores llamó para decirme que Carella estaba en el hospital, pues lo había atropellado un coche en el distrito de Portuense. En el hospital de San Gallicano da la casualidad. Cuando llegué allí, estaba muerto.

Por un claro en el parabrisas Zen miró las nubes que avanzaban lenta y pacíficamente sobre las capas más altas del cielo. El viento allá arriba debía de ser muy diferente de las incesantes ráfagas que se afanaban donde ellos estaban.

—Aquí es donde la cosa se complica. Porque en lugar de olvidarme del asunto me metí en él. No sé por qué. Desde entonces me lo he preguntado todo el tiempo. Dario Carella no era pariente mío, y ni siquiera amigo. De hecho no le tenía mucha simpatía. Pero, arriesgué todo el camino que había recorrido hacia mi meta, toda la esperanza de lo que podría hacer en una posición de poder real, en nombre de algo que estaba condenado al fracaso desde el principio. Eso me molesta, de veras. Siempre pensé que yo era una persona sensata y, sin embargo, me dejé arrastrar a hacerlo. No sé por qué.

Ellen se rio con un breve sonido triste.

—¡Por Dios, Aurelio, no puedo creerlo!

—¿Qué no puedes creer?

La expresión de Ellen se opacó.

—No, nada. Sigue.

Aparentemente Zen había vuelto a equivocarse.

—Al día siguiente fui a interrogar a los conductores de autobús. Como sospechaba, Carella había estado allí antes que yo. Uno de los hombres con quienes hablé dijo que uno de sus colegas había reconocido al terrorista en una fotografía que Carella le había mostrado. Conseguí la dirección del colega y me fui a hablar con él.

Mientras caminaba hacia su casa, dos jóvenes de barba, con tejanos y jerséis, se bajaron de un coche y corrieron hacia mí. Por un momento pensé que eran terroristas, pero estaba equivocado, eran agentes de la Rama Política. Me llevaron de regreso al Ministerio, donde me interrogó un oficial al que jamás había visto, un coronel. Era un cuartito pequeño, atiborrado, y yo sabía que tenía que venir del otro mundo del que me había hablado mi tío, y que el umbral para entrar en él debía de estar casi al alcance de la mano. El coronel quería saber qué había hecho y con quién había hablado. No era una partida fácil. Por un lado tenía que subrayar la evidencia del conductor de autobús, para insuflarle energías a mi caso, que no era otra cosa que el hecho de que Carella de algún modo se había tropezado con una pista de dónde se encontraba Moro. Pero por otro lado temía que, si hacía parecer demasiado importante al conductor, este pudiera luego aparecer bajo los neumáticos de un autobús, en lugar de al volante. Al final me dijeron que me fuera a casa y esperara ahí. Al día siguiente recibí un telegrama en el que se me informaba de que mi solicitud de traslado a labores administrativas en el Ministerio del Interior había sido aceptada. Yo nunca había hecho semejante solicitud, por supuesto.

Hubo un largo silencio, roto solamente por los golpes del viento, que parecía estar haciéndose más fuerte a cada instante.

—¿Nos vamos? —preguntó Ellen.

Encendió el motor sin esperar la respuesta y comenzó a conducir por la sinuosa vereda que bajaba la montaña.

—Las Brigadas Rojas escondían a Moro en el Portuense, ¿no es cierto? —comentó de pronto.

—En los bajos de un edificio de la Via Montalcini. A unas cuatro manzanas de donde fue arrollado Carella.

No fue hasta que alcanzaron las murallas de Asís que ella volvió a hablar.

—No está bien, no lo entiendo. Nunca lo entenderé. ¿Por qué tenían que dejar que lo mataran? ¡No tiene sentido! Después de todo era uno de ellos.

—Tal vez ya no era de veras uno de ellos. Tal vez no lo supieron hasta que fue secuestrado. Tal vez, cuando desapareció, se dieron cuenta de que estaban mejor sin él. El *ratking* se autorregula. Responde automática y efectivamente ante cualquier situación.

Ella apartó los ojos un instante del camino y lo miró.

—¿Qué tienen que ver las ratas?

—Oh, nada. Solo trataba de explicar cómo es que Miletti acabó asesinado.

—¿Miletti?

—Quiero decir, Moro.

—¿Cuánto has bebido?

—Lo suficiente para necesitar un café.

Se detuvieron en un pueblo que se extendía como un listón a lo largo del camino llano entre Asís y Perugia. El aire estaba quieto y la tibieza era agradable. El café era

una construcción nueva y pretenciosa llena de viejos que jugaban a las cartas.

—Me vuelvo esta tarde —dijo Ellen mientras se apoyaba en la barra, observada por todos los ojos del lugar.

Su visita no había sido un éxito. La materia básica de su relación, el ADN mismo, parecía no haber marchado bien. Mientras durara esa condición, el tiempo que pasaran juntos, en lugar de aportar al cúmulo de experiencias compartidas, mermaba la que había y los colocaba más lejos uno del otro que cuando estaban separados.

—También yo regresaré pronto —dijo Zen—, y olvidaremos todo esto y volveremos a pasarlo bien otra vez.

Cuando llegaron a Perugia, Ellen lo dejó frente a la *Questura*. Cuando se inclinó a besarla, Zen notó que Ellen tenía húmedas las mejillas.

—¿Por qué lloras?

Ella agitó la cabeza.

—Tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—De todo.

—No tengas miedo. Todo va a salir bien.

Pero se quedó allí, mirando, hasta que el coche desapareció, como si Ellen partiera a un viaje largo y peligroso del que tal vez nunca volviera.



## IX

**U**N día, hacia el final de la guerra, aparecieron cinco barcos en la laguna de Venecia. Se quedaron amarrados juntos durante unas semanas, como una isla nueva entre la ciudad y el Lido, y un día desaparecieron. Zen dedujo más tarde que debían de haber sido barcos de guerra estadounidenses, de una clase ya obsoleta, que esperaban ser vendidos o desguazados, pero entonces su presencia, levemente amenazadora, parecía una simple provocación y, cuando su amigo Tommaso lo retó a subir a bordo, naturalmente aceptó.

De cerca eran tan grandes como iglesias: grandes y sólidas planchas de un gris crudo donde había unos números negros, demasiado largos para poder leerlos. Solo en el último de los barcos había tripulación, una guardia simbólica, pero ya era aterrador deslizarse entre los estrechos canales que los separaban, donde el agua golpeteaba de un lado y de otro, atar su esquife al cable del ancla y luego trepar a cubierta. Pasaron el resto del día en un mundo ajeno, de tuberías e instrumentos y controles y palancas y signos incomprensibles, como los primeros exploradores de una ciudad en ruinas.

Como casi todo el personal se iba a casa a las dos, fin de la jornada laboral para los empleados estatales, la *Questura* tenía ese débil aire de abandono que a Zen siempre le había atraído. Los cuartos y los pasillos estaban vacíos, excepto por unas cuantas mujeres de edad que limpiaban el desorden masculino de los periódicos dispersos, las tazas manchadas de café, los ceniceros rebosantes de colillas y el inquietante bocadillo a medio comer. Aún no habían llegado al despacho de Zen, pero alguien había estado allí, pues había un telegrama sobre su escritorio.

Aunque había estado esperándolo, fue un duro golpe. Se lo metió en el bolsillo sin abrirlo y pasó mecánicamente las hojas del informe de las pruebas forenses que había solicitado de manera extraoficial acerca del turismo Fiat Argenta que Gilberto Nieddu había robado del exterior del cementerio durante el funeral de Ruggiero Miletti, y que luego había dejado abandonado cerca de la escena del crimen. Zen había puesto todas sus esperanzas en este informe, que le daría alguna evidencia positiva que presentar a la magistrada a cargo de la investigación, Rosella Foria y cuando lo había recibido esa mañana, lo había desilusionado amargamente.

Cierto, las tres Pirelli y la desaparejada Michelin del coche correspondían «en términos generales al tipo y configuración» de las huellas que se habían encontrado en la escena del crimen, tal como él había confirmado por sí mismo en el garaje de la SIMP. Pero sin «rasgos distintivos específicos», una identificación positiva era imposible, y las muestras de tierra que se obtuvieron de ellas no eran más que «consistentes con las que se encuentran por toda el área». En cuanto al interior, obviamente el mecánico había hecho bien su trabajo. Las únicas cosas que se

encontraron fueron poco convincentes restos de pintura y polvo, un poco de ceniza de cigarrillo, unos cuantos hilos de nailon amarillo y una moneda de cincuenta liras que había caído junto al armazón del asiento, cuya base de metal la había defendido de la boca del aspirador de Massimo. En breve, nada que pudiera persuadir a Rosella Foria de que había que continuar por esta línea, sobre todo cuando hacerlo significaba admitir que la familia Miletta quedaba bajo sospecha. Para justificar eso habría hecho falta mucho más que las vagas frases del informe y las confusas afirmaciones de un solo testigo. Habría sido necesario, prácticamente, tener una fotografía de alguno de ellos en el momento de apretar el gatillo, y mejor que fuera una fotografía buena, y aun así lo más inteligente habría sido romperla en pedacitos y quemar los fragmentos y olvidarse de que uno la había visto.

La puerta se abrió y apareció una cabeza canosa envuelta en una pañoleta verde. Al mismo tiempo comenzó a sonar el teléfono.

—*¿Puede comunicarme con el comisario Zen, por favor?*

Una voz de mujer, fría y distante.

—Al aparato.

—*Habla Rosella Foria, magistrada a cargo de la investigación. Quisiera, por favor, verlo en mi oficina.*

La mujer de la limpieza se afanaba ya en su trabajo, golpeando los rincones de la habitación con su fregona.

—*¿Ahora?*

—*Si le parece.*

Su tono sugería que más le valía hacerlo, incluso si no le parecía.

—*¡Apesta!* —dijo la asistente cuando colgó.

—*¿Qué?*

—*No puede evitar mearse.*

Su acento era tan cerrado que Zen apenas podía entenderle.

—*Restriego y friego de la mañana a la noche, pero nada, todo apesta.*

Agitó la mano hacia el crucifijo que había colgado Lucaroni.

—*Se queda colgado allá arriba y hace toda la maldita cosa, ¡esperando que nos compadezcamos de Él! Solo quisiera que pudiéramos intercambiar papeles, eso es todo. Media hora de mi vida y ya estaría deseando volver a la comodidad de su cruz, créame.*

Por una vez, Zen aceptó que Palottino lo llevara al centro. En el camino se entretuvo construyendo un caso de *prima fade* contra Cinzia Miletta. La pistola empleada para asesinar a Ruggiero era del mismo calibre que la registrada a nombre de ella, y la vieja que recogía lechugas había dicho que era una rubia quien conducía el Fiat. Cinzia afirmaba que había ido a Perugia a ver a Ivy Cook, pero Zen había descubierto que había mentido sobre la copia de la carta de Ruggiero, y esa mentira también tenía la intención de hacer que las sospechas recayeran sobre Ivy. Cinzia habría arreglado el encuentro en el centro, se habría ido a vengar del hombre que

había abusado de su inocencia y luego habría conducido hasta Perugia y luego se habría esforzado en abordar a Zen para hacer más fuerte su coartada. Había tenido el motivo, los medios y la oportunidad, y si su apellido no fuera Miletta habrían llevado a cabo un análisis balístico de su pistolita, la habrían interrogado minuciosamente sobre el tiempo que, según ella, había pasado esperando a Ivy y habrían hecho desfilar a varias personas en una sesión de identificación, a ver si la elegía la vieja que había visto un Fiat azul conducido por una rubia. Pero tal como estaban las cosas, eso era imposible. Luciano Bartocci pudo haberlo solicitado, pero era justamente por eso que había sido sustituido. Rosella Foria no cometería el mismo error. «Si solo uno de esos hilos amarillos que encontraron en el Fiat fuera un cabello rubio», pensó Zen. Pero «el cabello o es claro o es dorado», le había dicho Lucaroni. Parecía un verso de canción pop, y estuvo murmurándolo para sus adentros una y otra vez, mientras el coche daba tumbos sobre los adoquines de la Piazza Matteotti.

Rosella Foria resultó ser una mujer de aspecto frágil, de treinta y pocos años, vestida remilgadamente. Aunque sus modales tenían la apropiada autoridad, su rostro parecía buscar aprobación. Su despacho, aunque casi idéntico al de Bartocci, estaba impecablemente limpio y ordenado.

—Hay dos cosas que quiero discutir con usted, comisario —empezó a decir—. La primera es sobre el coche de la familia Miletta que, según entiendo, ha sido confiscado por la policía.

Zen había esperado algo así.

—Hace dos días me informaron de que un turismo Fiat Argenta azul, había sido hallado cerca de la escena del crimen, abandonado —dijo—. Como un coche así había sido visto por un testigo cerca de la escena en el momento del crimen, seguí los procedimientos de rutina y envié el vehículo a análisis forense con el fin de liberarlo de toda sospecha.

—Sin embargo, no dio parte de ello a la fiscalía pública. ¿Por qué?

A pesar del tono inflexible, seguía sonriendo. Zen estaba acostumbrado a tratar con hombres, cuyas señales, convertidas en ritual a lo largo de siglos de desplantes agresivos, eran claras y fáciles de seguir. Pero Rosella Foria se hallaba libre de esas tradiciones.

—Porque su correspondencia con el coche mencionado por el testigo solo era superficial, y no vi razón alguna para anticipar una identificación positiva.

La magistrada juntó sus bien depiladas cejas.

—No entiendo cómo pudo subestimar el significado de esa acción para el desarrollo de la investigación, dado que el coche pertenece a la familia Miletta.

—No sabía que fuera así.

Las cejas de Rosella Foria se apretaron más aún.

—¿Quiere decir que no llevó a cabo el paso elemental de averiguar quién era el dueño del vehículo?

—Al contrario, eso fue lo primero que hice. El coche resultó estar registrado a

nombre de un concesionario Fiat. Por lo que usted me dice ahora deduzco que es uno de esos coches alquilados por la firma Miletti, que la familia usa.

—¿Y no se le ocurrió hablar con el concesionario en cuestión?

—Lo habría hecho, sin duda, si las pruebas hubieran arrojado algún resultado positivo. Pero el hecho es que no fueron en absoluto concluyentes.

Rosella lo miró fija y largamente, pero Zen notó cómo se relajaban sus hombros y supo que todo saldría bien. Podía creerle o no creerle, pero lo principal era que le había dado una historia que podía repetir ante Di Leonardo y los Miletti. Se había salvado.

—De cualquier manera es una desdicha que esto haya ocurrido. No tengo que decirle que la familia está profundamente disgustada.

Zen no tenía necesidad de preguntar cómo se habían enterado. Como toda familia importante, los Miletti tendrían algún contacto en el cuerpo.

—Aparentemente el coche fue robado junto al cementerio mientras la familia asistía al funeral de su padre —añadió la magistrada mirándolo cuidadosamente.

Los ojos de Zen permanecieron impenetrablemente vidriosos.

—Quizás algunos jóvenes lo cogieron para dar un paseo y luego lo abandonaron.

—Tal vez. En cualquier caso debemos considerar cerrado este asunto. Pero en las condiciones actuales los malentendidos de esta clase debe ser evitados a toda costa. Quiero su promesa de que no emprenderá más iniciativas sin antes consultarme.

—¿Sugiere usted que me he excedido en mis deberes?

Zen sabía muy bien que no, por supuesto, como sabía qué era lo que «sí» estaba haciendo: le decía que se olvidara de los formalismos legales y que no levantara un dedo sin su consentimiento, porque la situación era tan delicada, el momento tan crítico, las apuestas tan altas.

—No creo que sea la letra de las leyes lo que debe importarnos ahora —continuó Rosella en tono conciliador, jugando con un dedo sobre su collar de perlas de una vuelta que rodeaba por encima el cuello de su rebecca Benetton—. Se trata más bien de no herir los sentimientos de las personas con gestos apresurados o desconsiderados, de no molestar a una familia que acaba de perder a uno de sus miembros en circunstancias tan profundamente dolorosas. Se trata de no hacerlo sobre todo cuando es tan palpablemente gratuito e irrelevante para el propósito de aprehender a los culpables del crimen.

—Pero no se puede probar que las cosas sean de verdad de esta manera —protestó Zen. Aunque no tenía la evidencia de peso que había esperado, era buen momento para abrirle un poco los ojos a esta mujer y recordarle las posibilidades que una escoba estaba metiendo bajo la alfombra—. Al contrario, por mi experiencia sé que es inaudito que los criminales llamen a un número que saben intervenido y digan dónde se halla el cuerpo de un hombre al que acaban de matar. Si querían matar a Miletti, ¿por qué no lo hicieron en las montañas, o donde fuera que lo tuvieran? ¿Por qué arriesgarse a venir cerca de Perugia, y solo para matarlo?

La magistrada arregló con cuidado la pila de papeles que tenía delante de ella, sobre el escritorio, de modo que los bordes quedaron perfectamente alineados.

—Si quisiera, podría responder a sus objeciones con otra más sólida. Parece olvidar que el *dottore* Miletti fue asesinado casi veinticuatro horas «antes» de que se produjera la llamada que informaba de su paradero. Así que, ¿cómo pudo haber cometido el crimen alguien más? De todos modos ese no es el caso. Le dije que tenía dos cosas que tratar con usted. La primera era el coche de los Miletti. La segunda es que los *carabinieri* de Florencia han detenido a un grupo de hombres que suponen miembros de la banda que secuestró y asesinó a Ruggiero Miletti. Viajaré allá mañana por la mañana para dirigir el interrogatorio formal, pero me han informado de que ya han hecho una confesión completa.

Eso era distinto, eso era de verdad. Zen se sintió como un niño en la playa, cuyas murallas de arena se desmoronan bajo la primera ola grande. De acuerdo con eso, las últimas palabras de Rosella Foria sonaron casi maternas.

—No se lo tome a pecho, comisario. Es realmente una lástima que sus esfuerzos aquí no hayan sido coronados por el éxito, pero en cuanto vuelva a Roma sin duda encontrará otros cauces para sus energías.

Tan pronto como salió, Zen sacó del bolsillo el telegrama que había recibido en la *Questura*. Tal como había pensado, era del Ministerio y le informaba de que su traslado temporal a la *Questura* de Perugia terminaría a la medianoche del viernes y que debía emprender de nuevo sus labores normales el lunes a las ocho de la mañana.

Se quedó inmóvil al menos un minuto en el bordillo, ajeno a la animada escena que lo rodeaba. Después estrujó el telegrama y volvió a pie al Alfetta, donde hizo feliz a Palottino al pedirle que lo llevara a Florencia tan rápido como pudiera.

En el cuartel general de los *carabinieri* de Florencia recibieron a Zen con el mismo aire de cortesía suspicaz que él había esperado. Cuando anunció que tenía información importante sobre el caso Miletti, lo llevaron arriba y lo dejaron con el capitán Rivolta, un joven oficial de aspecto aristocrático y lánguidos modales que negaban cualquier intervención personal en lo que Zen llamó «este magnífico golpe».

—Supongo que fue un soplo —dijo Zen.

El capitán asintió mínimamente con la cabeza.

—Una banda de Cerdeña, creo. La rivalidad de siempre.

—¿Entonces operaban aquí, en Florencia?

Rivolta repitió su quisquilloso gesto de asentimiento.

—Dos hermanos. Llevaban una mueblería y reciclaban los rescates en las ganancias del negocio. Ellos mismos llevaron a cabo las negociaciones. Fueron ellos quienes mataron al representante de Miletti. Parece que vio a alguno de ellos durante las negociaciones.

Zen asintió prudentemente. Todo iba viento en popa, pensó. El joven capitán se

relajaba espléndidamente.

—Bueno, entiendo que tiene usted alguna información que dar —murmuró Rivolta.

—No, eso fue solo lo que les dije allá abajo.

El capitán pareció despertar completamente por primera vez.

—He venido a ver a los prisioneros —explicó Zen.

—Pues verá, me temo que eso es un poco difícil. Como sin duda sabe, las solicitudes de interrogatorio legal deben presentarse mediante los canales apropiados.

—Está bien, no quiero interrogarlos. Lo que realmente quiero es darles una tunda.

La sonrisa de superioridad del joven oficial se congeló en su sitio, como si no estuviera seguro de qué hacer con ella.

—Darles una tunda —repitió mecánicamente.

—Bueno, de hecho solo a uno de ellos. Al que me llamó follaculos y soplapollas cuando me tenían a su merced durante el pago, en las montañas. El que me pateó los cojones y la cara y me dejó allí tumbado para que me muriera. Si sus hombres no hubieran llegado y me hubieran encontrado, Dios los bendiga, ¡me «habría» muerto! ¡Llámeles, si no me cree!

El capitán alzó las manos apaciguadoramente. Zen le lanzó una sonrisa de incomodidad.

—Bueno, tal vez ahora entienda por qué me he venido derecho aquí en cuanto supe que les había echado el guante a los cabrones. Quince minutos, nada más, es todo lo que pido.

—Bueno, no estoy muy seguro de si puedo consentir en autorizarlo a, ah...

—No le dejaré ni una señal.

—Tal vez no, pero...

—No es la primera vez que lo hago.

—Sí, de eso estoy seguro. Sin embargo, es un asunto de...

Zen saltó de su silla.

—¡Es asunto de enseñarles a esos cabrones a respetar a la autoridad, capitán, de eso se trata! La próxima vez puede ser usted el que esté allí, recuérdelo. Ahora que los políticos han quitado la pena de muerte, ¿qué tienen que perder estos brutos? Tenemos que estar juntos, capitán, hacer nuestros propios arreglos. Quince minutos, nada más, es todo lo que pido.

Rivolta miró fijo a Zen, aparentemente hipnotizado.

—¿Seguro que no quedará ni una señal? —murmuró por fin.

Zen sonrió con desagrado.

—Como digo siempre, son las que no se ven las que más duelen.

El corredor era estrecho, uniformemente iluminado y en apariencia interminable, con puertas de acero colocadas a ambos lados a trechos regulares. Zen había tomado

inconscientemente el paso de su escolta, así que sus pisadas golpeaban al mismo ritmo sobre el suelo de hormigón. Por fin el sargento se detuvo, sacó un manajo de llaves y abrió una de las puertas. Los orificios nasales de Zen se dilataron con el olor que salía; a cabra y a mugre y a sudor, todos entremezclados, fáciles vencedores del perfume antiséptico del que Zen no se había percatado antes de sufrir ese estallido de otro mundo.

Había dos hombres en la celda, uno acostado en la litera, el otro apoyado en la pared. Ambos miraron a los intrusos. El sargento de los *carabinieri* sacó un par de esposas y las puso, con facilidad de experto, en las muñecas del que estaba tumbado.

—De pie, cabroncito —dijo sin animosidad.

Aferró el codo izquierdo del hombre entre el índice y el pulgar, y lo empujó hacia la puerta. El hombre hizo una mueca de dolor y le dijo algo en dialecto al otro prisionero. Después se cerró la puerta con un golpe y avanzaron de nuevo por el corredor, los tres golpeando al mismo ritmo a lo largo del corredor.

Pasaron por una serie de puertas que separaban las celdas del resto del edificio como un compartimiento estanco. El prisionero no se movía a una velocidad que fuera del gusto del sargento y una vez más le produjo una mueca de dolor, aunque el único contacto entre ambos era el apretón de los dos dedos sobre el codo. Entonces doblaron a la izquierda y atravesaron un par de puertas oscilantes y entraron en un gimnasio.

—¡Jesús! —balbuceó el calabrés.

El sargento lo condujo hasta unas barras adosadas a la pared.

—Vas a hablar, y bien, coño, cuando te hablen; y si no, te callas —señaló.

—¡Pero si ya hablamos!

—Es que no entiendes —le dijo el sargento—. Aquello era por trabajo. Esto es por placer.

Hizo girar al prisionero, abrió una de las esposas, la pasó entre las barras y volvió a cerrársela en la muñeca, de modo que las esposas tiraban de sus brazos hacia atrás y arriba, en la clásica postura *strappado*.

—¿De acuerdo?

Zen asintió apreciativamente con la cabeza.

—Estupendo.

El sargento dio un golpe seco con el borde de la mano sobre el codo que antes había agarrado. El prisionero gritó.

—Jódalo en el brazo —comentó el sargento en tono de charla—. Es todo suyo, pues. Quince minutos.

Las puertas oscilantes siguieron moviéndose ruidosamente detrás de él durante un momento y luego todo quedó en silencio.

Zen encendió un cigarrillo.

—Me recuerdas bien —dijo, poniendo el cigarrillo entre los labios del prisionero.

El hombre lo miró sin parpadear a través del humo que le llegaba a los ojos.

—¿Era usted?

El prisionero dio una calada a su cigarrillo. Su mirada era tan absoluta y ajena como la de un gato. Su cabeza se sacudió.

—Vienen a buscarlo, pero no está. En su lugar cogen al hermano y luego está muerto. Desde entonces odia a toda la policía.

Para los calabreses, el dialecto toscano llamado italiano es una lengua tan extranjera como el castellano, pero Zen distinguió los rasgos generales de la historia.

—Sabemos eso después —continuó el prisionero—. Los llamamos para que lo recogieran a usted. No queríamos ningún muerto.

—Excepto Ruggiero Miletti.

—¡Nosotros no matamos a Miletti!

El hombre movió con la boca el cigarrillo y se lo colocó en una de las comisuras.

—No queremos acabar como el hermano. Cuando viene el juez, lo negamos todo.

—No creo que a ella le impresione mucho que lo hagan.

El prisionero miró penetrantemente a Zen.

—¿Es mujer?

Esto pareció perturbarlo más que todo lo demás.

—¿Y?

—Son lo peor.

Zen suspiró.

—Mira, vosotros teníais los medios, la oportunidad y un motivo razonable. Todo el mundo va a dar por hecho que lo hicisteis vosotros, no importa lo que digáis.

El prisionero dejó caer el cigarrillo de su boca y lo pisó con el cuidado de alguien que es de una tierra donde el fuego todavía no está completamente domesticado.

—Da igual. En Milán, inocente hasta culpable, en Roma, culpable hasta inocente, en Calabria culpable hasta culpable.

Zen miró su reloj.

—Creo que no fuisteis vosotros quienes mataron a Ruggiero Miletti.

—Cárcel por rapto, cárcel por asesinato. Misma cárcel.

«Siempre ha sabido que esto pasaría algún día —pensó Zen—, y ahora que ha ocurrido se siente extrañamente tranquilo. Y yo aquí tomo el papel del abogado listo que intenta hacerle creer a Edipo que he encontrado una rendija en el destino y de que, con un jurado bien dispuesto, puedo sacarlo en libertad provisional».

—Mira, he leído la carta que Ruggiero envió a su familia —le dijo al prisionero—. Dejaba claro que lo tratasteis bien. Desde el punto de vista del secuestro, vosotros erais gente de poca monta, trabajadores manuales. Iréis a la cárcel, claro, pero con buen comportamiento y algo de suerte saldréis un día. Pero si os encierran por matar a sangre fría a un viejo indefenso, entonces es el fin. No se tomarán la molestia de cerrar con llave la puerta de vuestra celda, simplemente la soldarán. Y ya veréis que no importa lo que pase, cómo cambie la sociedad, cuál partido tome el poder, que os moriréis en la prisión y seréis enterrados en un hoyo de cal viva, porque si alguno de



vuestros parientes se acuerda todavía de quiénes sois, sentirá demasiada vergüenza como para venir a reclamar vuestros cuerpos.

El prisionero miraba estoicamente al suelo. Zen volvió a mirar su reloj.

—Cuéntame del día en que soltasteis a Milette.

No hubo respuesta.

—¡Si quieres que te ayude tengo que saber!

Finalmente la profunda voz se puso desganadamente en acción.

—Lo llevamos allí y lo dejamos. Eso es todo.

—¿Qué hora era?

—Antes de amanecer.

—¿El lunes? ¿Hace cuatro días?

Un gruñido de asentimiento.

—¿Y cuándo llamasteis a la familia?

—Después.

—¿Después esa misma mañana? ¿El lunes?

Otro asentimiento.

—¿A qué número llamasteis?

—Al de antes.

—De antes, ¿cuándo?

—Cuando vamos a coger el dinero.

Parecía aburrirse, como si nada de esto tuviera que ver con él y quisiera simplemente terminar lo antes posible.

—¿Con quién hablasteis?

—Yo no hablo.

Claro. La banda debió de elegir como portavoz a alguien que se expresase mejor.

—¿No sabes nada de quién contestó? ¿Un hombre? ¿Una mujer? ¿Joven? ¿Viejo?

—¡Un hombre, claro! No de la familia. Como usted.

—¿Como yo?

—Del Norte.

Zen asintió, sosteniendo la mirada del hombre. El tiempo debía de estar haciéndose desesperadamente corto, pero no se atrevía a romper la concentración por mirar su reloj.

—El que odia a la policía por lo que le hicieron a su hermano, ¿cómo supo quién era yo?

—Dice que los huele.

El pie de Zen tiró de los tobillos del hombre y le hizo perder el equilibrio, de modo que cayó hacia adelante con un pequeño grito de dolor.

—¡Muy valiente, muy valiente! —comentó Zen mientras el hombre se esforzaba por ponerse nuevamente de pie—. Pero no tenemos tiempo para valentías. ¿Quién os dijo que yo iría al pago?

El hombre se quedó inmóvil, con los ojos cerrados, jadeando de dolor.

—Hay quien dice que los sureños son estúpidos —continuó Zen—. Espero que no vayas a confirmar eso con tu comportamiento. No puedo ayudarte si no sé quién era vuestro contacto.

Se acercó al prisionero y entró en el hábitat portátil de olores montañoses que lo rodeaba como una cubierta.

—¿Era uno de la familia?

No hubo respuesta.

—¿O alguien de la *Questura*?

Los párpados del hombre se movieron, pero no se abrieron.

—¿Uno llamado Lucaroni?

La mirada de Zen recorrió rápidamente el rostro del hombre.

—¿Chiadini?

Detrás de él se abrieron de golpe las puertas y unas botas golpearon en el suelo de parqué.

—¿Geraci?

De pronto los ojos del hombre estaban de nuevo sobre él, puros y transparentes y completamente vacíos de expresión.

—¿Todo bien? —preguntó el sargento mientras aparecía al lado de Zen—. No le dio ningún problema, ¿verdad?

—Todo estuvo bien, gracias.

El sargento abrió las esposas y el prisionero estiró los brazos con un largo gemido. Zen se abrochó el abrigo.

—Me voy, pues.

—Y si lo vi, no me acuerdo —dijo el sargento.

El Alfetta estaba aparcado fuera, en la acera, lo que obligaba a los peatones que pasaban a bajar a la calle congestionada de tráfico. Palottino estaba dentro del coche, leyendo un pasquín. En la portada se veía una mujer de grandes pechos, desnuda, que huía aterrorizada ante una enorme araña que blandía una sierra de cadena ensangrentada. Lloviznaba un poco y la hora punta de la tarde alcanzaba su clímax, pero, gracias a un sensato uso de la sirena y a la descarada violación de todas las normas de tráfico, el napolitano se las arregló para conducir el Alfetta entre la maraña de coches como si no existiera. Mientras tanto, Zen miraba las estrechas calles adoquinadas, que hormigueaban con estrafalario detalle, hasta un punto que parecía casi irreal, como el fondo cuidadosamente artificial de una película. Pero no era más que el efecto de su contraste con aquel otro mundo, un mundo de artificiosa monotonía, hecho para veinte mil personas pero habitado por más del doble. De todos ellos, muchos se mataban cada año y unos cincuenta más eran asesinados. Un mundo cuyo poderoso desinfectante se filtraría a la sangre y a las venas de los pastores, violentos y gentiles, que habían secuestrado a Ruggiero Miletti, hasta que la locura los pusiera a salvo.

Zen encendió un Nazionale y se estiró cómodamente. Lo que le había dicho el

calabrés lo hacía todo fácil. Todo lo que tenía que hacer era comunicarse con Rosella Foria antes de que saliera para Florencia y pasarle la información que había obtenido. Después podría regresar a Roma, exonerado y con la conciencia limpia. La clave estaba en que los secuestradores habían telefoneado el lunes, no el martes, y que el número que habían marcado era el que les había dado la familia antes del pago, como estipulaba la carta de Ruggiero. Quien hubiera recibido esa llamada era por lo menos cómplice del asesinato de Ruggiero y podría ser arrestado de inmediato. El resto se desarrollaría por sí mismo.

Cuando alcanzaron la autopista, que ascendía hacia la lluviosa oscuridad, Zen sintió que de pronto le daba vueltas la cabeza, y le pidió a Palottino que se detuviera en un área de servicio para comer algo. Diez minutos más tarde se encontraban sentados a la mesa de formica de un restaurante con vistas a la autopista. Zen le tomaba el pelo a su chófer a propósito de un panda de juguete que este había comprado para la hija pequeña de su hermano, su sobrina favorita. Palottino sacó unas cuantas fotografías de la niña, y ambos las admiraron. Animado por el buen humor de su jefe, el napolitano preguntó cómo iban las cosas. Zen se sentía tan relajado y obsequioso que le contó lo que había ocurrido en Florencia. Palottino se rio de buen grado de la trampa que Zen había tendido para lograr ver a los secuestradores y de la descripción que Zen hizo del lánguido joven capitán que había caído en ella. Pero cuando llegaron a las revelaciones del prisionero, cogió todo el asunto por el lado equivocado.

—¡Llamaron a otro número y otro día! —se mofó—. ¡Ah, claro, qué inteligentes! Pero ¿nos toman por idiotas?

—¿Perdón?

—Bueno, nadie les va a creer eso, ¿o sí? No si hay una grabación, archivada y fechada, de esa misma llamada, hecha el martes. O sea que es una típica tomadura de pelo, ¿no es verdad?

Zen lo miró fijamente. Parecía tener problemas para concentrarse.

—No, no. No has entendido. Llamaron a «otro» número, no al de la casa Miletti. El lunes.

Al comprender el mensaje, Palottino dio un rápido giro en U.

—¡Ah, ya veo! Usted quiere decir que usted «sabe» que lo hicieron. Perdone, jefe, no me había dado cuenta de eso. Pensé que no era más que un asunto de la palabra de ellos contra una grabación oficial. Y como decimos en Nápoles, nunca le creas a un calabrés, a menos que te diga que está mintiendo.

Zen miró hacia abajo el opaco brillo de la mesa bajo la luz de neón. Se levantó de pronto.

—Tengo que ir al servicio. Nos vemos en el coche.

Mientras se lavaba las manos, Zen miró su cara en el espejo, de encima del lavabo. ¿Cómo no había visto algo que era tan obvio incluso para un cabeza dura como Palottino? ¿Cómo pudo haber supuesto por un segundo que las afirmaciones

sin prueba de los secuestradores podían ser tomadas en serio por alguien? Al contrario, serían desechadas con indignación como un débil y horroroso intento de añadir humillaciones a las injurias. Se diría que una salvaje banda de asesinos quería calumniar a la familia del hombre que acababan de asesinar brutalmente.

Era la tarde del jueves. Su autoridad en Perugia terminaría el viernes a medianoche. Eso le daba apenas algo más de veinticuatro horas. Telefoneó al agente de servicio nocturno de la *Questura* de Perugia y luego, como le sobraron unas cuantas fichas, marcó el número de Ellen en Roma. Pero en cuanto empezó a sonar bajó la horquilla con el dedo y cortó la comunicación.

Debió de dormitar un rato, pues la siguiente cosa de la que tuvo conciencia fue que sentía frío y ansiedad. Por la ventanilla pudo ver la parte superior de un enorme planeta que casi llenaba el cielo nocturno. El choque en el que la Tierra sería inevitablemente destruida estaba muy cerca ya, pues a pesar de su impresionante tamaño era perceptible el movimiento del planeta. Estaba tan cerca que podía distinguir las luces de sus cientos de ciudades salpicando toda la superficie, curva y monstruosa.

—¡Hijo de «puta»!

La palabra viró de pronto, giró, se enderezó.

—Malditos camioneros, se creen dueños de la carretera —comentó Palottino.

Cuando Zen volvió a mirar, el planeta destructor se había convertido en una sierra alisada por la oscuridad bajo un cielo iluminado por la luna, y sus cientos de ciudades se habían convertido en las centelleantes luces de Perugia.

Hacía apenas un momento que habían sonado las diez, pero la calles estaban desiertas. Palottino entró en el *parking* donde nunca era de noche y ambos bajaron del coche, vigilados por un guardia desde el techo de la prisión. En el liso muro de la *Questura*, frente a ellos, la luz del despacho de Zen, en el tercer piso, estaba encendida.

Geraci debió de haber oído sus pasos, porque cuando entró Zen estaba junto a la ventana, con una expresión curiosa y respetuosa.

—Noches, jefe. ¿Qué hay, pues?

El agente de servicio le había dicho que se presentara en la *Questura* y esperara nuevas órdenes. Zen hizo un gesto con la mano al inspector para indicarle que se sentara y rodeó su escritorio y se sentó, frotándose los ojos.

—Acabo de volver de Florencia. Los militares han cogido a toda la banda. A todos. Bueno, no a todos.

La expresión de Geraci cambió casi imperceptiblemente, como el rostro de alguien que acaba de morir. El silencio volvió a tomar cuerpo. Zen sintió que comenzaba a deslizarse de nuevo en su interrumpido sueño y se esforzó por mantener abiertos los ojos, mirando insistentemente a Geraci hasta que este desvió la mirada.

—Nunca habría aceptado, si no hubiera sido por el niño —dijo.

—¿Cuánto te ofrecieron?

—No fue el dinero —respondió Geraci con desprecio—. Éramos del mismo lugar, de pueblos vecinos. Simplemente me pidieron que los ayudara. Yo no ganaría nada, solo la buena voluntad de ciertas personas de respeto.

Sacudió la cabeza ante la imposibilidad de que alguien del Norte entendiera estas cosas.

—De todas maneras dije que no. Así que empezaron las amenazas, aunque no les gustara hacerlas. Para ellos son signo de debilidad. Pero me lo habían pedido y yo me había negado. Eso no pueden permitirlo.

Hizo una pausa y suspiró.

—Antes de Navidad recibí noticias de mi hermana. Su hijo pequeño, una criaturita de tres años, había sido cogido. Unos días después llegó una carta para mí. En ella había un pedazo de piel y una uña pequeñita. Le habían amputado el dedo con un cortaalambres. Yo nunca había pensado que las uñas fueran hermosas, hasta que vi esta, una obra de arte en miniatura. Esa tarde me llamaron otra vez. El chico tenía aún nueve uñas en las manos y diez en los pies, dijeron. Acepté hacer lo que me pedían.

Zen empujó hacia atrás su silla y se levantó, tratando de dominar de nuevo la situación, de sobreponerse a la compasión que amenazaba con tragárselo.

—¿Y qué era?

—Hacer que me trasladaran a la brigada que investigaba el secuestro y pasarles toda la información que pudiera serles útil.

—¿Te dieron ellos la grabadora y el crucifijo?

—No hasta que llegó usted. Mientras Priorelli estaba a cargo del caso, no me hacía falta, porque siempre decía abiertamente cuáles eran sus planes. Pero nadie sabía nunca qué estaba usted pensando o qué iba a hacer.

Zen se permitió saborear por un instante la ironía de esto. Había sido reservado frente a sus propios subordinados porque pensaba que estaban todos en su contra ¡y pasaban información al *Questore*, si no al Ministerio o a los Servicios de Seguridad!

—¿Dónde estaba el receptor?

—En el armario de las escobas, al final del pasillo, escondido bajo una pila de cajas viejas y papeles. Yo escuchaba las grabaciones en mi casa y anotaba lo importante.

—¿Y los contactos con la banda? ¡Vamos, Geraci! Quiero irme a casa ya, quiero meterme en la cama. No me hagas hacer todo el trabajo.

—Puse un anuncio en el periódico en el que ofrecía en venta un bote. El día que apareció el anuncio tomé un tren, me subí al primer vagón y dejé el sobre en la papelera del servicio.

Zen movió lentamente la cabeza. Su disgusto era tanto consigo mismo como con Geraci, pero el inspector de pronto se encendió.

—¡Yo no era el mierda mayor de todo esto! ¡También uno de los Miletta estaba metido! ¿Se lo puede imaginar? ¡Traicionar al padre de uno! Yo por lo menos no caí tan bajo.

Zen movió la mano con cansancio.

—No pierdas el tiempo tratando de echar mierda sobre la familia. No me interesa.  
Geraci se puso de pie.

—¡De verdad, le digo! Yo tenía que recoger sus mensajes en un área de servicio de la autopista y dejarlos en el tren, igual que con los míos. Una vez llegué temprano y lo vi.

—¿Quién era, pues?

—No lo sé.

Zen bufó su desprecio.

—Estaba envuelto en un abrigo y llevaba bufanda y gafas de sol. Yo lo miraba desde lejos. Yo tampoco quería arriesgarme a ser reconocido.

—¿Cómo llegó allí?

—En un turismo Fiat Argenta azul.

—¿Había alguien más en el coche?

—No.

—Descríbelo.

—Muy bajo de estatura. Complexión mediana.

—¿Cómo sabes que no era una mujer?

—Porque me llamó para decir que iría. Era un hombre, seguro.

Zen se volvió hacia la ventana, como si temiera que en su rostro se pudiera ver lo que pensaba. Daniele y Silvio quedaban descartados. Pietro también. La voz de Ivy Cook era lo suficientemente profunda para poder ser tomada por la de un hombre, pero era demasiado alta. Cinzia tenía la estatura, pero su voz era casi históricamente femenina. No, en verdad solo podía tratarse de una persona.

—¿Cuántas veces ocurrió esto?

—En total, cuatro. Puedo darle las fechas.

Geraci sacó su libreta y garabateó en una hoja en blanco que luego arrancó y extendió a Zen.

—¿Dónde dejaba los mensajes él?

—En el área de servicio de Valdichiana. El sobre estaba dentro de la última revista de la hilera superior, a la derecha.

Zen suspiró.

—Resumiendo, afirmas que una persona desconocida, que conducía un turismo Fiat Argenta azul y vestía de hombre, dejó cuatro sobres en el área de servicio de una autopista. No sabes quién era, por qué lo hacía ni qué había en los sobres, y nada de eso puedes probar. ¿Te parece que eso es de mucha ayuda?

Geraci desvió la mirada con frustración.

—¡Ah, es inútil! No es hacer cosas incorrectas lo que importa, sino ser cogido.

Zen pensó que lo mismo era incluso más verdad respecto de las cosas correctas. El que actúa incorrectamente despierta inconfesadas admiraciones, pero si uno pretende ser piadoso y generoso sin que la gente lo desprecie, entonces tiene que ser

de veras sumamente cuidadoso.

—Mañana será mi último día en Perugia —dijo cansadamente—. Mi gira de trabajo no ha sido que digamos un éxito sonado, y la publicación de que uno de mis inspectores era espía de la banda que yo debía perseguir solo echaría paja al fuego. Así que te voy a dejar en paz, Geraci. No te lo mereces, pero yo sí.

El inspector lo miró con inmensa cautela, sin atreverse a entender.

—Mi conversación con los secuestradores fue privada. Por mí, puede seguir siéndolo. Preferiría con mucho encerrarte, pero para suerte tuya no puedo permitírmelo.

Los ojos de Geraci brillaban de emoción.

—*Dottore*, mi madre va a...

—¡Ahórrate a tu madre, Geraci! Es en mí en quien estoy pensando, no en tu madre ni en alguien más. Seguro que conoces algún doctor que puedas sobornar. Quiero que obtengas un permiso indefinido por enfermedad a partir de mañana. Puedes pasar tu tiempo libre escribiendo una solicitud de traslado a la guardia forestal. No te quedarás en la policía, ¡eso está clarísimo! Ahora lárgate, antes de que cambie de opinión.

Geraci retrocedió hacia la puerta.

—Dios lo bendiga, señor.

La puerta se cerró silenciosamente tras él.

—Dios nos ampare —dijo Zen entre dientes.

Sonaban las nueve cuando salió del hotel a la mañana siguiente y aspiró el aire delicioso que avivaba una brisa juguetona. «Después de esto —pensó—, respirar las miasmas vaporosas de la capital será como beber agua del Tíber después de San Pellegrino». A medio camino, en el Corso, unos obreros levantaban una plataforma. Se oía el tintineo de los martillazos, fuera de sincronía con los movimientos de brazo que los producían. Al acercarse, el problema se fue corrigiendo, como si el proyccionista se hubiera aplicado al asunto y hubiera hecho los ajustes necesarios. Para cuando salió de su café favorito, donde se tomó un buen capuchino, hecho con leche fresca de una lechera, la espuma firme como claras montadas a punto de nieve, el mismo proceso había tenido curso en su cabeza. Pero la impresión de que las cosas tomarían finalmente su lugar no duró mucho.

—Todo el material ha sido llevado arriba —le dijo el técnico de servicio en el cuarto de las intervenciones de los tribunales.

—¿Y las transcripciones?

El hombre agitó la cabeza.

—Todo arriba, con los jueces. Con esa ya acabamos. Desconectamos la línea y todo.

Zen vaciló un momento.

—¿Puedo usar el teléfono?

—Hágalo.

Había una lista de los números internos colgada de la pared, junto al teléfono. Marcó el número de Luciano Bartocci.

—*¿Diga?*

—Al final no dio igual.

—*¿Quién llama?*

—Vuelvo mañana a Roma. Pero antes quisiera hablar con usted. Sobre *ratkings*.

—*Estoy muy ocupado.*

—Será solo un momento.

El técnico estaba muy atareado colocando la guía del carrete en el extremo de una cinta. Su trabajo probablemente le dejaba pocas oportunidades de interesarse en las conversaciones ajenas, pero Zen mantuvo baja la voz.

—Es de vital importancia.

Hablaba muy despacio, subrayando cada palabra para que Bartocci tuviera tiempo de reflexionar.

—*En una media hora. En el techo del edificio del mercado.*

Zen se abrió paso entre las mujeres que vendían rosquillas y flores y entre un grupo de estudiantes africanos que se reían de las fotografías que acababan de hacerse en una máquina. El terrado que había en el techo del mercado estaba desierto, excepto por una bandada de palomas y las dos muchachas nórdicas, una de las cuales dibujaba el paisaje, mientras la otra tomaba el sol, con la cabeza cómodamente apoyada en el regazo de su amiga. El charco que dejaba la gotera de un grifo se había congelado durante la noche y todavía no se había derretido del todo, así que las palomas resbalaban y patinaban al acercarse a beber.

Cuando apareció Luciano Bartocci, tenso y cauteloso, Zen fue directamente al grano.

—Necesito consultar un documento.

—Pídaselo a Foria.

—No está. Y es urgente.

Bartocci sacudió la cabeza.

—Imposible.

—Solo necesito una copia de la transcripción que se hizo de la llamada en que la banda comunicó a los Miletta que había liberado a Ruggiero.

—¿Para qué?

—Los *carabinieri* de Florencia han arrestado a los secuestradores. He ido a verlos. Ellos no mataron a Ruggiero.

—¿Y eso qué tiene que ver con usted? ¿O conmigo, para el caso? Rosella Foria es quien está investigando el asesinato de Miletta. Que investigue ella. Es su trabajo. ¿O se cree usted más inteligente que ella?

—Creo que yo entiendo mejor la situación, gracias a usted.



Bartocci sonrió ante este torpe intento de adulación.

—¿Recuerda aquello que me dijo sobre los *ratkings*? —dijo Zen—. ¿Cómo cada rata defiende los intereses de las otras y cómo la fuerza de una es la fuerza de todas? Bueno, pues creo que hay un caso en que esto no se aplica, donde el sistema se invierte y cada una de las ratas se vuelve contra las demás.

—¿Cuál es ese caso?

—Cuando sienten que una de ellas está lesionada.

El magistrado agitó la cabeza.

—Simplemente se desharían de la rata lesionada.

—Pero suponga que no saben cuál es.

Bartocci lo pensó un momento.

—Suenan todo un poco teóricos.

—De acuerdo. Lo que quiero es someter a prueba la teoría. Y para eso necesito esa transcripción.

Una o dos palomas picoteaban ya a sus pies, con los brillantes ojos atentos a un posible manotazo. A Bartocci claramente le hubiera gustado mandar a Zen al infierno, pero se veía atrapado por esa relación que tanto trabajo se había tomado en crear él mismo, y no era lo suficientemente cínico como para cortarla entonces que ya no le servía a él pero sí al otro. Al fin y al cabo lo menos problemático era ceder.

—¿Recuerda el bar al que fuimos en la Piazza Matteotti? —preguntó—. Vaya allí un poco más tarde, hacia el mediodía. Si hay algo allí para usted, léalo, ciérrelo de nuevo y devuélvalo. Si no hay nada, váyase. Y quédese lejos.

En el Corso habían cesado los martillazos y estaban decorando la plataforma con banderas y empavesadas y carteles que invitaban a un discurso político al día siguiente. «Para entonces —pensó Zen—, ya estaré de vuelta en Roma, pase lo que pase». Y halló este pensamiento extrañamente tranquilizador.

Como siempre, un malhumorado grupo de personas estaba a cargo de la biblioteca pública, como si fuera una rama del servicio carcelario. Como Zen no era un miembro registrado, tuvo que echar mano de su identificación policíaca incluso para que lo dejaran entrar. Subió a la sala de periódicos del segundo piso y le dijo a una dependienta que quería consultar algunos ejemplares atrasados del periódico local.

—Llene una solicitud —respondió ella sin apartar la vista de su tejido.

No había solicitud alguna a la vista, pero otro de los reclusos le dijo que las guardaban en el pasillo del piso de arriba.

—¿Y el número de referencia? —preguntó la mujer cuando Zen le entregó su solicitud. La punta de su aguja de acero trazó líneas en un aire tan neutro como el rostro de Zen.

—No sé cuál es el número de referencia.

—¡Búsquelo!

—¿Podría hacerlo usted?

—No es mi trabajo llenar solicitudes. Tiene que mirar en el fichero.

El fichero estaba en el sótano. Le tomó veinte minutos localizar la sección donde se encontraba el periódico que buscaba. Como los ejemplares de cada mes tenían referencias diferentes, se vio obligado a llenar seis solicitudes, por lo que tuvo que volver al tercer piso y copiar su nombre, dirección, profesión y motivos de la consulta doce veces.

Volvió hacia las diez y media. La mujer adelantaba en su tejido. Apartó las solicitudes.

—No se aceptan más de tres solicitudes a la vez.

Zen volvió a extenderle las solicitudes que correspondían a los tres últimos meses. La mujer las revisó en vano tratando de encontrar más errores u omisiones, puso a un lado su tejido con un suspiro de fastidio y se alejó. En cuanto desapareció, Zen sacó su navaja y cortó un punto en medio del trabajo que ella acababa de terminar.

No tenía por qué haberse dado prisa. Otros diez minutos pasaron antes de que volviera, empujando un carrito donde había tres grandes carpetas atadas con una cinta negra.

—Mantenga las páginas en orden los bordes rectos alineadas las esquinas no pliegue ni arrugue ni arranque déjelos en su lugar cuando termine —le dijo.

En cuanto comenzó a buscar entre los anuncios clasificados, Zen se dio cuenta de por qué los secuestradores habían elegido un bote como señal. Perugia está tan lejos del mar como puede estarlo una ciudad italiana, y especialmente durante el invierno el interés por los botes es bajo. Así que había pocas oportunidades de que la banda pasara por alto alguno de los mensajes que le enviaban. Descubrir los anuncios que confirmaban la historia de Geraci era gratificante, pero lo que de verdad animó a Zen fue un anuncio que había aparecido el viernes anterior, un día después de que los Miletti recibieran la carta en la que Ruggiero les daba las últimas instrucciones para el pago final del rescate. «Se vende transmisor-receptor —decía—. Llamar al 8818 después de las 7.»

Parecía bastante inocuo y, sin embargo, Zen se sentía como un astrónomo mirando un planeta que había previsto en sus cálculos. Ese era el eslabón que unía todo y lo hacía tener sentido. Era como un sueño en el que, después de agotarse golpeando con los puños una puerta cerrada, se retirara dos pasos hacia atrás y descubriera que no había paredes a los lados. ¡Claro! Era tan simple, tan obvio.

En el bar, frente al correo, un barrendero explicaba cómo elegiría a los jugadores de la selección nacional de fútbol.

—Demasiados sofistas, ese es el problema. Uno de ellos coge el balón y ve un hueco. Entonces solo se le ocurre tirar para adelante, y que se pudra el resto del equipo. Cuando resulta es buenísimo, os lo aseguro, pero ¿cuántas veces pasa, eh? No, al final lo que cuenta son los porcentajes, y eso es lo que no ven. Lo que necesitamos es más disciplina, más organización, más trabajo de equipo.

—Bueno, ya está —dijo el barman, alzando interrogativamente la barbilla hacia un nuevo cliente.

Zen se identificó y le extendieron un sobre blanco que se hallaba entre dos botellas de jarabe de frutas. Lo abrió y sacó la fotocopia de una página mecanografiada:

INTERVENIDO: *¿Diga?*

LLAMADOR: *Verona.*

INTERVENIDO: *¿Qué? Se ha equivocado de número.*

LLAMADOR: *Muy bien, oiga. Hemos soltado al dottore Miletti. ¿Comprende? Pero alguien tendrá que venir a recogerlo. No puede andar, por su pierna. Le diré cómo encontrarlo.*

INTERVENIDO: *¡Un momento! ¡Baja esa música, Daniele!*

LLAMADOR: *... carretera de Foligno. Al pasar Santa Maria degli Angeli a la derecha, carretera de Cannara. Hasta el poste de telégrafo que tiene una marca, y gire a la izquierda. La segunda a la derecha y, un kilómetro después, se verá una construcción junto al camino, a mano izquierda. El padre de los Miletti.*

INTERVENIDO: *¡Espere un segundo! ¿La segunda a la derecha o a la izquierda? ¿Hola? ¿Hola?*

Zen miró hacia arriba mientras la respiración se le hacía rápida y entrecortada. Metió la fotocopia en el sobre, lo cerró y se le extendió al barman. Luego compró una ficha y llamó al laboratorio de la policía. «El cabello o es claro o es dorado», le había dicho Lucaroni. Pero no todo lo dorado es cabello, confirmó el laboratorio. Los hilos amarillos que se encontraron en el Fiat que habían examinado formaban parte de una peluca sintética de mal gusto.

Salió a la brillante luz parpadeando como un topo. La última pieza del rompecabezas estaba en su lugar. Sabía quién lo había hecho y cómo lo había hecho, y era la única persona que lo sabía, aparte el asesino. Durante unas cuantas horas más la situación podría continuar inestable, así que se guardó las mejores cartas en la manga. Si las jugaba bien, entonces quizá por esa vez los cabrones no se saldrían con la suya. Trató de no pensar en lo que podría ocurrir si las jugaba mal.

## X

**G**IANLUIGI Santucci estaba sentado a la cabecera, mirando a su familia alimentarse. Aunque apenas había visto a su esposa tomar un bocado, su plato ya estaba vacío. Se preguntó cómo lograba hacerlo, dado que había estado hablando sin parar casi desde que se sentaron a la mesa. Al principio, su hija Loredana solo había tomado cuatro *ravioli*, que luego aumentó a cinco bajo la insistente presión de su madre. Pero como solo se había comido la mitad, esta aparente victoria resultaba, como tantas otras cosas en el círculo familiar, ilusoria. A Gianluigi no le hacía falta leer la bazofia que había en las revistas psicológicas de Cinzia para saber que para Loredana era sagrado el suelo que él pisaba. Una de las maneras en que esto se manifestaba era que Loredana imitaba la magra dieta a la que su padre se hallaba reducido a causa de sus problemas digestivos. Porque, aunque Gianluigi estaba orgulloso de la bonanza material que llevaba a su familia, este era casi el único placer que podía encontrar desde que este maldito intruso se había instalado en sus tripas.

¡Con qué triunfalismo lo habría visto su madre! De niño, Gianluigi no se había parecido a la quisquillosa Loredana, sino al pequeño Sergio, que estaba allí con la cara alegremente salpicada de tomate, haciendo desaparecer los cuadraditos pegajosos con la misma concentración que pronto dedicaría a la masturbación. También Gianluigi había sido un tragón, y comía como si tuviera la misión secreta de devorar el mundo. Su madre nunca lo dejaba en paz al respecto. «No comas tan rápido, te hace daño. No comas pan antes de la pasta, te hace daño. No le pongas aceite a la carne, te hace daño». Pero nunca había comprendido la fuente secreta del apetito de su hijo: una punzante envidia por un hermano mayor que parecía enorme y más afortunado. Pasquale podía dominar una habitación con solo entrar en ella, y hasta su ausencia parecía tener más interés que la presencia de Gianluigi. «Si no comes no vas a crecer», le había dicho su madre. Gianluigi se metió esto en la cabeza y se dispuso a abrirse a bocados un futuro en el que sería más grande y mejor que todos. Pero el único resultado había sido una condición estomacal que le impedía cualquier otra cosa que no fuera mordisquear unas migajas mientras el dolor le recorría las entrañas como una rata.

Sin embargo, no se le había quitado el hambre. Solo había tomado una forma distinta. Nada podía hacer respecto de su tamaño físico, pero en cualquier otro terreno había sobrepasado fácilmente a su hermano. Pasquale era entonces dentista, responsable de curar la mitad de los dolores de muelas de Siena, y de provocar la otra mitad, como solía bromear él mismo. Pero no tenía hijos varones sino tres niñas y su esposa era una puta —Gianluigi mismo se había acostado con ella tres veces el último verano— y, aunque tenía unos ingresos respetables, su rival podía poner por lo

menos dos liras frente a cada una de las suyas. Y eso era solo el principio. Los sucesos de la última semana habían abierto unas perspectivas que incluso Gianluigi encontraba un poco vertiginosas.

No es que no estuviera preparado para la cosecha que la muerte de Ruggiero prometía acarrear. Al contrario, había estado trabajando para ello desde el momento en que conoció a Cinzia Miletti. Porque a fin de cuentas Pasquale había resultado una gran decepción. Como muchos jóvenes precoces, había conocido una pronta declinación y se había vuelto gordo y complaciente y ya no representaba un reto para la fuente de ambiciones que bullía y quemaba en el estómago de Gianluigi como un exceso de ácidos gástricos. Él necesitaba forraje, y su solución había sido casarse y entrar en una familia llena de hermanos y ponerlos a todos bajo su férula. Había esperado dedicar sus energías a esto durante años, así que su placer ante la manera en que se habían resuelto las cosas se mezclaba con un cierto pesar por la rapidez con que había ocurrido. El trato con los japoneses, en el que había invertido tanto trabajo y tanta habilidad, era ya irrelevante. El testamento de Ruggiero no daría sorpresas. Cada uno de sus hijos recibiría el veinticinco por ciento de la SIMP. La tajada de Cinzia ya estaba en sus manos, por supuesto, y podía contar con la de Daniele también. No era solo cuestión del dinero que había estado prestándole al muchacho desde que se metió en líos de drogas, aunque a esas alturas ya sumaba casi cien millones de liras. Daniele estaba atrapado en algo que producía la misma adicción que las drogas duras y que resultaba casi tan caro: un mercado de la moda cuya única función era ostentar el poder adquisitivo de los que entraban en él, o más bien el de sus padres. Aceptar que no podría seguir compitiendo porque su padre le había vuelto la espalda hubiera sido la última humillación que el chico podría recibir, así que había aceptado con alegría la ayuda de su cuñado. Pero lo que hacía que Gianluigi estuviera seguro del apoyo de Daniele era la certeza de que el chico lo admiraba. Pietro nunca había entendido esto y nunca había podido aceptar que el héroe de su hermano menor fuera ese extraño en la familia, ese toscano ambicioso y egoísta. Tendría que pagar por ello. Uno de los axiomas de Gianluigi era que uno siempre pagaba por la falta de claridad y realismo. Mientras tanto, él aceptaba el homenaje de Daniele como aceptaba el de su propia hija, sin pensar que la relación pudiera terminar. El hecho era que el chico no tenía la menor esperanza de llegar jamás a algo y era un niño mimado, débil, inútil y sin ese amargo dolor interior que lleva adelante a un hombre.

Así que allí estaba, controlando ya efectivamente el cincuenta por ciento de la SIMP. Si Pietro se daba cuenta de ello y contaba con Silvio para balancear la situación, se equivocaba rotundamente. Porque a la hora de la verdad Silvio también lo apoyaría a él. Esto era algo de lo que Pietro no tenía ni idea, por la simple razón de que ni siquiera Silvio lo sabía, y aun lo habría negado estentóreamente si se lo hubieran preguntado. Sin embargo, cuando llegara el momento, votaría por Gianluigi, a causa de las fotografías. Gianluigi había pagado cinco millones por ellas a una agencia de detectives de Milán, pero igual que las asignaciones de Daniele, era dinero

bien invertido. Esas fotografías lo harían dueño incuestionable del imperio Miletto. Había sido un asunto como para destrozarle los nervios a cualquiera, sobre todo las últimas semanas. Gianluigi se preguntaba qué pensaría su propia familia si supiera los riesgos que había corrido. Pero entonces todo había terminado y él había quedado en la cima. Los Miletto habían dejado claro desde el principio que jugaban a que el ganador se llevaba todo. ¡Y él lo haría, lo haría!

Sonó el timbre y Margherita dejó el plato de pescado frito que estaba sirviendo para ir a abrir la puerta.

—¿Quién diablos puede ser? —se preguntó Cinzia en voz alta—. Qué ideas, ni siquiera la hora del almuerzo es sagrada ya, no me sorprende que haya tanta tensión y angustias en el mundo, acábate tu pasta, Loredana.

El ama apareció en la puerta.

—Es la policía, *dottore*.

Gianluigi estaba acostumbrado a vivir con los dolores, pero el que en ese momento le cruzó el pecho le era desconocido.

—Diles que vuelvan luego —le dijo su esposa al ama, como si fuera así de fácil, como si no hubiera de qué preocuparse—. De verdad, qué mal, es un caos, una intromisión.

—No, yo los echaré.

Se puso de pie, haciendo acopio de su fuerza, su coraje, su inteligencia.

Las palabras de Margherita habían convocado una imagen de hombres armados que rodeaban la casa, así que Gianluigi se sintió aliviado cuando llegó a la puerta y encontró solo a Zen. Pero el alivio lo hizo enfurecerse por el susto innecesario.

—¿Qué diablos quiere ahora, Zen? ¿No ve que es la hora del almuerzo?

—Lamento molestarlo, *dottore*, pero se trata de algo de la mayor urgencia.

—Más vale que lo sea.

Se sentía de nuevo seguro de sí mismo y controlaba la situación. De esta suerte de confrontaciones estaba hecha su vida, para la cual se había entrenado como un atleta. Una vez controlado el primer momento de pánico, era un placer ejercitar sus considerables habilidades.

—De acuerdo con nuestros registros —continuó Zen—, su esposa es propietaria de una pistola Beretta. Me gustaría examinarla, con la intención de eliminarla de nuestras pesquisas.

—Déjeme ver su orden de registro.

—Esto no es un registro.

Gianluigi dejó que sus cejas se alzaran.

—Ah, muy bien. ¿Qué diablos hace usted entonces, interrumpiéndome así, a mitad del almuerzo, sin el menor aviso?

—Se trata de una investigación previa conforme al artículo 225 del Código Penal. Los resultados de ella serán comunicados a la fiscalía pública, que expedirá a su tiempo una orden de registro, en la que constará su falta de cooperación. Pero ¿cuál

es el problema? Tiene usted la pistola, ¿no es verdad?

—Por supuesto.

Esta respuesta automática fue su primer error, pues concedía a Zen el derecho a interrogarlo. Pero el súbito cambio de tono lo había tomado por sorpresa.

—Entonces, ¿por qué no me la muestra simplemente? —sugirió Zen—. Eso nos ahorraría a ambos molestias innecesarias.

Se oyó cómo se acercaban los pies descalzos de Cinzia.

—¿Qué ocurre, Lulu? Oh, comisario, pensé que estaría ya de vuelta en Roma. Debería estarlo.

Cinzia y Zen intercambiaron una larga mirada.

—Sigue con el almuerzo —le dijo Gianluigi a su mujer—. Yo me encargo de esto.

Gianluigi se dio cuenta de que su anterior posición de intransigencia parecería forzada después de esta interrupción, así que le dijo a su visitante que esperara, atravesó la sala y abrió el cajón superior del viejo escritorio donde guardaba la pistola.

No estaba allí.

Durante treinta segundos se quedó inmóvil, pensando. Pero aunque la desaparición de la pistola era a la vez misteriosa y embarazosa, nada tenía que temer. Volvió a la puerta.

—Mire, parece que la han puesto en otro sitio —le dijo a Zen, que estaba apoyado en la pared fumando un cigarrillo—. Tal vez la asistenta la ha cambiado de lugar. La buscaremos con cuidado esta tarde, o mañana, si quiere comunicarse luego conmigo.

Estaba ya cerrando la puerta cuando Zen replicó.

—No importa. En realidad no vine por la pistola.

La puerta volvió a abrirse.

—¿Perdón?

—Ha ocurrido algo desafortunado, *dottore*. Hubo un soplo y los *carabinieri* han arrestado a casi toda la banda que secuestró a su suegro. Entre otras cosas, han estado hablando de su contacto dentro de la familia Miletta, del que dejaba mensajes en una revista, en un área de servicio de la autopista. La última revista a la derecha, en la hilera más alta, creo.

El dolor exótico cruzó otra vez el pecho de Gianluigi.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Pronunciar estas palabras fue una de las tareas más difíciles que recordaba haber emprendido.

—Bueno, eso depende de cómo lo mire. A primera vista no se trata más que de un alegato sin base, hecho por una banda de conocidos criminales. Pero por otra parte no es fácil ver qué podrían ganar con una mentira así. Nosotros sospechábamos hace mucho que alguien informaba a la banda de los puntos fuertes y los puntos débiles que había en la familia durante las negociaciones, pero no sabíamos quién era. Pietro

estuvo en Londres la mayor parte del tiempo. Si los mensajes se dejaban en la autopista, Silvio quedaba excluido, porque no conduce. En cuanto a Daniele, la banda asegura que la persona que los dejaba era baja y de complexión delgada, así que él no pudo ser. En cierto sentido es cuestión de quién nos queda.

Arrojó la colilla de su cigarrillo a la grava de la vereda, donde siguió ardiendo.

—Pero hay más. Antes que nada, la magistrada a cargo de la investigación buscará un motivo. Si se tratara solo de arruinar a la familia Miletta, el informante podría haber revelado sin más el monto real de las finanzas familiares, pero en lugar de eso escogió pasar unas cuantas migajas de información, de manera que las negociaciones se alargaran lo más posible. La magistrada se interesará, pues, en cualquiera que hubiera podido obtener alguna ventaja de la tardanza en la liberación de Ruggiero, sobre todo teniendo en cuenta la necesidad de reavivar la SIMP con una enorme inyección de dinero. Dinero de una compañía japonesa, por ejemplo.

El silencio que siguió fue tan largo y significativo como las palabras que lo precedieron. Lo que se dijera en ese momento tendría enormes resonancias, y saberlo era tan inhibitorio como la acústica de una gran iglesia.

—Creo que usted está lleno de mierda —murmuró finalmente Gianluigi, lenta y claramente—. Y voy a averiguarlo. Si lo está, le aseguro que haré que se ahogue en ella.

Entró y se dirigió a su estudio, con el corazón vuelto un manicomio lleno de los desesperados gritos de los desgraciados y la cabeza convertida en una biblioteca fría y aireada donde astutos hombres debatían sobre estrategia. Norberto era el mejor camino a seguir. Como miembro del consejo regional estaba enterado de casi todo lo que ocurría y podía averiguar lo que no sabía de manera rápida y con total discreción.

—¿Norberto? Gianluigi Santucci. Sí, yo también. Lo siento, pero no puedo esperar. Alguien acaba de decirme que algo ha ocurrido en el caso Miletta, que ha habido unos arrestos. ¿Sabes algo?

Al percibir un movimiento, miró en derredor y encontró que Zen lo había seguido y estaba de pie junto a la puerta. Durante un momento Gianluigi estuvo tentado de hacerlo desaparecer, pero se contuvo. La noticia era buena. Era mucho mejor mostrarse tranquilo, un hombre que nada tiene que ocultar.

—¿Absolutamente nada? —confirmó—. ¡Eso me imaginaba!

—Que averigüe —le advirtió Zen—. Ocurrió en Florencia y los militares se lo están callando hasta que llegue la magistrada.

Gianluigi se mordió el labio.

—¿Podrías averiguar si hay más? —dijo en el teléfono—. ¿Tú me llamarás? Muy bien.

Mientras colgaba, la voz de Loredana chilló desde el comedor.

—¡Jesús, otra vez pudín de chocolate! ¿Qué queréis? ¿Envenenarme? ¡Si sabéis muy bien que odio el chocolate! ¡Me salen granos!

Mientras esperaba que Norberto encontrara a su contacto, Gianluigi pensó en



aquella otra llamada, unos días después de que Ruggiero fue secuestrado. A la banda le habían dado el teléfono de los Santucci como una línea «limpia» para comunicarse. Al principio Gianluigi había jugado francamente, pero cuando las modestas demandas de la banda fueron cubiertas con facilidad y vio que Ruggiero sería liberado en unos cuantos días, se le ocurrió que sería bueno retrasar el regreso del viejo. El trato con los japoneses estaba en la balanza, y con él el futuro de Gianluigi, porque si se llevaba a cabo sería un hombre hecho. Así que cuando la banda volvió a llamar expresó su sorpresa de que hubieran pedido tan poco, ya que la familia podía pagar mucho más. En ello implicaba que si necesitaban más información al respecto, la cosa podría arreglarse. Había sido un riesgo, por supuesto, pero cuidadosamente calculado, como todos los riesgos que tomaba. Los secuestradores no representarían una amenaza a menos que fueran cogidos, una posibilidad tan remota que Gianluigi la había descartado.

Sonó el teléfono.

—Bueno, parece estar mejor informado que yo, Santucci. La banda ha sido arrestada. Una magistrada ha ido a Florencia esta mañana para interrogarlos. ¿Hola? ¿Hola? ¿Estás ahí?

—Sí, sí, estoy aquí. Seguiremos en contacto.

«No veré crecer a los hijos de Loredana —pensó—, nunca llevaré de caza a Sergio». Pero esta rara debilidad no duró más que un momento. Entonces se dirigió al extremo del cuarto, abrió una puerta corredera que daba a una terraza y le hizo a Zen señas de que lo siguiera.

La terraza estaba cubierta por una pérgola cuyas parras comenzaban a echar brotes. Fuera estaba soleado, tranquilo y sorprendentemente caluroso.

—Así que me acusa usted de colaborar con los secuestradores de mi suegro, ¿no es eso? —preguntó Gianluigi a quemarropa.

Zen pareció arredrarse.

—¡Claro que no, *dottore!* Solo quería advertirle de ciertas cosas que podrían traerle problemas si no se toman las medidas necesarias. Eso es todo.

—¿En qué medidas está pensando?

Zen se levantó una mano y sacudió la cabeza.

—Eso es asunto suyo, *dottore*. Yo no tengo por qué saberlo. Pero cualquier cosa que decida tomará su tiempo, y tiempo es justo lo que no tenemos ahora. Rosella Foria está interrogando a la banda en este mismo momento, en Florencia. Debemos actuar de inmediato.

«Así que de eso se trataba, ¿eh? Gracias a Dios por la naturaleza humana —pensó Gianluigi—, ¡podrida hasta el tuétano!».

—Perdone, pero ¿qué le va a usted en esto? —preguntó directamente.

Zen hizo un pequeño gesto de embarazo.

—Hace unos cuatro años tuve un malentendido con mis superiores, en Roma. Me retiraron del servicio activo y me mandaron a hacer trabajo burocrático en el

Ministerio. A estas alturas ya no tengo mucho que esperar de mi carrera excepto la jubilación, pero esta dependerá de mi rango. Antes de que esto ocurriera estaba en la cola de promoción a *vicequestore*, pero ahora...

Gianluigi asintió y sonrió.

—Y todavía querría esa promoción.

Zen se encogió de hombros, con la vista discretamente baja.

—Habló de actuar —continuó Gianluigi—. ¿Qué tiene en mente?

—Bueno, hay otro factor en todo esto. Los secuestradores aceptan haber matado a Valesio, pero niegan el asesinato de Ruggiero. Lo que es más, uno de los Fiat de la SIMP fue visto cerca de la escena del crimen, conducido por una mujer rubia. Identifiqué el coche el mismo día que usted me encontró en el garaje, y luego lo hice robar y lo sometí a un examen forense.

Gianluigi permanecía en silencio. Un despliegue de indignación parecía fuera de lugar bajo las presentes circunstancias y, además, necesitaba ahorrar energías.

—Se encontraron muchos hilos —prosiguió Zen—. Hilos de una peluca rubia. Casi parece que alguien quería involucrar a su esposa, especialmente porque Ruggiero fue asesinado con una pistola como la de ella, la que ahora me dice usted que está perdida. Pero el caso es que todo esto nos pone al mismo tiempo frente a un riesgo y frente a una oportunidad.

Gianluigi casi no oyó esta última frase. «Una peluca rubia —pensaba—. Una “peluca” rubia».

Cuando sintió que el silencio se había extendido lo suficiente, murmuró:

—¿Quiere decir un riesgo para mi mujer?

Para su sorpresa, Zen se rio casi groseramente.

—¡No, *dottore*! Mire, Ruggiero fue asesinado el lunes, veinticuatro horas antes de que llamaran para decir que lo habían soltado. Solo los secuestradores sabían dónde estaba entonces, así que, si no lo mataron ellos, deben de habérselo dicho a la persona que lo hizo. Y solo había una persona que tuviera contacto con ellos.

—¡Yo no lo maté!

La voz de Gianluigi pasó de un grito a un susurro cuando se dio cuenta de que podrían oírlo.

Zen asintió con la cabeza serenamente.

—Ya lo sé, *dottore*. De otro modo no estaría aquí. Solo estoy señalándole que la magistrada va a dar por sentado que el informante de la banda y el asesino de Ruggiero Miletta son una sola y única persona. Es un riesgo que no debemos pasar por alto. Pero también nos ofrece una salida al otro problema. Porque si se da por hecho que el informante y el asesino son una misma persona, entonces, si logramos convencer a Rosella Foria de que fue uno de los otros quien cometió el asesinato, naturalmente va a asumir que ese otro era también quien pasaba la información.

Después de un momento de silencio, Gianluigi se echó a reír, como si acabaran de contarle una historia sobre las extrañas costumbres de algún país extranjero.

—¿Sabe, Zen? Creo que lo he subestimado —dijo.

—Tenemos una ventaja injusta en la policía. Todo el mundo da por hecho que somos estúpidos.

La sonrisa de Gianluigi desapareció de pronto.

—¡Pero no funcionará! ¿Se cree usted que los magistrados son niños? ¿Cómo puede suponer que puede implicar a uno de la familia en el asesinato de Ruggiero? ¡Es ridículo!

—Eso no importa. Se trata de hacer tanto ruido y crear tanta confusión como se pueda, y de lanzar mierda a todas partes. Y así, mientras Rosella Foria se atarea tratando de limpiarla, habrá suficiente tiempo para tomar las medidas que usted juzgue apropiadas para llegar a una solución final satisfactoria. Pero yo nada de eso necesito saber. Lo que «sí» necesito son esas fotografías de Silvio.

Gianluigi perdió una vez más la cabeza.

—¿Quién lo puso al tanto, Zen? Usted no es lo suficientemente importante para trabajar por su cuenta. ¿Quién está detrás de usted, eh? ¿De qué se trata?

Una oscura sospecha cobró forma en su mente cuando recordó la mirada que habían intercambiado Zen y su esposa. Sí, tenía que ser ella. Nadie más sabía lo de las fotografías.

Dio un paso adelante, furioso.

—¡Oiga, váyase a la mierda! ¡Lárguese inmediatamente de aquí!

Pero Zen permaneció firme en su sitio, mirándolo con la confianza impasible de un perro o de un caballo que sabe que su dueño entrará en razón tarde o temprano. Y Gianluigi se dio inmediatamente cuenta de que tenía razón. Ya se las vería con Cinzia después, en privado. No debía hacer de ello una ofensa pública, y menos dejar que comprometiera el feliz desenlace de la situación en que se veía metido, tan abrumadoramente peligrosa. Hacerlo sería la locura de un aficionado, no el acto del astuto y duro profesional que él era.

—¿Qué va a hacer con las fotografías?

Su voz tenía la calma del mármol, y su dureza.

—¿No cree que es mejor que no se lo diga? —respondió Zen—. A usted van a interrogarlo, ya sabe. Y creo que mientras menos sepa, mejor. Es sorprendente lo que la gente suelta sin darse cuenta. Cuando mencioné la peluca rubia, por ejemplo, usted reaccionó. Un magistrado notaría eso. Como dice, no son niños. Y a propósito, ¿qué hay de la peluca?

Gianluigi lo miró durante un largo momento final antes de decidirse.

—Se la mostraré.

Entró de nuevo en su estudio, abrió una caja de seguridad adosada a la pared y sacó un sobre amarillo. En total había nueve fotografías. Eligió dos, cortó con una tijera los negativos correspondientes de la tira y los prendió a las fotografías con un clip. Guardó de nuevo las otras fotografías y los otros negativos, lo más granado de la colección. Aún podrían cumplir su función cuando llegara el momento. Además, no

estaría mal probar cómo reaccionaría Silvio al chantaje.

Cuando reapareció, Zen daba la espalda a la casa y miraba ese mismo paisaje que Gianluigi saludaba jubilosamente cada mañana, al levantarse, con una idea en la cabeza, «¡Te he comprado!». Le extendió el sobre y miró complacido y sin tapujos mientras Zen estudiaba la primera fotografía, que mostraba a Silvio bailando en una discoteca atiborrada, desnudo hasta la cintura. Su veloso pecho y su vientre liso y brillante estaban descubiertos y una correa de perro pendía de sus dos tetillas perforadas. Su cabeza estaba cubierta por una llamativa profusión de largos mechones rubios.

—La peluca —murmuró Zen.

Gianluigi asintió.

—¿Dónde la consiguieron? —le preguntó Zen.

—En Berlín.

—Ah, claro. Hogar de Gerhardt Mayer.

Gianluigi consideró que había llegado el momento de recordarle a su nuevo empleado las condiciones de su relación.

—Así que también sabe eso, ¿verdad? Muy listo. Pero no se vuelva tan listo como para olvidar qué es cada cosa, ¿quiere? Porque si lo hace le juro que se arrepentirá por el resto de sus días. Y yo no hago amenazas huecas, Zen.

Zen lo miró con una expresión rebosante de la mayor sinceridad.

—¡*Dottore*, por favor! ¡Estoy ciento por ciento de su parte!

Gianluigi asintió con la cabeza.

—Entonces no se diga más. Ahora veamos cómo es usted de listo. ¿Qué le parece esto, eh?

La segunda fotografía parecía mostrar a Silvio apoyado contra una pared de azulejos. Pero ¿qué era esa brillante masa blanca de vagas curvas como de grupa que asomaba sobre su pecho? ¿Y por qué tenía esa expresión de martirio extático?

Gianluigi hizo girar la fotografía mirando con sonrisa satisfecha lo intrigado que estaba Zen. Pero resultaba realmente difícil saber qué era todo eso si no se habían visto las otras tomas, más explícitas y hechas un poco después.

—¿Esto ayuda? —señaló.

Silvio aparecía tumbado sobre un suelo de azulejos blancos, bajo la estructura blanca. Podría muy bien tratarse de algún tipo de altar. Y la escena tenía, por cierto, un aire ritual, como si formara parte de una ceremonia cuyo último significado solo aparecía ante los ojos de los iniciados.

—¿Qué es esto? —preguntó Gianluigi burlescamente, señalando el objeto blanco.

Zen sacudió la cabeza.

—Vamos, ¿a qué se parece?

Se divertía a las claras, ¡y gozaba de lo que había pagado con su dinero!

—Para serle sincero, parece un inodoro.

Gianluigi aplaudió con ironía.

—Bravo, mi amigo. «Es» un inodoro. Pero un inodoro más bien particular. No está conectado a un albañal sino a Silvio. Y él está esperando que alguien llegue y lo use. Uno de los sitios a los que Silvio va cuando visita a su novio en Berlín es un club para gente a la que le gusta que le caguen encima, y viceversa, claro. ¿No le gustaría que se le hubiera ocurrido a usted? ¿Eh? ¡Qué mina de oro! Los dos pagan por su diversión y de paso usted tiene un pequeño negocio de jardinería de primera que florece montado en el estercolero.

Zen se rio y volvió a colocar la fotografía en el sobre. Gianluigi le dio unas palmaditas en la espalda, familiarmente, conduciéndolo dentro de la casa. Entonces debía deshacerse pronto de él. Necesitaba paz y tranquilidad para pensar. No valía la pena poner sobre aviso a sus contactos habituales. Para que fueran eficientes necesitaban saber la verdad, y si supieran la verdad lo abandonarían. Había límites en lo que uno podía hacer, y estaba claro que él los había sobrepasado. Era una lástima que la judicatura estuviera ya metida en el asunto. Los magistrados eran tan malintencionados que continuarían sus investigaciones aun cuando les quedara perfectamente claro que haciéndolo iban en contra de sus propios intereses. Esa especie de terquedad era algo que Gianluigi despreciaba absolutamente. Para él se trataba de una aberración igual que el fanatismo religioso, o el político, algo muy fuera de lugar en una sociedad moderna y democrática.

—Necesito ver a Silvio tan pronto como sea posible —señaló Zen cuando llegaron a la puerta—. ¿Puede hacer que alguien lo convenza de ir a casa de Antonio Crepi esta misma tarde? Antonio Crepi mismo no tiene por qué enterarse.

Gianluigi lo miró fijamente, entrecerrando los ojos.

—Está usted pidiendo muchísimo y dando muy poco a cambio —observó amargamente.

—¡Lo hago todo por usted, *dottore!* —exclamó Zen con expresión herida.

Después de un momento Gianluigi rompió en sonoras carcajadas.

—¡Por mí, una mierda! Lo hace por su pensión, amigo mío, y no crea que no lo sé.

Zen se encogió de hombros, incómodo.

—Bueno, también, claro.

—¿Y ahora qué?

Silvio se hizo eco, en silencio, del murmullo exasperado de su chófer cuando vio que el policía les hacía señas de que se detuvieran. Y en verdad ¿qué? Otra molestia, otra demora, otro retraso.

Mientras el taxi se detenía junto al coche de policía sin identificación aparcado en una curva del camino, un enorme suspiro comenzó a juntar fuerzas al fondo del pecho de Silvio. Porque no era esa la primera vejación que le había deparado el día, ¡de ningún modo! No había habido más que problemas y aflicciones desde el momento

en que su radiodespertador se encendió automáticamente esa mañana, a las cinco, y lo empujó a la vigilia. Se suponía que debía haberlo despertado de una siesta la tarde anterior, para llegar a tiempo a una cita con un amigo, pero seguramente no lo había puesto de la manera correcta porque, después de arruinarle la cita, a la que no llegó, además le había arruinado el sueño. De modo que allí estaba, completamente despierto al rayar el alba, sin más esperanzas de volver a dormirse que de poner la mierda otra vez en el sitio de donde salió, como solía decir el querido Gerhardt.

Realmente tenía que ponerse en contacto con Gerhardt pronto. Una de las cosas más desagradables de los últimos meses había sido la suspensión de sus viajes a Berlín, pero entonces que todo se había resuelto de manera satisfactoria podría volver a escaparse muy pronto. Como decía Ivy, la muerte de Ruggiero no dejaba de tener sus consuelos.

—¡Puras bobadas! —le había espetado ella cuando le dijo que lo embargaba la pena.

—¡Pero si ha muerto mi padre! —había gritado él con gesto dramático—. Tengo «derecho» a estar acongojado. ¡Es natural!

—Tú no estás acongojado. Al contrario, te sientes liberado.

—¡No digas eso!

Pero sabía que ella tenía razón. Eso era lo más sorprendente de Ivy, su habilidad para hurgar en su mente y mostrarle esas cosas que él no se hubiera atrevido a aceptar que existieran. A veces era terrible cómo podía tener razón.

El policía, un joven más bien atractivo de gran bigote, revisaba los documentos del chófer. Silvio pensó que lo había visto antes. ¿Y no había algo familiar también en el sitio donde los habían detenido? El sol brillaba en lo alto y dentro del taxi hacía un calor desagradable. Se sintió exageradamente abrigado, en su gruesa ropa interior, su traje y su abrigo, y sudaba por todas partes. Pero la humedad permanecía atrapada entre la piel y la tela, incapaz de cumplir cabalmente con su función. Silvio consultó su reloj. El policía caminaba entonces alrededor del taxi con enloquecedora calma, inspeccionándolo de cerca y tomándose su tiempo. Si eso se prolongaba más, de veras llegaría tarde.

Después de tan abrupto despertar, había intentado en vano volver a dormirse, pero por último había abandonado toda esperanza y había bajado la escalera. Allí se encontró con que Daniele se había zampado todo ese yogur orgánico especial, de leche de cabra, rico en bacilos vivos, que su homeópata decía era imprescindible para mantener el precario equilibrio de su salud. Sin embargo, era el ligero sabor a cabra lo que le gustaba a Silvio. Todo lo que tuviera que ver con las cabras entraba en esa categoría especial en la que el placer y el asco combatían por la supremacía como dos luchadores desnudos. Lo mismo que el sudor, y los pedos y el mal aliento. El aliento de Gianluigi era a veces subyugador, sin duda a causa de sus problemas digestivos, o por esos dientes que nunca habían visto un cepillo y permanecían allí, empacados en los ricos depósitos de placa imperturbable. A veces se preguntaba cómo Cinzia podía

soportarlo, pero quizás ella también amaba abominar y anhelaba extenderse lánguidamente y ceder justo ante eso que la hacía temblar de asco.

Después de eso, su día había ido de mal en peor. Y para acabarla, esa llamada del muy mierda de Spinelli, el del banco, que había insistido en ver a algún representante de la familia en la villa de Antonio Crepi para discutir un asunto urgente y demasiado sensible para ser tratado por teléfono. Silvio había querido dedicar la tarde a escuchar a Billie Holliday y hojear ese catálogo de la subasta de piezas haitianas que Pietro le había enviado desde Londres con la intención de mimarlo, ¡ahora que representaba el veinticinco por ciento de la compañía! Sí, claro que había algunos consuelos a la muerte de Ruggiero, como insistía en decir Ivy. Ojalá hubiera sido ella quien lo llevara, pero en el momento en que se había producido la llamada, se había ido a atender una cita. Así que había tenido que llamar un taxi, que por supuesto había llegado tarde y luego se había atascado en el tráfico. ¡Y entonces eso! Qué mal, de veras.

Un agente de civil se bajó del coche de la policía.

—¿Cómo va la cosa? —lo oyó preguntar Silvio al joven policía.

—No muy bien. Esta maldita cosa está cojonudamente en forma.

De pronto Silvio se dio cuenta de por qué le había parecido familiar el sitio. Era justo en ese curva donde los secuestradores habían obligado a su padre a salirse de la carretera.

—¿Tardarán mucho todavía? —preguntó el taxista.

—Solo estamos anotando los defectos que hemos encontrado en el vehículo —le respondió el agente.

—¿Defectos? ¿Qué defectos?

El policía consultó su libreta.

—Dibujo liso en el neumático anterior izquierdo. Ventanilla trasera cubierta en parte por una calcomanía. Defectuosa luz de placa.

El taxista rio sarcásticamente.

—Tampoco funciona el mechero.

—¿De verdad? —preguntó el agente—. «Dos» fallas en el sistema eléctrico, entonces. ¿Puedo ver sus cadenas para nieve?

—¿Cadenas para nieve? —preguntó el taxista incrédulamente—. ¿De qué me habla?

—Todos los vehículos que circulan por esta carretera deben llevar cadenas para nieve entre principios de octubre y fines de abril. ¿No vio el letrero allá atrás, en la colina?

—¿No siente el sol? ¡Hace más de veinte grados!

—Es la ley.

—¡Pues la ley está loca!

—Yo no diría eso. Podría acabar teniendo que responder a cargos por desacato.

—¡Joder! —murmuró el taxista.

Silvio bajó su ventanilla.

—¡Perdone! —gritó con mal humor—. Ya llego con retraso para una cita y...

El agente se volvió.

—¡Cómo, es usted, *signor* Miletto! Por favor perdone, no sabía que era usted.

Silvio miró hacia arriba, entrecerrando los ojos al sol.

—Ah, es usted Zen. Pensé que ya había vuelto a Roma.

—Todavía no, *dottore*. Todavía no.

—Y ahora lo han puesto en tareas de tráfico, ¿no es cierto?

Como todos los que cargan con la acusación de carecer de sentido del humor, a Silvio le gustaba llamar la atención sobre sus propias bromas riendo él mismo. Zen sonrió a su debido tiempo, aunque pudo haber sido más por la chillona risotada de Silvio que por la broma misma.

—Bueno, ¿por qué no multa al taxista, o lo que sea, y nos deja continuar? Como le digo, ya llego con retraso a mi cita.

—Me temo que es imposible. Una mera inspección superficial ha revelado cinco defectos en este vehículo. De manera que es obvio que no es apto como coche de alquiler. De todos modos me encantaría llevarlo yo mismo.

—No tengo intenciones de viajar con usted, Zen.

—Como quiera. Pero es un largo camino.

—¡Cadenas para nieve! —murmuró disgustado el taxista.

Silvio permaneció sentado en la parte trasera del taxi, asándose en el apretado calor, pensando en lo que acababa de ser dicho. Una emocionante sensación de peligro lo había inundado, y fue eso lo que finalmente lo empujó a abrir la puerta y abandonarse a lo que pudiera ocurrir.

—¿Un largo camino hasta dónde? —murmuró amodorradamente mientras el taxi hacía rechinar los neumáticos y se volvía en dirección a la ciudad.

Zen abrió la portezuela posterior del Alfetta.

—Hasta donde usted va.

—Pero si usted no sabe adónde voy.

—Oh, sí que lo sé, *dottore*. Sí que lo sé.

—¿Adónde, pues?

Tenía el ánimo de un reto, pero Zen la tomó como una pregunta real.

—Ya lo verá —respondió complacido mientras comenzaban a descender la colina.

A lo lejos se veía la villa de Crepi, encaramada en su cresta, pero el campo pasaba tan rápidamente a esa enloquecida velocidad que en un santiamén ya habían pasado por delante de la entrada.

—¡Se ha pasado! —le dijo Silvio al conductor—. Voy a casa de Antonio Crepi. Me está esperando.

—Se equivoca en ambas cosas —respondió Zen sin volverse.

—Lo despedirán por esto, Zen —tartamudeó Silvio, a quien la excitación volvía



casi incoherente—. ¡Esto es un secuestro! ¡Les echarán veinte años a cada uno!

Habían llegado a los llanos, cerca del Tíber, cuyo lecho se veía a la derecha, bordeado por una línea de árboles cuyas ramas más bajas estaban festoneadas con tiras de bolsas plásticas y otros desperdicios imprevistos.

—Esta —le dijo Zen al conductor, señalando una vereda abandonada que penetraba en una maraña de zarzas y matorrales. La entrada estaba señalada por un par de imponentes postes de ladrillo, en mal estado por la falta de mantenimiento. Alrededor del coche se levantó una nube de polvo rojo que casi borró toda visión.

Se detuvieron y Zen bajó. Se quitó el abrigo y lo echó sobre el asiento delantero. Cogió de encima del salpicadero una tablilla con sujetapapeles y un sobre amarillo. Luego abrió la portezuela trasera del coche.

—Salga, *dottore*.

Silvio salió.

A medida que se asentaba el polvo pudo ir distinguiendo por todas partes las enormes pilas de ladrillo que había en el claro donde estaban aparcados. Conservaban todavía los rasgos generales de las barracas, hornos y chimeneas que alguna vez fueron, pero sin orden y degradadamente, como un ejército de desertores. Le recordó la vieja fábrica de atrás de su casa, donde había tenido su patio privado de juegos durante tantos años, a pesar de que su madre le advertía calamitosamente que no entrara allí. Había sido un niño solitario y esos callejones vacíos, esos patios y esos almacenes ofrecían un ambiente perfecto para que florecieran sus fantasías. Eran sobre todo fantasías de guerra, o más bien de sufrimiento. Sus víctimas eran fósforos suecos de madera. Los disponía detrás de los trechos de pared o en trincheras cavadas en la tierra, y luego los bombardeaba sin misericordia con ladrillos. Primero desde cierta distancia, pero acercándose luego hasta que eran visibles los afilados bordes de los misiles que hendían la tierra. Pero lo mejor llegaba después, cuando examinaba las astillas rotas y dobladas imaginando las heridas terribles, las grotescas mutilaciones, la agonía, los chillidos, las patéticas súplicas de muerte. Él mismo representaba todos los papeles y con la voz fingía el sonido de los obuses y las explosiones, de las sirenas y los gritos. En el secreto mundo de sus juegos era felizmente transparente, seguro como estaba de que las verjas de la fábrica abandonada se hallaban cerradas y custodiadas, y de que los muros eran demasiado altos para que se pudiera saltar por encima de ellos, y de que estaban coronados por fragmentos de vidrio roto.

Entonces un día miró hacia arriba y encontró un par de ojos puestos en él.

El hombre era magro y duro y sucio, de ropas grasientas y en jirones. Silvio nunca había visto un comunista, pero sabía que ese era uno. Su padre le había dicho cómo los comunistas tomarían las fábricas y matarían a los propietarios y a sus familias. Silvio huyó y no volvió durante semanas. Después, gradualmente al principio, halló que el peligro ya no era una razón para evitar la fábrica, sino más bien una irresistible tentación por volver. Ya no le interesaban sus juegos inocentes.

Se habían ido para siempre, eso lo sabía, y formaban parte de eso que entonces llamaba por primera vez su infancia. Si volvía allí, tendría que ser explorando esa nueva dimensión que sentía abrirse dentro de él. No era una sensación agradable. Se sentía internamente desgarrado, dividido y fracturado como sus héroes de fósforos. Pero no había manera de ocultar esa vehemencia. Ya sabía que sería su esclavo, por propia voluntad, durante el resto de su vida.

La segunda vez que vio al hombre, fue Silvio quien tuvo la ventaja de la sorpresa. Había dado vuelta a un trecho de muro, moviéndose con mucho sigilo, y allí en la esquina vio una figura de espaldas, con la cabeza inclinada, absorta en alguna tarea furtiva. Supo que debía correr y salvarse, pero en cambio se encontró avanzando hacia el hombre, que seguía inmóvil, aparentemente ajeno a su presencia. Entonces, cuando Silvio estaba tan cerca que casi podía tocarlo, se volvió de pronto y le lanzó un alto chorro de orina que salpicó las ropas de Silvio, su rostro, sus labios, su boca.

Después se empapó con la manguera del jardín y les dijo a sus padres que los rudos chavales de la estación lo habían echado a la fuente. Sus ropas volvieron inmaculadas de la lavandería, pero la obscena tibieza y el sabor agrio del brillante líquido amarillo le habían marcado la piel tan indeleblemente como un tatuaje. Nunca más volvió a la fábrica, que poco después fue acicalada como un conjunto de oficinas y *parking* para los gerentes de lo que pronto se convertiría en la SIMP. Pero esos paisajes yermos y desolados eran en ese momento parte de él, como una mancha que ninguna agua podría limpiar. Siempre que se tocaba, por las noches, en la cama, estaba otra vez allí, a merced de los extraños que no tenían piedad y se burlaban de él, empapado en su légamo y su mugre, a la vez llorando y jubiloso.

—¿Ve, *dottore*? —señaló irónicamente Zen—. Le dije que sabía adónde iba.

Hacía un calor sofocante. Los grandes montones de ladrillos eran lo suficientemente grandes para impedir que entrara la menor brisa, pero no para dar sombra. Silvio sentía los arroyitos de sudor que corrían hacia abajo entre los pliegues y las arrugas que llevaba en el cuerpo, goteando en las partes velludas y calando su ropa interior.

—Claro que no estaba esperándolo en esa curva del camino por pura coincidencia —continuó Zen.

—¡Es un complot! —dijo Silvio entre dientes.

—Sí, es un complot. Pero usted solo es un medio, no el fin. Todo lo que quiero de usted es que firme estos papeles.

Zen le extendió la tablilla. El sol hacía que la hoja no fuera más que un destello blanco, y Silvio tuvo que volverse para echarle encima su propia sombra antes de poder distinguir algo más que el membrete. Pero incluso así le tomó un rato entender de qué se trataba, por el tono engolado del texto y sus floridas fórmulas. Cuando de pronto comprendió casi dio un grito de dolor, tan diferente de los chillones tormentos de sus fantasías como cinco litros de sangre falsa lo son de una gota de sangre verdadera.

Nunca había olvidado las estrictas órdenes de su madre que le prohibían entrar en ese lugar donde había experimentado aquellas horribles emociones. Y cuando años después se la arrancaron, Silvio estaba seguro de que así lo castigaban por su desobediencia. No era que eso le impidiera seguir dándose gusto; al contrario, la culpa hacía más amargos y fuertes sus placeres prohibidos. Pero la suave herida de su ausencia era otra cosa. Nada era un bálsamo contra ella, hasta que llegó Ivy. Y entonces...

—¡Debe de estar loco!

Desafortunadamente, como ocurría siempre que se encolerizaba, su voz lo traicionó, y sus palabras brotaron como un chillido imperioso.

—Yo nada tengo que ver en esto, *dottore* —le aseguró Zen—. Solo cumplo órdenes.

—¿Y quién le da las ordenes?

—¿No puede imaginárselo usted mismo?

Silvio se esforzó en reunir todos los residuos de astucia que había heredado de su padre. Ese hombre había sabido que él pasaría por aquel camino. Así que tenía que saber que iba a casa de Crepi, aunque afirmaba que Crepi mismo no lo sabía. En otras palabras, la cita que le había hecho Spinelli no era más que una treta para atraerlo a la emboscada. Por lo tanto, el banquero debía de estar en la conjura. Pero no podía ser más que un personaje menor, como el mismo Zen. ¿Quién los manejaba a ambos? La respuesta obvia era Gianluigi Santucci, el patrón del banquero. Pero Gianluigi no perdería el tiempo en una pequeña *vendetta* como esta. No, solo podría ser...

—Cinzia —murmuró.

Silvio arrojó la tablilla a los pies de Zen.

—¡Vaya a tomar por el culo!

—No esperamos que lo haga gratuitamente, por supuesto —dijo Zen con suavidad, sacudiendo el polvo de los papeles.

—¿Intenta «sobornarme»?

Aunque a su manera era eminentemente poco realista, Silvio era sin embargo lo suficientemente Miletto para tomar a mal que alguien pudiera pretender utilizarlo financieramente.

—No, es cuestión de unos cuantos recuerdos, eso es todo. Recuerdos de Berlín.

Zen sacó las dos fotografías del sobre amarillo y se las tendió.

Inmediatamente, el dolor real y su justificada ira cedieron abrumados por sensaciones más poderosas. ¡Y pensar que todo ese tiempo la bestia lo había «sabido», lo había «visto»!

—¡No, no lo haré!

Sabía muy bien que ese rechazo petulante no vaha lo que el papel con que se limpiaba, como habría dicho el querido Gerhardt. Pero Zen parecía habérselo tragado.

—En ese caso me temo que algunas copias de estas fotografías comenzarán a circular entre los amigos y los enemigos de la familia Miletto en Perugia, y en todos

sitios. ¡Solo imagínese lo, *dottore*! Allí están, temprano en la mañana, ingenuamente aún frente a su taza de café, cuando ¡zaz! ¡Upa! ¿Qué es esto? ¡Dios Santo! ¡Parece Silvio Miletti, esperando que alguien venga a descargar el vientre encima de él! ¿Cuál piensa que podría ser su reacción, *dottore*? Bueno, ya sabemos, ¿hay de todo en la viña del Señor, cada uno con sus gustos, no los condene hasta que no lo hayas probado?

Silvio se quedó literalmente sin palabras ante la mera idea. Que pudieran ver esas imágenes todas aquellas personas que vivían en una zona separada de su vida, a quienes encontraba en las recepciones y en las conferencias, en las cenas y en los conciertos, ¡las mismas que lo saludaban en el Corso todos los días! Sí, tendría que firmar, sin duda. La revelación de sus placeres secretos en toda Perugia resultaría una humillación tan monumental, tan absoluta, tan «perfecta», que sabía que no sería capaz de sobrevivir a la excitación que le provocaría.

Pero estas emociones se desvanecían ante el pensamiento de lo que estaba a punto de hacer, y el dolor real aparecía de nuevo.

—¡Pero es todo falso! ¡Puras mentiras, asquerosas, y obscenas mentiras, nada más!

Para su sorpresa, Zen guiñó un ojo conspiradoramente.

—¡Claro que lo son! Y por eso mismo no tiene importancia. De hecho los secuestradores han sido arrestados en Florencia. Lo han confesado todo. Créame, *dottore*, si por un instante hubiera supuesto que estos alegatos podían ser tomados en serio nunca me habría prestado a esto. Pero se trata solo de hacer un poco de ruido, de armar un escándalo, de sacar alguna suciedad. Algo bastante inofensivo, a decir verdad.

Este quejumbroso cinismo le dio náuseas a Silvio, pero lo que decía el hombre tenía sentido. Si la banda ya había confesado, entonces los papeles que le pedían que firmara no podían tener importancia alguna, excepto para Cinzia, para alguien que recurriría a cualquier truco para ensuciar el honor de la mujer que él amaba, y cuyo amor lo sostenía. Pero ya se las verían con Cinzia después. Mientras tanto, lo que debía hacer era zafarse de eso y advertir a Ivy de inmediato. Era terrible pensar en lo que ella sufriría si de pronto se encontrara frente a esta aparente traición.

—Simplemente ponga su nombre sobre la línea de puntos del final, *dottore* —lo apuró Zen—. Donde dice que usted ha hecho la declaración libremente y por propia voluntad.

Silvio sacó su estilográfica y firmó. Cuando el sobre amarillo estuvo a salvo en manos de Zen, se volvió hacia él.

—Yo puedo estar sucio de mil maneras superficiales —dijo—. ¡Pero usted está sucio por dentro y por fuera! ¡Usted es una letrina asquerosa, pútrida y rancia! ¡Un montón de mierda que camina!

La última prueba de la total degeneración del agente fue que ni siquiera intentó defenderse. Una vez que terminó su despreciable labor, simplemente se dirigió al

coche. Silvio lo siguió, pero más despacio. A pesar de los múltiples esplendores y miserias de su existencia, rara vez se encontraba con el placer de la superioridad moral. Como buen conocedor de las sensaciones exóticas, estaba decidido a sacarle todo el jugo a esta.

## XI

**C**ASI cambió de idea en el último momento. Era el lugar mismo lo que la llevaba a esto, el olor del poder mezquino lo que la hacía ver lo lejos que había llegado desde aquellos viejos días del trabajo secretarial y las lecciones de inglés. El mundo en que Ivy vivía entonces también estaba empapado de poder, claro, pero muy distinto de aquel, de tan baja estofa, como el que permea los lugares a donde uno va a remitir un paquete, o a cobrar un talón, o a renovar el carnet de conducir. Cómo había odiado siempre a esos enanos amargados y envidiosos que patrullan las fronteras internas del Estado, duendes maliciosos que exprimían hasta la última gota su única y desgastada fórmula mágica. Sus amigos italianos afirmaban sentir lo mismo que ella, pero Ivy nunca estuvo convencida de qué fuera así. El opio de este pueblo no era la religión sino el poder, o más bien el poder «era» su religión. Todo el mundo creía en él, todos mordían el anzuelo. Y todos recibían en recompensa al menos una migaja, lo suficiente para que se sintieran necesarios. Lo que la gente detestaba del sistema era sentirse sometida al poder de los demás, pero se resistiría a cambiar cualquier cosa que pudiera modificar o limitar el propio. De este modo, la situación era al mismo tiempo estable y recompensadora, especialmente para aquellos que eran ricos en poder y podían tomar los atajos con una llamada telefónica, una señal hecha aquí, una amenaza allá. Con el tiempo, Ivy había logrado apreciar sus ventajas, y se daba cuenta de que podía hacer tan buen uso de ellas como los nativos, si no mejor. Al final había llegado a admirar a los italianos por ser los máximos realistas, aquellos que veían la vida tal como era, libres de la paralizante hipocresía del mundo anglosajón en el que ella había crecido.

Y había aprendido bien su lección. Ya estaban lejos los días en que había tenido que pasarse horas bajo aquel signo que garrapateaba despectivamente «Extranjeros», esperando a los agentes de la Rama Política que podían haraganear a placer, o no aparecer en absoluto, o despacharle sin más por no llevar suficientes hojas de papel especialmente franqueado que solo vendían en las tabaquerías, lo que significaba otra media hora de retraso, y luego comenzar de cero otra vez porque habían perdido su lugar en la cola. Hoy en día pasaba volando por encima de sus cabezas y trataba directamente con la gente que tenía poder de verdad. La pega, claro, es que no hablarían con uno si uno no tuviera de veras poder también, o si no conociera a alguien que lo tuviera. Solo después de su relación con Silvio Miletti había logrado aplicar plenamente las lecciones que había aprendido, poner a prueba todas las habilidades adquiridas. Sí, había recorrido un camino muy largo.

—¿Se le ofrece algo?

Al permanecer inmóvil allí al pie de la escalera, vacilante, meditabunda, había atraído la atención del guardia, que tenía clavada en ella su arrogante mirada.

—Tengo una cita con el comisario Zen —respondió con frialdad.

—Primera vez que oigo su nombre.

—No importa. Sé el número de su despacho.

Intentó subir por la escalera, pero el hombre le cerró el paso con un brazo y le gritó a un colega.

—¿Tenemos algún Zen?

El hombre consultó una lista pegada en la pared.

—¡Tres cinco uno! —gritó por respuesta.

—Tres cinco uno —repitió el guardia lentamente—. Tercera planta. ¿Podrá llegar sola?

—Supongo que lo lograré, muchas gracias.

Su intento de ironía no hizo la menor mella en la fastuosa complacencia del hombre. No se podía vencerlos en su propio terreno, por supuesto; el error había estado en aceptar ir. Normalmente no lo habría hecho. En los círculos donde entonces se movía uno no iba a visitar a los policías, a menos que estuvieran en la nómina, y en ese caso tendría que ser en un lugar neutral, en un café o en la calle. Pero cuando Zen le había telefoneado, justo antes de la hora de almorzar, Ivy había aceptado casi sin darse tiempo de pensarlo. Se volvía a Roma esa noche, le había dicho, y le gustaría aclarar aquella cosa que habían discutido por teléfono al principio de la semana, ¿lo recordaba? ¡Claro que lo recordaba! No el tema de la llamada, que de cualquier manera había sido más bien vago, algo acerca de una carta que había recibido. Pero no iba a olvidarse de la manera en que la interrogó sobre su cita con Cinzia aquella mañana. Como fuera, ese día había sugerido que ella se pasara por su despacho, hacia la tarde, y ella había aceptado, para su propia sorpresa. Y se veía forzada a aceptar que el problema era que sus reflejos todavía no lograban adaptarse a su nueva situación. Silvio habría actuado correctamente por instinto, pero para eso uno tenía que haber nacido ya poderoso. En el fondo de su corazón, Ivy todavía temía y respetaba a la policía, como le habían enseñado sus padres. Podía haber recorrido un largo camino, aceptó, pero aún había un largo camino por recorrer.

Sus suaves suelas de caucho apenas hacían ruido mientras avanzaba por el pasillo de la tercera planta. Notó con sorpresa que las palmas de sus manos estaban ligeramente húmedas. El lugar obraba sus efectos. Ese brillante revoque que usaban siempre, frío y resbaladizo, parecía exudar incomodidad. «Contrólate», pensó al llamar a la puerta.

Quien ocupaba el despacho era un individuo burdo y de aspecto ordinario, del tipo musculoso y sin seso. Pensó que se había equivocado, pero él le pidió que pasara.

—El jefe volverá en un minuto. Dice que lo espere.

Ivy miró su reloj. No estaba en absoluto segura de que hubiese sido una buena idea ir, y eso le daba una excusa perfecta para marcharse.

—Lo siento, pero tengo otra cita.

Pero el hombre había apoyado la espalda contra la puerta.

—¡Tranquila, relájese! —le dijo en un tono insultantemente familiar—. ¿Quiere un periódico?

Recogió un periódico deportivo de color rosa de la papelera y se lo tendió. Al pie de la primera página había una larga mancha viscosa.

En el cuerpo del hombre saltaban los músculos. Tenía rota la nariz y las orejas grotescamente abultadas. En todo ese hombre había un aire de daño arraigado, como si se hubiera pasado la vida metiéndose en cosas de las que siempre salía en segundo lugar. El efecto era a la vez cómico y amenazante.

Ivy consultó de nuevo su reloj.

—Esperaré quince minutos.

¿Por qué no había insistido en marcharse inmediatamente? Tenía que ver con la presencia física de aquel hombre. No había manera de negarlo, la intimidaba. Estaba mirándola con una expresión que, para su alarma, reconocía. Había descubierto lo que significaba hacía mucho, cuando trabajaba en el hospital como secretaria de uno de los directores, un soltero bien entrado en los cuarenta. Era un hombre distinguido, inteligente y encantador, y parecía que estaba intrigado por su secretaria «inglesa», que le llamaba la atención, y se preocupaba por su bienestar. A veces le regalaba flores y chocolates, la ayudó a encontrar un piso que pudiera pagar y una vez hasta la llevó a comer a un restaurante fuera de Perugia. Ni por asomo le hizo jamás proposición alguna.

Un fin de semana se celebraría en Bolonia una conferencia a la que debía asistir, y en el último momento le propuso a Ivy que lo acompañara. Cuando ella pareció dudarle, le mostró la nota de las reservas que había hecho ya: dos cuartos individuales. Ella podría serle de ayuda en unas cuantas cosas a cambio de esas pequeñas vacaciones pagadas, explicó él, poniendo las cosas de tal modo que parecía que ella le haría así un favor. Se lo pidió diciendo que ella era una mujer atractiva y vivaz, una camarada contra la monotonía de la vida, la compañía ideal para un viajecito como ese. A ella nunca le había ocurrido algo parecido. La experiencia parecía prometerle todo lo que amaba de ese país donde la gente entendía lo que valía la vida y sabía sacarle el mejor partido.

Se hospedaron en un hotel lujoso y cenaron esa noche en uno de los restaurantes famosos de la ciudad. El placer de Ivy solo se veía empañado por una pequeña ansiedad: ¿qué ocurriría cuando volvieran al hotel, o más bien, cómo se enfrentaría con ello? Su jefe no la atraía físicamente, pero hacía mucho que se había visto forzada a aceptar que los hombres que ella encontraba atractivos no abrigaban por ella un sentimiento parecido. Por un lado eran hombres más jóvenes que ella, guapos, temerarios y nada les importaba un bledo. Desgraciadamente ella tampoco les importaba un bledo, ni siquiera como aventura de una sola noche, así que había aprendido a contemporizar. Pero si alguien era tan atento y cumplido como lo había sido su jefe, que tanto se había empeñado en que el fin de semana fuera un éxito, por



no hablar de las muchas posibilidades prácticas que eso abría, bueno, por qué no, pensaba Ivy.

Solo que no ocurrió. No ocurrió esa noche, cuando él simplemente le besó la mano y deseó buenas noches. Ni la siguiente, cuando salieron a cenar, con un grupo de los colegas de él, a las afueras de Bolonia. Todos esos hombres hablaban tan alto y a tal velocidad que ella no siempre era capaz de seguir la conversación. Y a veces dudaba de que ellos quisieran que lo hiciera. Mientras el significado de las palabras circulaba entre el humo de infinitos cigarrillos, Ivy lo veía ir y venir como un paisaje entrevisto desde un avión que vuela por encima de las nubes. Se sentía perdida, descartada. Su jefe se había mudado al mundo que los hombres habitan con otros hombres, donde las mujeres no están en su terreno. De tiempo en tiempo la miraba, le hacía algún comentario o le sonreía, pero en realidad ya no estaba allí. Ivy estaba sola como un fantasma en aquel sitio, y luego de manera bastante literal, pues en la confusión de la salida acabó en un coche con cuatro hombres que ni siquiera le habían sido presentados y tuvo que pasarse los cuarenta minutos del camino de vuelta lidiando con las burdas e insensibles preguntas sobre su vida, su familia, por qué vivía en Italia y si le gustaban los *spaghetti*. Al llegar al hotel no pudo encontrar a su jefe. Se fue sola a su cuarto, maldiciéndose por ser una estúpida sentimental.

A la mañana siguiente el camarero la despertó con un ramo de rosas y una tarjeta manuscrita llena de sentidas disculpas y una invitación a tomar café en la terraza. Allí las disculpas se repitieron personalmente. Había bebido demasiado, se había confundido, el grupo con el que estaba había querido ir a un centro nocturno a pesar de sus protestas, etcétera, etcétera. Más tarde la llevó de vuelta a Perugia. Nada parecía haber cambiado.

Pero algo «había cambiado». Lo notó de inmediato en el hospital, en los ojos de los otros hombres y en la manera en que la trataban. Pero no tenía idea de lo que aquello pudiera significar hasta que, una semana después, oyó a dos asistentes de administración conversar en la escalera.

—... el fin de semana con la tía esa, la inglesa.

—¡Pero si él es marica!

—¡Eso se creía todo el mundo! Parece que lo hemos estado subestimando.

—O quizá las toma y las da, ¿eh? ¡Viejo sodomita mañoso!

¡Era tan cruel, tan asqueroso! ¡Y sobre todo tan injusto! «¡Pero si no hicimos nada! —quiso gritar—. ¡Claro que “es” un marica! ¡No me puso un dedo encima!». Pero nadie le habría creído, por supuesto. «En el lugar de donde yo vengo —le había dicho una italiana alguna vez—, si un hombre y una mujer se quedan solos en una habitación quince minutos, se da por hecho que han hecho el amor». Su jefe se las había ingeniado para salvar su reputación entre los demás hombres del hospital —¡y cuánto depende de esa reputación!— sin costo alguno para él. Qué listo. Incluso en mitad del odio y la humillación que sentía, Ivy apreció con frialdad cuán inteligentemente lo había hecho todo su jefe. Como desde muy joven había entendido

que la estupidez no ayuda mucho si se tiene un aspecto soso, siempre había querido poner a trabajar su inteligencia.

Pero entonces, increíblemente, ese policía brutal estaba mirándola igual que aquellos hombres del hospital, como mira a una mujer un hombre que la cree sexualmente disponible. ¡Pero eso no tenía sentido! La situación era completamente distinta. ¿Qué estaba ocurriendo?

Ivy recuperó totalmente la tranquilidad cuando por fin apareció Zen. Él no la miró de esa manera vulgar e impertinente. Su expresión era desapegada, calculadora, hosca, como si dijéramos que haría su trabajo lo mejor que pudiera incluso cuando no se hiciera ilusiones sobre su valor.

—Muy bien, Chiodini, eso es todo —dijo, despidiendo sumariamente al hombre que había custodiado la puerta como un mastín. Mientras se acomodaba en su silla, Ivy notó que en sus zapatos y en sus pantalones había una capa de fino polvo rojo.

—¿Nos va a tomar mucho tiempo? —preguntó Ivy un poco malhumoradamente—. Me citó a las dos, y tengo un poco de prisa.

Zen sacó una hoja de papel de su bolsillo y se la extendió sin una palabra. Estaba cubierta del mismo polvillo rojo que su ropa. ¿Era esa la carta que le había mencionado? Pero vio por el membrete, *Polizia dello Stato*, que era un documento oficial. El texto, mecanografiado, comenzaba con una de esas fórmulas que emplea el sistema judicial para eliminar las ambigüedades de la expresión humana común.

Yo, el abajo firmante, declaro lo siguiente.

En la mañana del lunes 22 de marzo, a las 09:20 aproximadamente, vi a Cook, Ivy Elaine, fuera del garaje al pie de nuestra residencia familiar de la Via del Campanno 5, Perugia. Llevaba consigo una pequeña bolsa de plástico verde. Abordó uno de los turismos Fiat y se alejó. Dado que Cook está autorizada al uso de estos automóviles, no le presté atención al asunto.

Más tarde, en la misma mañana, a las 11:45 aproximadamente, vi a Cook subir a la habitación que ocupaba en nuestra casa durante ese tiempo. Llevaba la misma bolsa plástica antes mencionada. Como tuviera yo necesidad de que mecanografiara unas cartas, la llamé para atraer su atención. Como no respondiera, subí tras ella. Su habitación estaba vacía y pude oír el sonido de la ducha en el baño, contiguo al cuarto. La bolsa plástica que había llevado consigo estaba sobre la mesa. Para mi sorpresa, encontré que contenía una peluca rubia que yo mismo había comprado el año anterior para asistir a una fiesta de carnaval, así como una pequeña pistola automática que reconocí como la que pertenece a mi hermana Cinzia.

Ivy inspeccionó el efecto que el texto estaba teniendo sobre su cuerpo: el ruido sordo de su corazón, la presión que aumentaba en su sangre, la sequedad de su boca, la humedad que brotaba por cada poro de su piel, la opresión en el pecho, contra la que tuvo que luchar para apaciguar su respiración, el entumecimiento y el temblor, el impulso de estallar en chillidos entrecortados, como una hiena.

Cuando Cook regresó al cuarto, le pregunté por la peluca y la pistola. Pareció confundirse y luego dijo que había estado jugándole una broma a Cinzia. Me abrumó la idea de que pudiera siquiera imaginar algo así cuando todos esperábamos con ansiedad la noticia de la liberación de mi padre. Pedí más detalles sobre el asunto, pero las respuestas de Cook eran incoherentes y, cuando la presión, se puso histérica.

Al principio pensé que el episodio respondía a la tremenda tensión en que vivíamos todos entonces.

Pero cuando después mi padre fue encontrado sin vida, y se descubrió que había sido asesinado durante el período en que Cook había estado ausente de casa, y que lo había sido con una pistola similar a la que yo había visto en posesión de Cook, empecé a sospechar la horrorosa verdad.

Al empeorar la cosa, mejoraba. «Esto es un montón de mentiras», pensó.

Abrumado por la idea de haber sido responsable de introducir semejante víbora en el seno familiar, me deshice de toda consideración y decidí enfrentar a Cook. Para mi asombro, afirmó que yo había imaginado la secuencia de hechos arriba descritos. Admitía haber salido en el lapso en cuestión, pero aseguraba que mi hermana le había telefoneado y le había pedido que se encontrara con ella en casa de los Santucci, en las afueras de Perugia. Al llegar allí, dijo, se había encontrado con que Cinzia estaba ausente y, después de esperar un rato, había vuelto a la ciudad. En cuanto a la peluca y la pistola, negaba tener conocimiento alguno de ellas.

Cuando interrogué a mi hermana sobre todo esto, descubrí que lo cierto era que Cook había telefoneado a Cinzia y le había pedido una cita en Perugia, a la cual no había asistido. El motivo que tenía para alejar a mi hermana de su casa había sido obtener entrada a la propiedad de los Santucci, donde fue recibida por el ama y donde permaneció sin vigilancia durante algún tiempo, con el fin de sustraer la pistola que después vi en sus manos.

Al buscar en casa, me percaté de que la peluca había sido vuelta a guardar en la cómoda donde siempre se guarda. De la pistola no encontré rastro alguno. Enfrentado a las airadas negativas de Cook y a las noticias de las autoridades, que afirmaban que el asesinato había sido llevado a cabo por los secuestradores, decidí guardarme para mí mismo todas estas dudas. Pero ahora creo que estaba equivocado al decidirlo así, y he resuelto presentarme.

Hago la presente declaración libremente y por propia voluntad, habiendo sido respetados todos mis derechos legales a lo largo de la misma.

(firmado) Silvio Agostino Miletta

Quizás en un intento de contrarrestar su reputación de enorme ineficiencia en todo lo que importa, el Estado se apega firmemente a la precisión cuando se trata de trivialidades. El sistema legal, que tarda tanto en juzgar a las personas que estas a menudo son liberadas después de ser declaradas culpables, pues han estado presas ya más tiempo que el que prescribe su condena, ese mismo estado insiste en que las declaraciones a las autoridades registren no solo la fecha sino también la hora en que han sido hechas. Así que Ivy supo que Silvio había hecho su declaración a la policía a las doce y cuarenta y dos de ese mismo día. Lo cual resultaba interesante, pues recordaba que Silvio se había pasado la media hora anterior al almuerzo quejándose del comportamiento egoísta y desconsiderado de su hermano Daniele, y en especial de su particular hábito de comerse todo el yogur búlgaro que él, Silvio, se tomaba tantas molestias y tanto tiempo en conseguir de un proveedor romano. Eso significaba que la declaración no solo era un montón de mentiras sino una falsificación. Pero eso no tranquilizó a Ivy, muy al contrario. Porque los grandes bucles de la firma al pie eran claramente auténticos, de manera que Silvio debía de formar parte de la monstruosa conjura de que se trataba.

Levantó la vista hacia Zen, consciente de que nada de esto se dejaba ver en su rostro.

—No sé qué decir. Me gustaría preguntar qué clase de broma es esta. Pero obviamente no lo es.

Los ojos grises la miraron misteriosamente.

—De manera que, ¿qué «es» esto? —preguntó con una sonrisa nerviosa.

—Es una declaración hecha por Silvio Miletto ante mí.

—¡Es un montón de mentiras! —gritó ella—. ¡Pura basura, puros inventos, y usted lo sabe muy bien! ¡Y ni siquiera muy inteligente! ¿De veras cree que si yo hubiera cometido un crimen traería conmigo la pistola de vuelta a casa en una bolsa de plástico, y que la dejaría a la vista en mi cuarto mientras me daba una ducha?

—El testigo la describe como histérica. Las personas histéricas hacen cosas irracionales.

—¡«No» estaba histérica! —En ese momento parecía estarlo, sin embargo—. ¡Ni siquiera estaba ahí! Después de ir a casa de Cinzia me fui a la mía, por el amor de Dios.

—¿Qué hora era?

—No sé, hacia el mediodía. Recuerdo que tenía que hacer algunas compras, conseguir algo para comer. Sí, eso es, y luego me encontré a un amigo en el Corso. Tomamos juntos el aperitivo. Ya está, eso lo prueba todo. ¡Él verificará mi historia!

—¿Y más temprano, antes de la cita con Cinzia? ¿Dónde se encontraba entonces? Estaba a punto de responder, pero se contuvo.

—Si va a interrogarme tengo derecho a que esté presente mi abogado.

Zen le dio la razón con una mínima inflexión de los labios, no tanto una sonrisa como el recuerdo de una sonrisa.

—Pero esto no es un interrogatorio —dijo.

Sus palabras fueron un alivio tan inesperado que Ivy se sintió de pronto débil. El disturbio en su cuerpo había sido sofocado, pero a muy alto precio.

—De verdad tengo que irme —murmuró.

Zen la miró fijamente, en silencio. Su expresión era más inquietante que la de Chiodini, aunque muy distinta. La miraba como si estuviera muerta.

—Me temo que eso no es posible.

—¿Cómo que no es posible?

—*Signora*, un ciudadano eminente se ha presentado y ha hecho una declaración que la implica a usted en la muerte de su padre. Ahora bien, no sé qué idea tiene usted de los deberes policíacos, pero le aseguro que no estaría cumpliendo con los míos si pasara por alto estos alegatos porque la persona acusada afirma que son un montón de mentiras.

—¿Quiere usted decir que estoy arrestada?

—No exactamente. Se le considera sospechosa de haber cometido un crimen castigado con cadena perpetua. Esto será comunicado a la fiscalía pública, que a su vez informará a la magistrada a cargo de la investigación. Ella querrá interrogarla, me imagino. Pero eso no ocurrirá antes de uno o dos días. Ahora se encuentra en Florencia. Los secuestradores están arrestados allí.

Hasta entonces Ivy se había enorgullecido de su control, pero en ese momento se

le escapaba una risita maniaca. Dios santo, ¿cuánto más podría soportar?

—Claro que ahora tiene las manos totalmente ocupadas en eso —continuó Zen—. Se supone que el fiscal público deberá ser informado en las próximas cuarenta y ocho horas, y que la magistrada deberá interrogarla en las cuarenta y ocho siguientes. En la práctica ambas cosas tienden a llevarse a cabo al mismo tiempo, atendiendo a la conveniencia de todos, pero cuando mucho será el martes.

—El martes.

La palabra parecía no tener sentido.

—¿Y mientras tanto? —preguntó Ivy.

—Mientras tanto usted permanecerá aquí. ¡Chiodini!

El boxeador entró de nuevo.

—Lleva a la *signora* Cook a las celdas.

La palabra fue como una descarga eléctrica. Ivy se puso en pie de un salto.

—¡Un momento! Tengo derecho a hacer una llamada primero. ¡Es mi derecho legal!

Zen no hizo caso.

—Escúchame bien, Chiodini —dijo—. Yo no estaré aquí para supervisar toda esta cuestión, así que te la encargo. Mientras Rosella Foria no haya vuelto de Florencia, la *signora* Cook está fuera de circulación, en cuarentena. ¿Entiendes? No habla con nadie y nadie habla con ella. ¡Pero con nadie!

—Muy bien, jefe. ¡Hey, tú, vámonos!

Chiodini la cogió del brazo, pero ella se zafó y salió con paso airado, reprimiendo deliberadamente todo pensamiento. «Ya habrá tiempo para eso cuando esté sola», se dijo.

Tal como estaban las cosas, tuvo que luchar incluso por el pequeño privilegio de la soledad. Las celdas estaban en el sótano de la *Questura*, que a las claras precedían por siglos al resto del edificio. Las puertas tenían un aire de total impenetrabilidad que Ivy encontró extrañamente tranquilizador. Le era cara la privacidad y no vio las puertas como algo que la encerraba a ella, sino como algo que mantenía alejados a los demás. Lo que más la había aterrado siempre de las prisiones era la superpoblación, cinco o seis personas encerradas juntas en una celda diseñada para que se toleraran difícilmente dos reclusos. Los italianos parecían capaces de soportar esa forzosa intimidad, pero Ivy sabía que a ella la volvería loca. Ella simplemente no funcionaba de manera adecuada sin un espacio que pudiera llamar propio, y la acuciaba el pensamiento de que en las próximas horas tendría que funcionar no solo de manera adecuada, sino extraordinariamente bien.

Así que se llevó un chasco muy desagradable cuando la puerta de la celda se abrió para mostrar a una persona de aspecto extraño, de mirada salvaje en los ojos negros, y que tenía un fuerte olor.

—No entraré ahí —dijo Ivy con firmeza.

—¿Ah, no? —respondió Chiodini.

La miró un poco confundido, sin saber cómo actuar. Si se hubiera tratado de un hombre lo habría golpeado. Pero con las mujeres las cosas eran diferentes; uno solo las podía golpear si estaban casadas con uno.

—Hay muchas otras celdas —señaló Ivy.

—Están pintándolas.

—Por el amor de Dios, hombre, ¿es una «gitana»? ¿Qué le parece?

Chiodini entendió de qué se trataba. Su madre le había hablado de los gitanos. Cerró la puerta a regañadientes e instaló a Ivy en la celda de al lado.

Ella se tumbó en la cama. Y pensar que de camino a la *Questura*, apenas una hora antes, había dudado en derrochar todo ese dinero en aquel traje sastre al que le había echado el ojo desde hacía tiempo, provocativo pero espantosamente caro. El contraste entre aquella realidad y esa celda, ese jergón, esa puerta pesada como la lápida de una tumba, era tan perturbador que sintió que la asaltaban negras oleadas de pánico. Pero se negó a rendirse. Hacerlo habría sido mera indulgencia consigo misma. Ya antes se las había arreglado, después de todo. Cuando descubrió por qué la habían invitado a pasar ese fin de semana en Bolonia, había revisado con calma las opciones que tenía. Se organizaban en dos categorías, venganza y recompensa. No había duda de que la venganza era una opción muy atractiva, pero al final Ivy la había rechazado en favor de la recompensa. Hacer daño al enemigo es satisfactorio, pero a la larga es mucho más importante hacerse un favor a uno mismo. Solo en muy raras ocasiones se podían combinar ambas cosas.

Como todo el mundo, Ivy había envidiado a los que tenían un trabajo estable, garantizado por el Estado, del cual no podían ser echados por holgazanes o ineptos que fueran, y cuyo pobre salario podía complementarse con varios empleos vespertinos, libres de impuestos. Pero su posición en el hospital era, como decían ellos mismos, «precaria». Para mantenerla tenía que agrandar, lo cual significaba desde recoger el traje de alguno en la tintorería y comprar pasta fresca para otro hasta hacer cola durante más de una hora bajo la lluvia para conseguirle a un paciente unas entradas para el teatro, y eso sin contar que se esperaba que hiciera el trabajo de todo un equipo de secretarías con una sola mano. Pero no se atrevió a quejarse. «¡No te des aires! —le había respondido el viejo fascista que hacía de portero cuando cometió el error de dejarse provocar por sus malas maneras—. El día que el director decida que no le gusta el color de tus bragas te echará a la calle». Y no tenía para qué añadir, «Por otra parte yo estoy aquí para siempre, tanto si le gusta como si no». Eso estaba implicado en todo cuanto hacía, o más comúnmente dejaba de hacer.

Ivy no quería trabajar necesariamente toda su vida en el hospital, pero quería ser ella misma quien decidiera si lo haría o no, y eso significaba alcanzar un puesto seguro. El director podía disponer de tales puestos, pero sabía lo que valían y no iba a entregárselos a algún extranjero, sobre todo cuando los paisanos no dejaban de hacer sonar el teléfono para ofrecerle esto y aquello si les echaba una mano para que Tizio o Cosetta hallaran un hueco. Así que Ivy esperó que le llegara la hora y mientras

tanto abrió bien los ojos y aguzó el oído, esperando que algo la condujera a donde quería llegar.

Un día su jefe entró armando escándalo al estrecho cubículo donde ella trabajaba y la interrogó sin piedad durante más de media hora sobre unos documentos que según decía habían desaparecido. Para un hombre que normalmente hacía alarde de usar guantes de terciopelo, este despliegue de mano dura resultaba desconcertante, sobre todo cuando Ivy no solo no sabía que tales documentos hubieran desaparecido, sino que ignoraba que existieran. Pero entonces lo sabía, y sabía que él medio sospechaba que ella los había cogido. Lo cual le presentaba la oportunidad que tanto había esperado, porque a pesar de todo la profecía del portero no se había cumplido. Su trabajo pendía de un hilo, pero este no se había roto. La conclusión era obvia, y llevaba con ella la idea de que su jefe no era tan inteligente como ella había pensado.

Esa tarde volvió al hospital después del almuerzo, supuestamente para ponerse al día con su trabajo. El otro portero, que para balancear las cosas era estalinista, respondió a su petición tal como ella había previsto. Cuando le pidió las llaves del armario de suministros, le entregó un gran manajo que abría todas las puertas del piso superior del edificio. Identificar y marcar las llaves era una tarea que los porteros consideraban demasiado onerosa para llevarla a cabo, y como sus puestos no eran precarios, nadie podía obligarlos a hacerla. Así que si alguien quería una llave precisa le daban el manajo de todo el piso para que la hallara por sí mismo.

A Ivy le tomó doce minutos hacerlo, pero eso fue lo más complicado del asunto. Sabía que los hombres no esconden muy bien las cosas. Sus mentes trabajan de modo predecible. Una vez dentro del despacho del director, encontró rápidamente la llave del archivador, golpeó suavemente detrás de él y un instante después tenía los documentos secretos en las manos. Estaban donde ella sabía que debían de estar, al fondo del cajón metálico. Los habían colocado descuidadamente entre dos separaciones y, con el abrir y cerrar, se habían ido al fondo. Era obvio, ocurría todo el tiempo y, sin embargo, su jefe no había pensado en ello. En parte se debía a lo previsible de la mente masculina que ya conocía, pero en parte también a una debilidad estructural del sistema en que todos vivían. La gran debilidad de la paranoia es que no puede tener en cuenta el azar. El director había dado por hecho que la desaparición de los documentos había sido un acto deliberado, porque los documentos eran delicados y podían comprometerlo de alguna manera si caían en manos ajenas. Pensar de otra manera habría sido correr el riesgo de mostrarse crédulo y poco realista, justo lo que menos podía permitirse un hombre en su posición.

De regreso en su pisito, Ivy examinó con calma los documentos. Parecían bastante inofensivos, meras listas de cifras y fechas e iniciales, pero a la mañana siguiente, antes de ir al trabajo, se detuvo en su banco y alquiló una caja de seguridad, la abrió y depositó en ella los documentos. Hizo bien, pues cuando volvió a casa se encontró con que su piso había sido registrado de arriba abajo.

Esa tarde llamó a su jefe y divagó incoherentemente acerca de que no podía

seguir viviendo en una atmósfera de inseguridad y desconfianza, de falsas acusaciones y temor perpetuo de perder su empleo. Si tuviera un puesto seguro tal vez se sentiría de otra manera, pero tal como estaban las cosas, bueno, pues no sabía qué podía hacer. De verdad, se sentía capaz de cualquier cosa.

Un mes después su puesto se hizo permanente.

Lo había logrado una vez y, si lo habría logrado una vez, ¿no podría volver a hacerlo? Pero no era tan simple. La situación era muy distinta esa vez. No sabía si llorar o reírse cuando recordaba las terribles órdenes con que Zen había dicho que la tuvieran «en cuarentena». ¡Como si nadie fuera a mover un dedo para salvarla! ¿No entendía él que ella no tenía más apoyo que el de Silvio? Su relación había sido siempre exclusivamente con él. Así lo había querido él. Estaba claro que había algo en ella que atraía a los homosexuales, tal vez lo mismo que repelía a los jóvenes que ella hubiera preferido atraer. Pero había que sacar lo mejor de cada cosa y, después de todo, Silvio Miletti no era un mal partido.

Irónicamente, había sido su jefe del hospital quien le había presentado a Silvio. Eso ocurrió antes de que se apartaran porque ambos se habían encaprichado con un joven alemán llamado Gerhardt Mayer. Como no era hombre de hacer las cosas a medias, Silvio había privado a su rival no solo de los servicios de Mayer sino también de los de Ivy. Desde hacía ya tres años habían sido pareja en todos los aspectos, excepto uno. La única condición en que Ivy había insistido era la de conservar su puesto en el hospital, aunque en realidad su trabajo lo realizaba una sucesión de secretarías temporales que recibían su sueldo a través de una subsidiaria de los Miletti. En parte era una manera de asegurar un empleo remunerado y la promesa de pensión que conllevaba, pero sobre todo era despecho. El director no se había mostrado muy feliz con el arreglo, por decir lo menos, pero con los Miletti presionándolo por un lado, y el temor de que los documentos pudieran un día aparecer atormentándolo por el otro, al final había aceptado.

Ivy y Silvio habían mostrado ser una pareja efectiva, y se complementaban a la perfección. Ella tenía la visión, la voluntad, la paciencia; él tenía el poder, los contactos y la influencia. Hasta entonces sus hazañas habían sido modestas. Un ejemplo típico de esto era la carta anónima que ella había enviado al magistrado Bartocci, donde alegaba que el secuestro era fingido. El método de Ivy era aprovechar la oportunidad allí donde apareciera y, mientras tanto, agitar las cosas para que pudieran saltar nuevas oportunidades. Y la carta a Bartocci había rendido más frutos que en sus más desbocados sueños, porque indirectamente había creado las circunstancias que conducirían a la muerte de Ruggiero, lo cual a su vez había eliminado el último obstáculo hacia el brillante futuro que les esperaba a ella y a Silvio.

O, más bien, que parecía haberlos esperado hasta hacía unas horas. Porque entonces había ocurrido lo impensable, la única eventualidad que Ivy había dejado fuera de sus cálculos. Al principio cautelosamente, pero con creciente confianza



cuando vio cómo Silvio dependía de ella, había sacrificado todas sus pequeñas lealtades en nombre de esa relación, que le ofrecía mucho más que todas aquellas juntas. A veces le costaba un enorme esfuerzo recordar que, a pesar de sus devaneos y su petulancia, su timidez y su indolencia, Silvio era un hombre de considerable poder. Y ese poder quedaba entonces a su disposición y podría echar mano de él como si fuera propio. Era una situación vertiginosa, como la de encontrarse delante de los mandos de un *jet* después de pasarse la vida volando planeadores. Y solo entonces apreciaba las implicaciones siniestras de esta imagen. Los planeadores iban por los boyantes vientos, buscándolos con versatilidad y hallando corrientes alternativas si alguna no era buena, pero si un *jet* fallaba el desastre era inevitable y repentino. Pero nunca se le había ocurrido que algo «pudiera» fallar. Silvio la necesitaba a ella tanto como necesitaba la comida y la bebida, por no hablar de satisfacciones más esotéricas. No podía negarla más de lo que podría negarse a sí mismo.

O al menos así lo había supuesto siempre. Pero al parecer se había equivocado, y con resultados desastrosos. La policía podía tomárselo con calma. Nadie manejaría los hilos por su bien, porque los había cortado todos voluntariamente, todos excepto aquellos que la ligaban a Silvio. Pero él —¡incluso en ese momento apenas podía creerlo!— no solo la había abandonado, sino que se había puesto perversamente en su contra, perjurando de la manera más vil de modo que ella fuera arrojada a una celda común como una mendiga gitana. ¡No, Zen nada tenía que lamentar en cuanto a eso!

Entonces se le ocurrió un pensamiento aún más aterrador. La poca diferencia de horas entre la declaración y su cita con Zen probaba que este y Silvio eran carne y uña en esto. Zen debía «saber» que los Milette no moverían un dedo para salvarla. ¿Estaba preocupado acaso porque pudieran intervenir de otra manera? Por ejemplo, con una taza de café en la que habría algo que la haría revolcarse por toda la celda como un pez fuera del agua, boqueando sofocadamente las palabras clásicas: «¡Me han envenenado!».

En el banco, aquella vieja caja de seguridad contenía entonces mucho más que los preciosos documentos de su jefe en el hospital, como bien sabía Silvio. Había fotocopias de cartas, libros de cuentas y papeles de todas clases, y sobre todo las cintas, cajas de cintas. El contestador automático había sido un golpe genial. Por algo se los consideraba aparatos un tanto cómicos. A nadie le gustaba tener que tratar con ellos, y quienes llamaban siempre se sentían aliviados si uno contestaba personalmente, demasiado aliviados para recordar que el contestador seguía ahí, conectado, y tal vez grabando cada palabra que decían. Por alguna razón a nadie se le ocurría pensar en ello. Pero esto no era más que un flaco consuelo, incapaz de contener la marea de pánico que se iba acumulando. Podría arrastrar con ella a un par de cabrones, o al menos arañarles el rostro, pero eso no la salvaría. Ya nada podría salvarla.

Cuando se abrió la puerta de la celda, pensó que vería algún rostro familiar, incluso un visitante, pero era tan solo el hombre rudo que la había dejado allí.

—¡Vamos! —dijo, llamándola con impaciencia.

Ivy sintió tanto ánimo de abandonar la celda como habría sentido un prisionero al que conducen a la silla eléctrica.

—¿Adónde vamos?

Aquel hombre simplemente la miró con su insolencia, como aquellos cabrones del hospital cuando pensaban que la tenían ya exactamente donde querían tenerla.

—Así que su nombre es Chiodini, ¿no es cierto? —le preguntó Ivy.

—¿Y? —preguntó el hombre, poniéndose en guardia de pronto.

—Nada.

«Pero si alguna vez salgo de aquí —pensó—, voy a llamar a un número que yo sé y voy a pagar lo que me pidan, mi amigo, para rajarte en dos uno de esos ojos arrogantes, como si fuera un testículo de toro».

Chiodini la condujo por un largo pasillo estrecho que cambiaba de dirección constantemente, como uno de esos albañales que seguían, allá arriba, las sinuosidades de la calle. Los muros estaban aquí a años luz de las pulidas fachadas de la *Questura*: burdas losas de arenosa piedra perlada por la humedad como una frente sudorosa, cuajada de empapados trozos de ladrillo y cascote. Aquí y allá colgaban todavía algunas islas de encalado, pero casi todo había caído para formar una papilla arenosa que lijaba y se deslizaba bajo los pies. Parecía parte de ese complejo sistema de túneles y pasillos que corren debajo de la ciudad y en los cuales, se decía, los niños a veces se perdían y nunca se los volvía a ver.

Finalmente doblaron una esquina y encontraron a un hombre que parecía estarlos esperando. Era bajo y gordo, de rostro melancólico y tupidas cejas, vestido con esa ropa de trabajo que llevan los granjeros los domingos. Para Ivy era la imagen misma del verdugo.

—¿Qué haces aquí, Geraci? —preguntó la escolta de Ivy—. Dijeron que estabas de baja por enfermedad.

—Estoy bien. Ahora me hago cargo yo, y tú te vas.

—Pero el jefe dijo...

—¡Olvídate de eso! Yo me encargo de ella.

Chiodini miró a Ivy, luego al otro hombre.

—¡Anda, lárgate! —insistió Geraci.

Cuando se fue Chiodini, condujo a Ivy por el pasillo hasta una puerta de metal. Tan perdida iba ella en su pesadilla que esperaba encontrar dentro un establo encalado, con un nudo corredizo colgado y las duelas del cadalso y la palanca que las abre para mostrar el foso debajo de él. Pero el cuarto en realidad era espacioso y de altos techos, desnudo de adornos excepto por un crucifijo que pendía de una pared y una pequeña ventana de barrotes en lo alto de otra. A través de la ventana Ivy apenas pudo distinguir un fragmento del muro exterior brillando al sol. El hecho de que estuvieran fuera, en el mundo real donde la vida continuaba su paso, tranquilizador y monótono, imbuía a esas piedras de una fascinación infinita. Ivy deseó poderlas ver

más claramente, admirar las plantas que crecían en sus recovecos, mirar el ir y venir de los insectos, estudiar los sutiles cambios de color y sombra. Anhelaba poner toda su apasionada atención en ese pobre trozo de muro, abrumarlo con su incansable amor.

Entonces oyó un ruido detrás de ella. Alguien había dicho su nombre. Al otro lado del amplio espacio desnudo había una figura que la miraba con ojos suplicantes. «Silvio, es Silvio», pensó.

—Le daré todo el tiempo que pueda, *dottore* —murmuró Geraci.

Silvio asintió con impaciencia.

—Sí, sí. Gracias.

El hombre hizo una pequeña reverencia y se dirigió a la puerta.

—De nada, *dottore*, de nada.

A pesar de su impaciencia, cuando se quedaron solos Silvio pareció incapaz de hablar.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Ivy con frialdad.

—El que acaba de irse me telefoneó y me contó lo que había ocurrido. ¡Te he estado buscando toda la tarde! ¡No pensé que pudieran actuar tan rápido!

Ante estas palabras, algo que Ivy había creído muerto volvió de pronto a la vida.

—¿Cómo logró dejarte entrar? —preguntó cautelosamente—. Dijeron que no podría ver a nadie.

—Es uno de ellos. Por lo visto anda en problemas y quiere que yo le eche una mano. Pero déjame explicarte lo que ocurrió, no tienes idea...

—¡Perdóname, pero sé exactamente qué ocurrió! Lo he visto todo y he leído cada una de las mentiras que firmaste.

Silvio se frotó las manos angustiadamente.

—No creerás que firmé por mi propia voluntad, ¿verdad? ¡Ivy, tienes que entender!

—¡No me importa cómo firmaste! Me basta con que lo hayas hecho. ¿Sabes cómo me he pasado las últimas horas? Sentada sola en una celda apestosa, completamente humillada y desesperada. ¡Y tú todavía tienes la cara de venir a decirme cómo te sientes después de firmar ese libelo de mierda por el que estoy aquí! ¿Y pretendes que «comprenda»? No, no, esos días se acabaron, Silvio. Ya no soy tan comprensiva. No tengo tiempo de preocuparme por tus problemas. Tengo mis propios problemas.

—¡Pero si no los tienes! ¡Esto nada significa!

Trastabilló ciegamente hacia ella.

—¡Ivy, tienes que entender! No es más que una trivial *vendetta* de Cinzia. Nada significa. Estarás fuera de aquí esta misma tarde, te lo prometo. Me retractaré de todo, lo negaré todo. Tendrán que dejarte ir.

Ivy se volvió hacia él con un nuevo brillo en los ojos.

—¿Cinzia?

—Eso es. Se hizo con algunas fotografías tomadas en Berlín y se las dio al cabrón de Zen. Amenazaron con hacerlas circular si no firmaba. ¿Qué podía hacer? Me cogieron totalmente por sorpresa. Pensé que al menos tendría tiempo de avisarte. Pero nada significa, y eso es lo que importa. Cinzia solo quería armar un escándalo, joderte un día o dos. Pero pronto nos las veremos con ella, ¿no es cierto? ¡Se va a arrepentir!

Ivy permanecía en silencio. La pesadilla comenzaba a desvanecerse, pero algo quedaba aún, un grito de desesperación que el sueño había provocado en la realidad y que usaba luego para sus propios fines. ¿Qué había sido?

Mientras Silvio le contaba todo, empezando por la llamada del banquero, que lo había hecho caer en la celada de Zen. Todo era culpa de Cinzia, repitió. Pero Ivy sabía que no era así. Hacía mucho que había reconocido en Gianluigi Santucci a su más poderoso enemigo. Como ella, también él era un extraño; como ella, tenía en sus manos a un miembro de la familia; como ella, era ambicioso y sin escrúpulos. En otras circunstancias habrían sido aliados naturales, pero eran rivales. Ivy había sospechado que tarde o temprano tendría que enfrentarse con Gianluigi. Obviamente él había pensado lo mismo, y había lanzado el primer golpe. Debió de habersele ocurrido que haría seguir a Silvio hasta ese club y hacer que fotografiaran sus indiscreciones. Después de todo, ella habría hecho lo mismo en su lugar.

Pero quedaba todavía un hecho que punzaba en el fondo de su mente, la verdadera pesadilla. Era algo que Zen le había dicho casi de pasada y que ella había olvidado inmediatamente, no porque no importara, sino porque importaba muchísimo, porque verse cargada con la aparente puñalada trapera de Silvio era algo demasiado horrible. Pero entonces que quería y necesitaba hacerse cargo de ello, Ivy comprendió que la represión había cumplido cabalmente con su oficio. Por más que trataba, no lograba recordar qué había sido.

—A propósito, ¿sabes que han arrestado a los secuestradores? —le preguntó Silvio animadamente.

Muchas veces se habían hecho notar que uno de ellos decía lo que el otro tenía en la punta de la lengua, como si pudieran leerse el pensamiento mutuamente. Y en ese momento había ocurrido de nuevo. Y entonces veía Ivy por qué lo había olvidado deliberadamente. Eran las peores noticias del mundo.

Solo había una manera. La temía del mismo modo que se teme una operación dolorosa y arriesgada, aun a sabiendas de que no hay más remedio. Tendría que ser instantáneamente, antes de que cambiara de parecer.

—Silvio, los secuestradores no mataron a Ruggiero.

Silvio sacudió impacientemente la cabeza.

—¡Pero si han confesado!

—No lo hicieron.

—¿Y «tú» cómo lo sabes?

Fue ese tono burlón y presuntuoso lo que inclinó la balanza finalmente, lo que le

permitió decirle.

—Porque lo hice yo.

A Silvio le tomó un momento reaccionar.

—Tonterías. —Frunció el ceño—. No digas esas cosas. Es horrible. Me da miedo.

—También a mí me da miedo. Pero si estamos juntos no nos asustará tanto. Tú sabes que nada puede asustarnos mucho si estamos juntos.

Ivy se movió hacia él.

—Y ahora ya no tendremos que separarnos jamás.

Silvio entreabrió los labios.

—Pero... tú...

—Cuando llamaron para decir que lo habían soltado, me di cuenta, de pronto, de lo que eso significaría. Habíamos sido felices durante los últimos meses, ¿no es verdad? Felices como nunca. Y esa felicidad es preciosa, porque la gente como nosotros sabe tan poco de ella. Los otros son ricos en felicidad y, sin embargo, nos quieren quitar la poca que nosotros tenemos. ¿Recuerdas la carta que envió? ¿Recuerdas lo que decía de nosotros? ¿Por qué puede la gente decir cosas así? Tú sabes que es injusto, tú sabes que no es cierto. Y pronto comenzaría otra vez. Nos habrían separado de nuevo, nos habrían alejado a uno del otro. Tú te quedarías atrapado en tu casa y tendrías que escuchar sus pullas crueles y obscenas. No lo hubieras soportado. ¿Por qué tendrías que soportarlas?

Aunque en ese momento estaba muy cerca de él, no lo tocó. Silvio se volvió y, por un momento, Ivy pensó que lo había perdido, que se lanzaría a la puerta, que llamaría a los guardias, que la denunciaría.

—Tal vez hice algo que no debía —continuó Ivy, casi susurrando—. Tal vez he cometido un terrible error. Ni siquiera las mamás son perfectas; y a veces se equivocan. Pero los bebés tienen que perdonarlas, ¿no es verdad?

Después de un momento interminable Silvio volvió a mirarla, y ella supo que estaba a salvo. El salto hacia la puerta no se daría, porque sería como arrojarle del acantilado.

—¿Qué vamos a hacer? —gimió él.

—Debemos planearlo y actuar, Silvio. Esa declaración será usada en mi contra.

—Pero como son mentiras...

—Sí, son mentiras. Pero no todo es falso.

Así como una vez había rendido tributo a la inteligencia de su jefe, en ese momento reconocía la de Gianluigi Santucci. Era muy hábil la manera en que había entretejido detalles como el de la peluca y la pistola y la cita fingida con Cinzia en un manto de mentiras. Sí, había suficiente verdad allí para que los investigadores le hincaran el diente.

—Además, si ya han arrestado a los secuestradores, tarde o temprano se darán cuenta de que fue a mi número al que llamaron la mañana del lunes para anunciar la liberación de Ruggiero.

—¡Pero eso no es cierto! ¡Nos llamaron a casa el martes! Lo recuerdo muy bien, Pietro cogió la llamada.

Ivy negó cansadamente con la cabeza.

—No, esa fue la grabación que yo había hecho cuando me llamaron el día anterior. A la banda se le había dado mi número después del pago, porque no estaba intervenido por la policía. ¿No te acuerdas?

Silvio gesticuló impacientemente.

—¿A quién le importa lo que digan ellos? Es su palabra contra la tuya. Yo te conseguiré a los mejores abogados del país...

—No es suficiente. La investigación judicial es secreta, no lo olvides. Por bueno que sea un abogado, nada hay que pueda hacer en principio. Además, los Santucci se afanarán en contra nuestra, y ni hablar del bando que tomarán Daniele y Pietro. No, me temo que será una lucha. Tenemos que prepararnos para luchar en un frente mucho más amplio, y eso significa que vamos a necesitar amigos, todos los amigos que podamos conseguir. Russo, por ejemplo, y Fratini. Tal vez Carletti. Te daré una lista después. Debemos pensar con flexibilidad. Podríamos hacer que pareciera que todo es un mero complot que Gianluigi orquesta para comprometer a la familia Miletti. La nueva magistrada recordará lo que le pasó a Bartocci. Con suerte, se lo pensará dos veces antes de lanzarse muy lejos con evidencias tan baladíes, sobre todo frente a una resistencia encarnizada. Y si lo hace, diremos que no es llevada por un fervoroso celo por la verdad, la ligaremos con los intereses de Gianluigi de algún modo.

Había estado pensando en voz alta, y los ojos le brillaban de entusiasmo al comenzar a ver claro el camino. Pero Silvio simplemente movía de un lado al otro la cabeza, como si tratara de esquivar un golpe.

—¡Yo no puedo hacer todo eso! —gimió.

Esto la hizo volver a la realidad de golpe. Lo tomó firmemente de los brazos, tratando de infundirle su propia fuerza y su propia determinación.

—¡Tonterías! Recuerda lo que ocurrió con Gerhardt cuando arrestaron a Daniele. Entonces te las arreglaste.

—¡Pero tú estabas conmigo!

—Y seguiré estándolo esta vez, y te ayudaré y te diré qué es lo que hay que hacer. Pero debes hacerlo tú, porque yo no puedo. ¿Es que no lo ves? ¡Debes hacerlo! Nadie más que tú puede hacerlo.

Pero la mirada de Silvio seguía siendo vaga y distraída. Ivy le cogió la cabeza entre las manos y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Sabes lo que le ocurrió a tu madre verdadera, ¿no es cierto?

Silvio respingó como un caballo, pero Ivy lo cogía con fuerza y pudo contenerlo.

—Se murió, Silvio. Y se murió porque tú no la querías bastante. Porque eras demasiado pequeñito, demasiado débil. ¿Quieres que me ocurra lo mismo a mí?

Silvio se zafó de un tirón, con una mirada de indecible horror en el rostro.

Después de un momento suspiró enérgicamente y se volvió hacia ella.

—Haré lo que quieras. Lo que haya que hacer.

Satisfecha, Ivy atrajo la cabeza de Silvio hacia el hueco que forman el hombro y el inicio de la clavícula, donde a él le gustaba reposar.

Mientras se abrazaban, Ivy miró el crucifijo en la pared. La figura de la cruz estaba extrañamente distorsionada y sugería, no los consuelos de la fe cristiana, sino la realidad de una atroz tortura. Parecía que el crucifijo se había roto y lo había vuelto a pegar con bastante torpeza, como pensó Ivy ociosamente.

—Ya, ya —murmuró—. Todo va a salir bien.

—A propósito, ¿sabes que han arrestado a los secuestradores?

—Silvio, los secuestradores no mataron a Ruggiero.

—¡Pero si han confesado!

—No lo hicieron.

—¿Y «tú» cómo lo sabes?

—Porque lo hice yo.

—Tonterías. No digas esas cosas. Es horrible. Me da miedo.

—También a mí me da miedo. Pero si estamos juntos no los asustará tanto. Tú sabes que nada puede asustarnos mucho si estamos juntos.

—Muy bien, con eso basta.

Geraci apretó el botón de la grabadora y Chiodini aplaudió con sus manazas.

—Cogimos a los cabrones, ¿no es cierto? ¡De veras los cogimos!

Zen los miró.

—Uno nunca puede estar seguro, ¿verdad? Pero al final de cuentas sí, creo que esta vez podemos decir que los cogimos.

## XII

**E**N Roma llovía. La gente decía que Venecia era húmeda, pero a Zen le parecía que llovía más en la ciudad de su exilio. Y eso tenía que ver con la manera en que ambos lugares enfrentaban el hecho simple de la vida. Venecia saludaba siempre al agua y se sentía a sus anchas en la llovizna y en los chubascos. La ciudad estaba llena de acogedores bares donde los habitantes podían hallar refugio y secarse al calor de una o dos copas, secretamente orgullosos de que su gran arco jamás se derrumbaría. Pero Roma era una ciudad de clima tranquilo, un campo de juegos para los jóvenes y los guapos y los ricos, y enfrentaba el mal clima como enfrentaba la vejez, la fealdad y la pobreza: volviéndoles la espalda. Sus habitantes se amontonaban incómodamente en cafés barridos por la ventisca, mirando cómo algún transeúnte pulcro, con su paraguas verde y su ramo de flores, se empapaba sin protestar.

Hacía dos semanas que había vuelto de Perugia. Sus días laborales estaban dominados por el reacomodo al monótono mundo del ama de llaves, y su vida por la aparente imposibilidad de acercarse a Ellen. Cada vez que intentaba verla parecía ser en el día equivocado o a una hora imposible. Al final había comenzado a sospechar que ella lo evitaba a propósito, pero esa mañana ella misma le había llamado, inesperadamente, y lo había invitado a cenar en su piso.

—*Tendré algo para que comamos. No será mucho, pero...*

¡Él sabía lo que significaban esas frases inconclusas! Probablemente se había pasado días planeando la cena.

La actitud de Ellen frente a la comida había sido, al principio, uno de los más claros indicadores de que provenían de lugares muy distintos. Criado en la idea de que las mujeres cocinaban los platos regionales que habían aprendido de sus madres, Zen se había sentido sorprendido y abrumado por el eclecticismo de Ellen. Él no esperaba que Maria Grazia pudiera hacer un plato veneciano, por no decir francés o austríaco, pero Maria Grazia tampoco esperaba que se lo pidieran. Sin embargo, de Ellen se podía esperar cualquier cosa. Una comida típica de Ellen podría comenzar con un aperitivo del Oriente Medio, seguido de un plato principal de México y un pudín de Alemania. Uno podía suponer que esto era un ejemplo de la famosa mezcla de culturas estadounidense, solo que no había mezcla alguna y cada plato parecía conservar siempre su brusca individualidad y apartar a codazos a los otros de una manera que Zen encontraba inquietante. Tan inquietante como el descubrimiento de que la fuente de estas riquezas no era una tradición familiar ni cultural, sino un estante de libros de cocina que Ellen devoraba como si fueran novelas. Sin embargo, con el tiempo había aprendido a apreciar la aventura. Si el menú era extraño, en cambio la comida misma era deliciosa, y todo aquello lo hacía sentirse amablemente



sofisticado y cosmopolita. ¿Qué nuevos descubrimientos haría esa noche?

Ellen era dada a vestir informalmente, pero el traje con que apareció en la puerta era un poco exagerado, incluso para sus estándares: un jersey flojo y amorfo y un par de tejanos manchados de una pintura cuyo color databa de hacía al menos dos años, de cuando había pintado el baño. Las flores que le regaló parecieron incomodarla un poco.

—Oh, qué bonitas. Las pondré en agua.

Lo acompañó a la cocina.

—De veras que la comida será sencilla, ¿eh?

Levantó en la mano un paquete de colores brillantes. Zen leyó incrédulamente: *Hamburguesas Findus estilo estadounidense 100% de carne*. ¿Se trataba de otra de sus extrañas bromas de extranjera, de una de esas que uno no puede hallar graciosas a menos que sea un niño o un imbécil?

—Me imagino que comiste bien en Perugia, ¿o no? —continuó ella con infatigable energía—. Cuéntame. Lo que no entiendo es cómo se imaginó esa Cook que se saldría con la suya. Era una locura correr ese riesgo.

Zen se sentó a la mesa de la cocina.

—Solo parece así porque cogieron a los secuestradores. Claro que, cuando me di cuenta de lo que había ocurrido, empecé a notar también otras cosas. Por ejemplo, en la llamada a los Miletto, que grabamos el martes, el vocero de la banda nombró un equipo de fútbol, el Verona, como contraseña. Pietro debía responder con el nombre del equipo al que se enfrentaría el Verona el domingo siguiente, pero no entendió y simplemente pensó que se trataba de una llamada a número equivocado. Sin embargo el secuestrador, en vez de insistir o de colgar, dice que está bien y sigue hablando, como si hubiera escuchado la respuesta correcta. Y la había recibido, claro, en la llamada que Ivy recibió originalmente. Y el secuestrador se refiere además al «padre de los Miletto», porque sabe que la persona con quien habla no es miembro de la familia. Si hubiera hablado directamente a los Miletto habría dicho «su padre».

Ellen encendió el gas en la parrilla.

—¡Sigue! —le dijo mientras quitaba los rectángulos de plástico que separaban la hamburguesas. Parecía más preocupada porque pudiera quedarse callado que por lo que estaba contándole.

—Bueno, ya sabes el resto. El secuestrador con el que hablé en Florencia me dijo que había llamado al mismo número que solían usar para arreglar los detalles del secuestro. La familia nunca había revelado cuál era ese número, y obviamente yo no podía acercármeles directamente. Pero sabía que la banda había usado los anuncios de un periódico local para que la gente se comunicara con ellos. Así que fui a la biblioteca y revisé los periódicos hasta que encontré un anuncio en donde se ofrecía un transmisor-receptor. Llamar al 8818 después de las 7, decía. No hay números de cuatro dígitos en una ciudad grande como Perugia. Pero si lees las instrucciones literalmente, obtenías un número de cinco, 78818. Ese era el número de Ivy Cook.

Se oyó un crujido cuando Ellen cortó el papel de aluminio para forrar la reja de la parrilla.

—Lo que confundía un poco las cosas es que el secuestrador me había dicho que quien contestó el teléfono era un hombre, y que tenía un acento como el mío. Por un momento pensé que podía haber sido Daniele. Pero la voz de Ivy es lo bastante profunda para parecer la de un hombre, y a los oídos de un campesino calabrés su acento extranjero sonaba como el de alguien del Norte. Grabó la llamada de los secuestradores en el contestador automático, eliminó su propia voz de la cinta, y al día siguiente llamó a los Milette y la hizo sonar otra vez cuando Pietro respondió el teléfono.

Ellen colocó las hamburguesas sobre el papel de aluminio y deslizó la rejilla en la parrilla.

—Me sorprende que Ivy y Silvio no hayan sido más cuidadosos. Mira que hablar así, libremente, en una comisaría.

—No estaban en una comisaría, sino en un cuarto anónimo en un anexo de la prisión. Pero lo que realmente les soltó la lengua fue creer que todo había sido arreglado en su favor. Yo me las ingení para que uno de mis inspectores llamara a Silvio y se ofreciera a llevarlo hasta Ivy a cambio de unos favores que no especificó. Es algo que le ocurre todo el tiempo a la gente que está en la posición de Silvio, así que lo halló perfectamente normal. Cuando llegó, el inspector se deshizo del guardia de Ivy y subrayó el hecho de que los dejaba solos. Ambos asumieron que el poder de la familia Milette trabajaba como siempre a su favor. Después de eso ni por un instante se les ocurrió cuidar sus palabras. Se sentían en confianza, como si fueran los dueños absolutos del lugar.

Las hamburguesas crepitaban ruidosamente. Ellen estaba muy atareada cortando los bollos por la mitad y poniéndolos a calentar sobre la parrilla.

—¿Te ayudo con algo? —preguntó él.

—No, tranquilo.

Normalmente le habría pedido que pusiera la mesa, pero esa noche estaba tratándolo como a un invitado de honor, aunque ni siquiera se había tomado la molestia de cocinar. Alguna vez Zen había visto una película en la que unos extraterrestres tomaban posesión de unas personas. Se veían normales y hablaban normalmente, pero de algún modo ya no eran las mismas. ¿Qué era lo que entonces poseía a Ellen? Tan pronto como se planteó la pregunta apareció la respuesta, la única respuesta posible, y todo cobró sentido. Pero el sentido que cobraba era demasiado doloroso, y Zen lo apartó de su mente.

—¡Pero tantas intrigas para acabar llevando a una sola persona ante la justicia! —exclamó Ellen—. ¿Siempre te tomas todo ese trabajo?

—No, no siempre. Pero prácticamente me acusaban de tener alguna responsabilidad en la muerte de Milette. Además...

—¿Qué?

Zen iba a decir que tenía razones personales para querer que las muertes de los padres fueran vengadas, pero se dio cuenta de que aquello parecería un intento de atraer sentimentalmente su simpatía.

—No es que te critique, Aurelio —continuó Ellen—. Simplemente estoy pasmada, como siempre, por la manera en que funciona este país.

—¡Uy, de nuevo eso no!

Lo dijo de broma, pero erró el tiro.

—Perdona —dijo ella en tono medio arrepentido y medio desafiante—. No diré una sola palabra más.

Sirvió las hamburguesas envueltas en papel de cocina y sacó una botella de Peroni de litro de la nevera. Las hamburguesas eran un híbrido no muy afortunado de elementos estadounidenses y europeos. La carne, el queso tratado y la salsa *ketchup* querían ser tan alegremente chabacanos como deben serlo en una buena hamburguesería, pero estaban aderezados con mostaza de Dijon, cebolla picante y pastosos bollos.

Zen empezó a dismantelar su hamburguesa y a comerse las partes más sabrosas con el tenedor y a descartar el resto. Ellen la emprendió con la suya como un lobo, como si en ello le fuera la vida. Después de unos minutos encendió otro cigarrillo sin preguntar. Zen aprovechó la oportunidad para apartar su plato.

—¿No te gusta?

Casi parecía complacida.

—Está deliciosa. Pero tuve que comer antes algo con mi madre. Ya sabes cómo es la cosa.

Ellen se rio en silencio.

—Claro que lo sé.

La conversación se atascó, como si fueran dos extraños que hubieran agotado ya los pocos temas que tenían en común.

—Pero, bueno, ¿y en qué has andado tú? —preguntó Zen.

Ella volvió a llenar su vaso de cerveza.

—Bueno...

Se interrumpió para darle una calada al cigarrillo. Pero él sabía lo que iba a decirle. Había conocido a alguien, estas cosas ocurrían, había querido decírselo antes, podían seguir siendo amigos. Esto era lo que había entrevisto antes, la respuesta a la pregunta de por qué estaba tan extraña, o qué era lo que la poseía. La única respuesta posible era otro hombre.

—La cosa es que me voy a casa, Aurelio.

«Pero si “estás” en casa», pensó él. Aunque luego se dio cuenta de lo que ella quería decir.

—¿De vacaciones?

Ella sacudió la cabeza.

—Estás bromeando —dijo él.

, Ella se dirigió a los botes de cristal donde guardaba el arroz y las legumbres, tiró de un sobre que estaba bajo uno de ellos y se lo extendió. «Si viaja por negocios, o por turismo, ¡MONDITURIST!», decía. «¡Nuestro negocio es hacer de los viajes un placer!». Dentro del sobre había un billete de avión a Nueva York.

—Lo decidí una noche, la semana pasada. Me había despertado, no sé por qué, y no podía dormirme otra vez. Y me quedé allí, pensando en esto y en lo otro. Y de pronto me di cuenta de qué extranjera me siento aquí, y lo que eso me estaba haciendo.

Hizo una pausa mientras se mordía una uña.

—La gente que vive mucho tiempo en el exilio acaba como zombi o como vampiro. Y no quiero que eso me ocurra a mí.

En la calle se oyó el estruendo de una cortina metálica al ser bajada, y luego el ruido menos fuerte de cuando la colocaban en su sitio y la cerraban. El tendero de enfrente estaba cerrando y se iba a casa, con su familia.

—Creo que deberíamos casarnos —dijo Zen, para su propia sorpresa.

Ellen dejó salir un gritito de risa.

—¿Casarnos?

Uno de los vecinos había puesto un disco de *rock* y las notas bajas llegaban hasta ellos en una serie de golpes monótonos. En algún otro sitio, aparentemente sin relación con los anteriores, se quejaba débilmente una melodía.

—No sabes cuántas veces me he imaginado que decías esto, Aurelio —suspiró Ellen—. Siempre pensé que era lo que nos hacía falta para poner las cosas en orden.

—Y lo es. Lo hará.

Pero en su voz faltaba convicción, incluso ante sí mismo.

Zen miró lentamente a su alrededor, consciente de que todo aquello pronto formaría parte de su enorme galería de recuerdos. La última adquisición de la colección. Un añadido de importancia. «¡Acabarán por convertir toda la ciudad en un museo!», se había quejado Cinzia Miletto. Pero no eran solo las ciudades las que padecían este sino.

—Será mejor que me vaya.

Ellen no hizo el menor intento por detenerlo.

—Lo siento, Aurelio. De verdad lo siento.

La lluvia había cesado casi por completo. Zen se quedó esperando en la parada del tranvía, con la mente totalmente en blanco. La impresión de lo que acababa de ocurrir era tan fuerte que le resultaba literalmente imposible pensar en ello. Lo último que recordaba claramente era estar comiendo una hamburguesa, mientras le hablaba a Ellen del caso Miletto. No le había mencionado el suceso más reciente, que había ocurrido justo el día anterior.

La detención de Ivy Cook había tenido el efecto común de reunir ambos extremos del espectro político. Por una parte se hablaba de los esfuerzos perfectamente orquestados por la izquierda para hundir el nombre de los Miletto, pero por otra se

decía que la derecha había encontrado una típica y cínica solución para desembarazarse de la implicación de los Milette en la muerte de su padre. En suma, cualquiera que fuera la inclinación política de uno, Ivy aparecía siempre como una simple empleada a la que le habían hecho pagar el pato de los otros, una extranjera sin poder ni influencia, el perfecto chivo expiatorio. Di Leonardo, el fiscal público, contribuyó al debate con una crítica extraoficial, pero ampliamente difundida, sobre las «serias irregularidades en los procedimientos adoptados por la policía». El senador Gianpiero Rossi expresó públicamente la opinión de que las grabaciones eran evidencias inadmisibles, puesto que no solo no habían sido autorizadas sino que ni siquiera se habían llevado a cabo con equipo oficial. Por su parte, Pietro Milette había viajado desde Londres para exigir el cese total «al continuo acoso de que son objeto la familia Milette y sus dependientes». El resultado neto había sido que Rosella Foria había autorizado la libertad bajo palabra de Ivy Cook mientras se llevaba a cabo la investigación completa. El caso pendía aún en la balanza, pero Ivy estaba libre.

Llegó el tranvía y llevó a Zen, entre sacudidas y empujones, al otro lado del Tíber, sobre la colina Aventina y pasado el Coliseo, hasta la Porta Maggiore. Luego caminó tres manzanas hasta donde Gilberto Nieddu vivía con una belleza de ojos negros que lo trataba con humor burlón, como si los intentos de Gilberto por seducirla no le provocaran más que diversión. Pero llevaban ocho años de casados y habían tenido cuatro hijos que se sentaban boquiabiertos y con los ojos como platos mientras el Tío Aurelio les contaba el dramático final de su relación con «*l'americana*».

Rosella Nieddu diagnosticó falta de una comida apropiada e hizo que Zen se zampara un gran plato de *ravioli* mientras Gilberto abría una botella de un rosado suave y letal que hacía un pariente suyo. Luego los niños fueron metidos en la cama y los adultos se pasaron un rato jugando a las cartas.

—Desafortunado en amores, afortunado en el juego —bromeó Gilberto, pero como de costumbre Rosella los venció fácilmente a ambos, incluso con un ojo en el televisor. Entonces sonó el teléfono y, mientras el sardo iba a contestarlo, Rosella cambió de canal, en busca de la película nocturna, y alcanzó a coger el final de un noticiario. Había historias sobre cómo había sido interceptado un alijo de heroína en la aduana de Nápoles, sobre una conferencia que comenzaría la tarde próxima en Roma y trataría de los problemas económicos del Tercer Mundo, y sobre una feria industrial que se había abierto recientemente en Génova e intentaba promover la maquinaria agrícola italiana.

*«Resumimos ahora para ustedes las principales noticias. Un dramático suceso ha tenido lugar en el seno del caso Milette cuando la signora Ivy Cook, la extranjera que había sido detenida en relación con el asesinato, no se presentó este día ante la policía de Perugia, como se estipulaba en las condiciones de su libertad. De acuerdo con informaciones aún no confirmadas, puede haber abandonado ya el país. Los investigadores intentan rastrear a una persona que alquiló un avión ligero para ir de*

*Perugia a un aeropuerto de Austria a últimas horas de esta tarde. Y ahora, para un recorrido por las actividades deportivas que tendrán lugar durante la semana, los dejo en compañía de...».*

—Tengo que irme —dijo Zen en cuanto volvió Gilberto—. *Mamma* estará preocupada.

Había dejado de llover. Comenzó a caminar hacia su casa por las calles desiertas. El avión alquilado a Austria sin duda había sido seguido por un vuelo internacional a Sudáfrica, de donde no podría ser extraditada. Los planes de Ivy debían de haberse meditado con días de anticipación, y debían de haberse ido llevando a cabo durante sus encuentros con Silvio. Su pasaporte había sido confiscado, de modo que Silvio debió de haberle conseguido documentos falsos y dinero para pagar la fianza y él mismo debió de arreglar el vuelo. El dinero no debió de representar problema alguno. Mucha gente estaría feliz de contribuir económicamente con tal de asegurarse de que la famosa caja de seguridad de Ivy desapareciera con ella.

Así que ella estaba a salvo. Para Silvio las consecuencias parecían más serias, al menos en lo inmediato. La veleidosa opinión pública estaría a punto de volvérselo muy fea, por cierto. Gente muy importante había terminado por parecer tonta. El apellido Miletta ya no sería suficiente para proteger a Silvio. Con las manos libres, Rosella Foria podría entonces hacer que lo arrestaran y acusarlo de complicidad en el entorpecimiento de la justicia. El caso daría una y otra vuelta, atascándose siempre en los tediosos detalles, hasta que todos hubieran perdido el interés, y entonces, en uno o dos años, cuando todo el asunto estuviera olvidado, Silvio sería silenciosamente puesto en libertad por falta de evidencias.

De pronto Zen sintió que algo le hendía el pecho. «Es mi corazón —pensó—, me estoy muriendo». Incapaz de seguir andando, o siquiera de mantenerse erguido, se inclinó sobre un coche aparcado, jadeando. Solo gradualmente se dio cuenta de lo que ocurría. Estaba llorando. Era la primera vez que le ocurría en años. Una descarga brutal y convulsiva, como el vómito de un estómago vacío.

—¿Estás esperando a que te den por el culo, abuelo?

Unas manos lo agarraron por los hombros y lo hicieron girar.

—Un trabajito en el aro es lo que quieres, ¿eh? Y vienes de la provincia en busca de un poco de diversión, ¿o serás de aquí? Puedo arreglártelo, no hay problema. No es algo personal, ¿sabes?, pero con un poco de pasta por delante puedo colocarte a un tipo que se la enterró a Pasolini. Pero mientras veamos tu situación financiera. ¡La cartera, gilipollas! ¡La cartera!

Un faro cruzó sobre su rostro. Entonces oyó una suave risita.

—¡Hombre, *dottore*, qué casualidad! ¿Se acuerda de mí? Aquella vez en el tren, hace unas semanas, con el viejo pedo ese que se quería poner rudo. —Miró más de cerca a Zen—. ¿Qué le pasa?

—Nada.

—¿Qué le han hecho los cabrones?

—Estoy bien.

Sin convencerse, el joven tiró de su brazo.

—Venga a beber algo caliente, *dottore*. Hay un sitio abierto a la vuelta.

—No, estoy bien, de veras.

Pero todo su cuerpo temblaba incontrolablemente, y se dejó llevar.

—No debería andar por aquí a estas horas, ¿sabe? —señaló su acompañante tranquilamente—. Es un barrio muy duro.

El único otro cliente del bar que habría toda la noche era una vieja prostituta que estaba sentada en un rincón y hablaba sola y se echaba obsesivamente el cabello hacia atrás con ambas manos. El joven saludó al barman y le pidió dos capuchinos. Sacó un paquete de Nazionali de su chaqueta.

—¿Fuma, *dottore*?

—Gracias.

—Malditos cabrones. Pero nunca deje que lo desanimen. Si se deja desanimar, entonces se acabó.

Cuando llegaron sus cafés, fuera sonó un rechinado de neumáticos y entraron dos policías.

—Noches, Alfredo.

—Noches, chicos. ¿Qué les pongo?

—Un *cappucio* para mí, bien caliente, con mucha espuma.

—Y un chocolate caliente.

—Ahora mismo. ¿Hace frío fuera?

—Pues calor no hace. ¿Viste el partido anoche?

—Ese Tardelli.

—Hermoso.

Los policías paseaban los ojos por el bar, frotándose las manos y acariciándose el bigote mientras miraban con insolente franqueza a los otros clientes. Los apagados chillidos de la radio de onda corta que llevaban en el coche podían escucharse desde allí.

El joven desvió la vista hacia la puerta del fondo, más allá de la máquina de vídeo y la tragaperras, y la mantuvo gacha. Luego echó un vistazo al barman, que movió la cabeza de manera casi imperceptible.

—¿Has tenido algún problema últimamente, Alfredo? —preguntó uno de los policías.

—No, no. Aquí nunca hay problemas —le aseguró el barman, con un poco de exagerado apresuramiento.

—Me alegro.

El tiempo corría, marcado por el lento humear de sus cigarrillos.

—¿No éramos nosotros? —preguntó uno de los policías finalmente.

Su compañero avanzó sin prisa hacia la puerta y la mantuvo abierta mientras escuchaba la radio. Se volvió y asintió.

—Altercado doméstico, Via Tasso.

—Alguno que da una zorra a su mujer —se carcajeó el otro ante Alfredo—. ¿Cuánto te debemos?

—¿Bromeas?

—Gracias. Hasta la vista, pues. No trabajes demasiado.

—No te preocupes.

Al irse, los patrulleros dejaron la puerta abierta. Un momento después su coche se alejaba, rugiendo.

El barman se quedó mirando la puerta.

—Yo me ocupo —le dijo el joven, bebiéndose de un trago el resto de su café.

Inclinó un poco la cabeza hacia Zen.

—Cuídese, *dottore*.

Avanzó lentamente hasta la puerta y desapareció.

—¿Cuánto le debo? —murmuró Zen.

—Ya se han encargado.

—¿Cuánto?

El barman lo miró con más detenimiento.

—El capuchino cuesta ochocientas liras.

Cuando sacó la cartera, Zen se encontró con el memorándum interno que había recibido esa mañana y había apartado sin abrir. Tenían que ser malas noticias, tal vez una acción disciplinaria motivada por la manera en que había llevado el caso Miletti. Pero ya nada tenía que perder. «Veamos qué es lo peor y acabémosla de una vez», pensó mientras abría el sobre.

A: Comisario jefe Aurelio Zen.

De: Enrico Mancini, vicesubsecretario.

Por medio de la presente le informo de que ha sido promovido al rango de *vicequestore*, con efecto a partir del 1.º de mayo, y de su consecuente traslado de los servicios de investigación a la lista activa de la Polizia Criminale.

Le tomó un momento comprender lo que había ocurrido. Sus tratos con Gianluigi Santucci solo habían tenido la intención de disfrazar su verdadero propósito, que era arrestar al asesino de Ruggiero. Pero el doble trato con el toscano había pasado evidentemente inadvertido, y aquí estaba la recompensa de Zen.

«Heme aquí de nuevo en la maraña —pensó—. Otra vez miembro activo del *ratking*».

Fuera el cielo estaba despejado y cuajado de estrellas. Zen empezó a caminar hacia su casa en medio de un silencio que solo perturbaba el débil e insistente sonar de un teléfono a lo lejos.